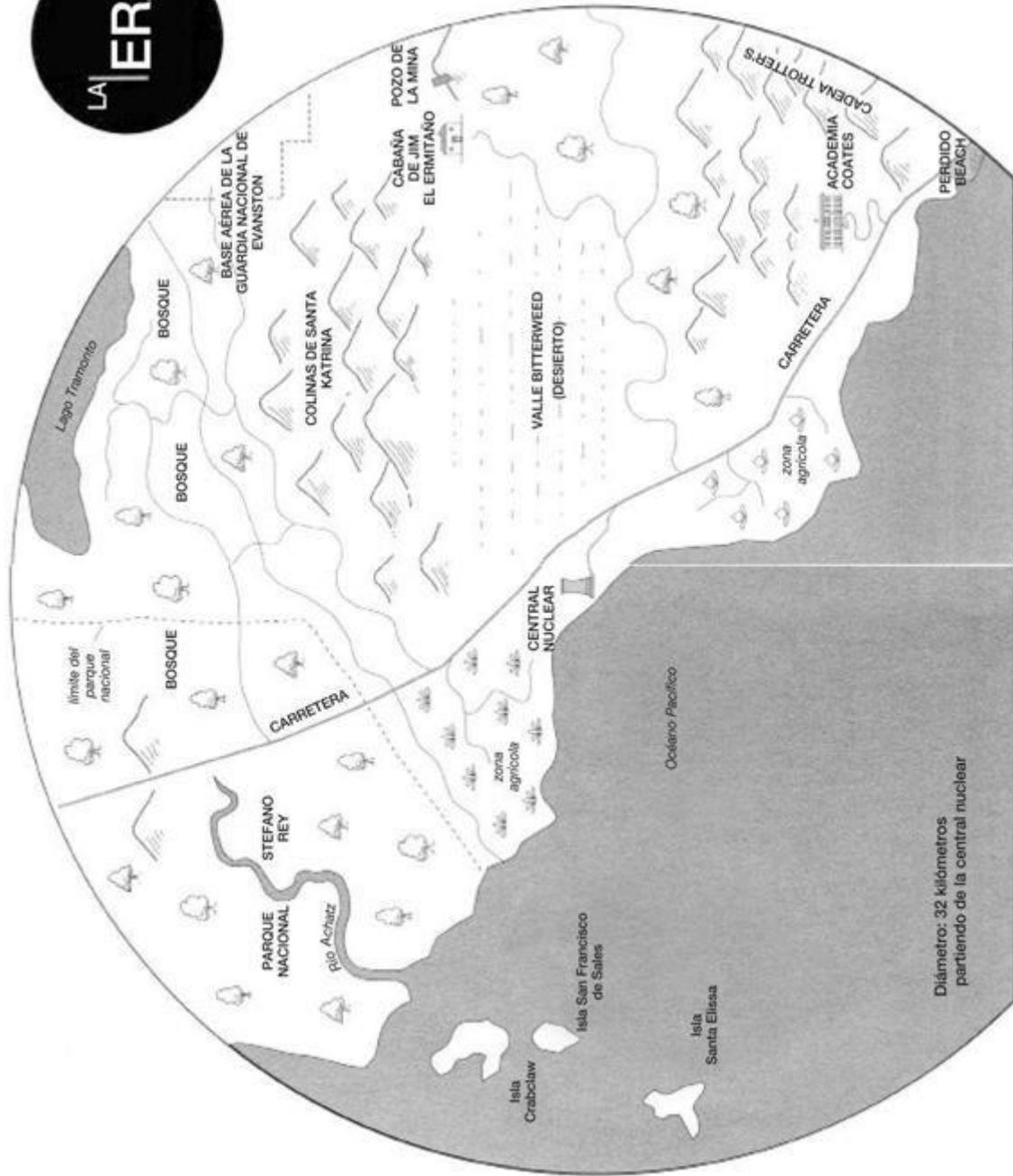


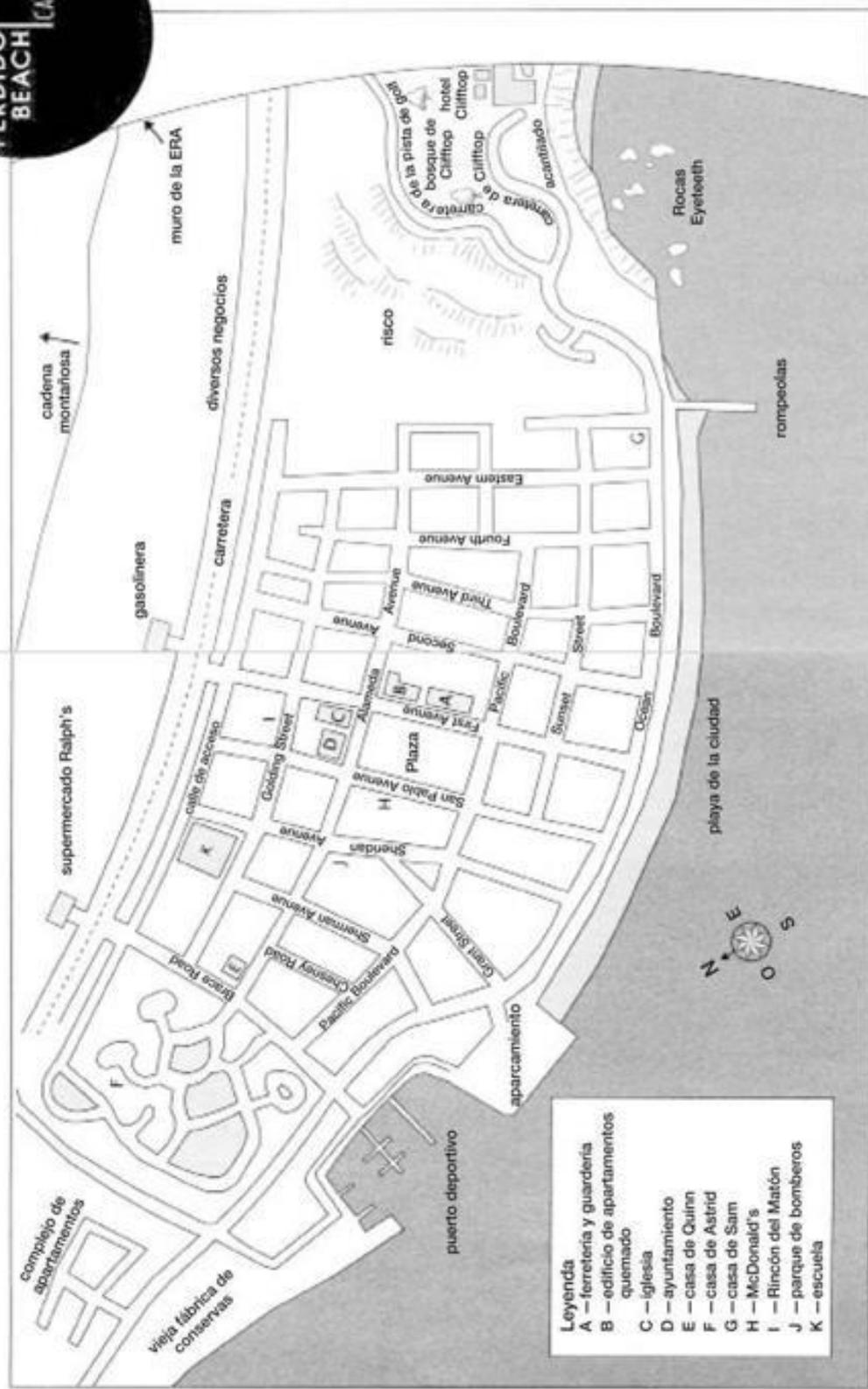
Mentiras

Michael Grant

Serie Olvidados, 03



PERDIDO BEACH CALIFORNIA



- Leyenda**
- A — ferretería y guardería
 - B — edificio de apartamentos quemado
 - C — iglesia
 - D — ayuntamiento
 - E — casa de Quinn
 - F — casa de Astrid
 - G — casa de Sam
 - H — McDonald's
 - I — Rincón del Mastón
 - J — parque de bomberos
 - K — escuela

Para Katherine, Jake y Julia

UNO

66 HORAS, 52 MINUTOS

GRAFITIS OBSCENOS.

Ventanas rotas.

Tags de la Pandilla Humana, su logotipo, junto con advertencias a los raros para que se larguen.

A lo lejos, siguiendo la calle, demasiado lejos para que Sam quisiera irles detrás, había un par de chavales, puede que de unos diez años, puede que ni eso. Apenas se los veía bajo la luz de la falsa luna. No eran más que siluetas. Se pasaban una botella, tomaban tragos, se tambaleaban.

La hierba crecía por todas partes. Las malas hierbas se abrían paso a través de las grietas de la calle. Había basura: bolsas de patatas, anillas de latas de cerveza, bolsas de plástico de supermercado, hojas sueltas de papel, prendas de ropa, zapatos desparejados, envoltorios de hamburguesas, juguetes rotos, botellas rotas y latas aplastadas —nada que fuera realmente comestible— formando conjuntos aleatorios y coloridos. Eran recuerdos dolorosos de épocas mejores.

La oscuridad era tan profunda que en los viejos tiempos habrías tenido que adentrarte en la naturaleza para experimentar algo parecido.

No había ni una farola encendida, ni luz en ningún porche. La electricidad había dejado de funcionar. Puede que para siempre.

Nadie malgastaba las pilas, ya no. Había muy pocas.

Y casi nadie intentaba encender velas o hacer fuego con la basura. Sobre todo tras el incendio que hizo arder tres casas y quemó de tal manera a un muchacho que Lana, la curandera, tardó medio día en salvarlo.

No había agua corriente. Las bocas de riego estaban secas. No se podía hacer nada con el fuego salvo verlo arder y apartarse de su camino.

Perdido Beach, California.

Bueno, antes pertenecía a California.

Ahora era Perdido Beach, la ERA. Estuviera donde estuviera, fuera lo que fuera y por los motivos que lo fuera Sam tenía el poder de generar luz. Podía dispararla formando rayos asesinos con las manos. O hacer bolas de luz persistentes que se quedaban flotando en el aire como faroles. Como relámpagos capturados en una botella.

Pero a muchos no les gustaban las luces de Sam, los llamados «soles de Sam». Zil Sperry, líder de la Pandilla Humana, había prohibido a su gente que aceptara las luces. La mayoría de los normales le obedecía. Y algunos raros no querían llamar la atención sobre quiénes y qué eran.

El miedo se había extendido. Como una enfermedad. Iba saltando de uno a otro.

La gente se quedaba sentada en la oscuridad, asustada. Siempre asustada.

Sam se encontraba en el extremo oriental, en la parte peligrosa de la ciudad, en la parte que Zil había declarado prohibida a los raros. Pero Sam tenía que hacer acto de presencia, por así decirlo, demostrar que seguía al mando. Demostrar que no se dejaría intimidar por el miedo que pretendía imponer Zil.

Los chavales necesitaban que lo hiciera. Necesitaban ver que todavía había alguien que los protegía. Y ese alguien era *él*.

Se había resistido a asumir ese papel, pero no había tenido más remedio que aceptarlo y estaba decidido a hacerlo bien. Cada vez que se relajaba, cada vez que se desconcentraba, cada vez que intentaba llevar una vida distinta, sucedía algo horrible.

Así que recorría las calles a las dos de la madrugada, listo para actuar. Por si acaso.

Sam se paseaba cerca del puerto. No había oleaje, claro. Ya no. Ni clima de ninguna clase. Ya no existían aquellas olas enormes que cruzaban el Pacífico hasta romper salpicando espectacularmente contra las playas de Perdido Beach. Lo que quedaba no era más que un leve susurro: sss, sss, sss. Pero era mejor que nada. Aunque no mucho mejor.

Sam se dirigía hacia el hotel Clifftop, donde por aquel entonces vivía Lana. Zil la dejaba en paz. Tanto si era una rara como si no, nadie se metía con la curandera.

Clifftop se encontraba justo enfrente de la pared de la ERA, donde terminaba la zona de la que se encargaba Sam, era la última parte de su recorrido.

Alguien bajaba en dirección a él. Sam se puso tenso, temiéndose lo peor. No le cabía ninguna duda de que Zil quería verlo muerto. Y ahí afuera, en alguna parte, también Caine, su medio hermano. Caine le había ayudado a destruir a la *gayáfaga* y al psicópata Drake Merwin. Pero Sam no se engañaba pensando que Caine había cambiado. Si Caine seguía con vida, volverían a encontrarse.

Y Dios sabe qué otros horrores se hallaban en aquella noche avanzada, humanos o no. En las montañas oscuras, en las cuevas negras, en el desierto, en el bosque al norte. En el océano demasiado calmo.

La ERA nunca aflojaba.

Pero en aquella ocasión no parecía tratarse más que de una cría.

—Soy yo, Sinder —dijo una voz, y Sam se relajó.

—¿Qué pasa, Sinder? Es tarde, ¿no?

Era una dulce muchacha gótica que en gran medida había logrado mantenerse apartada de las diversas guerras y facciones enfrentadas en la ERA.

—Me alegro de haberme encontrado contigo —respondió Sinder. Llevaba una tubería de acero en la mano, cubierta con cinta adhesiva por donde la cogía. Nadie se paseaba sin armas, sobre todo de noche.

—¿Estás bien?, ¿ya comes?

Ese se había convertido en el saludo estándar. No «¿cómo estás?», sino «¿ya comes?».

—Sí, vamos tirando —respondió la chica. La piel de una palidez fantasmal la hacía parecer muy joven y vulnerable. Claro que la tubería, las uñas pintadas de negro y el cuchillo de cocina metido en el cinturón hacían que no pareciera del todo dulce.

—Escúchame, Sam. No soy de las que... bueno... de las que se chivan de la gente, ni nada —empezó Sinder. Parecía incómoda.

—Ya lo sé —intervino él, y esperó.

—Pero se trata de Orsay. —Sinder miró por encima del hombro, adoptando una expresión culpable—. Ya sabes, a veces hablo con ella. Es maja, en general. Interesante.

—Sip.

—En general.

—Sí.

—Pero... ya sabes... también algo rara. —Sinder sonrió irónica—. Como si yo no lo fuera...

Sam esperó. Oyó el ruido de una botella de cristal al romperse y risitas agudas a lo lejos, detrás de él. Eran los chicos que arrojaban la botella vacía de alcohol. Habían encontrado muerto a un chaval llamado K. B. con una botella de vodka en la mano.

—Pues es que Orsay está en la pared.

—¿En la pared?

—En la playa, junto a la pared. Está en plan... se piensa... Mira, habla con ella, ¿vale? Pero no le digas que te lo he dicho, ¿vale?

—¿Y está allí abajo ahora? Son casi las dos de la mañana...

—Es entonces cuando lo hacen. No quiere que Zil o... o tú, supongo, se meta con ellos. ¿Sabes por donde la pared baja desde Clifftop hasta la playa? ¿En esas rocas de allí? Pues ahí está. No está sola. Hay otros chavales con ella.

Sam sintió un estremecimiento desagradable que le recorrió la espalda. Durante los últimos meses había desarrollado el instinto de detectar problemas. Y aquello le parecía un problema.

—Vale, iré a ver.

—Vale. Guay.

—Buenas noches, Sinder, cuídate.

La dejó atrás y continuó caminando, preguntándose qué nueva locura o peligro le aguardaba. Subió por la carretera hasta pasado Clifftop. Y miró hacia el balcón de Lana.

Patrick, el labrador de la chica, debía de haberlo oído, porque soltó un ladrido breve y agudo.

—Soy yo, Patrick... —dijo Sam.

Quedaban muy pocos perros o gatos vivos en la ERA. El único motivo por el que Patrick no había terminado como estofado de perro era porque pertenecía a la curandera.

Desde lo alto del acantilado, Sam miró hacia abajo y le pareció ver a varias personas en las rocas, justo en el oleaje que no llegaba a serlo. En la época en la que Sam sacaba su tabla con Quinn y esperaba a que se formara una ola grande, estas rocas enormes eran peligrosas.

Sam no necesitaba luz para bajar escalando por el acantilado. Podría haberlo hecho a ciegas. En los viejos tiempos lo había hecho cargando con todo su equipo.

Al llegar a la arena oyó un rumor de voces. Una que hablaba. Otra que lloraba.

La pared de la ERA, la impenetrable, impermeable y desconcertante barrera que definía los límites de la ERA, brillaba de manera casi imperceptible. Ni siquiera era un brillo, en realidad, sino un indicio de translucidez. Era gris y lisa.

Una hoguera pequeña ardía en la playa y proyectaba una débil luz naranja sobre un circulito de arena, rocas y agua.

Nadie se percató de que Sam se acercaba. Así que le dio tiempo a identificar a la mayoría de la media docena de chavales que había ahí afuera. Francis, Cigar, D-Con, otros tantos más y la propia Orsay.

—He visto algo... —empezó Orsay.

—¡Háblame de mi madre! —gritó alguien.

Orsay alzó una mano, con un gesto tranquilizador.

—Por favor. Haré lo posible por contactar con vuestros seres queridos.

—No es un teléfono móvil —le espetó una chica morena a su lado—. A la profetisa le resulta muy doloroso entrar en contacto con la barrera. Dadle un poco de tranquilidad. Y escuchad lo que dice.

Sam entrecerró los ojos para poder identificar a la chica morena a la luz parpadeante de la hoguera. ¿Era una amiga de Orsay? Sam creía que conocía a todos los chavales de la ERA.

—Vuelve a empezar, profetisa —le pidió la chica morena.

—Gracias, Nerezza —dijo Orsay.

Sam meneó la cabeza, perplejo. No sabía que Orsay andaba haciendo esas cosas, ni que tuviera su propia representante. Y no la reconocía, a esa chica llamada Nerezza.

—He visto algo... —empezó a decir Orsay otra vez, y titubeó como si esperara que la interrumpieran—... una visión.

Sus palabras provocaron un murmullo. O puede que fuera solamente el susurro del agua en la arena.

—En mi visión he visto a todos los niños de la ERA, los mayores y también los más jóvenes. Los he visto en lo alto del acantilado.

Todos se volvieron para alzar la vista hacia el acantilado. Sam se agachó, y

se sintió como un idiota: en la oscuridad no podían verlo.

—Los niños de la ERA, prisioneros de la ERA, miraban hacia el sol que se ponía. Un atardecer precioso. El más rojo e intenso que he visto en mi vida. —Parecía hipnotizada por aquella visión—. Un atardecer muy rojo.

Toda la atención volvía a estar centrada en Orsay. No se oía ni un ruido procedente del grupito.

—Un atardecer rojo. Todos los niños miraban hacia ese sol rojo. Pero detrás de ellos había un diablo. Un demonio. —Orsay se estremeció como si no pudiera mirar a la criatura—. Entonces, los niños se daban cuenta de que en el sol rojo estaban todos sus seres queridos, con los brazos extendidos. Sus madres y padres. Y todos unidos, todos llenos de amor y añoranza. Esperando ansiosos que sus hijos volvieran a casa.

—Gracias, profetisa —dijo Nerezza.

—Esperan... —añadió Orsay, y alzó una mano, agitándola hacia la barrera, dando vueltas—. Justo detrás del muro. Justo después del atardecer.

Y cayó sentada, como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Y se quedó un rato así, desmadejada, con las manos abiertas, las palmas sobre el regazo y la cabeza inclinada. Hasta que se despertó, sonriendo débilmente.

—Estoy lista —dijo.

Entonces apoyó la mano contra la pared de la ERA. Sam se estremeció. Sabía por experiencia propia cuán doloroso podía resultar. Era como agarrar un cable pelado. No te hacía daño, pero parecía que te lo hiciera.

La cara estrecha de Orsay se contrajo de dolor. Pero al hablar su voz sonó clara y apacible. Como si estuviera leyendo un poema.

—Sueña contigo, Bradley —dijo.

Bradley era el nombre real de Cigar.

—Sueña contigo... estáis en Knott's Berry Farm. Tienes miedo de subirte a la atracción... ella recuerda cómo intentaste hacerte el valiente... Tu madre te echa de menos...

Cigar gimoteó. Llevaba un arma diseñada por él mismo, un sable de luz de plástico con cuchillas de doble filo encajadas en el extremo. Y el pelo atado en una coleta con una goma elástica.

—Ella... ella sabe que estás aquí... ella sabe... quiere que vayas con ella...

—No puedo —gimió Cigar, y la ayudante de Orsay, quienquiera que fuera, le pasó el brazo por los hombros para consolarlo.

—...cuando llegue el momento —añadió Orsay.

—¿Cuándo? —sollozó Cigar.

—Sueña con que pronto estarás con ella... ella sueña... solo tres días, ella ya lo sabe, está segura de ello... —La voz de Orsay había adoptado un tono casi extático. Mareante—. Ha visto que otros lo han hecho.

—¿El qué? —preguntó Francis.

—... que otros han reaparecido —continuó Orsay, que ahora hablaba como en sueños, como si se durmiera—. Las vio en la tele. A las gemelas, a esas dos chicas, Anna y Emma... las vio... dan entrevistas y cuentan...

De repente, Orsay apartó la mano de la pared de la ERA como si acabara de notar el dolor.

Aún no habían visto a Sam. El chico dudó. Tenía que averiguar de qué iba todo aquello. Pero se sentía raro, como si se hubiera entrometido en el instante sagrado de otra persona. Como si se hubiera colado en una misa.

Retrocedió hacia las sombras más profundas del acantilado, procurando que no lo oyeran por encima del leve susurro del agua.

—Eso es todo por esta noche —concluyó Orsay, y dejó caer la cabeza.

—Pero yo quiero saber qué ha pasado con mi padre —la apremió D-Con—. Dijiste que podrías hacerlo esta noche. ¡Me toca a mí!

—Está cansada. —La ayudante de Orsay se mostró firme—. ¿No sabes cuánto le cuesta?

—Mi padre debe de estar ahí fuera intentando hablar conmigo —gimió D-Con, señalando un punto específico de la barrera de la ERA como si pudiera ver a su padre ahí mismo, a través del cristal esmerilado—. Probablemente está justo fuera del muro. Probablemente... —Ya no pudo continuar, se ahogaba, y entonces Nerezza lo atrajo hacia ella como había hecho con Cigar, confortándolo.

—Están todos esperando —insistió Orsay—. Están todos ahí fuera. Detrás del muro. Hay tantos... tantos...

—La profetisa volverá a intentarlo mañana —comentó la ayudante, e hizo que D-Con se pusiera en pie—. ¡Vamos ahora, todos, vamos, vamos!

El grupo se puso en pie reticente, y Sam se dio cuenta de que no tardarían en dirigirse hacia donde él estaba. La hoguera se apagó, salpicando una lluvia de chispas.

Sam retrocedió hasta una grieta. No había ni un centímetro de aquella playa y del acantilado que no conociera. Esperó y observó mientras Francis, Cigar, D-Con y los demás subían por el sendero y se alejaban adentrándose en la noche.

Una Orsay obviamente cansada bajó de la roca. Al pasar cogidas del brazo, aunque la ayudante cargaba todo el peso de Orsay, la chica se detuvo y miró directamente hacia Sam, aunque él sabía que no podía verlo.

—He soñado con ella, Sam —murmuró Orsay—. He soñado con ella.

Sam tenía la boca seca y tragó con sumo esfuerzo. No quería preguntarle, pero no pudo resistirlo.

—¿Con mi madre?

—Ella sueña contigo... y dice... dice... —Orsay flaqueó, hasta casi caer de rodillas, y su ayudante la sostuvo.

—Dice... déjalos ir, Sam. Deja que se vayan cuando llegue el momento.

—¿Qué?

—Sam, llega un momento en que el mundo ya no necesita héroes. Y entonces el auténtico héroe sabe que debe apartarse.

DOS

66 HORAS, 47 MINUTOS

Duérmete, no llores, duérmete, niñito. Que al despertar tendrás ponis muy bonitos...

DEREK PENSÓ QUE siempre debió de ser una canción de cuna bonita. Incluso cuando la gente normal la cantaba, era bonita. Puede que incluso les hiciera llorar.

Pero la hermana de Derek, Jill, no era una persona normal.

A veces, las canciones bonitas hacen que una persona salga de sí misma y se transporte a un lugar mágico. Pero cuando Jill cantaba, lo que ocurría en realidad no era por la canción. Podría cantar la guía telefónica. Podría cantar la lista de la compra. Cantara lo que cantara, fueran cuales fueran las palabras de la canción, resultaba tan hermoso, tan tremendamente encantador que nadie podía escucharla sin emocionarse.

Derek quería irse a dormir.

Quería tener *ponis* muy bonitos.

Mientras Jill cantaba, era lo único que quería. Lo único que había querido en toda su vida.

Derek se había asegurado de que las ventanas estuvieran cerradas. Porque, cuando Jill cantaba, todas las personas que la oían se acercaban a escuchar. No podían evitarlo.

Al principio, ninguno de los dos entendía lo que ocurría. Jill no tenía más que nueve años, no era cantante profesional ni nada. Pero un día de la semana anterior empezó a cantar. Una tontería, recordaba Derek. La canción de *Padrinos mágicos*.

Derek tuvo que pararse en seco. No podía moverse. No podía dejar de escuchar. Sonrió al oír la lista de deseos que Timmy declamó a toda velocidad, y deseó cada una de esas cosas para sí mismo. Él también quería padrinos mágicos. Y cuando por fin Jill volvió a quedarse en silencio, fue como si despertara del sueño más perfecto y se encontrara en la realidad gris y horrible.

Derek tardó más de un día en entender que no se trataba de un talento corriente. Tenía que aceptar el hecho de que su hermana era una rara.

Fue un descubrimiento aterrador. Derek era un normal. Los raros —la gente como Dekka, Brianna, Orc y sobre todo Sam Temple— le asustaban. Con sus poderes podían hacer lo que quisieran. Nadie podía detenerlos.

En general, los raros se portaban bien. En general, utilizaban sus poderes para hacer cosas que había que hacer. Pero Derek había visto a Sam Temple en plena pelea. Sam contra otro megarraro, Caine Soren. Destruyeron gran parte de la plaza de la ciudad intentando matarse el uno al otro. Derek se acurrucó y se escondió lo mejor que pudo mientras duró aquella batalla.

Todo el mundo sabía que los raros pensaban que eran especiales. Todo el mundo sabía que conseguían la mejor comida. Nunca veías a un raro tener que comer carne de rata. Nunca veías a un raro comer insectos. Unas semanas atrás, cuando pasaron más hambre, Derek y Jill lo hicieron. Atraparon y se comieron unos saltamontes.

Pero ¿y los raros? Nunca tenían que rebajarse tanto. Todo el mundo lo sabía. Al menos eso era lo que decía Zil.

¿Y por qué iba a mentir?

Y ahora la propia hermanita de Derek era uno de ellos. Una mutante. Una rara.

Pero cuando cantaba... cuando cantaba, Derek ya no se encontraba en la oscura y terrible ERA. Cuando Jill cantaba, el sol brillaba y la hierba era verde y soplabla una brisa fresca. Cuando Jill cantaba, su madre y su padre estaban ahí,

junto con todos los demás que habían desaparecido.

Cuando Jill cantaba, la realidad pesadillesca de la vida en la ERA se desvanecía y era sustituida por la canción, la canción, la canción...

Derek se encontraba en ese lugar ahora, alzándose con alas mágicas hacia el cielo.

Cuando me muera, aleluya, poco a poco...

Derek sabía que era una canción sobre la muerte. Pero era tan bonita cuando Jill la cantaba... Le traspasaba el corazón.

Oh, qué feliz estaré cuando nos encontremos...

Ay, qué feliz, aunque estuvieran sentados a oscuras en una casa llena de recuerdos tristes.

El rayo de luz los sorprendió.

Jill dejó de cantar. El silencio resultó devastador.

El rayo de luz brilló a través de las cortinas de gasa y recorrió jugueteando la habitación hasta que halló el rostro de Derek. Entonces se puso a girar hasta que iluminó la cara pecosa de Jill y le empañó los ojos azules.

La puerta de entrada de la casa se abrió de golpe con un estrépito. El picaporte se hizo añicos.

Los intrusos no dijeron nada al irrumpir. Eran cinco chicos con bates de béisbol y desmontadores de neumáticos. Llevaban máscaras de Halloween y medias que les tapaban la cara.

Pero Derek sabía quiénes eran.

—¡No, no! —gritó.

Los cinco chavales llevaban orejeras grandes de tirador. No podían oírlo. Pero lo más importante es que no podían oír a Jill.

Uno de los chicos se quedó en la puerta. Estaba al mando. Era un alfeñique

llamado Hank. La media que llevaba metida por la cara le aplastaba los rasgos como si fueran de plastilina, pero solo podía ser Hank.

Uno de los chicos, gordo pero de movimientos rápidos, que llevaba una máscara de conejo de Pascua, se acercó hasta Derek y le golpeó en la barriga con su bate de béisbol de aluminio.

Derek cayó de rodillas.

Otro chico agarró a Jill, tapándole la boca con la mano. Alguien sacó un rollo de cinta adhesiva.

Jill gritó. Derek trató de ponerse en pie, pero el golpe en la barriga lo había dejado sin aliento. Trató de incorporarse, pero el chico gordo lo empujó otra vez.

—No seas idiota, Derek. No te buscamos a ti.

La cinta daba vueltas y vueltas alrededor de la boca de Jill. Los iluminaba la luz de una linterna. Derek veía los ojos de Jill, aterrorizados. Suplicando en silencio a su hermano mayor que la salvara.

Cuando acabaron de taponarle la boca, los matones se quitaron las orejeras.

Hank dio un paso adelante.

—Derek, Derek, Derek —dijo Hank, meneando la cabeza lentamente, con pesar—. Sabes que no debes...

—Dejadla en paz —logró decir Derek entrecortadamente, agarrándose la barriga, esforzándose por no vomitar.

—Es una rara —afirmó Hank.

—Es mi hermanita. Esta es nuestra casa.

—Es una rara —insistió Hank—. Y esta casa está al este de First Avenue. Esta es una zona libre de raros.

—Tío, vamos —suplicó Derek—. No hace daño a nadie.

—No es por eso —intervino un chaval llamado Turk. Tenía una pierna floja,

una cojera por la que resultaba imposible no reconocerlo—. Los raros con los raros, y los normales con los normales. Así es como tiene que ser...

—Lo único que hace...

La bofetada de Hank le dolió.

—Cállate, traidor. Al normal que defiende a un raro se le trata como a un raro. ¿Eso quieres?

—Además —añadió el chico gordo entre risitas—, no nos vamos a pasar con ella. La vamos a arreglar para que no pueda volver a cantar. O hablar. No sé si me sigues...

Sacó un cuchillo de una funda que llevaba en la parte inferior de la espalda.

—¿Lo entiendes, Derek? ¿Lo entiendes?

Derek dejó de resistirse.

—El líder ha mostrado compasión —continuó Turk—, pero el líder no es débil. O sea, que o esta rara se va al oeste, cruza la frontera ahora mismo, o... —Y dejó que su amenaza flotara en el aire.

Las lágrimas de Jill fluían copiosamente. Apenas podía respirar porque le goteaba la nariz. Derek lo veía en cómo aspiraba la cinta en la boca, buscando aire. Se ahogaría si no la soltaban pronto.

—Al menos dejadme que vaya a buscar su muñeca —dijo Derek.

—Se trata de Panda.

Caine se levantó entre capas de sueños y pesadillas, como si se abriera paso a través de unas cortinas gruesas que le cubrían brazos y piernas y hacían que cada movimiento resultara agotador. Parpadeó. Aún estaba oscuro. Era de noche.

No sabía de dónde procedía la voz, pero la reconoció de todos modos.

Aunque hubiera luz, es posible que no viera al chaval que tenía el poder de desvanecerse hasta casi desaparecer.

—Bug, ¿por qué me molestas?

—Se trata de Panda, creo que está muerto.

—¿Has comprobado si respira? ¿Le has escuchado el corazón? —Entonces se le ocurrió otra cosa—. ¿Por qué me despiertas para decirme que se ha muerto alguien?

Bug no contestó. Caine esperó, pero Bug aún no podía decirlo en voz alta.

—Haz lo que tengas que hacer —acabó diciendo Caine.

—No podemos subirlo. No solo se ha muerto. Se ha metido en el coche, ¿vale? El verde.

Caine meneó la cabeza, intentando despertarse del todo, luchando por volver a estar plenamente consciente. Pero las capas de sueños y pesadillas, y el recuerdo también, persistían en él, le confundían el cerebro.

—Ese coche no tiene gasolina —comentó Caine.

—Lo ha empujado hasta que se ha puesto a rodar —explicó Bug—. Y entonces ha saltado dentro. Se ha deslizado por la carretera. Hasta llegar a la curva.

—Allí hay una barandilla —señaló Caine.

—La ha atravesado. Pom. Pom, pom hasta abajo. Y hay un buen trecho hasta abajo. Penny y yo hemos bajado, y hay un buen trecho.

Caine quería que dejara de hablar. No quería oír lo que venía a continuación. Panda no estaba mal. No era un chaval horrible. No era como algunos de los pocos seguidores que le quedaban a Caine.

Puede que eso explicara por qué se había despeñado con un coche.

—Sea como sea, está totalmente muerto —acabó Bug—. Penny y yo lo hemos sacado. Pero no podemos subirlo por el precipicio.

Caine se puso en pie. Le temblaban las piernas, su estómago era como un agujero negro, y tenía la mente repleta de oscuridad.

—Guíame —indicó.

Salieron para adentrarse en la noche. Sus pies aplastaban la grava salpicada por hierbas altas. «Pobre Coates Academy», pensó Caine. En los viejos tiempos siempre estaba tan bien cuidada... Al director no le habría hecho ninguna gracia el agujero enorme de una explosión en la fachada del edificio, o la basura esparcida por aquí y por allá en la hierba demasiado crecida.

No tuvieron que andar mucho. Caine no hablaba. A veces utilizaba a Bug, Bug era útil. Pero aquel chungo no era precisamente su amigo.

Bajo la luz perlada de las estrellas no costaba ver por dónde se había roto la barandilla. Formaba una especie de lazo de acero, cortado y luego medio enroscado, que colgaba por el precipicio.

Caine miró a través de la oscuridad. Vio el coche. Estaba boca abajo. Una de las puertas estaba abierta.

Tardó unos minutos en localizar el cuerpo.

Caine suspiró y alzó las manos. Casi no podía alcanzarlo, así que Panda no salió volando por los aires. Primero parecía que se arrastrara y se deslizara por el suelo. Como si un depredador invisible se lo llevara hacia su madriguera.

Pero entonces Caine consiguió «agarrarlo» mejor, y Panda se alzó del suelo. Estaba de espaldas, mirando hacia las estrellas irreales, con los ojos aún abiertos.

Caine hizo levitar al chico desde donde había chocado, arriba y arriba hasta depositarlo tan delicadamente como pudo. Panda yacía ahora en la carretera.

Sin mediar palabra, Caine empezó a caminar de vuelta a Coates.

—¿No me vas a ayudar a cargar con él? —protestó Bug.

—Coge una carretilla —replicó Caine—. Carga tu propia carne.

TRES

63 HORAS, 31 MINUTOS

EL LÁTIGO CAYÓ.

Estaba hecho de carne, pero en su pesadilla era una serpiente, una pitón que se contorsionaba y le cortaba la carne de brazos, espalda y pecho.

El dolor era demasiado terrible para soportarlo. Pero tenía que hacerlo.

Le suplicó que lo matara. Sam Temple suplicó morir. Suplicó al psicópata que lo matara, que le concediera el único alivio posible.

Pero no murió. Aguantó.

Dolor. Una palabra demasiado pequeña. Dolor y humillación horrible.

Y el látigo no dejaba de caer, una y otra vez, y Drake Merwin se reía.

Sam se despertó. Las sábanas estaban revueltas y empapadas de sudor.

La pesadilla no le abandonaba. Aunque Drake estuviera muerto y enterrado bajo una montaña de piedras, controlaba a Sam con su mano de látigo.

—¿Estás bien?

Era Astrid. Casi invisible en la oscuridad. La debilísima luz de las estrellas apenas se filtraba a través de la ventana y la enmarcaba en el umbral de la puerta donde se encontraba.

Pero él conocía muy bien su aspecto. Era hermosa. Tenía ojos azules inteligentes y compasivos. El pelo rubio ralo y desgredado: también se acababa de levantar de la cama.

Sam se la imaginaba con suma facilidad. Con más detalle que en la vida real. Se la imaginaba cuando yacía solo en su cama. Demasiado a menudo y durante demasiado rato. Demasiadas noches.

—Estoy bien —mintió Sam.

—Tenías una pesadilla. —No era una pregunta.

Astrid entró. Sam oyó el roce de su camisón. Sintió su calor cuando se sentó en el borde de la cama.

—¿Otra vez? —preguntó la chica.

—Sí. Ya se está volviendo aburrido —bromeó Sam—. Ya sé cómo termina.

—Termina contigo sano y salvo —añadió Astrid.

Sam no dijo nada. Así terminó: había sobrevivido. Sí, estaba vivo. Pero ¿sano y salvo?

—Vuélvete a dormir, Astrid —le pidió.

Astrid fue a tocarlo y buscó un poco a tientas, incapaz de encontrar su cara. Pero entonces sus dedos rozaron la mejilla del chico. Él se apartó. No quería que notara que estaba húmeda. Pero ella no le dejaba apartar la mano.

—No —susurró Sam—. Así se vuelve más duro...

—¿Me tomas el pelo?

Sam se rio. La tensión se rompió.

—Bueno, no a propósito...

—No es que no quiera, Sam —Astrid se inclinó y lo besó en la boca.

Él la apartó.

—Intentas distraerme. Que piense en otra cosa.

—¿Y funciona?

—Sí, yo diría que mucho, Astrid.

—Pues es hora de irme. —La chica se puso en pie y Sam oyó que se apartaba.

Sam se levantó de la cama y sus pies tocaron el suelo frío.

—Tengo que hacer una ronda.

Astrid se detuvo en la puerta.

—Sam, te he oído entrar hace dos horas. Casi no has dormido. Y amanecerá dentro de un par de horas más. La ciudad sobrevivirá ese rato sin ti. Los chicos de Edilio están de guardia.

Sam se puso unos tejanos y se subió la cremallera. Pensó en contarle lo de Orsay, lo de aquella última locura. Pero ya tendría tiempo de hacerlo más adelante. No había prisa.

—Hay cosas que los chicos de Edilio no pueden manejar —insistió Sam.

—¿A Zil? —La calidez en la voz de Astrid se estaba agotando rápidamente—. Sam, desprecio a Zil tanto como tú. Pero aún no puedes encargarte de él. Necesitamos un sistema. Básicamente, Zil es un criminal, y necesitamos un sistema.

—Es un chungo y un gamberro, y, hasta que se te ocurra ese gran sistema, alguien tiene que vigilarlo —replicó Sam. Pero antes de que Astrid pudiera reaccionar enfadada ante su tono de voz, añadió—: Perdóname. No quería tomarla contigo.

Astrid volvió a entrar en la habitación. Sam esperaba que fuera porque le atraía demasiado como para marcharse, pero no era por eso. Apenas la veía, pero oía y notaba que estaba muy cerca.

—Sam, escúchame. Ya no recaer todo sobre tus espaldas.

—¿Sabes?, me parece recordar una época en la que estabas totalmente a favor de que me hiciera responsable —replicó otra vez Sam, y se metió una camiseta por la cabeza. Estaba rígida por la sal y olía a marea baja. Eso era lo que pasaba cuando lavabas la ropa con agua salada.

—Es verdad. Eres un héroe. Sin duda eres el mayor héroe que tenemos. Pero, Sam, vamos a necesitar más a largo plazo. Necesitamos leyes y necesitamos gente que haga que se cumplan. No necesitamos... —Se detuvo justo a tiempo.

Sam puso mala cara.

—¿Un jefe? Oye, pues resulta difícil adaptarse tan rápido. Estaba yo solo, concentrado en mis cosas, y entonces llegó la ERA y de repente todo el mundo me decía que me encargara de todo, y ahora lo único que quieres es que me aparte.

Volvió a recordar las palabras de Orsay, procedentes de los recovecos de su memoria borrosa y adormilada. «El auténtico héroe sabe cuándo debe apartarse». Aunque puede que fuera Astrid quien le dijera eso.

—Quiero que vuelvas a la cama, eso es todo —insistió Astrid.

—Sé cómo puedes hacer que vuelva a la cama —le provocó el chico.

Astrid lo apartó un poco, juguetona, poniéndole la palma de la mano sobre el pecho.

—Buen intento.

—La verdad es que igualmente no me puedo volver a dormir. Más vale que dé otro paseo.

—Vale, pero intenta no matar a nadie —le pidió Astrid.

Se lo dijo en broma, pero a Sam le preocupó. ¿Eso era lo que pensaba de él? No, no, no era más que una broma.

—Te quiero —dijo él al dirigirse hacia las escaleras.

—Yo también —añadió ella.

Dekka nunca recordaba los sueños. Estaba segura de que soñaba porque a veces se despertaba con una sombra en la mente. Pero nunca recordaba bien los detalles. Debía de tener sueños o pesadillas, pues dicen que todos sueñan, incluso los perros, pero lo único que Dekka retenía era una sensación de aprensión.

Todos sus sueños —y pesadillas— estaban en el mundo real.

Los padres de Dekka la mandaron a estudiar fuera, a Coates Academy, un internado para chicos problemáticos. En el caso de Dekka, el «problema» no fue los escasos incidentes en los que se había visto involucrada por mal comportamiento. Ni alguna que otra pelea, pues Dekka tenía la costumbre de defender a chicas que no tenían quien las defendiera, lo que a veces derivaba en un enfrentamiento. Nueve de cada diez veces las peleas no llegaban a nada. Dekka era grande, fuerte y no tenía miedo, así que los matones encontraban excusas para retirarse al percatarse de que Dekka no lo haría. Pero en media docena de ocasiones, habían llegado a pegarse.

Dekka ganó en algunos casos y perdió en otros.

Pero las peleas no fueron el problema para sus padres. Los padres de Dekka le habían enseñado a defenderse. El problema fue un beso. Un profesor la vio besar a una chica y llamó a sus padres. Ni siquiera fue en el colegio. Fue en el aparcamiento fuera de un restaurante Claim Jumper.

Dekka recordaba cada detalle de aquel beso. Fue el primero. La asustó como nada la había asustado antes. Y más adelante, cuando recuperó el aliento, la excitó como nada la había excitado antes.

Sus padres se molestaron. Y eso por no decir algo peor. Sobre todo cuando Dekka mencionó la palabra «lesbiana» por primera vez. Su padre se negaba a tener una hija lesbiana. Y fue mucho más burdo aún. La abofeteó, fuerte, dos veces. Su madre se quedó ahí, vacilando, sin hacer nada, sin decir nada.

Así que la mandaron a Coates con otros estudiantes, que iban desde chavales decentes cuyos padres querían librarse de ellos hasta el brillante y manipulador matón llamado Caine y su horrible secuaz, Drake.

Sus padres se imaginaban que la someterían a una disciplina constante. A fin de cuentas, Coates tenía fama de arreglar a los chavales estropeados. Y parte de

Dekka deseaba que la «arreglaran» porque así su vida sería mucho más fácil. Pero no había elegido ser quien era, como tampoco había elegido ser negra. No había «arreglo» para ella.

Pero en Coates Dekka conoció a Brianna. Y la idea de cambiar, de volverse «normal», se evaporó.

Se enamoró de Brianna a primera vista. Aun entonces, mucho antes de que Brianna se convirtiera en «la Brisa», tenía una chulería y un estilo que a Dekka le resultaban irresistibles. Nunca se lo había dicho a Brianna. Y probablemente nunca lo haría.

Mientras que Dekka era pesimista e introvertida, Brianna era escandalosa, desenvuelta e imprudente. Dekka buscó alguna prueba de que Brianna también pudiera ser lesbiana. Pero, siendo sincera, Dekka tuvo que admitir que no lo era.

Pero el amor no era racional. El amor no tenía que tener sentido. Ni tampoco la esperanza. Así que Dekka se aferraba a su amor y a su esperanza.

¿Acaso soñaba con Brianna? Pues no lo sabía. Y probablemente no quería saberlo.

Se levantó de la cama y se puso en pie. Estaba oscurísimo. Se acercó a tuestas hasta la ventana y apartó las persianas. Aún quedaba, por lo menos, una hora para el amanecer. No tenía reloj. ¿Para qué?

Miró hacia la playa. Apenas veía la arena y la fosforescencia débil del borde del agua.

Dekka cogió el libro que estaba leyendo, *La costa desconocida*. Formaba parte de una serie de libros sobre el mar que había encontrado en la casa. Era una elección inusual, pero le resultaba extrañamente tranquilizador habitar un mundo muy distinto durante un rato cada día.

Se lo llevó al piso de abajo hasta la única luz de la casa. La luz era una bolita que flotaba en el aire de su sala de estar. Un sol de Sammy, como la llamaban los niños. Sam la había hecho para ella, empleando el extraño poder que tenía. Iluminaba día y noche. No era caliente al tacto, no tenía alambre ni ninguna otra fuente de energía. Sencillamente iluminaba como una bombilla ingravida. Era magia. Pero la magia ya era algo habitual en la ERA. Dekka también tenía la suya.

La chica rebuscó en el aparador y encontró una alcachofa fría hervida. Tenían que comer muchas alcachofas en la ERA. No era precisamente como comer beicon y huevos y patatas doradas con cebolla, pero sí mucho mejor que la alternativa: morir de hambre. El suministro de comida en la ERA —la mordazmente denominada Espacio Radioactivo Adolescente— era escaso, generalmente desagradable y, en ocasiones, te ponía literalmente enfermo, pero Dekka había pasado hambre durante tanto tiempo en los meses pasados, que una alcachofa para desayunar ya le parecía bien.

En cualquier caso, había perdido algo de peso, y le parecía que eso debía de ser bueno.

Sintió más que oyó una ráfaga de aire. La puerta se abrió de golpe, y oyó un ruido al tiempo que llegó Brianna, y se paró temblando en mitad de la habitación.

—¡Jack está echando un pulmón! ¡Necesito un medicamento para la tos!

—¡Hola, Brianna! —dijo Dekka—. Oye, que estamos en mitad de la noche.

—Me da igual. Bonito pijama, por cierto. ¿De dónde lo has sacado, de la tienda para camioneros juveniles?

—Es cómodo —replicó Dekka suavemente.

—Ya. Cabes tú y doce amigos tuyos dentro. Al contrario que yo, tú tienes curvas... tendrías que estar orgullosa, solo te digo eso.

—¿Jack está enfermo? —le recordó Dekka, ocultando una sonrisa.

—Ah, sí. Tose. Le duele y se queja de todo.

Dekka reprimió los celos que sentía porque Brianna se preocupara por un chico enfermo. Y encima por Jack el del ordenador. Jack el del ordenador era un genio tecnológico, quien, por lo que Dekka sabía, carecía absolutamente de moralidad. Si le ponías un teclado delante hacía lo que te diera la gana.

—Suena a que tiene gripe —opinó Dekka.

—Pues vale —dijo Brianna—. No he dicho que tuviera ántrax ni la peste negra ni nada parecido. Pero es que no lo pillas: si Jack tose, se dobla en dos, ¿vale? Y entonces da una patada o le da un golpe a la cama, ¿vale?

—Ah... —Para su desgracia, Jack había desarrollado un poder mutante. Tenía la fuerza de diez hombres adultos.

—¡Me ha roto la cama!

—¿Está en tu cama?

—No quería destrozarse ninguno de sus malditos ordenadores en su maldita casa. Así que ha venido a la mía. Y ahora me la destroza. Mira, este es mi plan: te vienes, ¿vale? Y lo haces levitar, ¿vale? Si está en el aire, no puede hacer ningún daño.

Dekka miró detenidamente a Brianna.

—Estás como una cabra, ya lo sabes, ¿no? Si algo nos sobra son casas. Mételo en algún sitio vacío.

—¿Eh? —Brianna se quedó un poco tristonada—. Ah, ya...

—A no ser que quieras que vaya contigo y te haga compañía —añadió Dekka. Detestaba el tono esperanzado de su propia voz.

—Noo, eso ya irá bien. Vuélvete a la cama.

—¿Quieres ir a buscar el medicamento para la tos arriba?

Brianna sostuvo en lo alto media botella de un líquido rojo.

—Ya lo he hecho. Mientras hablabas. Decías algo. Gracias.

—Vale. —Dekka no pudo ocultar del todo su decepción porque Brianna hubiera rechazado su propuesta de ayudarla. Pero Brianna tampoco se dio cuenta—. La gripe suele desaparecer al cabo de una semana o así. Si no es de las que duran veinticuatro horas. Sea como sea, Jack no se morirá de eso.

—Ya... vale. Hasta luego —dijo Brianna. Y desapareció. La puerta se cerró de golpe.

—Claro que a veces la gripe puede ser fatal —comentó Dekka al vacío—. La esperanza es lo último que se pierde.

CUATRO

62 HORAS, 33 MINUTOS

LE LLEVARON UNA pierna. Una pantorrilla, concretamente. A fin de cuentas, Caine seguía siendo el líder de la tribu menguante de chavales de Coates. Que ahora, con la muerte de Panda, se había reducido a quince miembros.

Bug encontró una carretilla y cargó a Panda hasta la escuela. Con la ayuda de otros hizo una hoguera con ramas caídas y unos cuantos escritorios.

El olor los mantuvo despiertos durante el resto de la noche.

Y al llegar el amanecer, cuando todos tenían las caras manchadas de grasa, le llevaron una pierna. A Caine le pareció que era la izquierda. Como muestra de respeto. Y señal de que deseaban, aunque no lo habían dicho, que fuera cómplice de su crimen.

En cuanto Bug se marchó, Caine empezó a temblar.

El hambre era una fuerza muy poderosa. Pero también lo eran la humillación y la rabia.

En Perdido Beach los chavales tenían comida. Puede que no mucha, pero Caine sabía que ya no corrían el riesgo de morirse de hambre. Aunque no comieran bien, en Perdido Beach comían mucho mejor que los chavales de Coates.

Todos los que podían desertar de Coates ya lo habían hecho. Los que quedaban eran niños con demasiados problemas y las manos manchadas de

demasiada sangre...

En realidad solo quedaban Caine y Diana. Y una docena de chungos y perdedores. Solo una servía realmente de ayuda si había algún problema: Penny. Penny la que generaba monstruos.

Había días en los que Caine casi echaba de menos a Drake Merwin. Estaba loco de remate, era inestable, pero al menos resultaba útil en una pelea. No hacía que la gente pensara que veía monstruos, como Penny. Drake era el monstruo.

Drake no se habría quedado mirando aquella... aquella cosa que estaba encima de la mesa. Aquel objeto demasiado reconocible, chamuscado y ennegrecido. Drake no habría dudado.

Una hora más tarde, Caine encontró a Diana. Estaba sentada en una silla de su habitación, observando los primeros rayos del sol que alcanzaban las copas de los árboles. Caine se sentó en su cama. Las tablas crujieron. La figura de Diana estaba a oscuras, resultaba casi invisible bajo la luz débil, no veía más que el brillo en sus ojos y el contorno de una mejilla hueca.

A oscuras, Caine aún se imaginaba que Diana era como antes. La hermosa Diana. Pero sabía que su cabello negro y seductor estaba quebradizo y cubierto de óxido. Que tenía la piel amarillenta y áspera. Los brazos como palitos. Las piernas como alfileres inestables. Ya no parecía que tuviera catorce años, sino cuarenta.

—Tenemos que intentarlo —dijo Caine sin más preámbulos.

—Sabes que miente, Caine —susurró Diana—. Nunca ha estado en la isla.

—Lo ha leído en una revista.

Diana consiguió soltar su risa sarcástica característica.

—¿Bug se ha leído una revista? Ya... Como Bug lee mucho...

Caine no dijo nada. Se quedó quieto, intentando no pensar, no recordar. Intentando no desear que hubiera más comida.

—Tenemos que ir donde Sam —afirmó Diana—. Entregarnos. No nos matarán. Así que tendrán que alimentarnos.

—Nos matarán si nos entregamos. Puede que Sam no, pero los otros sí. Somos responsables de que se apagaran las luces. Sam no podrá detenerlos. Si no lo hacen raros como Dekka, Orc o Brianna, lo harán los gamberros de Zil.

Lo único que les quedaba en Coates era que sabían lo que ocurría en la ciudad. Bug poseía la capacidad de pasearse sin que lo vieran. Entraba y salía de Perdido Beach cada pocos días y robaba comida sobre todo para él mismo. Pero también oía lo que decían los chavales. Y se supone que leía revistas rotas que no se molestaba en llevarse a Coates.

Diana no le dijo nada. Se quedó sentada en silencio. Caine la oía respirar.

Y ella, ¿lo había hecho? ¿Había cometido también el pecado? ¿O lo estaba oliendo en él ahora y lo despreciaba por ello? ¿Quería saberlo Caine? ¿Sería capaz de olvidar más adelante que los labios de la chica hubieran comido aquella carne?

—¿Por qué seguimos adelante, Caine? —preguntó Diana—. ¿Por qué no nos quedamos tumbados y nos morimos? O tú... podrías...

Lo miró de un modo que lo puso enfermo.

—No, Diana. No. Eso no lo voy a hacer.

—Me harías un favor... —susurró Diana.

—No puedes. Aún no nos han derrotado.

—Ya, esa es una fiesta que no me gustaría perderme —se burló Diana.

—No puedes abandonarme.

—Todos te abandonamos, Caine. Todos. Si vamos a la ciudad, nos matarán uno a uno; si nos quedamos aquí, nos moriremos de hambre. O haremos puf en cuanto tengamos oportunidad.

—Te salvé la vida —añadió el chico, y se detestó por suplicar—. Yo...

—Tienes un plan... —acabó la frase Diana, muy seca. Burlándose. Era una de las cosas que le encantaban de ella, esa veta burlona y malvada.

—Sí —dijo Caine—. Sí, tengo un plan.

—Basado en una estúpida historia de Bug.

—Es lo único que tengo, Diana. Eso, y a ti.

Sam paseaba por las calles en silencio.

Estaba inquieto por su encuentro con Orsay. E inquieto, también, por su encuentro con Astrid en el dormitorio.

¿Por qué no le había contado lo de Orsay? ¿Por qué Orsay decía lo mismo que decía Astrid?

Déjalo estar, Sam. Deja de intentar serlo todo para todos. Deja de hacerte el héroe, Sam. Todo eso ya ha quedado atrás.

Tenía que contárselo a Astrid. Aunque solo fuera para que lo orientara, para que entendiera lo que había ocurrido con Orsay. Astrid lo analizaría con claridad.

Pero no era tan fácil, ¿verdad? Astrid no solo era su novia, era la jefa del Consejo del ayuntamiento. Sam tenía que informarle oficialmente de lo que descubría. Y aún se estaba acostumbrando a eso. Astrid quería leyes y sistemas y un orden lógico. Sam se había pasado meses al mando. No quería, pero lo estaba, y tenía que aceptarlo.

Y ahora ya no estaba al mando. Era liberador. Se decía a sí mismo que era liberador.

Pero también frustrante. Mientras Astrid y el resto del Consejo estaban ocupados jugando a los padres y las madres fundadores, Zil iba por ahí haciendo lo que le daba la gana.

Lo ocurrido con Orsay en la playa había afectado a Sam. ¿Acaso era posible? ¿Existía la más mínima posibilidad de que Orsay estuviera en contacto con el mundo exterior?

Su poder, la capacidad de habitar los sueños de otros, estaba fuera de toda duda. Sam la vio una vez paseándose por sus propios sueños. Y la utilizó de espía

contra su gran enemiga, la *gayáfaga*, cuando destruyeron a aquella entidad monstruosa.

Pero ¿y lo que estaba pasando ahora? Eso de que podía ver los sueños de los que estaban fuera de la ERA...

Sam se detuvo en mitad de la plaza y miró a su alrededor. No necesitaba la noche perlada para saber que las hierbas invadían lo que antes eran pequeños espacios verdes muy cuidados. Había cristales por todas partes. Las ventanas que no se rompieron durante la batalla las destrozaron los vándalos. La fuente estaba repleta de basura. Ahí fue donde los coyotes atacaron. Donde Zil intentó colgar a Hunter porque Hunter era un raro.

La iglesia estaba medio destruida. El edificio de apartamentos se había quemado. Los escaparates de las tiendas y los escalones del ayuntamiento estaban cubiertos de grafitis, algunos sin sentido, otros románticos, pero la mayoría eran mensajes de odio o furia.

Todas las ventanas estaban a oscuras. Todos los portales estaban en penumbra. El McDonald's, que había sido una especie de club regentado por Albert, estaba cerrado. Ya no había electricidad para poner música.

¿Y si fuera verdad? ¿Y si Orsay había soñado los sueños de su madre? ¿Había hablado a Sam? ¿Había visto algo en él que no había logrado ver en sí mismo?

¿Y por qué esa idea le hacía tanto daño?

Sam se dio cuenta de que era peligroso. Si otros chavales se enteraban de que Orsay decía esas cosas, ¿qué ocurriría? Si a él le preocupaba tanto...

Tendría que hablar con Orsay. Decirle que lo dejara estar. Tanto a ella como a esa ayudante suya. Pero si se lo contaba a Astrid, todo se desmadraría. Ahora mismo solo podía presionar un poco a Orsay, hacer que parara.

Se imaginaba lo que haría Astrid. No dejaría de hablar de la libertad de expresión o cualquier cosa así. O igual no, igual también vería la amenaza, pero a Astrid se le daban mejor las teorías que acercarse a la gente y decirles que pararan.

En una esquina de la plaza estaban las tumbas y sus indicadores provisionales: cruces de madera, un intento inútil de hacer una Estrella de David,

unas cuantas tablas vacías clavadas en vertical en la tierra... Alguien había volcado la mayoría de las lápidas y nadie había tenido tiempo de volver a enderezarlas.

Sam detestaba ir a las tumbas. Todos y cada uno de los chavales enterrados bajo tierra —y había muchos— significaban un fracaso personal. Chavales a quienes no había conseguido mantener con vida.

Sam pisó tierra blanda. Frunció el ceño. ¿Por qué había terrones?

El chico alzó la mano izquierda por encima de la cabeza. Se formó una bola de luz en su palma. Era una luz verdosa que oscurecía las sombras. Pero vio que la tierra estaba removida. Había tierra por todas partes, no apilada, sino como si hubieran arrojado terrones y paladas enteras.

En el centro había un agujero. Sam aumentó la intensidad de la luz y mantuvo la mano por encima del agujero. Miró dentro, dispuesto a responder si alguien atacaba. El corazón le martilleaba en el pecho.

¡Algo se movía!

Sam dio un salto hacia atrás y disparó un rayo de luz por el agujero. La luz no hizo ningún ruido, pero la tierra siseó y saltó al cristalizar.

—¡No! —gritó.

Tropezó, cayó de culo en la tierra y ya entonces supo que había cometido un error. Vio algo moverse, y cuando disparó la luz abrasadora ya sabía de qué se trataba.

Volvió arrastrándose hasta el borde del agujero. Miró dentro, e iluminó el lugar con una mano cautelosa.

La niña lo miraba, aterrorizada. Tenía el pelo sucio. La ropa llena de barro. Pero estaba viva. No quemada. Sino viva.

Una cinta le tapaba la boca. Se esforzaba por respirar. Se aferraba a una muñeca. Sus ojos azules suplicaban.

Sam se echó boca abajo, estiró los brazos y le cogió la mano extendida.

No era lo bastante fuerte para levantarla sin más. Tenía que arrastrarla y

tirar, cambiar de postura y tirar un poco más. Cuando salió del agujero la niña estaba cubierta de tierra de la cabeza a los pies. Sam estaba casi igual de sucio, y jadeaba debido al esfuerzo.

Le arrancó la cinta de la cara. No le resultó fácil. Alguien le había dado varias vueltas. La niña gritó cuando le arrancó la cinta del pelo.

—¿Quién eres? —preguntó Sam.

Percibió algo raro, y aumentó el nivel de luz. Alguien había escrito algo con rotulador permanente en la frente de la chica.

La palabra era «rara».

La palma de Sam se apagó. Lentamente, procurando no asustarla, le pasó el brazo por los hombros que subían y bajaban debido a la agitación con la que respiraba.

—Todo saldrá bien —le mintió.

—Ellos... ellos dijeron... por qué... —no pudo terminar. Se derrumbó sobre Sam, llorándole en la camisa.

—Eres Jill. Lo siento, al principio no te he reconocido.

—Jill —dijo la niña, y asintió y lloró un poco más—. No quieren que cante.

«Lo primero que hay que hacer» —se dijo Sam— «es encargarse de Zil». ¡Ya estaba bien! Tanto si a Astrid y al Consejo les gustaba como si no, había llegado la hora de encargarse de Zil.

O no.

Sam miró el agujero del que había sacado a Jill, lo vio realmente por primera vez. Era un agujero en el suelo donde no tendría que haber ninguno. Había algo... algo horrible en él.

Sam jadeó hasta tomar aire. Un escalofrío le recorrió la espalda.

El horror no era que una niña hubiera caído en un agujero. El horror era el agujero en sí.

CINCO

62 HORAS, 6 MINUTOS

SAM LLEVÓ A Jill a la guardería con Mary Terrafino. Entonces fue a buscar a Edilio, lo despertó e hizo que lo acompañara hasta la plaza. Hasta el agujero en el suelo.

Edilio se lo quedó mirando.

—Así que la chica se cayó dentro, paseando de noche —resumió Edilio. Se frotó los ojos para desembarazarse del sueño y meneó enérgicamente la cabeza.

—Sí —dijo Sam—. No hizo el agujero. Solo se cayó dentro.

—Así pues, ¿quién hizo el agujero? —preguntó Edilio.

—Tú dirás.

Edilio miró el agujero con más detenimiento. Desde que se hizo necesario por primera vez, Edilio había asumido la terrible tarea de cavar las tumbas. Se las conocía todas, sabía quién estaba en cada lugar.

—Madre de Dios —susurró Edilio. Y se santiguó sobre el pecho. Tenía los ojos muy abiertos cuando se volvió hacia Sam—. Sabes lo que parece esto, ¿verdad?

—¿Qué crees que parece?

—Es demasiado profundo para ser tan estrecho. No pueden haberlo hecho

con una pala. Tío, no lo han cavado desde aquí. Lo han cavado hacia arriba.

Sam asintió.

—Sí.

—Estás muy tranquilo —señaló Edilio, tembloroso.

—Pues no —replicó Sam—. Ha sido una noche rara. ¿Qué... quién... quién estaba enterrado aquí?

—Brittney —respondió Edilio.

—¿Así que la enterramos viva?

—No te equivoques, colega. Ha pasado más de un mes. Nada sigue vivo en la tierra durante tanto tiempo.

Estaban uno junto al otro, mirando hacia el agujero. Aquel agujero demasiado estrecho y demasiado profundo.

—Tenía aquella cosa enganchada —recordó Edilio—. No conseguimos quitársela. Creíamos que estaba muerta, así que... ¿qué más daba, no?

—Aquella cosa —dijo Sam débilmente—. Nunca supimos qué era...

—Sam, los dos sabemos lo que era.

Sam dejó caer la cabeza.

—Esto tenemos que guardárnoslo, Edilio. Si lo contamos, la ciudad entera se volverá loca. La gente ya tiene bastante con lo que hay.

Edilio parecía muy incómodo.

—Sam, ya no estamos en los viejos tiempos. Ahora tenemos un Consejo. Y se supone que tienen que saber lo que está pasando.

—Si se enteran, se enterará todo el mundo.

Edilio no dijo nada. Sabía que era verdad.

—¿Conoces a esa chica, a Orsay? —comentó entonces Sam.

—Sí, claro. Casi nos matan a la vez.

—Pues hazme un favor y vigílala.

—¿Qué pasa con Orsay?

Sam se encogió de hombros.

—Se piensa que es una especie de profeta, supongo.

—¿De profeta? ¿Quieres decir como esos tíos viejos de la Biblia?

—Actúa como si pudiera contactar con gente del otro lado. Con padres y todo.

—¿Y es verdad? —preguntó Edilio.

—Pues no lo sé, colega. Lo dudo. Quiero decir, ni de coña, ¿verdad?

—Probablemente deberías preguntarle a Astrid. Ella sabe de esta clase de cosas.

—Sí, pero prefiero esperar.

—Oye, un momento, Sam. ¿Me estás pidiendo que no se lo cuente tampoco? ¿Quieres que oculte dos cosas importantes al Consejo?

—Es por su bien —replicó Sam—. Y por el bien de todos. —Cogió a Edilio del brazo y le hizo acercarse, tras lo cual añadió en voz baja—: Edilio, ¿qué clase de experiencia tienen Astrid y Albert realmente? ¿Y John? Y ya no hablemos de Howard, que los dos sabemos que no es más que un gilipollas. Tú y yo hemos estado en todas las peleas desde que llegó la ERA. Yo quiero a Astrid, pero está tan metida en sus ideas sobre cómo tenemos que organizarlo todo que no me deja hacer lo que tengo que hacer.

—Sí, bueno, pero es que necesitamos reglas y cosas así...

—Claro que sí —reconoció Sam—. Las necesitamos. Pero, mientras, Zil se dedica a echar a los raros de sus casas, y alguien o algo acaba de salir cavando del

interior de la tierra. Tengo que poder enfrentarme a las cosas sin que todo el mundo me esté siempre vigilando.

—Colega, no mola que me cargues con esto —protestó Edilio.

Sam no respondió. No podía presionar más a Edilio. Edilio tenía razón: estaba mal pedírselo.

—Ya lo sé. Es que... mira, es temporal. Hasta que el Consejo se organice y saque todas las reglas, alguien tiene que seguir evitando que todo se desmorone, ¿vale?

Edilio acabó suspirando.

—Vale. De acuerdo. Voy a buscar un par de palas. Lo llenaremos rápido antes de que empiece a salir la gente.

Jill era demasiado mayor para la guardería. Sam lo sabía. Pero la había dejado en el regazo de Mary de todos modos.

Genial. Justo lo que Mary necesitaba: otro niño del que cuidar. Pero le costaba decir que no. Sobre todo a Sam.

Mary echó un vistazo alrededor de la guardería, agotada. Menudo lío. Tendría que reunir a Francis y a Eliza y a algunos de los demás e intentar poner orden en aquel caos. Otra vez.

Miró con amargura la lámina de plástico lechoso que cubría la pared abierta entre la guardería y la ferretería. ¿Cuántas veces Mary había pedido ayuda para arreglarlo? Habían saqueado la ferretería un montón de veces y esparcido la mayoría de las hachas, mazos y sopletes, pero aún quedaban clavos y tornillos y tachuelas desperdigados por todas partes. Tenían que vigilar a los niños constantemente porque eran capaces de gatear por debajo del plástico y terminaban pinchándose entre ellos con destornilladores y luego lloraban y se peleaban y pedían tiritas que hacía mucho tiempo que se habían agotado y...

Mary respiró hondo. El Consejo tenía mucho que hacer. Muchos problemas

a los que enfrentarse. Puede que esta no fuera su prioridad.

Mary se obligó a sonreír a la niña, que la observaba solemne y aferrada a su muñeca.

—Lo siento, cariño. ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Jill.

—Vale. Un gusto conocerte, Jill. Puedes quedarte un tiempo aquí hasta que se nos ocurra otra cosa.

—Quiero irme a casa —pidió Jill.

Mary quería decir: «Sí, es lo que todos queremos, cielo. Todos queremos irnos a casa». Pero había descubierto que la amargura, la ironía y el sarcasmo no servían de mucho al tratar con los peques.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estabas en la calle? —preguntó Mary.

Jill se encogió de hombros.

—Han dicho que tenía que irme.

—¿Quiénes?

Jill volvió a encogerse de hombros, y Mary apretó los dientes. Estaba tan harta de mostrarse comprensiva. Tan, tan harta de responsabilizarse de todos y cada uno de los niños abandonados de Perdido Beach.

—Bueno, vale, ¿sabes por qué has salido de tu casa?

—Han dicho que me... me harían daño, supongo.

Mary no sabía si debía saber más. Perdido Beach era una comunidad sumida en un estado permanente de miedo, preocupación y pérdidas. Los niños no siempre se portaban bien. Los hermanos y hermanas mayores perdían la paciencia al tratar con los peques.

Mary había visto cosas... cosas que nunca pensó que serían posibles.

—Bueno, puedes quedarte con nosotros un tiempo —la tranquilizó Mary, y le dio un abrazo—. Francis te contará las reglas, ¿vale? Es ese chaval mayor que está ahí en la esquina.

Jill se dio la vuelta, reticente, y dio un par de pasos vacilantes hacia Francis. Entonces se volvió.

—No te preocupes: no cantaré.

Por poco Mary no le responde. Pero Jill lo dijo de una manera que...

—Claro que puedes cantar —afirmó entonces Mary.

—Mejor que no.

—¿Cuál es tu canción favorita? —preguntó Mary.

Jill parecía avergonzada.

—No lo sé.

Mary insistió.

—Me gustaría oírte cantar, Jill.

Jill cantó. Un villancico.

¿Quién es este niño que descansa en el seno de María dormido? Al que un grupo de ángeles dedica dulces canciones, y de pastores queda al abrigo...

Y el mundo se detuvo.

Más tarde, Mary no sabría decir cuánto, Jill se sentó en un catre vacío, apretó la muñeca contra sí y se quedó dormida.

La habitación había enmudecido mientras cantaba. Todos los niños se quedaron inmóviles, como si estuvieran petrificados. Pero todas las miradas se iluminaron y sus bocas dibujaron medias sonrisas distraídas.

Cuando Jill dejó de cantar, Mary miró a Francis.

—¿Has...?

Francis asintió. Había lágrimas en sus ojos.

—Mary, tienes que dormir un poco, cari. Eliza y yo nos encargaremos del desayuno.

—Voy a sentarme ya, a descansar un poco los pies —dijo Mary. Pero el sueño se apoderó de ella.

Francis la despertó en lo que parecieron unos pocos minutos más tarde.

—Me tengo que ir —le dijo.

—¿Ya es la hora? —Mary meneó la cabeza para despejarse. Sus ojos no parecían querer centrarse.

—Pronto. Y tengo que despedirme antes. —Francis le puso la mano en el hombro y añadió—: eres una persona fantástica, Mary. Y otra persona fantástica ha venido a verte.

Mary se puso en pie sin entender muy bien lo que Francis quería decir. Lo único que entendió era que alguien había venido a verla.

Era Orsay. Era tan menuda y de aspecto tan frágil que a Mary le gustó instintivamente. Parecía casi uno de los niños, uno de los peques.

Francis tocó la mano de Orsay y casi pareció que inclinaba la cabeza como si rezara durante un instante.

—Profetisa... —dijo, y anunció en un tono muy formal—: Madre Mary, la profetisa...

A Mary le pareció como si fuera una reunión con el presidente o algo así.

—Orsay, por favor —pidió Orsay suavemente—. Y esta es mi amiga Nerezza.

Nerezza era muy distinta de Orsay. Tenía los ojos verdes, la piel color aceituna y el pelo negro y brillante, recogido en una especie de onda suelta a un lado. Mary no recordaba haberla visto antes. Pero Mary se pasaba la mayor parte

del día atrapada en la guardería, no socializaba mucho.

A Mary le pareció que Francis sonreía un poco nervioso.

—Feliz *recumpleaños* —le dijo Nerezza.

—Sí. Gracias —respondió Francis. Se puso derecho, asintió en dirección a Nerezza y se dirigió a Orsay—. Tengo que ver a mucha gente, y no me queda mucho tiempo. Profetisa, gracias por mostrarme el camino. —Tras decir lo cual se dio media vuelta rápidamente y se marchó.

Orsay parecía un poco enferma. Como si quisiera escupir algo. Asintió lacónicamente ante la espalda de Francis y apretó los dientes.

La expresión del rostro de Nerezza no revelaba lo que pensaba. A Mary le pareció que lo hacía a propósito, como si ocultara una emoción muy intensa.

—Hola... Orsay. —Mary ya no estaba segura de cómo llamarla. Había oído mencionar a algunos chavales que Orsay era una especie de profetisa, pero no había prestado atención al asunto. La gente decía toda clase de locuras. Aunque estaba claro que había afectado profundamente a Francis.

Orsay no parecía saber qué decir a continuación. Miró a Nerezza, que no tardó en llenar el vacío.

—La profetisa desea ayudarte, Mary.

—¿Ayudarme? —Mary se rio—. La verdad es que por una vez tengo voluntarios suficientes.

—No es eso —Nerezza la cortó, impaciente—. A la profetisa le gustaría adoptar a una niña que acaba de llegar.

—¿Perdona?

—Se llama Jill —dijo Orsay—. He soñado que...

Y a partir de ahí se apagó, como si no tuviera muy claro de qué iba el sueño. Puso mala cara.

—¿Jill? —repitió Mary—. ¿La niñita aterrorizada por Zil? Si solo lleva aquí

unas pocas horas... ¿Cómo has sabido siquiera que estaba aquí?

Nerezza intervino:

—La han echado de su casa porque era una rara. Ahora su hermano está demasiado asustado y débil para cuidar de ella. Pero es demasiado mayor para la guardería, Mary. Ya lo sabes.

—Sí —reconoció Mary—. La verdad es que es demasiado mayor.

—La profetisa cuidaría de ella. Es algo que quiere hacer.

Mary miró a Orsay buscando su confirmación. Y al cabo de unos segundos, Orsay se percató de que le tocaba hablar y dijo:

—Sí, me gustaría hacerlo.

Pero a Mary no le acababa de convencer. No sabía qué le pasaba a Orsay, pero estaba claro que Nerezza era una chica extraña, perturbadora, e incluso a Mary le parecía un poco dura.

Pero la guardería no era para niños mayores. No podía serlo. Y no era la primera vez que Mary acogía temporalmente a un niño mayor que luego encontraba otro lugar donde conseguirse alimento.

Francis parecía responder por Orsay y Nerezza. Debía de haber sido él quien habló a Orsay de Jill mientras Mary dormía.

Mary frunció el ceño preguntándose por qué Francis tenía tanta prisa por marcharse. «¿*Recumpleaños?*». ¿Y eso qué quería decir?

—Vale —acabó diciendo Mary—. Si Jill está de acuerdo, puede vivir contigo.

Orsay sonrió. Y los ojos de Nerezza brillaron de satisfacción.

Justin mojó la cama en algún momento de la noche. Como un bebé. Tenía cinco años, no era un bebé.

Pero no podía negar que lo había hecho.

Le dijo a Madre Mary y se dijo a sí mismo que no era nada, que son cosas que pasan. Pero no solía pasarle. No cuando tenía una mamá de verdad. Hacía mucho tiempo que no mojaba la cama.

Lloró cuando se lo contó a Madre Mary. No quería contárselo porque parecía como si Madre Mary se fuera a poner enferma o algo así. No era tan agradable como de costumbre. Se lo contaba a Francis cuando no le quedaba más remedio. Algunas noches no se meaba porque no bebía durante casi todo el día. Pero la noche anterior se había olvidado de no beber agua. Así que se meó, solo un poco.

Ya tenía cinco años, era mayor que casi todos los demás niños de la guardería. Pero aún mojaba la cama.

Dos niñas grandes vinieron y se llevaron a la niña que cantaba. Justin no tenía a nadie que se lo llevara.

Pero sabía dónde estaba su casa, su auténtica casa con su antigua cama. Nunca mojaba aquella cama. Pero ahora tenía una maldita cama en el suelo, que no era más que un colchón, y otros niños la pisoteaban, así que debía de ser por eso por lo que volvía a mojar la cama.

Su antigua casa no estaba muy lejos. Había ido antes. Solo para mirar y ver si era real. Porque a veces no se lo acababa de creer.

Fue a comprobar si su madre estaba allí. Pero no la vio. Y cuando abrió la puerta y entró se asustó demasiado y tuvo que volver corriendo hasta Madre Mary.

Pero ahora era mayor. Entonces solo tenía cuatro años y medio, y ahora tenía cinco. Ahora probablemente no se asustaría.

Y probablemente no se mearía en la cama si estuviera en su auténtica casa.

SEIS

57 HORAS, 17 MINUTOS

YA ERA DE día, día luminoso y despejado.

Sam y Astrid recorrieron el centro comercial. No tardaron mucho. Había un puesto de pescado, casi vacío, con solo dos pulpos pequeños, lo que debía de ser una docena de almejas y un pescado pequeño tan feo que nadie se había mostrado lo bastante valiente como para comprarlo.

El puesto de pescado era una mesa larga plegable que trajeron a rastras de la cafetería de la escuela. Había cubos de plástico alineados, de esos de plástico gris que se usaban para vaciar y dejar limpios los platos. Un letrero de cartón mustio sujeto con cinta aislante colgaba de la parte delantera. Decía: «El marisco mar-aviloso de Quinn». Y debajo, en letra más pequeña: «Una empresa de AlberCo».

—¿Qué crees que es ese pescado? —preguntó Sam a Astrid.

Ella miró detenidamente el pescado en cuestión.

—Creo que se trata de un ejemplar de *pesce incomibilis* —respondió.

—¿Ah, sí? —Sam puso cara rara—. ¿Y crees que se puede comer?

Astrid suspiró exageradamente.

—¿*Pesce incomibilis*? ¿Incomible? Es broma, bah. Intenta seguirme, Sam, te lo

he puesto muy fácil.

Sam sonrió.

—¿Sabes?, una auténtica genio habría sabido que no lo pillaría. Ergo, no eres una genio de verdad. Ja. Y he dicho «ergo».

Astrid lo miró con desdén.

—Qué impresionante, Sam. Sobre todo viniendo de un chaval que tiene veintidós acepciones para la palabra «tío».

Sam se detuvo, la cogió del brazo y le hizo dar la vuelta atrayéndola hacia él.

—Tío... —le susurró al oído.

—Vale, veintitrés —se corrigió Astrid, y se apartó—. Tengo que hacer compras. ¿Quieres comer, o quieres... tío...?

—Tío... Siempre...

Entonces la chica lo miró adoptando una expresión crítica.

—¿Me vas a explicar por qué estabas cubierto de barro esta mañana?

—He tropezado y me he caído. Cuando he visto a la chica, Jill, en la oscuridad, me he tropezado. —No era exactamente una mentira. En parte era verdad. Y le contaría toda la verdad en cuanto tuviera la ocasión de resolver aquella situación. Había sido una noche rara e inquietante: necesitaba tiempo para pensar y tramar un plan. Siempre era mejor ir al Consejo con un plan pensado; de ese modo, podrían decirle que sí sin más y dejarle continuar con él.

El centro comercial se había instalado en el patio de la escuela. De ese modo, los niños más pequeños podían ir y jugar allí mientras los mayores compraban. O cotilleaban. O se dedicaban a repasarse los unos a los otros. Sam se dio cuenta de que miraba más atento aquellos rostros. No es que esperara realmente encontrarse a Brittney paseándose por allí. Eso era una locura. Debía de haber otra explicación. Pero, en cualquier caso, andaba muy alerta.

Tendría que plantearse qué haría si realmente viera a una chica muerta paseándose por ahí. Por rara que pudiera ser la vida en la ERA, aún no se había

enfrentado a ese problema.

Sin seguir ningún orden en particular, el centro comercial estaba formado por El Marisco Mar-avilloso de Quinn; los productos alimenticios denominados Regalos del Gusano; un puesto de libros que se identificaba como El Lomo Roto; el puesto cubierto de moscas de Carnes Curiosas; Solar Total, en el que dos niños emprendedores se habían agenciado media docena de paneles solares y los utilizaban para recargar pilas, y el Mercadillo Menudo donde se intercambiaban juguetes, ropa y trastos varios.

Se había instalado una parrilla de leña un poco apartada. Podías llevarles tu pescado, carne o verduras y te los cocinaban por un módico precio. En cuanto se hacía a la brasa, prácticamente todo —venado, mapache, paloma, rata, coyote— sabía igual: a ahumado y a quemado. Pero ya no funcionaban ni las cocinas ni los microondas, y ya no quedaba aceite, ni mucho menos mantequilla, por lo que incluso los chavales que decidían cocinarse su propia comida acababan reproduciendo esa misma experiencia. La única alternativa era hervir, y las dos chavalas que regentaban ese negocio tenían una gran olla hirviendo. Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que la rata a la parrilla era mucho mejor que hervida.

El «restaurante» cambiaba de nombre cada pocos días. Ya había sido La Amiga Ahumadora, La Cocina de Perdido: no puedo creer que no sea pizza, Comer y Sorber, Trae y Pírate, El Amigo Ahumador y Le Grand Barbecue. El cartel de hoy decía «¿QCE?», y en letras más pequeñas, «¿Qué comida es?».

Los chavales se repantigaban en dos de las tres mesas de comedor desvencijadas, con las sillas reclinadas y los pies sobre las mesas. Algunos comían, otros iban a pasar el rato. Sam pensó, y no por primera vez, que parecían la versión júnior de alguna clase de película apocalíptica. Armados, vestidos con conjuntos raros rematados por extraños sombreros, con ropa de hombre, ropa de mujer, manteles a modo de capa, descalzos o con zapatos que no les ajustaban bien.

Ahora había que traer el agua para beber de la reserva medio vacía en las colinas que quedaban a las afueras de la ciudad. La gasolina estaba estrictamente racionada para que los camiones de agua pudieran seguir circulando durante tanto tiempo como fuera posible. El Consejo tenía un plan para cuando se terminara la gasolina: trasladar a todo el mundo a la reserva. Si es que aún quedaba agua.

Calcularon que les quedaban seis meses hasta que se les acabara el agua. Como la mayoría de las decisiones del Consejo, a Sam le pareció una chorrada. El

Consejo se pasaba la mitad del tiempo por lo menos imaginándose situaciones sobre las que discutían sin llegar a tomar una decisión al respecto. Prácticamente desde su aparición, se suponía que se estaban dedicando a redactar un conjunto de leyes. Sam se había esforzado al máximo por mostrarse paciente, pero, mientras ellos se entretenían y debatían, él aún tenía que mantener la paz. Ellos tenían sus reglas, y él las suyas. Y la mayoría de los chavales seguían las reglas de Sam.

El centro comercial recorría la pared occidental del gimnasio de la escuela para aprovechar la sombra. A medida que avanzaba el día y ascendía el sol, los puestos de comida se iban quedando vacíos y cerraban. Algunos días apenas había comida. Pero nadie se había muerto de hambre... no del todo.

Traían el agua en garrafas de casi cuatro kilos cada una, y la regalaban: unos cuatro litros por persona y día. Había 306 nombres en la lista del agua.

Corría el rumor de que quedaban un par de chavales en una granja a las afueras de la ciudad. Pero Sam nunca había visto pruebas de ello. Y la gente inventada no era problema suyo.

Las dieciséis personas conocidas que permanecían en la ERA estaban en la colina de Coates Academy; eran las que quedaban del grupo aislado de Caine. Lo que comieran y bebieran no era asunto de Sam.

Apartado de la pared de la escuela, bajo la sombra pequeña de una construcción temporal, había un grupo distinto trabajando. Una chavala leía cartas del tarot por un berto, que era la abreviación de Albert. El chico creó la moneda basándose en balas de oro y piezas de un juego del McDonald's. Quería llamarla de otra manera, pero nadie recordaba cómo. Así que, jugando con el nombre de Albert, se quedó como berto. Howard acuñó el nombre, claro. También se había inventando el nombre de ERA para describir el mundo raro en el que vivían.

Sam pensó que Albert estaba loco con su obsesión de crear una moneda. Pero las pruebas indicaban lo contrario: con el sistema de Albert se producía comida suficiente para que los chavales sobrevivieran. Y trabajaban muchos más chavales. Unos pocos se dedicaban a holgazanear sin más. Ya no resultaba imposible conseguir que los chavales se metieran en los campos y se deslomaran recogiendo las cosechas. Trabajaban para conseguir bertos y gastaban bertos, y al menos por ahora lo de morirse de hambre no era más que un mal recuerdo.

Pero no hacían caso a la tarotista. Nadie tenía dinero para malgastar en eso.

Un chaval tocaba una especie de guitarra mientras su hermanita tocaba un tambor profesional que habían liberado de casa de alguien. No eran buenos, pero hacían música, y en una Perdido Beach sin electricidad, sin música grabada, sin iPods ni equipos de música, donde los discos duros de los ordenadores acumulaban polvo y los reproductores de DVD estaban intactos, incluso el entretenimiento más lastimoso era bien recibido.

Mientras Sam los miraba, una niña puso un cuarto de melón en el plato de los músicos. Dejaron de tocar de inmediato, cortaron el melón a trozos y lo devoraron.

Sam sabía que había un segundo mercado, que no estaba a la vista, pero era fácil de encontrar para quienes estuvieran interesados. En ese mercado vendían alcohol y marihuana y varios productos más de contrabando. Sam había intentado detener la venta de alcohol y drogas, pero no había conseguido gran cosa. Tenía otras prioridades más apremiantes.

—Un grafiti nuevo —señaló Astrid, alzando la vista hacia la pared que había detrás de la parada de carne.

El logotipo negro y rojo formaba una P y una H toscas. La Pandilla Humana. El grupo de Zil Sperry que odiaba a los raros.

—Sí, están por toda la ciudad —comentó Sam. Sabía que no debía seguir hablando, pero lo hizo de todos modos—. Si no me tuvierais tan a raya iría al complejo ese de Zil y acabaría con esto de una vez por todas.

—¿Qué quieres decir, que lo matarías? —preguntó Astrid haciéndose la tonta.

—No, Astrid. Iría pateándole el culo hasta el ayuntamiento y lo encerraría en una habitación hasta que decida hacerse mayor.

—En otras palabras, lo meterías en prisión. Porque así lo habrías decidido. Y durante el tiempo que tú decidieras —le espetó Astrid—. Para ser un chaval que nunca quiso estar al mando, te mueres de ganas de hacer de dictador.

Sam suspiró.

—Sí, vale. Lo que tú digas. No quiero pelear.

—Oye y ¿cómo está la niña de anoche? —preguntó Astrid, cambiando de tema.

—Mary estaba cuidando de ella —Sam dudó, y miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie pudiera oírlo— y le pidió que cantara. Dice que es como si el mundo se parara cuando canta. Nadie habla, nadie se mueve, la guardería entera se quedó petrificada. Mary dice que es como si cantara un ángel. Solo para ti.

—¿Un ángel? —replicó Astrid, escéptica.

—Oye, yo pensaba que creías en los ángeles...

—Y creo. Pero no creo que esta niña sea un ángel —suspiró—. Más bien será una sirena.

Sam la miró sin comprender.

—No, no me refiero a la sirena de un coche de policía. Una sirena como en la *Odisea*. Ulises... las sirenas... Esas que cuando cantaban ningún hombre podía resistirse a ellas.

—Eso ya lo sabía...

—Ya...

—Que sí. Hicieron una parodia en *Los Simpson*.

Astrid suspiró.

—¿Por qué estoy contigo?

—¿Porque soy tremendamente atractivo?

—Eres medianamente atractivo, en realidad —se burló Astrid.

—¿Así que soy como una especie de dictador buenorro?

—No recuerdo haber dicho «buenorro».

Sam sonrió.

—No hacía falta. Se te ve en los ojos.

Se besaron. No fue un gran beso apasionado, pero sí agradable, como siempre. Alguien silbó con sorna. Alguien más gritó:

—¡Pillaos una habitación!

Sam y Astrid pasaron de todos. Ambos sabían que eran la «primera pareja» de la ERA, y que su relación era una señal de estabilidad para los chavales. Como ver a mamá y papá besarse: es un poco asqueroso, pero también tranquiliza.

—Así que, ¿qué vamos a hacer con la sirena ahora? —preguntó Astrid—. Es demasiado mayor para quedarse con Mary.

—Orsay se la llevó —explicó Sam. Esperó a ver si Astrid reaccionaba al mencionar a Orsay. Pero no. Astrid no sabía en qué andaba Orsay.

—Perdona, ¿Sam?

Sam se volvió y se encontró con Francis. No era el mejor momento para que lo interrumpieran, no cuando intentaba discutir su atractivo con Astrid.

—¿Qué pasa, Francis?

El chaval se encogió de hombros. Parecía confundido y torpe. Le extendió una mano para dársela. Sam dudó, hasta que empezó a sentirse un poco ridículo, y le dio un apretón.

—Me ha parecido que tenía que darte las gracias —dijo Francis.

—Ah... Ah, vale... guay.

—Y no te lo tomes como que es culpa tuya, ¿vale? —añadió Francis—. Y no te enfades conmigo. He intentado...

—¿De qué me estás hablando?

—Es mi cumpleaños —explicó Francis—. El gran salto.

Sam sintió que una gota de sudor le resbalaba por la espalda.

—Estás listo, ¿verdad? Quiero decir, ¿has leído la información sobre lo que tienes que hacer?

—La he leído —afirmó Francis. Pero su voz lo traicionó.

Sam le agarró el brazo.

—No, Francis, no...

—Todo saldrá bien —insistió Francis.

—No —dijo Astrid muy firme—. No querrás hacerlo.

Francis se encogió de hombros y a continuación sonrió tímidamente.

—Mi madre me necesita. Mi padre y ella acaban de romper. Y, en cualquier caso, la echo de menos.

—¿Qué quieres decir con que acaban de romper?

—Llevan mucho tiempo pensando en ello. Pero mi padre se largó la semana pasada. Y está sola, ¿vale?, así que...

—Francis, ¿de qué estás hablando? —exigió saber Astrid, irritada—. Llevamos siete meses en la ERA. No sabes qué ha pasado con tus padres.

—La profetisa me lo dijo.

—¿La *qué*? —replicó Astrid—. Francis, ¿has estado bebiendo?

Sam se quedó paralizado, incapaz de reaccionar. Al instante supo de qué iba todo aquello.

—La profetisa me lo dijo —insistió Francis—. Vio... ella sabe y me ha dicho... —Cada vez se estaba poniendo más nervioso—. Mira, no quiero que te enfades conmigo.

—Entonces deja de comportarte como un idiota —consiguió decir por fin Sam.

—Mi madre me necesita. Más que tú. Tengo que ir con ella.

—¿Y qué te hace pensar que el puf te lleva con tu madre?

—Es una puerta —explicó Francis. Se le empañaban los ojos al hablar. Ya no miraba a Sam. Estaba enfrascado en su mente, en el sonsonete de su propia voz, como si recitara algo que había oído—. Una puerta, un camino, una huida a la felicidad. No es un cumpleaños: es un *recumpless*.

—Francis, no sé quién te ha dicho eso, pero no es verdad —intervino Astrid—. Nadie sabe lo que pasa cuando saltas.

—Ella lo sabe —insistió Francis—. Me lo ha explicado.

—Francis, te digo que no lo hagas —le suplicó Sam—. Mira, sé lo de Orsay. Lo sé, ¿vale? E igual ella piensa que es verdad, pero no puedes arriesgarte.

Sintió la mirada penetrante de Astrid, pero se negó a responder a la pregunta que aún no le había formulado.

—Colega, tú eres quien manda. —Francis sonrió levemente—. Pero ni siquiera tú puedes controlar esta historia.

Francis se volvió y se marchó caminando a toda velocidad. Se detuvo pasados tres metros y medio. Mary Terrafino corría hacia él. Agitaba sus brazos flacos como palillos y gritaba:

—¡Francis, no!

Francis alzó la mano y miró su reloj. Esbozaba una sonrisa serena.

Mary lo alcanzó, lo agarró de la camisa y gritó:

—¡No abandones a esos niños! ¡No te atrevas a abandonar a esos niños! ¡Han perdido demasiado! ¡Te quieren!

Francis se quitó el reloj e hizo el gesto de dárselo a Mary.

—Es lo único que puedo darte.

—Francis, no...

Pero estaba sujetando el aire. Gritando al aire.

El reloj quedó en la hierba.

Y Francis desapareció.

SIETE

56 HORAS, 30 MINUTOS

—¿QUÉ MÁS NO nos has contado, Sam?

Astrid organizó de inmediato una reunión del Consejo. Ni siquiera le gritó en privado. Solo le lanzó una mirada envenenada y le dijo:

—Voy a convocar una reunión.

Ahora estaban sentados en la antigua sala de reuniones del alcalde. Era un lugar sombrío, ya que la única luz entraba por una ventana que quedaba en sombra. La mesa era de madera noble, las sillas grandes y lujosas. Las paredes estaban decoradas —si es que esa era la palabra adecuada— con grandes fotos enmarcadas de los anteriores alcaldes de Perdido Beach.

Sam siempre se sentía como un estúpido en aquella sala. Estaba sentado en una silla demasiado grande en un extremo de la mesa, y Astrid en el otro. La chica tenía las manos sobre la mesa, con los dedos esbeltos apoyados sobre la superficie.

Dekka estaba sentada con el ceño fruncido, irritada, aunque Sam no estaba seguro de contra quién dirigía su ánimo sombrío. Tenía un trozo de algo azul enganchado a una de sus trencitas, pero nadie era tan estúpido como para señalarlo o reírse.

Dekka era una rara, la única aparte de Sam en aquella sala. Tenía el poder de anular temporalmente la gravedad en zonas pequeñas. Sam la consideraba una aliada. Dekka no era de los que hablaban sin parar y no hacían nada.

Albert era el mejor vestido de la sala, pues llevaba un polo increíblemente limpio y en apariencia sin sal, y pantalones poco arrugados. Parecía un hombre de negocios muy joven que se hubiera pasado por allí de camino al golf.

Albert era un normal, aunque parecía tener una capacidad casi sobrenatural de organizar, de conseguir que sucedieran las cosas, de hacer negocios. Miraba a los demás con los párpados caídos, y Sam sabía que debía de ser la persona más poderosa de aquella sala. Albert, más que ningún otro, había evitado que Perdido Beach se muriera de hambre.

Edilio se hundió en su asiento, y se sujetaba la cabeza con ambas manos, sin mirar a nadie. Tenía una metralleta apoyada contra la silla, una imagen que se había vuelto demasiado habitual.

Oficialmente Edilio era el jefe de policía. Debía de ser la persona más afable, modesta y sencilla del Consejo, y se encargaba de hacer cumplir las reglas que el Consejo creara. Si es que alguna vez lograban crear alguna.

Howard era el comodín del grupo. Sam aún no entendía cómo había conseguido convencerlos para meterse en el Consejo. Nadie dudaba de que Howard fuera listo. Pero nadie pensaba que tuviera un ápice de honestidad o ética. Howard era el pelota mayor de Orc, el chico ceñudo y borracho convertido en monstruo, que un par de veces, cuando realmente importó, luchó en el bando correcto.

El miembro más joven era un chico de rostro dulce llamado John Terrafino. También era un normal, era el hermano pequeño de Mary. Rara vez tenía gran cosa que decir, y se pasaba la mayor parte del tiempo escuchando. Todos asumían que votaba lo que fuera que Mary le dijera que votara. Mary también habría formado parte, pero era indispensable y frágil al mismo tiempo.

Siete miembros del Consejo. Astrid de presidenta. Cinco normales y dos raros.

—Anoche pasaron varias cosas —empezó Sam tan calmado como pudo. No quería pelea. Y sobre todo no quería pelear con Astrid. Amaba a Astrid. Estaba loco por Astrid. Se dijo a sí mismo que ella era la suma de todo lo bueno que había en su vida.

Y ahora estaba furiosa.

—Sabemos lo de Jill —intervino Astrid.

—Esos gamberros de Zil. Que no seguirían haciendo esas cosas si los hiciéramos callar —murmuró Dekka.

—Eso ya lo hemos votado —le recordó Astrid.

—Ya, ya lo sé. Cuatro contra tres a favor de dejar que ese niñato tarado y chungo y sus amiguitos tarados sigan aterrorizando a la ciudad entera —le espetó Dekka.

—Cuatro contra tres a favor de tener algún tipo de sistema de leyes y de no limitarnos a pagarles con la misma moneda —insistió Astrid.

—No podemos dedicarnos a ir por ahí arrestando a gente sin tener algún tipo de sistema —la apoyó Albert.

—Sí, Sammy —intervino Howard con una sonrisita burlona—. No puedes sacar las manos de láser cada vez que decidas que no te gusta alguien.

Dekka se movió en su asiento y arqueó los fuertes hombros hacia delante.

—No, así que en vez de eso dejamos que echen a las niñitas de sus casas y las aterroricen.

—Mirad, de una vez por todas, no podemos tener un sistema en el que Sam sea juez, jurado y ejecutor. —Astrid trató de suavizar un poco sus palabras añadiendo—: aunque si hay alguien en quien confiaría es en él. Sam es un héroe. Pero necesitamos que todos los de la ERA sepan lo que está bien y lo que no. Necesitamos reglas, no que una sola persona decida quién se ha pasado y quién no.

—Era un trabajador muy bueno —susurró John—. Francis. Era un trabajador muy bueno... Los peques lo van a echar mucho de menos. Lo querían.

—Me enteré anoche. En realidad, esta mañana —intervino Sam. Y describió brevemente lo que había visto y oído en la reunión de Orsay.

—¿Y si fuera verdad? —preguntó Albert. Parecía preocupado. Sam entendía su ambivalencia. Albert había pasado de ser un chaval más en los viejos tiempos, una persona en la que nadie se fijaba, a ser la persona que en muchos sentidos

administraba Perdido Beach.

—No creo que tengamos un modo de averiguarlo —repuso Astrid.

Todo el mundo se quedó callado. La idea de que fuera posible contactar con padres, amigos y familia en el exterior de la ERA resultaba alucinante. La idea de que los de fuera pudieran saber lo que estaba pasando dentro de la ERA...

Aun entonces, tras haber tenido un poco de tiempo para digerirlo, Sam sentía algo intenso y no necesariamente agradable al respecto. Hacía tiempo que lo acosaba el miedo de que cuando la pared de la ERA, de algún modo, algún día cayera, le harían responsable de todo. De las vidas con las que había acabado. De las que no había salvado. La idea de que el mundo entero pudiera estar mirando, diseccionando sus acciones, cuestionando cada gesto de pánico, cada momento desesperado, era cuando menos inquietante.

Había tantas cosas de las que no quería volver a hablar jamás... Tantas cosas que le harían parecer horrible...

«Joven jefe Temple: ¿puede explicarnos cómo es que se quedó sentado mientras los chavales desperdiciaban la mayor parte del suministro de comida y acabaron muriéndose de hambre?

»¿Nos está diciendo, señor Temple, que los niños cocinaron y se comieron a sus propias mascotas?

»Señor Temple, ¿puede explicarnos las tumbas de la plaza?».

Sam apretó los puños y trató de calmarse.

—Lo que hizo Francis fue suicidarse —afirmó Dekka.

—Creo que te pasas un poco —comentó Howard. Se reclinó en la silla, apoyó los pies en la mesa y entrecruzó los dedos sobre el vientre flaco. Sabía que así irritaría a Astrid. De hecho, a Sam le parecía que lo hacía precisamente por eso—. Quería ir corriendo con mamá, ¿qué puedo decir? Claro que me cuesta creer que alguien quisiera saltar de la ERA. Quiero decir, ¿en qué otro lugar puedes comer ratas, usar tu patio trasero de lavabo y vivir con miedo a diecinueve tipos de cosas aterradoras distintas?

Nadie se rio.

—No podemos dejar que los chavales lo hagan. —Astrid parecía bastante segura.

—¿Y cómo los detenemos? —preguntó Edilio. Alzó la cabeza, y Sam vio la angustia en su rostro—. ¿Cómo crees que podemos pararlos? Cuando se acerca tu quince cumpleaños, lo más fácil es hacer puf. Tienes que pelear para resistirte. Ya lo sabemos. ¿Así que vamos a decir a los chavales que no es verdad lo que dice Orsay?

—Se lo decimos y ya —insistió Astrid.

—Pero no *sabemos* si es verdad o no —replicó Edilio.

Astrid se encogió de hombros. Se quedó mirando la nada con la cara muy tensa.

—Les decimos que es mentira. Los chavales odian este lugar, pero no quieren morir.

—¿Y por qué les decimos eso si no lo sabemos? —Edilio parecía realmente perplejo.

Howard se rio.

—Dilio, Dilio, a veces eres tan tontito. —Bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia Edilio como si fuera a compartir un secreto con él—. Lo que quiere decir la chica es: pues les mentimos. Astrid quiere decir que les mentimos a todos y les decimos que estamos seguros de ello.

Edilio miró a Astrid como si esperara que lo negara.

—Es por el bien de la gente —afirmó Astrid en voz baja, aún mirando hacia la nada.

—¿Sabéis lo que me hace gracia? —Howard sonrió—. Estaba bastante seguro de que veníamos a esta reunión para que Astrid pudiera meterse con Sam por no contarnos toda la verdad. Y ahora resulta que hemos venido para que Astrid nos convenza de que nos volvamos unos mentirosos.

—¿Nos volvamos? —replicó Dekka, mirando con cinismo a Howard—. Para ti no sería precisamente un cambio, Howard.

Astrid intervino:

—Mirad, si dejamos que Orsay siga con esta locura, puede que no solo tengamos a niños que saltan por su quince cumpleaños. Puede que tengamos niños que no quieren esperar tanto. Niños que decidan terminar con todo ya mismo y que piensen que despertarán al otro lado con sus padres.

Todos los de la mesa se inclinaron al unísono para asimilar aquella idea.

—Yo no puedo mentir —se limitó a decir John. Meneó la cabeza, y con ella sus rizos pelirrojos.

—Eres miembro del Consejo —saltó Astrid—. Tienes que acatar nuestras decisiones. Ese es el trato. Solo así funciona. —Entonces, añadió, con voz más calmada—: John, ¿no le falta poco a Mary para su quince cumpleaños?

Sam vio que Astrid daba en el clavo. Mary debía de ser la persona más necesaria de Perdido Beach. Desde el principio tomó la iniciativa de encargarse de la guardería. Y se había convertido en la madre de los peques.

Pero Mary tenía sus propios problemas. Era anoréxica y bulímica. Tomaba antidepresivos a puñados, y el suministro se estaba agotando rápidamente.

Dahra Baidoo, que era quien controlaba los medicamentos de Perdido Beach, fue a ver a Sam en secreto y le explicó que Mary pasaba a verla cada dos días y le pedía lo que tuviera. «Toma Prozac, Zoloft y Lexapro, y esos no son medicamentos suaves, Sam. La gente tiene que tener cuidado con lo de tomar y no tomar estas cosas, según el libro. No coges cualquier cosa y lo mezclas todo».

Sam solo se lo había contado a Astrid. Y advirtió a Dahra que se lo guardara también. En aquel momento se prometió hablar con Mary, pero luego se olvidó del asunto.

Pero ahora, a juzgar por la expresión de angustia de John, Sam intuyó que no estaba nada seguro de que Mary no fuera a ceder al puf y saltar de la ERA.

Votaron. Astrid, Albert y Howard alzaron las manos de inmediato.

—No, colegas. —Edilio meneó la cabeza—. Tendría que mentir a mi propia gente, a los soldados. Esos chavales confían en mí.

—No —votó John—. Yo... yo no soy más que un niño y todo eso, pero tendría que mentir a Mary.

Dekka miró a Sam.

—¿Y tú qué dices, Sam?

Astrid lo interrumpió.

—Mirad, podríamos hacerlo temporalmente. Hasta que averigüemos si Orsay se está inventando todo esto. Si más adelante confiesa y admite que todo era mentira, pues vale, ya tendremos nuestra respuesta.

—Igual tendríamos que torturarla... —propuso medio en broma Howard.

—No podemos quedarnos sentados si pensamos que van a morir chavales —suplicó Astrid—. El suicidio es un pecado mortal. Estos niños no saldrán de la ERA, sino que irán al infierno.

—Guau, ¿al infierno? ¿Y eso cómo lo sabemos? —le espetó Howard—. No sabes más que ninguno de nosotros lo que pasa después del puf.

—Pero entonces de qué va todo esto, ¿de tu religión? —saltó Dekka.

—Las religiones de todos están en contra del suicidio —replicó Astrid.

—Yo también estoy en contra. —Dekka se puso a la defensiva—. Pero no quiero verme metida en nada religioso.

—Sea lo que sea lo que represente Orsay, no es una religión —afirmó Astrid con mucha frialdad.

Sam oyó la voz de Orsay en su cabeza: «Déjalos ir, Sam. Déjalos ir y apártate».

Eran las palabras de su madre, si Orsay decía la verdad.

—Démosle una semana —propuso Sam.

Dekka respiró hondo y soltó todo el aire de golpe.

—Vale. Voy a ponerme de parte de Sam en esta historia. Mentiremos. Una semana.

La reunión terminó. Sam fue el primero en salir de la sala, necesitaba desesperadamente aire fresco. Edilio lo alcanzó mientras bajaba corriendo los escalones del ayuntamiento.

—¡Oye, oye! No les hemos contado lo que vimos tú y yo anoche.

Sam se detuvo, miró hacia la plaza, hacia el agujero que habían rellenado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vimos anoche, Edilio? Porque yo solo vi un agujero en el suelo.

Sam no le dio la oportunidad de discutir. No quería oírlo. Y se marchó caminando a toda prisa.

OCHO

55 HORAS, 17 MINUTOS

CAINE DETESTABA TRATAR con Bug. El chaval le daba muy mal rollo. Primero, porque Bug se había vuelto cada vez menos visible. Al principio, Bug solo desaparecía cuando era necesario. Hasta que empezó a hacerlo cuando quería espiar a alguien, que era muy a menudo.

Y ahora se volvía visible solo cuando Caine se lo ordenaba.

Caine se lo estaba jugando todo a la historia de Bug. La historia de una isla mágica. Era una locura, claro. Pero cuando la realidad era desesperada, la fantasía se hacía cada vez más necesaria.

—¿Cuánto falta para esa granja que dices, Bug? —preguntó Caine.

—No mucho. Deja de preocuparte.

—Deja de preocuparte tú —murmuró Caine.

Bug caminaba invisible a través de campos abiertos. No se veía nada salvo depresiones en la tierra que pisaba. Caine resultaba demasiado visible a plena luz del día, mientras cruzaban un campo polvoriento y arado bajo un sol brillante y cálido. Bug decía que no había nadie en aquellos campos, que en aquellos campos no crecía nada y que ninguno de los chavales de Sam conocía la granja, que pasaba prácticamente inadvertida, se encontraba apartada de una carretera de tierra y parecía abandonada.

La primera pregunta de Caine había sido:

—Y entonces, ¿cómo sabes que existen?

—Yo sé muchas cosas —respondió Bug—. Además, hace mucho tiempo me dijiste que vigilara a Zil.

—Entonces, ¿cómo conoce Zil esta granja?

La voz por encima de las huellas de pies invisibles explicó:

—Creo que uno de los chavales de Zil conocía a estos niños. De hace tiempo.

—¿Y allí tienen comida? —Fue la siguiente pregunta de Caine.

—Sí. Algo. Pero tienen escopetas. Y la chica, la hermana, ¿Emily? Es una especie de rara, creo. No sé lo que hace, no la he visto hacer nada raro, pero su hermano tiene miedo de ella. Y también Zil, más o menos, pero no lo demuestra.

—Genial —murmuró Caine. Tomó nota de que Zil era un chaval que no dejaba traslucir el miedo. Eso podía resultarle útil.

Caine se puso la mano a modo de visera y miró alrededor, buscando las columnas de polvo de una camioneta o un coche. Bug decía que la gente de Perdido Beach tenía poca gasolina, pero aún conducían cuando lo necesitaban.

Estaba seguro de que podría enfrentarse y vencer a cualquier otro raro del grupo de Sam. A excepción del propio Sam. Pero si eran Brianna y Dekka juntas... O incluso esa boba pija de Taylor y los soldados de Edilio...

Pero, ahora mismo, el auténtico problema era sencillamente que Caine estaba débil. Caminar toda aquella distancia, varios kilómetros, le resultaba duro. Muy duro cuando volvía a sentir punzadas en el estómago, y el ombligo se le pegaba a la columna. Le temblaban las piernas. Y a veces veía borroso.

Una buena comida... bueno, ni siquiera buena... no bastaba. Pero lo mantenía con vida. Estaba digiriendo a Panda. La energía de Panda fluía desde su estómago a través de la sangre.

La granja estaba oculta por un grupo de árboles, pero por lo demás quedaba al descubierto. Muy apartada de la carretera, sí, pero Caine no podía creerse que la

gente de Sam no la hubiera encontrado y la hubiera registrado en busca de comida.

Qué raro.

—No os acerquéis —les advirtió una voz joven masculina desde el porche delantero de la casa.

Bug y Caine se quedaron inmóviles.

—¿Quién eres, qué quieres?

Caine no veía a nadie a través del mosquitero sucio.

Bug contestó:

—Nosotros solo...

—Tú no —le interrumpió la voz—. Ya lo sabemos todo de ti, chico invisible. Hablamos de él.

—Me llamo Caine. Quiero conocer a los chavales que hay por aquí.

—Ah... ¿Eso quieres, eh? —replicó el chaval que no veían—. ¿Y por qué debería dejarte?

—No busco líos. Pero supongo que es justo que te diga que puedo derribar tu casita en diez segundos.

Clic, clic.

Algo frío tocó la nuca de Caine.

—¿Puedes? Eso tiene que ser para verlo. —Era una voz de chica. No estaba ni a dos pasos detrás de él.

Caine no tenía ninguna duda de que el objeto apoyado contra su nuca era el cañón de una escopeta. ¿Cómo se había acercado tanto la chica? ¿Cómo se les había aparecido así?

—Repito, no busco líos —insistió Caine.

—Muy bien —dijo la chica—. No te gustarían los líos que puedo causar.

—Lo único que queremos... —Lo cierto es que Caine no conseguía concentrarse en lo que quería hacer.

—Vale, vamos dentro —les ordenó la chica.

No hubo movimiento. Nadie caminó, ni subió escalones. La granja pareció combarse durante un segundo, y de repente los rodeaba. Caine se encontraba en un salón sombrío. Unas fundas de plástico cubrían el sofá hundido, y había una butaca reclinable de pana.

Emily debía de tener unos doce años. Iba vestida con pantalones cortos tejanos y una sudadera rosa de Las Vegas. Como Caine se esperaba, sostenía una escopeta enorme de doble cañón.

El chico vino del exterior. No parecía en absoluto sorprendido de ver a Caine y a Bug de pie en su salón. Como si siempre ocurrieran cosas así.

Caine se preguntaba si estaba alucinando.

—Sentaos. —Emily les señaló el sofá. Caine se sentó encantado. Estaba exhausto.

—Qué buen truco —comentó Caine.

—Es útil —dijo Emily—. Así a la gente le cuesta encontrarnos cuando no queremos que nos encuentren.

—¿Tenéis electricidad? —preguntó el hermano a Caine.

—¿Qué? —Caine lo miró detenidamente—. ¿En el bolsillo? ¿Cómo podría tener electricidad?

El chico señaló lastimero la televisión. Había una Wii y una Xbox enchufadas a ella. Con todas las luces apagadas, claro. Los cartuchos de los juegos formaban una pila elevada.

—Tenéis muchos juegos.

—Los otros nos los traen —explicó Emily—. A mi hermano le gustan los juegos.

—Pero no podemos jugar —se lamentó el niño.

Caine lo examinó. No le parecía que fuera un genio. Emily, por otra parte, parecía astuta y centrada. Ella era la que mandaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caine al chico.

—Hermano. Se llama Hermano —le respondió Emily.

—Hermano —dijo Caine—. Vale... Bueno, Hermano, esos juegos no son muy divertidos si no tienes electricidad, ¿verdad?

—Los otros me han dicho que me la conseguirán.

—¿Sí? Bueno, pues solo hay una persona que pueda restaurar la electricidad —explicó Caine.

—¿Tú?

—No. Un chaval llamado Jack el del ordenador.

—Lo conocemos —añadió Hermano—. Me arregló la Wii hace mucho tiempo. Entonces todavía iban los juegos.

—Jack trabaja para mí —afirmó Caine, se reclinó y esperó a que lo asimilaran. Claro, que era mentira. Pero dudaba de que Emily lo supiera. No podía saber que Jack estaba en Perdido Beach. Y que según Bug se pasaba el rato sentado en una habitación miserable leyendo cómics y negándose a hacer nada.

—¿Puedes volver a encender las luces? —preguntó Emily mirando a su hermano ansioso.

—Sí que puedo —Caine mintió sin problemas—. Tardaría como una semana.

Emily se rio.

—Chaval, tienes pinta de no poder ni alimentarte a ti mismo. Mírate. Pareces un espantapájaros, sucio, con el pelo que se te cae. Y mientes como un bellaco. ¿Qué es lo que puedes hacer?

—Esto —Caine alzó una mano y la escopeta salió disparada de la mano de Emily. Golpeó con tanta fuerza la pared que el cañón se quedó atascado en el yeso como la flecha de un arco. La culata de madera vibró.

Hermano se abalanzó hacia él, pero fue como si chocara contra una pared de ladrillo. Caine lo arrojó sin esfuerzo por la ventana. Se rompió el cristal, y se produjo un estrépito cuando el chaval aterrizó sobre el porche oculto.

Emily se incorporó en un abrir y cerrar de ojos y de repente la casa en torno a Caine desapareció. El chico se encontró a solas con Bug, en el patio de entrada.

—¡La verdad es que es un buen truco! —gritó Caine—. Y aquí tienes otro mejor.

Con las manos extendidas, tiró de Hermano a través del mosquitero. La red se enganchó en torno al cuerpo del chico como una mortaja. Y empezó a alzarse por los aires, forcejeando débilmente, llamando a su hermana, pidiéndole que lo salvara.

Al cabo de un instante Emily estaba a treinta centímetros de Caine, mirándole de frente.

—Intenta cualquier cosa, y la caída será larga para el idiota de tu hermano —amenazó Caine.

Emily levantó la vista, y Caine vio que la chica perdía las ganas de luchar. Hermano seguía elevándose cada vez más. Puede que la caída lo matara. En el mejor de los casos se quedaría tullido.

—Ves, yo no me he pasado los días y las noches aquí en la granja —explicó Caine—. He estado en algunas peleas. Tengo experiencia. Lo cual resulta útil.

—¿Y qué quieres? —preguntó Emily.

—Cuando vengan los otros, déjalos entrar. Tengo que tener una pequeña conversación con ellos. Tu escopeta ya no sirve. Y tus truquitos no os salvarán ni a ti ni a tu hermano.

—Veo que de verdad quieres hablar con esos chicos.

—Sí, me parece que sí.

Lana oyó que alguien llamaba a la puerta y suspiró. Estaba leyendo un libro, *Meg Cabot*. Un libro de hacía un millón de años. Una chica que se convertía en una auténtica princesa.

Lana leía mucho ahora. Aún había muchos libros en la ERA. Casi no había música ni televisión ni películas. Pero sí muchos libros. Leía de todo, desde literatura para chicas en plan divertido hasta libros pesados y aburridos.

Lo importante era seguir leyendo. En el mundo de Lana el tiempo se dividía en dos: el que pasaba despierta y el que pasaba con pesadillas. Y lo único que la mantenía cuerda era la lectura. Y no es que estuviera para nada segura de estar cuerda. En absoluto.

Patrick también oyó que llamaban y ladró muy fuerte.

Lana asumió que era alguien que necesitaba que lo curaran. Ese era el único motivo por el que iban a verla. Pero, como se había habituado a hacer desde hacía mucho tiempo, y debido a lo arraigado que estaba el miedo en ella, cogió la pistola del escritorio y se la llevó hasta la puerta.

Sabía usar el arma. Estaba muy acostumbrada al tacto de la empuñadura en la mano.

—¿Quién es?

—Sam.

Se apoyó para mirar por la mirilla. Puede que fuera la cara de Sam, puede que no: no había ventanas en el pasillo de fuera y, por tanto, no había luz. Pero descorrió el pestillo y abrió la puerta.

—No me dispaes —le pidió Sam—. Entonces tendrías que curarme.

—Venga, entra. Cógete una silla. Pilla un refresco de la nevera y yo traeré las patatas.

—Bueno, veo que aún tienes sentido del humor —señaló Sam.

El chico escogió la butaca de la esquina. Lana cogió la silla que había girado para que diera al balcón. Tenía una de las mejores habitaciones del hotel. En los viejos tiempos debía de costar centenares de dólares al día, con aquella vista tan estupenda al océano...

—Así que, ¿qué urgencia hay? —preguntó Lana—. No estarías aquí si no hubiera algún problema.

Sam se encogió de hombros.

—Igual solo he venido a saludar.

Hacía un tiempo que se habían visto. Lana recordaba el daño terrible que le había hecho Drake. Recordaba demasiado bien cuando le puso las manos sobre la piel despellejada.

Le curó el cuerpo. Pero no la mente. No se había curado más que ella. Lo veía en su mirada. Debería haber generado algún tipo de vínculo entre ellos, pero Lana detestaba ver aquella sombra sobre él. Si Sam no podía superarlo, ¿cómo podría ella?

—Nadie viene solo a saludar —comentó Lana. Sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de su albornoz y se encendió uno con mano experta. A continuación inhaló intensamente.

Lana notó la mirada de desaprobación del chico.

—Como si alguno de nosotros fuera a vivir lo bastante como para que le salga cáncer —comentó.

Sam no dijo nada, pero dejó de mirarla mal.

Lana lo observó a través de una nube de humo.

—Pareces cansado, Sam. ¿Ya comes suficiente?

—Bueno, nunca se come suficiente pescado misterioso hervido y mapache a la plancha —comentó Sam.

Lana se rio, pero enseguida se puso otra vez seria.

—Yo comí venado la semana pasada. Me lo trajo Hunter. Se preguntaba si podría curarlo.

—¿Y lo hiciste?

—Lo intenté. Me parece que no le ayudé mucho. Tiene daños cerebrales. Creo que es más complicado que un brazo roto o un agujero de bala.

—Y tú ¿estás bien? —preguntó Sam.

Lana se movió inquieta y empezó a acariciar el cuello de Patrick.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Y no se lo contarás a Astrid para que venga corriendo a intentar ayudar?

—Entre tú y yo...

—Vale. Pues, no, supongo que no estoy bien. Tengo pesadillas. Recuerdos. Me cuesta distinguir cuál es cuál, la verdad.

—Igual deberías intentar salir más —sugirió Sam.

—Pero a ti no te pasa, ¿verdad? Las pesadillas y todo eso...

Él no contestó, se limitó a dejar caer la cabeza y mirar hacia el suelo.

—Ya —dijo la chica.

Lana se levantó de golpe y se dirigió a la puerta del balcón. Se quedó allí, de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, con el cigarrillo ardiendo olvidado en la mano.

—Parece que no aguanto estar con gente. Me pongo cada vez más furiosa. No es que me hagan nada, pero cuanto más me hablan o me miran o se quedan ahí y ya, más me enfado.

—Me pasa igual —añadió Sam—. Sigo allí, supongo.

—Bueno, tú eres distinto, Sam.

—¿Yo no te pongo furiosa?

Ella se rio, fue una risa breve y amarga.

—Sí, la verdad es que sí. Estoy aquí de pie ahora y una parte de mí quiere agarrar cualquier cosa que encuentre y estampártela contra la cabeza.

Sam se levantó y se dirigió hacia ella. Se puso justo detrás.

—Puedes pegarme, si te sirve de ayuda.

—Quinn venía a verme antes —continuó Lana, como si no lo hubiera oído—. Entonces se le cayó un vaso y... casi lo mato. ¿Te lo contó? Agarré la pistola y le apunté a la cara, Sam. Y te juro, te juro que quería apretar el gatillo.

—Pero no lo hiciste.

—Disparé a Edilio —recordó la chica, mirando todavía hacia el agua.

—Esa no eras tú...

Lana no dijo nada, y Sam dejó que el silencio se prolongara. Hasta que la chica acabó diciendo:

—Pensaba que igual Quinn y yo... pero supongo que eso le bastó para decidirse a pasar de mí.

—Quinn trabaja mucho —afirmó Sam, aunque le sonó a explicación estúpida—. Sale como a las cuatro de la mañana cada día.

Lana abrió la puerta del balcón y arrojó la colilla del cigarrillo por la barandilla.

—¿Por qué has venido, Sam?

—Tengo que preguntarte algo, Lana. Está pasando algo con Orsay.

—Sí. —Lana señaló hacia la playa—. La he visto allí abajo. Un par de veces. Estaba con otros niños. No oigo lo que dicen. Pero la miran como si fuera su salvación.

—Dice que ve a través de la pared de la ERA. Dice que siente los sueños de la gente de afuera.

Lana se encogió de hombros.

—Tenemos que intentar averiguar si hay algo de verdad en todo eso.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —preguntó Lana.

—Una de las posibilidades... quiero decir, me preguntaba... quiero decir, si no es mentira, y quizás Orsay cree realmente...

—Adelante, Sam —susurró Lana—. Quieres decir algo.

—Tengo que saberlo, Lana. La Oscuridad, la *gayáfaga*, ¿ha desaparecido realmente? ¿Aún oyes su voz en tu cabeza?

La chica sintió frío y se cruzó los brazos sobre el pecho. Se abrazó fuerte. Notaba su cuerpo entero, era real, era ella. Sentía su corazón latir. Allí estaba, viva, era ella misma. No estaba en el pozo de la mina. No era parte de la *gayáfaga*.

—No me preguntes sobre eso...

—Lana, no te lo preguntaría si no fuera...

—No lo hagas —le advirtió—. No.

—Yo...

Lana sintió que torcía los labios formando una mueca. Una rabia salvaje se acumulaba en su interior. Se dio la vuelta de golpe para mirar a Sam. Plantó la cara justo delante de la del chico.

—¡No lo hagas!

Pero Sam no se amedrentaba.

—¡No vuelvas a preguntarme nunca, *nunca* jamás!

—Lana...

—¡Sal de aquí! —gritó—. ¡Sal de aquí!

El chico salió a toda prisa, se metió en el pasillo y cerró la puerta tras de sí.

Lana cayó al suelo enmoquetado. Se clavó los dedos en el pelo y tiró. Necesitaba el dolor, necesitaba saber que era real, aquí y ahora.

¿Había desaparecido la *gayáfaga*?

Nunca desaparecería. No para ella.

Lana se quedó yaciendo de lado, sollozando. Patrick se acercó a ella y le lamió la cara.

NUEVE

54 HORAS, 42 MINUTOS

ZIL SPERRY ESTABA muy contento. Se había pasado el día esperando a que lo atacaran. Esperando que Sam y Edilio se presentaran en su complejo. Si lo hubieran hecho, podría haberse peleado con ellos, pero no estaba tan loco como para pensar que podría ganarles. Los soldados de Edilio tenían ametralladoras. La Pandilla Humana de Zil tenía bates de béisbol.

También tenía armas más potentes, pero no estaban en el complejo. No si la rara de Taylor podía entrar y salir de cualquier lugar, en cualquier momento y ver lo que le diera la gana.

Y luego estaban los otros raros: la matona ceñuda lesbiana de Dekka, la mocosa de Brianna. Y el propio Sam.

Siempre Sam.

El complejo estaba formado por cuatro casas al final de Fourth Avenue, pasada Golding. Allí la calle terminaba en una especie de callejón sin salida. Eran cuatro casas no muy grandes ni elegantes. Y habían colocado los coches formando una barrera alrededor de Fourth Avenue. Tuvieron que empujar los coches, pues todas las baterías se habían acabado, excepto las de los pocos vehículos que la gente de Sam conservaba para circular.

En el centro de la barrera había un hueco estrecho, una abertura. Un Scion cuadrado y voluminoso que antes era blanco estaba colocado a un lado de la abertura. Era lo bastante ligero como para que cuatro chavales pudieran empujarlo

y bloquear así la entrada.

Claro que Dekka podía levantarlo por los aires. Eso y el resto de las defensas de Zil.

Pero no habían ido tras él. Y Zil sabía por qué. El Consejo de la ciudad era demasiado cobarde. Sam sí que habría ido detrás de él. A Dekka le encantaría ir tras él. Brianna ya había recorrido el complejo a todo gas varias veces, empleando su velocidad de rara para pasar volando junto a los centinelas casi sin que la vieran.

Zil tendió un cable después de aquello. Si Brianna volvía, se llevaría la sorpresa de su vida.

Sam era la clave. Si mataba a Sam, puede que Zil pudiera manejar al resto.

Al mediodía, cuando todos fueron a pedir la comida, Zil condujo a Hank, Turk, Antoine y Lance fuera del complejo, cruzaron la carretera y se dirigieron hacia el norte, hacia el pie de la cadena.

A la granja. Con la rara de Emily y el imbécil de su hermano. Turk mencionó que conocía aquel lugar de antes. Había asistido a la fiesta de cumpleaños de un chaval llamado Hermano. Hermano y Emily recibían la educación en casa, y Turk los conocía de la iglesia.

Turk no esperaba encontrar a Hermano y Emily aún allí. Y todos se sorprendieron al descubrir que Emily era una rara muy poderosa.

Pero habían accedido a que la Pandilla Humana escondiera cosas en su casa.

Así que Zil tenía que aguantarlos, hacerles promesas, darles juegos a los que no podían jugar para utilizar su casa de piso franco. Pero cuando llegara la hora... bueno, una rara seguía siendo una rara, aunque resultara útil.

Para llegar a la granja tenían que pasar por la gasolinera que estaba fuertemente vigilada. Por suerte, había una zanja profunda, un sumidero abierto por una tormenta que corría en paralelo a la carretera y por detrás de la gasolinera. Ya no había tormentas, por lo que estaba seco e invadido de maleza. Pero era un camino de acceso; si se mantenían callados, los soldados de Edilio en la gasolinera no los oirían.

Pasada la ciudad continuaron un rato por la carretera. Todos los recolectores estarían en los campos comiendo. No habría nadie que llevara lo cosechado a la ciudad.

El vacío de la carretera resultaba inquietante. Las hierbas se alzaban en los arcones de la carretera. Los coches que se habían estrellado durante los primeros segundos de la ERA seguían vacíos, polvorientos, inútiles, como reliquias de una era muerta. Tenían las puertas entornadas, los maleteros levantados y la mayoría de las ventanas hechas añicos. La gente de Sam o los carroñeros habían registrado cada guantera y maletero en busca de comida, armas, drogas...

Uno de esos coches se convirtió en la fuente del pequeño arsenal de Zil. Encontraron armas junto con dos ladrillos de marihuana comprimida y un par de bolsas de plástico grandes repletas de metanfetamina. Antoine ya debía de haberse esnifado la mitad del polvo, el muy cabeza de chorlito.

Zil se daba cuenta de que era un problema. Los borrachos y los drogadictos siempre eran un problema. Por otra parte, se podía contar con que hacía lo que se le ordenaba. Y, si algún día se le iba la pinza totalmente, Zil encontraría otro que ocupara su lugar.

—Manteneos alerta —les recordó Hank—. No queremos que nos vean.

Hank era el que hacía que se cumplieran las cosas. Lo cual resultaba raro, pues era un alfeñique. Pero tenía una veta despiadada. Haría cualquier cosa por Zil. Cualquier cosa.

Lance, como de costumbre, iba un poco apartado. Aun ahora a Zil le maravillaba que Lance formara parte de su grupo. Lance era todo lo que los demás no eran: listo, guapo, atlético, simpático.

¿Y Turk? Bueno, Turk iba cojeando con su pierna mala y hablando.

—Al final tendremos que quedar totalmente libres de raros —iba diciendo—. A los grandes, a los peligrosos, tendremos que eliminarlos. Acabar con ellos. Con perjuicio extremo. Eso es lo que ellos querían decir cuando usaban la palabra «asesinar». Poner fin con extremo perjuicio.

A veces Zil deseaba que se callara de una vez. En algunos sentidos le recordaba a su hermano mayor, Zane, que no dejaba de hablar, que nunca se callaba.

Claro que Zane hablaba de cosas distintas. Zane hablaba sobre todo del propio Zane. Tenía opinión sobre todo. Lo sabía todo, o eso pensaba.

Durante toda su vida, Zil apenas había conseguido meter baza cuando estaba Zane. Y cuando lograba participar en las interminables discusiones familiares, casi siempre le respondían con miradas de condescendencia o incluso de lástima.

Probablemente sus padres no pretendían que fuera así. Pero, la verdad, ¿qué podían hacer? Zane era la estrella. Era tan listo, tan enrollado, tan atractivo... Tan atractivo como Lance.

Desde que era muy pequeño Zil sabía que él nunca jamás sería la estrella. Eso correspondía a Zane. Era encantador, guapo y siempre tan listo....

Y era tan tan majo con el pequeño Zil...

—¿Necesitas ayuda con los deberes de mates, Zilly?

Zilly. Que era casi como llamarle gili. *Zilly.* En cambio Zane era a tutiplén...

«¿Y dónde estás ahora, Zane? —se preguntó Zil—. Aquí no, eso seguro». Zane tenía dieciséis años. Hizo puf el primer día, durante el primer minuto.

«Hasta nunca, hermano mayor», pensó Zil.

—Así que nos cargamos a los raros peligrosos —seguía cotorreando Turk—. Nos los cargamos. Y nos quedamos a unos cuantos básicamente de esclavos. Como Lana. Sí, nos quedamos con Lana. Pero igual solo atada o algo para que no se escape. Y luego los demás, tío, tendrán que encontrar otro sitio donde ir. Así de simple. Fuera de Sperry Beach.

Zil suspiró. Esa era la última idea que se le había ocurrido a Turk: cambiar el nombre a la ciudad y llamarla Sperry Beach. Que quedara claro para todos que ahora Perdido Beach pertenecía a la Pandilla Humana.

—Solo humanos. Fuera los raros —insistía Turk—. Vamos a mandar. ¿Te puedes creer que Sam no nos haya perseguido? Están todos asustados.

Turk podía seguir así eternamente, hablando solo. Era como si tuviera que repararlo todo diez veces. Como si discutiera con alguien que no le respondiera.

La última parte del recorrido fue una caminata larga a través de los campos llenos de surcos. Cuando llegaran al menos encontrarían agua buena, limpia y transparente, aunque no hubiera nada de comer. Emily y Hermano tenían su propio pozo. No había agua suficiente para ducharse o algo así porque el surtidor estaba apagado, así que tenían que sacarla manualmente. Pero podías beber todo lo que quisieras. Algo inusual en la seca y hambrienta Perdido Beach.

Sperry Beach.

Quizás. ¿Por qué no?

Zil los condujo escaleras arriba.

—Emily —llamó—. Somos nosotros.

Tocó a la puerta. Era extraño porque todas las otras veces que Emily los vio venir hizo su truco raro habitual de aparecerse por detrás. Y a veces jugaba con ellos, y hacía desaparecer la casa y se quedaban merodeando por ahí como unos tontos.

Qué rara. Ya acabaría recibiendo lo suyo. Cuando Zil hubiera terminado con ella.

Emily abrió la puerta, y la intuición de Zil gritó peligro.

El chico se apartó, pero algo lo detuvo. Como si un gigante invisible lo hubiera rodeado con su mano.

La mano invisible lo levantó ligeramente por los aires, lo bastante como para hacerle arrastrar los tobillos mientras levitaba hacia el interior, pasando junto a Emily, que se apartó y lo miraba angustiada.

—¡Suéltame! —gritó Zil. Pero ya veía quién lo retenía. Y enmudeció. Caine estaba sentado en el sofá, y apenas movía la mano, pero controlaba totalmente a Zil.

El corazón del chico se aceleró. Si había algún raro tan peligroso como Sam, ese era Caine. Más aún. Había cosas que Sam no haría. Pero Caine haría cualquier cosa.

—¡Suéltame!

Caine soltó a Zil delicadamente.

—¡Deja de gritar, vale! —dijo Caine, cansado—. Me duele la cabeza y no he venido a hacerte daño.

—¡Raro! —le espetó Zil.

—¿Qué? Ah, pues sí —repuso Caine—. Soy el raro que puede estamparte contra el techo hasta que no seas más que un saco de piel lleno de pringue.

Zil lo fulminó con la mirada. Raro. Asqueroso raro mutante.

—Di a tus chicos que entren —le pidió Caine.

—¿Qué quieres, raro?

—Una conversación. —Caine abrió las manos, tratando de apaciguarlo—. Mira, bicho, si quisiera matarte, ya estarías muerto. Tú y tu pandilla de perdedores.

Caine había cambiado desde la última vez que Zil lo vio. El bléiser elegante de Coates, el corte de pelo caro, el bronceado y el cuerpo de chulo de gimnasio habían desaparecido. Caine parecía una versión espantapájaros de sí mismo.

—¡Hank, Turk, Lance, Toine! —gritó Zil—. ¡Entrad!

—Siéntate —Caine le señaló la butaca.

Zil se sentó.

—Así que —continuó Caine como para entablar conversación— me he enterado de que no eres muy fan de mi hermano Sam.

—La ERA es para los humanos —murmuró Zil—. No para los raros.

—Sí, vale —replicó Caine. Pareció desvanecerse un instante, sumergirse en sí mismo. Estaba débil por el hambre. O por algo más. Pero entonces el raro recobró la compostura, y, haciendo un esfuerzo, adoptó su expresión chulesca habitual—. Tengo un plan. Y tú participas en él.

Más valiente de lo que Zil se habría esperado, Turk repuso:

— El líder es el que hace los planes.

— Ajá. Bueno, *líder Zil* —continuó Caine, con un atisbo de sarcasmo—, este plan te va a gustar. Termina contigo controlando del todo Perdido Beach.

Zil se reclinó en la butaca, intentando recuperar un poco de dignidad.

— Vale, te escucho.

— Bien. Necesito barcas.

— ¿Barcas? —repitió Zil, receloso—. ¿Por qué?

— Como que me apetece hacer un crucero por el océano.

Sam se fue a casa a comer. Su casa era la casa de Astrid. Aún la veía así, como si fuera la casa de ella y no de él.

Lo cierto es que Drake Merwin le quemó la casa. Pero Astrid parecía tomar posesión de cualquier casa en la que estuviera. Esta casa en concreto era el hogar de Astrid y su hermano, el pequeño Pete, de Mary y su hermano, John Terrafino, y de Sam. Pero en la mente de todos era la casa de Astrid.

La chica estaba en el patio trasero cuando Sam llegó. El pequeño Pete estaba sentado en los escalones del patio jugando con una consola sin pilas. Quedaban muy pocas pilas en la ERA. Al principio Astrid y Sam, que sabían la verdad acerca del pequeño Pete, se asustaron. Desconocían lo que haría el pequeño Pete si le entraba un ataque total, y una de las pocas cosas que lo mantenía apaciguado era el juego de la consola.

Pero, para sorpresa de Sam, el niño extraño se había adaptado del modo más raro imaginable: seguía jugando sin más. Sam miraba por encima de su hombro y veía una pantalla negra vacía. Era imposible saber lo que Pete veía en ella.

El pequeño Pete era autista agudo. Vivía en un mundo que él mismo había imaginado, no respondía y rara vez hablaba.

También era de lejos la persona más poderosa de la ERA. Y eso era un secreto, más o menos. Algunos lo sospechaban. Pero solo unos pocos —Sam, Astrid, Edilio— comprendían realmente el hecho de que el pequeño Pete había, al menos en cierta medida, creado la ERA.

Astrid estaba echando carbón al fuego pequeño de una parrilla hibachi colocada sobre una mesa de picnic. Tenía un extintor cerca, uno de los pocos que habían sobrevivido: a los chavales les resultaba muy divertido jugar con ellos durante las primeras semanas de la ERA.

El olor indicó a Sam que estaba cocinando un pescado.

Astrid lo oyó pero no levantó la vista cuando el chico se acercó.

—No quiero pelearme —dijo ella.

—Yo tampoco.

Astrid dio unos golpecitos al pescado con un tenedor. Olía delicioso, aunque no tenía muy buena pinta.

—Cógete un plato —le indicó Astrid—. Come pescado.

—Vale, voy a...

—No puedo creer que me hayas mentido —saltó la chica de repente, dándole aún golpecitos al pescado.

—Pensaba que no querías pelea.

Astrid colocó gran parte del pescado cocinado en una fuente y lo dejó aparte.

—¿No nos ibas a contar lo de Orsay?

—No he dicho que...

—Tú no eres quien decide eso, Sam. Ya no eres el único que mandas, ¿vale?

La ira de Astrid era del tipo glacial. Una furia helada que se manifestaba con labios apretados, ojos brillantes y frases cortas, articuladas lentamente.

—Pero ¿sí que está bien que todos nosotros mintamos a todo el mundo en Perdido Beach? —replicó Sam.

—Intentamos evitar que los niños se maten. Es un poco distinto de que tú decidas no contar al Consejo que hay una chica loca que le dice a la gente que se mate.

—Así que si no te cuento algo *a ti* es un pecado enorme, pero ¿mentir a doscientas personas y poner verde a Orsay al mismo tiempo está bien?

—De verdad, no creo que quieras tener este debate conmigo, Sam —le advirtió Astrid.

—Sí, porque no soy más que un surfero tonto que no debería ni cuestionar a Astrid la genio.

—¿Sabes qué, Sam? Creamos el Consejo para quitarte presión. Porque te estabas desmoronando.

Sam se quedó mirándola sin más. No acababa de creerse lo que había dicho. Y la propia Astrid parecía sorprendida. Sorprendida del veneno que comportaban sus palabras.

—No quería decir... —empezó de manera poco convincente, pero no encontró el modo de explicarse.

Sam meneó la cabeza.

—¿Sabes qué? Incluso ahora, considerando el tiempo que llevamos juntos, aún me sorprende que puedas ser tan implacable.

—¿Implacable, yo?

—Utilizas a cualquiera para conseguir lo que quieres. Dices cualquier cosa para salirte con la tuya. ¿Sabes por qué he estado yo al mando? —Sam la señaló con un dedo acusador—. ¡Por ti! Porque me manipulaste para que me pusiera. ¿Por qué? Para que os protegiera al pequeño Pete y a ti. Eso era lo único que te importaba.

—¡Eso es mentira! —protestó Astrid acaloradamente.

—Sabes que es verdad. Y ahora no tienes que molestarme en manipularme, puedes darme órdenes sin más. Avergonzarme. Desautorizarme. Pero en cuanto haya un problema, ¿sabes qué?, te pondrás en plan: «Ah, por favor, Sam, sálvanos».

—Todo lo que hago, lo hago por el bien de todos.

—Ya, o sea que ya no eres solo un genio, eres una santa.

—Te estás poniendo irracional —dijo Astrid muy fría.

—Sí, eso es porque estoy loco —replicó Sam—. Ese soy yo, el loco de Sam. Me han disparado, pegado, azotado, y estoy loco porque no me gusta que me des órdenes como si fuera tu criado.

—Eres un memo, ¿sabes?

—¿Memo? —chilló Sam—. ¿Eso es lo único que se te ocurre? Estaba seguro de que se te ocurriría algo con más sílabas.

—Tengo un montón de sílabas para ti, pero intento no usar un lenguaje del que me arrepentiría. —Astrid se esforzó visiblemente por calmarse—. Ahora, escúchame, no me interrumpas, ¿vale? Eres un héroe. Ya lo pillo. Me lo creo. Pero estamos intentando pasar a una sociedad normal. Con leyes, derechos, jurados y policía. Y no que una sola persona tome todas las decisiones importantes y luego haga cumplir su voluntad lanzando rayos láser a cualquiera que le moleste.

Sam se dispuso a contestar, pero no confiaba en lo que le diría. No confiaba en que no fuera a decir algo que no debiera, algo que no sería capaz de retirar.

—Voy a coger mis cosas —acabó diciendo, y salió disparado hacia las escaleras.

—No tienes que mudarte —dijo en voz alta Astrid tras él.

Sam se detuvo a mitad de las escaleras.

—Ay, lo siento. ¿Esa es la voz del Consejo diciéndome dónde puedo ir?

—No tiene sentido tener un Consejo si crees que no debes escucharlo —replicó Astrid. Utilizaba la voz paciente, intentaba que la situación se calmara—.

Sam, si pasas de nosotros, nadie nos prestará atención.

—¿Sabes qué, Astrid? Ya pasan de vosotros. El único motivo por el que os prestan atención a ti y a los demás es porque tienen miedo de los soldados de Edilio. —Sam se golpeó el pecho—. Y aún más de mí.

Sam se precipitó escaleras arriba, tristemente satisfecho con su silencio.

Una vez Justin se perdió al volver a casa. Pero terminó en la escuela, y eso ya le pareció bien, porque desde allí sabía cómo ir a su casa.

Era el 301 de Sherman. Hacía mucho tiempo que lo había memorizado. También se sabía el número de teléfono, pero se le había olvidado. Lo que no se le había olvidado era el 301 de Sherman.

Su casa le pareció un poco extraña cuando la vio. La hierba estaba demasiado alta. Y había una bolsa negra abierta en la acera con cartones antiguos de leche, latas y botellas. Todo eso se suponía que se tenía que reciclar. Seguro que no tenía que estar en la acera. Su papá se volvería loco si lo viera.

Esto es lo que diría: «¿Perdonen? ¿Puede hacer alguien el FAVOR de explicarme por qué hay BASURA en la ACERA? ¿En QUÉ universo eso está bien?».

Así era como hablaba su papá cuando se enfadaba.

Justin rodeó la basura y casi tropieza con su antiguo triciclo. Lo había dejado en la entrada hacía mucho tiempo. Ni siquiera lo había guardado como debería.

Subió las escaleras hasta la puerta. Su puerta. Pero la verdad es que no lo parecía.

Giró el pomo de latón pesado. Estaba rígido. Casi no lo consigue. Pero entonces hizo clic y se abrió la puerta.

La empujó y entró rápido. Se sentía culpable, como si estuviera haciendo algo prohibido.

El pasillo estaba oscuro, pero a eso ya se había acostumbrado. Ahora siempre estaba todo oscuro. Si querías luz, tenías que salir y jugar en la plaza, que era donde se suponía que tenía que estar. Madre Mary se estaría preguntando dónde estaba.

Entró en la cocina. Papá solía estar en la cocina, él era quien guisaba la mayor parte del tiempo. Mamá limpiaba y ponía lavadoras, y papá cocinaba. Pollo frito. Chile. Guisos. Ternera *bourguignon*, pero la llamaban ternera *buaguiñón*, por el ruido que hizo una vez Justin al eructar muy alto mientras se la comía.

Sonrió y se puso triste al mismo tiempo al recordarlo.

No había nadie en la cocina. La puerta de la nevera estaba abierta. No había nada dentro, excepto una caja de naranjas con un poco de polvo blanco en su interior. Lo probó y lo escupió. Sabía a sal o algo así.

Subió las escaleras. Quería asegurarse de que su habitación seguía en su sitio. Se oían mucho sus pasos en las escaleras, por lo que se deslizó muy despacio, como si entrara a hurtadillas.

Su habitación quedaba a la derecha. La habitación de papá y mamá, a la izquierda. Pero Justin no fue en ninguno de los sentidos, porque justo entonces se dio cuenta de que no era la única persona en la casa. Había un chaval grande en la habitación de invitados donde dormía la yaya cuando los visitaba por Navidad.

Justin pensó que el chaval grande no era más que un chico, aunque llevara el pelo muy largo y estuviera de espaldas. Estaba sentado en una silla, leyendo un libro, con los pies sobre la cama.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de dibujos y pinturas que alguien había pegado.

Justin se quedó inmóvil en la puerta y retrocedió deslizándose, se volvió y se fue a su cuarto. El chaval grande no lo había visto.

Su habitación no era como antes. Para empezar, no había ni sábanas ni mantas ni nada en su cama. Alguien se había llevado su manta favorita. La azul con nudos.

—Oye...

Justin dio un brinco. Se dio la vuelta de golpe, estaba colorado y nervioso.

El chaval grande lo miraba con una especie de sorpresa en el rostro.

—Oye, chavalín, tranquilo.

Justin lo miró fijamente. No parecía malo. Había muchos chavales grandes malos, pero este parecía majo.

—¿Te has perdido? —preguntó el chaval grande.

Justin meneó la cabeza.

—Ah, ya lo pillo. ¿Esta es tu casa?

Justin asintió.

—Vale. Ah, lo siento, chavalín, es que necesitaba un sitio donde quedarme y aquí no vivía nadie. —El chaval grande miró a su alrededor—. Es una casa guay, ¿sabes? Da una sensación guay.

Justin asintió, y por algún motivo se puso a llorar.

—Tranqui, tranqui, no llores. Me puedo ir. Si algo tenemos es un montón de casas, ¿sí?

Justin dejó de llorar y señaló.

—Este es mi cuarto.

—Sí, no te preocupes.

—No sé dónde está mi manta.

—Ajá. Vale, bien, encontraremos tu manta.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un minuto. Entonces el chaval grande añadió:

—Ah, vale, me llamo Roger.

—Yo, Justin.

—Guay. La gente me llama Roger el artero. Porque me gusta el arte, dibujar y pintar. Como el personaje de Dodger el artero, el astuto de *Oliver Twist*.

Justin seguía mirándolo.

—Es un libro. Va de un chaval que es huérfano. —Esperó a que Justin dijera algo—. Vale, vale, no lees muchos libros.

—A veces.

—Te lo leeré, igual. Así, te pagaría por vivir en tu casa.

Justin no sabía qué responder. Así que no dijo nada.

—Vale —continuó Roger—. Vaale. Voy a... este... voy a volver a mi habitación.

Justin asintió convencido.

—Si te parece bien, claro.

—Me parece bien.

DIEZ

51 HORAS, 50 MINUTOS

—**ESTO ES LO** que queda de combustible —informó Virtue con tristeza—. Podemos seguir con el generador dos o tres días como mucho. Luego no habrá más electricidad.

Sanjit suspiró.

—Supongo que está bien que nos acabáramos el helado el mes pasado, o se habría fundido.

—Mira, *Wisdom*, ya ha llegado la hora.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No me llames *Wisdom*. Ese es mi nombre de esclavo.

Era un chiste gastado entre ambos. Virtue lo llamaba *Wisdom* («sabiduría») solo para provocarlo, cuando pensaba que Sanjit no hablaba en serio.

Durante una parte de su vida, prácticamente todo el mundo llamó *Wisdom* a Sanjit Brattle-Chance. Pero esa parte de su vida terminó siete meses atrás.

Sanjit Brattle-Chance tenía catorce años. Era alto, delgado, ligeramente encorvado, el pelo negro hasta los hombros, ojos negros risueños y la piel color caramelo.

Era un huérfano de ocho años, un niño hindú de la calle en la Bangkok

budista, en Tailandia, cuando sus padres, los ricos, famosos y guapos Jennifer Brattle y Todd Chance, lo secuestraron.

Lo llamaron adopción.

Y a él lo llamaron Wisdom. Pero ellos, y todos los demás adultos de la isla San Francisco de Sales, habían desaparecido. ¿La canguro irlandesa? Desaparecida. ¿El viejo jardinero japonés y los tres encargados mexicanos? Desaparecidos. ¿El mayordomo escocés y las seis criadas polacas? Desaparecidas. ¿El chef catalán y sus dos ayudantes vascos? Desaparecidos. ¿El chico de la piscina y también manitas de Arizona, el carpintero de Florida, que estaba trabajando en una balaustrada ornamentada, y el artista residente de Nuevo México que pintaba sobre láminas de acero combadas? Todos desaparecidos.

¿Y quién quedaba? Los chavales.

Eran cinco niños en total. Además de «Wisdom», estaban Virtue («virtud»), a quien Sanjit apodaba Choo; Peace («paz»), Bowie y Pixie. Ninguno de ellos se había llamado así en un principio. Todos eran huérfanos. Venían de Congo, Sri Lanka, Ucrania y China, respectivamente.

Pero solo Sanjit peleó por su nombre de nacimiento. Sanjit significaba «invencible» en hindi. A Sanjit le parecía que era más invencible que sabio.

Pero durante los últimos siete meses había tenido que tomar la iniciativa e intentar al menos tomar decisiones inteligentes. Por suerte tenía a Virtue, que solo tenía doce años pero era un niño de doce años listo y responsable. Los dos eran los «niños grandes», a diferencia de Peace, Bowie y Pixie, que tenían siete, cinco y tres años y se preocupaban básicamente por ver DVD, robar caramelos de la despensa y jugar demasiado cerca del borde del acantilado.

Ahora eran Sanjit y Virtue quienes estaban al borde del acantilado, mirando hacia el yate abollado, ancorado y medio hundido treinta metros por debajo de ellos.

—Hay centenares de litros de gasolina allí abajo —observó Sanjit—. Toneladas.

—Ya lo hemos hablado un millón de veces, Sanjit. Aunque pudiéramos subir todo ese combustible por el acantilado sin volar en pedazos, solo estaríamos retrasando lo inevitable.

—Pero si lo piensas, Choo, ¿qué es la vida sino retrasar lo inevitable?

Virtue suspiró resignado.

Era bajito y rechoncho, mientras que Sanjit era anguloso. Virtue era negro. No de Estados Unidos, sino de África. Llevaba la cabeza rapada. Antes no tenía ese aspecto, pero no le gustaba cómo le quedaba el pelo tras dejar de cortárselo durante tres meses, y lo mejor que pudo hacer Sanjit por él fue repararlo con una maquinilla. Virtue tenía una mirada de tristeza permanente, como si se pasara la vida esperando lo peor. Como si desconfiara de las buenas noticias y se complaciera morbosamente con las malas. Y así era.

Sanjit y Virtue se equilibraban a la perfección: alto y bajo, delgado y fornido, simplista y pesimista, carismático y responsable, un poco alocado y completamente cuerdo.

—Estamos a punto de quedarnos sin electricidad. Sin DVD. Tenemos comida suficiente, pero eso tampoco durará siempre. Tenemos que salir de esta isla —afirmó Virtue.

A Sanjit pareció agotársele la fanfarronería.

—Hermano, no sé cómo hacerlo. No sé pilotar un helicóptero. Solo conseguiré que nos matemos todos.

Virtue tardó un rato en contestar. No tenía sentido negar la verdad. El helicóptero pequeño y con cabina de burbuja encaramado sobre la popa del yate parecía muy endeble, como un *dragonfly* desvencijado. Puede que los sacara de la isla y los llevara al continente, o que se estrellara contra el acantilado y se quemara. O en el mar, y se ahogaran. O que se pusiera a dar vueltas sin control y los troceara como si se hubieran caído dentro de una picadora gigante.

—Bowie no se encuentra mejor, Sanjit. Necesita un médico.

Sanjit inclinó la barbilla hacia el continente.

—¿Y qué te hace pensar que allí hay médicos? Todos los adultos han desaparecido de esta isla y del yate. Y los teléfonos y la televisión via satélite, todo ha dejado de funcionar. Nunca hay aviones en el cielo, y no ha venido nadie a averiguar qué está pasando.

—Ya, ya, ya me he fijado —replicó Virtue, muy seco—. Pero hemos visto barcas cerca de la ciudad.

—Igual van a la deriva. Como el yate. ¿Y si allí tampoco hay adultos? ¿O si...? No sé —Sanjit sonrió de repente—. Igual no quedan más que dinosaurios *comehombres*.

—¿Dinosaurios? ¿Ahora dices que hay dinosaurios?

Peace se acercaba por lo que antiguamente era un césped perfectamente cuidado y ahora se estaba convirtiendo en una jungla. La niña tenía unos andares característicos, con las rodillas pegadas y los pies que daban demasiados pasos cortos. Su pelo era de un negro brillante y sus ojos marrones expresaban preocupación.

Sanjit se armó de valor. Peace cuidaba de Bowie.

—¿Puedo darle otro Tylenol a Bowie? Le está subiendo otra vez la temperatura —informó Peace.

—¿Cuánto? —preguntó Virtue.

—A 38. Coma ocho.

—¿Treinta y ocho o treinta y ocho coma ocho? —preguntó Virtue, impaciente.

—Eso. Lo segundo.

Virtue lanzó una mirada a Sanjit, que contemplaba la hierba.

—Es demasiado temprano para otra pastilla —opinó Virtue—. Ponle un trapo húmedo sobre la frente. Uno de nosotros irá para allá enseguida.

—Han pasado dos semanas —comentó Sanjit—. No es solo gripe, ¿verdad?

—No sé lo que es —respondió Virtue—. Según el libro, la gripe no dura tanto. Podría ser... no sé, un millón de cosas.

—¿Cómo qué?

— Léete tú el puñetero libro — saltó Virtue— ¿Fiebre, escalofríos? Podrían ser cincuenta cosas distintas. Por lo que sé, podría ser lepra. O leucemia.

Sanjit se fijó en cómo se estremecía su hermano tras decir esa última palabra.

—Jolines, Choo. ¿Leucemia? Pero eso es grave, ¿no?

—Mira, lo único que puedo hacer ahora es fiarme del libro. Ni siquiera sé pronunciar la mayoría de esas palabras. Y sigue y sigue, podría ser esto, igual lo otro, quiero decir, no entiendo como alguien puede entenderlo.

—Leucemia —volvió a decir Sanjit.

—Oye, no te pongas como si creyera que es eso, ¿vale? Solo era una posibilidad. Igual se me ha ocurrido porque lo puedo pronunciar. Eso es todo.

Ambos se quedaron callados. Sanjit miró hacia el yate y más concretamente en dirección al helicóptero.

—Podríamos intentar arreglar el bote salvavidas del yate —propuso Sanjit, aunque ya sabía lo que iba a responder Virtue. Ya habían intentado echarlo al agua. Se enganchó un cabo, y el bote aterrizó sobre el espolón de una roca. El casco de madera se perforó, el bote se hundió y ahora chapoteaba entre dos rocas que lenta, gradualmente, iban ampliando la extensión de los daños sufridos. El bote formaba un montón de palos de madera.

—O el helicóptero o nada —insistió Virtue. No era de esos niños tocones, pero apretó el fino bíceps de Sanjit y añadió—: tío, sé que te asusta. A mí también me asusta. Pero tú eres Sanjit, invencible, ¿verdad? No serás tan listo, pero tienes una suerte increíble.

—¿Que no soy tan listo? —replicó Sanjit—. Volarás conmigo, así que ¿te atreves a llamarte listo?

Astrid colocó al pequeño Pete en una esquina de su despacho en el ayuntamiento. El niño mantenía la vista fija en la consola que hacía tiempo que había muerto y seguía pulsando los botones, como si el juego continuara. Y puede que en la cabeza del pequeño Pete todavía fuera así.

Era la oficina que utilizaba el alcalde en los tiempos anteriores a la ERA. La oficina que Sam utilizó durante un tiempo.

Astrid aún estaba furiosa por la pelea con Sam. Se habían peleado antes. Ambos eran tozudos. Pelearse era inevitable, pensaba. Además, se suponía que estaban enamorados, lo que a veces traía consigo sus propios desacuerdos. Y compartían casa, lo que a veces provocaba problemas. Pero nunca, ninguno de los dos, se había peleado de aquella manera.

Sam se había llevado sus cuatro cosas y se había ido de la casa. Astrid suponía que encontraría una casa sin ocupar, pues había muchas.

—No tendría que haberle dicho eso... —murmuró mientras repasaba la enorme lista de cosas por hacer. Las cosas que necesitaba hacer para que Perdido Beach siguiera funcionando...

La puerta se abrió. Astrid levantó la vista, esperando y temiendo que fuera Sam.

Pero no lo era. Era Taylor.

—Y yo que pensaba que no entrabas por la puerta, Taylor —comentó Astrid. Lamentó el tono tenso en su voz. Para entonces, la noticia de que Sam se había ido de casa se habría extendido por la ciudad. Los cotilleos personales jugosos se movían a la velocidad de la luz en Perdido Beach. Y qué mejor tema de cotilleo que la ruptura de la primera pareja de la ERA.

—Sé lo que te enfadas cuando entro de un salto —explicó Taylor.

—Es que es un poco inquietante.

Taylor extendió las manos con un gesto conciliador.

—¿Ves? Por eso he entrado por la puerta.

—La próxima vez incluso puedes llamar.

Astrid y Taylor no se gustaban demasiado. Pero Taylor era muy valiosa para quien la tuviera cerca. Tenía la capacidad de transportarse instantáneamente de un sitio a otro. De «saltar», como ella lo llamaba.

La enemistad entre ellas surgió porque Astrid pensaba que Taylor estaba colgadísima por Sam. Y sin duda Taylor se imaginaría que ahora tenía una oportunidad de oro.

«No es el tipo de Sam», se decía Astrid. Taylor era bonita pero un poco joven, y ni de lejos lo bastante dura para Sam, a quien, pese a lo que pensara ahora mismo, le gustaban las chicas fuertes e independientes.

Brianna sería más del estilo de Sam, probablemente. O puede que Dekka, si fuera heterosexual.

Astrid apartó la lista, irritada. ¿Por qué se estaba torturando de esa manera? Sam era un memo. Pero ya cambiaría de opinión. Tarde o temprano se daría cuenta de que Astrid tenía razón. Pediría disculpas. Y volvería a casa.

—¿Qué es lo que quieres, Taylor?

—¿Está aquí Sam?

—Soy la jefa del Consejo, y te presentas de repente e interrumpes mi trabajo, así que si tienes algo que decir, ¿por qué no me lo dices a mí?

—Uuuauu —se burló Taylor—. Sí que estás cabreada...

—Taylor...

—Un chico dice que ha visto a Mano de Látigo.

Astrid entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—¿Conoces a Frankie?

—¿Cuál de ellos?

—El chico. Dice que ha visto a Drake Merwin paseándose por la playa.

Astrid la miró fijamente. La sola mención de Drake Merwin le producía escalofríos. Drake era —había sido— un chico que demostró, él solito, que no era necesario ser adulto para ser malvado. Drake había sido el secuaz número uno de

Caine. Secuestró a Astrid. La amenazó y aterrorizó para obligarla a ridiculizar a su propio hermano, con el niño delante.

Quemó la casa de Astrid.

Y azotó tanto a Sam que casi se muere.

Astrid no creía en el odio. Creía en el perdón. Pero no había perdonado a Drake. Aunque estuviera muerto, no le había perdonado.

Esperaba que estuviera en el infierno —en un infierno real, no en uno metafórico—, ardiendo durante toda la eternidad.

—Drake está muerto —afirmó Astrid sin inmutarse.

—Ya —dijo Taylor—. Yo solo te cuento lo que dice Frankie. Dice que lo ha visto, con la mano de látigo y todo, paseándose por la playa, cubierto de barro y tierra y vestido con ropa que no le iba bien.

Astrid suspiró.

—Eso es lo que pasa cuando los niños toman alcohol.

—Parecía sobrio. —Taylor se encogió de hombros—. No sé si estaba borracho o loco o solo quería liarla, Astrid, así que no me eches la culpa. Se supone que este es mi trabajo, ¿verdad? Estoy alerta y vengo a contarle a Sam, o a ti, lo que pasa.

—Pues gracias...

—Se lo diré a Sam cuando lo vea.

Astrid sabía que Taylor intentaba provocarla, pero funcionó: consiguió provocarla.

—Dile lo que te dé la gana. Este sigue siendo un... —«País libre», iba a decir—. Dile a Sam lo que te dé la gana.

Pero Taylor ya había saltado de allí, y Astrid hablaba al aire.

ONCE

47 HORAS, 53 MINUTOS

LA ANOMALÍA DE Perdido Beach, así lo llamaban en las noticias. La Anomalía. O la Cúpula.

No la ERA. Aunque sabía que así la llamaban los niños dentro de la Anomalía.

Los padres, familiares y todos los demás que se reunían en la «zona de visión» especial en el extremo sur de la Cúpula tendían a llamarla la pecera. Eso era para los que estaban acampados en tiendas y sacos de dormir y «soñaban» con sus niños al otro lado: una pecera. Sabían poco de lo que ocurría dentro, pero los pececitos, sus hijos, no sabían qué había en el gran mundo que quedaba más allá.

Estaban haciendo obras en la zona. El estado de California se había apresurado a construir una carretera de circunvalación. La antigua carretera desaparecía en el interior de la pecera y reaparecía al otro lado, unos treinta kilómetros más allá. Suponía un caos para los negocios en la carretera de la costa.

Y estaban saliendo otros negocios en el lado sur de la pecera. A fin de cuentas, había que alimentar a los turistas. Carl's Jr estaba construyendo un restaurante. Y también Del Taco.

Estaban levantando un hotel Courtyard de Marriott a una velocidad asombrosa. Junto a él se había instalado un Holiday Inn Express.

En sus momentos más cínicos, Connie Temple pensaba que todas las

empresas de la construcción del estado de California veían solamente la pecera como una gran oportunidad para hacer dinero.

Los políticos también estaban disfrutando de lo lindo. El gobernador había ido de visita media docena de veces, acompañado de centenares de reporteros. Las furgonetas con conexión vía satélite se apiñaban como sardinas en la playa.

Pero cada día que pasaba, Connie percibía que el número de reporteros y furgonetas con conexión vía satélite era un poco inferior al anterior. El mundo había pasado de la incredulidad y la perplejidad a la explotación vertiginosa y de ahí a la rutina de convertir una tragedia en trampa para turistas.

Connie Temple —la enfermera Temple, como inevitablemente la llamaban los medios de comunicación— se había convertido en una de las portavoces de las familias.

Ese era el nombre abreviado de todos los que tenían chavales encerrados dentro de la pecera: *las familias*.

Las portavoces eran Connie Temple y Abana Baidoo.

Todo resultaba más fácil antes de saber lo que pasaba dentro de la pecera. Al principio, lo único que sabían era que había ocurrido algo terrible. Un campo impenetrable de energía creó una cúpula de más de treinta kilómetros de diámetro. No tardaron en descubrir que la central nuclear estaba en su epicentro.

Había muchas teorías sobre qué era aquella cúpula. Parecía que todos los científicos del mundo hubieran peregrinado hasta allí. Hicieron pruebas, tomaron medidas.

Intentaron perforarla. Por encima, por debajo. La sobrevolaron. Cavaron desde el interior de la tierra. Intentaron acercarse con un submarino.

Pero nada funcionó.

Toda clase de locos, desde luditas hasta apocalípticos, habían dicho algo al respecto. Era un castigo de Dios por la obsesión tecnológica de Estados Unidos, por su fracaso moral. Por esto, por lo otro, por lo de más allá.

Entonces aparecieron las gemelas. Así, sin más. Primero Emma. Luego, unos pocos minutos después, Anna. Sanas y salvas, en el momento exacto de su

decimoquinto cumpleaños.

Contaban historias sobre su vida en el interior de la pecera. Lo que llamaban la ERA.

El corazón de Connie Temple se llenó de orgullo por lo que supo de su hijo Sam. Y se hundió en la desesperación por los relatos sobre su otro hijo, su hijo no reconocido, Caine.

Y luego nada. Durante un tiempo no llegaron más chavales.

Las familias se sumieron en una oscura desesperación al percatarse de que estas dos chicas serían las únicas que aparecerían. Pasaron meses. Muchos perdieron la fe. ¿Cómo podían sobrevivir solos los chavales?

Pero, entonces, la profetisa entró en sus sueños.

Una noche Connie Temple tuvo un sueño increíble, muy vivo. Nunca había tenido un sueño tan detallado. Era aterrador. Tan potente que se quedó sin aliento. Una chica le hablaba en el sueño.

—Es un sueño —decía.

—Sí, no es más que un sueño —respondió Connie.

—No solo un sueño. Nunca digas «solo» un sueño —la corrigió la chica—. Un sueño es una ventana a otra realidad.

—¿Quién eres? —preguntó Connie.

—Me llamo Orsay, conozco a tu hijo.

Connie estaba a punto de preguntarle a cuál, pero el instinto la detuvo. La chica no parecía peligrosa. Parecía hambrienta.

—¿Tienes un mensaje para Sam? —preguntó la chica.

—Sí. Dile que los deje ir.

—Que los deje ir.

—Que los deje ir hacia el atardecer rojo.

Orsay se despertó de golpe. Mantuvo los ojos cerrados porque notaba la presencia cercana de otra persona. Quería seguir dormida, en privado y a solas, durante un instante más.

Pero la otra persona, la chica, no la dejaba.

—Sé que estás despierta, profetisa —dijo Nerezza.

Orsay abrió los ojos. Nerezza estaba cerca, muy cerca. Orsay notaba su aliento en la cara.

Miró a Nerezza a los ojos.

—No lo entiendo —dijo Orsay—. Ese sueño ya lo he tenido. El sueño de una mujer soñando. —Fruunció el ceño al intentar recordarlo. Todo era tan extraño, tan tenue e irreal como intentar agarrar niebla.

—Debía de ser un sueño muy importante —comentó Nerezza.

—La primera vez estaba en la pared de la ERA. Ahora veo lo mismo cuando duermo. Pero ya le he dado el mensaje a Sam. ¿Por qué vuelvo a ver lo mismo?

—Hay una diferencia entre *darle* el mensaje a Sam y que Sam lo *reciba*, profetisa —apuntó Nerezza.

Orsay se incorporó. Nerezza la inquietaba. Cada vez se preguntaba más acerca de Nerezza. Pero dependía de la chica para guiarla, protegerla y cuidar de ella.

—¿Crees que tengo que repetir el mensaje a Sam?

Nerezza se encogió de hombros y esbozó una sonrisa recatada.

—Yo no soy la profetisa. Eso lo tienes que decidir tú.

—Ha dicho que dejara ir a los chavales. Hacia el atardecer rojo.

—Es tu visión de la gran huida de la ERA —señaló Nerezza—. El atardecer rojo.

Orsay meneó la cabeza.

—Este sueño no lo he buscado. No estaba en la pared de la ERA. Estaba aquí, dormida.

—Tus poderes se están expandiendo... —sugirió Nerezza.

—No me gusta. Es como... si... no sé. Como si vinieran de alguna parte. Como si me empujaran. Me manipularan.

—Nadie puede empujarte o controlar tus sueños —afirmó Nerezza—. Pero...

—¿Pero qué?

—Quizás es muy importante que Sam te escuche. Quizás es muy, muy importante que no se interponga en el camino de la verdad.

—Yo no soy profeta —insistió Orsay, cansada—. Yo solo sueño. Ni siquiera sé si hay algo de verdad en todo esto. Quiero decir, a veces parece real, pero a veces parece una locura.

Nerezza le cogió la mano. A Orsay le resultó fuerte y fría al tacto. Le dio escalofríos en el brazo.

—Todos dicen mentiras sobre ti, profetisa —prosiguió Nerezza—. No debes dudar de ti porque estén demasiado ocupados, ahora incluso, atacándote.

—¿De qué me hablas?

—Te temen. Temen tu verdad. Se dedican a propagar mentiras de que eres una falsa profeta.

—Yo no... ¿Qué estás...? Yo...

Nerezza puso un dedo sobre la boca de Orsay, haciéndola callar.

—No. Debes estar segura. Debes *creer*. Debes ser la profetisa. Si no, sus mentirás te perseguirán.

Orsay se quedó quieta como un ratón aterrorizado.

—El destino de los falsos profetas es la muerte —explicó Nerezza—. Pero tú eres la auténtica profeta. Y tu fe te protegerá. Cree, y estarás a salvo. Haz que otros crean, y vivirás.

Orsay la miraba horrorizada. ¿De qué estaba hablando Nerezza? ¿Qué estaba diciendo? ¿Quiénes eran esas personas que contaban mentiras de ella? ¿Y quién quería amenazarla? No estaba haciendo nada malo.

¿Verdad?

Nerezza llamó en voz alta, algo impaciente.

—¡Jill, Jill, ven aquí!

La niña se acercó al cabo de unos segundos. Llevaba su muñeca, se aferraba a ella con todas sus fuerzas.

—Canta para la profetisa —ordenó Nerezza.

—¿Qué canción debería cantar?

—No importa mucho, ¿verdad? —preguntó Nerezza.

Así que la Sirena empezó:

Días soleados...

Y Orsay dejó de pensar en nada salvo en días soleados, soleados...

DOCE

45 HORAS, 36 MINUTOS

HUNTER SE HABÍA convertido en una criatura de la noche. Era la única manera. Los animales se ocultaban durante el día y salían de noche. Zarigüeyas, conejos, mapaches, ratones, y el mayor trofeo de todos: los ciervos. Los coyotes cazaban de noche, y Hunter había aprendido de ellos.

A las ardillas y los pájaros había que perseguirlos de día. Pero la noche era el momento en que Hunter hacía honor a su nombre («cazador»).

La zona que abarcaba Hunter era amplia. Iba desde el límite de la ciudad, donde los mapaches y ciervos se acercaban buscando una manera de entrar en los jardines traseros de la gente, hasta las tierras secas, donde se encontraban serpientes y ratones y otros roedores. Siguiendo la costa podía matar a pájaros, gaviotas y golondrinas de mar. Y una vez consiguió atrapar a un león marino perdido.

Hunter tenía responsabilidades. No solo se llamaba cazador. Era *el* cazador.

Sabía que en realidad la palabra era la misma, aunque ya no pudiera deletrearla.

La cabeza de Hunter ya no funcionaba como antes. Lo sabía. Lo notaba. Se recordaba vagamente viviendo una vida muy distinta. Se recordaba levantando la mano en clase para responder a una pregunta difícil.

Hunter ya no tenía esas respuestas. Las que ahora tenía ya no las podía

explicar con palabras. Sabía cosas. Cómo notar si un conejo se iba a echar a correr o se iba a quedar quieto. Si un ciervo te olía u oía o no.

Pero si intentaba explicarlo... no le salían bien las palabras.

Uno de los lados de su cara no estaba bien. No se lo notaba. Como si un lado de la cara solo fuera un trozo de carne muerta. Y a veces sentía como si esa carne muerta se extendiera hacia su cerebro. Pero el extraño poder mutante, la capacidad de dirigir el calor asesino hacia donde quería, había permanecido.

No podía hablar muy bien, ni pensar muy bien, ni esbozar una auténtica sonrisa, pero podía cazar. Había aprendido a caminar despacio, a seguir la dirección de la brisa. Y sabía que de noche, en las horas más oscuras, los ciervos se dirigían hacia el campo de repollos, atraídos pese a los gusanos asesinos, los bichos que se cargaban a todo lo que pisara sus campos sin pedir permiso.

Los ciervos no eran tan listos. Ni siquiera tan listos como Hunter.

Hunter avanzaba con sumo cuidado, pisando con la parte anterior de la planta del pie, procurando notar a través de las botas desgastadas cualquier ramita o piedra suelta que lo delatara. Se movía tan sigiloso como un coyote.

La gama estaba un poquito más adelante, moviéndose entre los matorrales, indiferente a los espinos, decidida a guiar a su cervato hacia el olor a verde que quedaba un poco más allá.

Cerca. Más cerca. La brisa soplaba desde el ciervo en dirección a Hunter, de modo que no lo olían.

Unos pocos metros más, y estaría lo bastante cerca. Primero la gama. La mataría primero. El cervato no sabría cómo reaccionar. Dudaría. Y entonces lo derribaría.

Cuánta carne. Albert se pondría muy contento. Últimamente no había mucha carne de ciervo.

Hunter oyó el ruido y vio que el ciervo salía disparado con su cría.

Desaparecieron antes de que pudiera siquiera alzar las manos, y ya no digamos lanzarles el calor asesino invisible.

Desaparecieron. Toda la noche persiguiéndolos y siguiéndoles el rastro, y a escasos segundos de una buena caza huían saltando entre la maleza.

El ruido era de gente —Hunter lo supo enseguida— que hablaba y se empujaba y se agitaba y tropezaba y se quejaba.

Hunter estaba enfadado, pero también era práctico. Cazar era así: la mayor parte del tiempo acababas perdiendo el tiempo. Pero...

El chico frunció el ceño.

Esa voz...

Se agachó entre los arbustos y trató de no hacer ruido. Se esforzó por escuchar. Eran varias personas. Chicos.

Se acercaban en dirección a él, bordeando el campo de bichos.

Ahora los veía, formando siluetas oscuras. Eran cuatro. Los veía a través de los tallos de hierba crecida y las marañas de zarzas. Avanzaban a trompicones porque no sabían moverse como Hunter. Y llevaban unos paquetes pesados que hacían que se encorvaran.

Y esa voz...

—... lo que quiere. Ese es el problema con los raros mutantes como él, no te puedes fiar de una sola palabra que digan, nunca.

Esa voz...

Hunter había oído esa voz antes. Había oído esa voz gritando a una turba sanguinaria:

«¡Este mutante, esta basura inhumana de aquí, este raro, este *ruti* ha matado deliberadamente a mi mejor amigo, Harry! ¡Es un asesino! ¡Cogedlo! ¡Coged a esta basura mutante asesina!».

Esa voz...

Hunter se tocó el cuello, y volvió a sentir el roce de la soga áspera.

Lo dejaron tan hecho polvo... Le golpearon en la cabeza. Le corría la sangre por los ojos. Y no conseguía hablar...

Su mente no...

El cerebro confundido... tan asustado...

«¡Coged esa cuerda!».

La voz les apremió, cada vez más aguda, aullando, apremió a la turba de niños que chillaban, eufóricos, y la soga se estrechó en torno al cuello de Hunter y tiraron y tiraron y no podía respirar. Ay Dios mío, buscaba aire pero no había...

«¡Agarrad la cuerda!».

Y lo hicieron. La agarraron y tiraron y le estiraron el cuello y acabaron levantándole los pies, que patalearon en el aire, y quería gritar y la cabeza no dejaba de retumbarle y se le oscureció la mirada.

«¡Zil!».

Fueron Zil y sus amigos.

Y allí estaban. Ni siquiera sabían que Hunter estaba cerca. No lo veían. No eran cazadores.

Hunter se acercó deslizándose. Se aproximó para interceptarlos. Sus poderes no alcanzaban más de cincuenta pasos o así. Tenía que estar más cerca.

—... creo que tienes razón, líder —estaba diciendo uno.

—¿Podemos hacer una pausa? —gimió una tercera voz—. Esto pesa una tonelada.

—Tendríamos que haber vuelto cuando aún había luz y veíamos —refunfuñó Antoine.

—Idiota. Hemos esperado hasta la noche por un motivo —replicó Zil—. ¿Quieres que Sam o Brianna nos pillen aquí en medio?

—Ahora tenemos armas.

—Que usaremos cuando llegue el momento —insistió Zil—. No en una lucha abierta con Sam, Dekka y Brianna donde puedan matarnos.

—Cuando llegue el momento —repitió uno de ellos.

Hunter pensó en lo de las armas. Iban a hurtadillas con armas.

—El líder decidirá —añadió otra voz.

—Sí, pero... —empezó alguien, y entonces se interrumpió—: ¡Chsss! ¡Oye! Acabo de ver un coyote. O igual era un ciervo.

—Mejor que no sea un coyote...

¡Pam, pam!

Hunter se echó a tierra, boca abajo.

—¿A qué estás disparando? —exigió saber Zil.

—Creo que era un coyote.

—¡Turk, pedazo de idiota! —bramó Zil—. ¿Qué haces disparando como un tarado?

—El sonido se desplaza, Turk —señaló Hank.

—Dale el arma a Hank —ordenó Zil—. ¡Idiota!

—Lo siento, me ha parecido... parecía un coyote.

No era un coyote. Era la gama de Hunter.

Siguieron avanzando. Gruñéndose aún los unos a los otros. Quejándose.

Hunter sabía que podía moverse más rápido y más silenciosamente que ellos. Podía acercarse lo bastante como para...

Podía abrir las manos y lanzar el calor abrasador en dirección al cerebro de Zil. Cocinarlo. Cocinarlo dentro del cráneo. Como pasó con Harry...

—Fue un accidente —gimió Hunter en voz baja, para sí—. Yo no quería...

Pero lo hizo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las enjugó, pero brotaron más.

Se estaba defendiendo de Zil. Hace tanto tiempo... Compartían casa, Zil, Harry y Hunter. Tuvieron una pelea estúpida. Hunter ya no se acordaba de cómo empezó. Solo se acordaba de que Zil lo amenazó con el atizador de la chimenea. Hunter se asustó. Y reaccionó. Pero Harry se interpuso entre ellos, intentando separarlos, intentando parar la pelea.

Y entonces Harry gritó, agarrándose la cabeza.

Hunter recordaba sus ojos... cómo se volvieron lechosos... cómo se apagó la luz.

Desde entonces, Hunter había visto la misma luz desaparecer de los ojos de muchos animales. Era Hunter el cazador.

De animales. No de chavales. Ni siquiera de chicos malos como Zil.

Taylor apareció dando un salto en casa de Sam. De noche. Astrid dormía. El pequeño Pete dormía. Mary estaba en la guardería trabajando en el turno de noche, John dormía.

El dormitorio de Sam estaba vacío.

Taylor pensó, satisfecha, que aún había problemas en el paraíso. Sam y Astrid no se habían reconciliado.

Se preguntaba si sería permanente. Sam estaba muy bueno. Si Sam y Astrid habían roto de verdad, puede que hubiera una oportunidad.

Podría despertar a Astrid. Eso era probablemente lo que tendría que hacer. Pero el instinto le decía que no, sobre todo después de cómo la había tratado Astrid horas antes.

Tío, cómo se iba a cabrear Astrid cuando se enterara de que Taylor había ido

a contárselo a Sam primero. Pero se trataba del tipo de cosa que le decías primero a Sam. Era demasiado gorda para Astrid. Bueno, en realidad era demasiado gorda para cualquiera.

Taylor se acordó del parque de bomberos. Donde antes se alojaba Sam. Pero solo se encontró durmiendo a Ellen, la jefa de bomberos, la jefa de bomberos sin agua para rociar. Ellen gruñía en sueños.

No era la primera vez que Taylor se planteaba el hecho de que podría ser la mejor ladrona del mundo. Lo único que tenía que hacer era pensar en un lugar y, ¡pop!, allí estaba. Sin hacer ruido, a no ser que chocara con algo cuando se materializara. Entraba y salía, sin ruido, sin rastro; e incluso, si había alguien despierto, podía volver a saltar antes de darles tiempo siquiera de respirar.

Sip, podría ser una gran ladrona. Si hubiera algo que robar. Y siempre que fuera pequeño. No podía mover más que un puñado de ropa cuando saltaba.

Así que siguió saltando desde el parque de bomberos hasta la casa de Edilio, que ahora dirigía una especie de cuartel, o como quieras llamarlo. Había ocupado una casa grande con siete dormitorios. Tenía un dormitorio para él, y los otros seis los usaban para dormir dos chavales en cada uno. Era su fuerza de reacción rápida. La mitad de los chicos y las chicas tenían armas automáticas a su alcance en las camas. Había un chico despierto, que se sobresaltó cuando sintió a Taylor.

—Vuélvete a dormir, estás soñando —le dijo la chica guiñándole el ojo—. Y, tío, ¿bóxers con caritas sonriendo? ¿En serio?

Para Taylor era como cambiar de canal en la tele. No parecía que ella se moviera, era más bien como si el mundo se moviera a su alrededor. El mundo parecía irreal. Como un holograma o algo así. Una ilusión.

Pensaba en un sitio y, como si apretara un botón del mando a distancia, de repente estaba allí.

La guardería.

La playa.

Clifftop, pero no la habitación de Lana. Se había corrido la voz de que la curandera estaba de muy mal humor desde que la *gayáfaga* prácticamente se la tragó. Y nadie en su sano juicio querría cabrear a la curandera.

Al final, se le ocurrió a Taylor en qué sofá podría Sam pasar la noche ahora que se había peleado con Astrid.

Quinn estaba despierto, se estaba vistiendo a oscuras. Se quedó extrañamente impertérrito ante la aparición de Taylor.

—Está aquí —dijo el chico sin más preámbulos—. En el dormitorio al final de las escaleras.

—Te has levantado temprano —señaló Taylor.

—A las cuatro. La pesca es para madrugadores. Y yo lo soy... ahora.

—Vale, pues buena suerte. Pesca un atún o algo.

—Oye, si vas a hablar con Sam... ¿Se trata de alguna urgencia de vida o muerte? Necesito saber si me van a matar de camino al puerto deportivo —pidió Quinn.

—No. —Taylor lo desdeñó con la mano—. No de vida o muerte. Más bien de muerte y vida.

Saltó hasta lo alto de las escaleras, y entonces, mostrando una consideración inusual en ella, llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

—Pues vale...

Taylor volvió a saltar. Sam, dormido, enroscado en un caos de sábanas y mantas, estaba boca abajo como si intentara cavar a través de la cama y huir así de la habitación.

Taylor le agarró del talón descubierto y le sacudió la pierna.

—¿Eeh?

Sam se dio la vuelta rápido, alzando la mano, con la palma extendida, dispuesto a enfrentarse al problema.

Pero la chica no se preocupó demasiado. Lo había hecho un montón de

veces antes. Por lo menos la mitad de ellas, Sam se despertaba listo para disparar.

—Calma, chico grande —lo tranquilizó Taylor.

Sam suspiró y se frotó la mano por la cara, intentando desembarazarse del sueño. La verdad es que tenía buen pecho y buenos hombros. Y brazos. Estaba un poco más flaco que antes, y no tan bronceado como cuando se pasaba el tiempo en la playa. Pero, ah, sí, Taylor pensó que ya le molaría...

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—Ah, nada importante. —Taylor se miró las uñas, divirtiéndose durante un instante—. Estaba por ahí haciendo correr la voz, ya sabes, hablando con los chavales que se iban a ver a Orsay. Es todo nocturno, ¿sabes?

—¿Y?

—Ah, pues ha pasado una cosita que me ha parecido más importante que dedicarme a poner verde a Orsay para Astrid.

—¿Te importaría decirme ya qué está pasando? —gruñó Sam.

Taylor pensó que mucho, muchísimo. Pero no tenía sentido complicar las cosas y volver a contar la alocada historia que explicaba un chaval acerca de Drake. Lo distraería de lo bueno de la noticia principal.

—¿Te acuerdas de Brittney?

Sam levantó la cabeza de repente.

—¿Qué pasa con ella?

—Está sentada en el salón de Howard y Orc.

TRECE

45 HORAS, 16 MINUTOS

ORC HABÍA TERMINADO hundiendo todos los sofás y camas que Howard encontraba para él. No de inmediato, no en cuanto se sentaba, pero sí al cabo de pocos días.

Pero eso no detuvo a Howard. No dejaba de intentarlo. Lo que había instalado actualmente era más una cama que un sofá o una silla. Tres colchones grandes apilados y arrinconados para que Orc pudiera levantarse apoyándose contra la pared. Y una lona de plástico impermeable sobre la parte superior de la pila. A Orc le gustaba beber. A veces, cuando había bebido bastante, mojaba la cama; otras vomitaba encima. Y entonces Howard cogía los extremos de la funda y la arrojaba en el patio trasero con el resto de fundas asquerosas, muebles rotos, otras fundas de colchón que apestaban a vomitona y demás objetos que cubrían gran parte del patio.

Nadie sabía realmente cuánto pesaba Orc, pero no era ligero, eso seguro. Y tampoco gordo.

Orc había sufrido una mutación extrañísima y muy inquietante. Los coyotes lo atacaron y quedó muy malherido. Mucho. Gran parte de su cuerpo fue devorado por las bestias salvajes hambrientas.

Pero no se murió. Las partes desgarradas, destrozadas y masacradas de su cuerpo fueron sustituidas por una sustancia que parecía grava húmeda. Y hacía un ruidito leve como el lodo cuando se movía.

Lo único que quedaba de la propia piel de Orc era un trozo alrededor de la boca y una mejilla. A Howard le parecía increíblemente delicado. Veía la carne rosada que se había vuelto del color de la masilla bajo la luz verde artificial.

Orc estaba despierto, pero a duras penas. Y solo porque Howard le mintió y le dijo que no le quedaba bebida.

Orc observaba torvo desde su posición privilegiada en la esquina cómo una chica se sentaba en la silla que Howard le había traído de la cocina.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó Howard.

—Sí, por favor —dijo la chica.

Con manos temblorosas, Howard llenó un vaso de la jarra grande y se lo dio. Ella lo cogió con las manos recubiertas de tierra y se lo llevó a los labios hinchados.

Entonces se lo bebió todo.

Muy normal. Perfectamente normal, salvo por el hecho de que no era para nada normal.

—¿Quieres más? —le preguntó Howard.

Brittney le devolvió el vaso.

—No, gracias.

Howard consiguió controlarse y detener el temblor de los dedos y lo cogió. Casi se le cae. Lo dejó en la mesa y se cayó por el borde. No se rompió, sino que rebotó en la madera, pero de todos modos hizo un ruido estruendoso. Howard se estremeció.

En cambio, le resultó reconfortante que llamaran a la puerta.

—Gracias a Dios —murmuró Howard, y corrió a responder.

Era Sam con Taylor. Sam estaba muy serio. Aunque eso ya era normal. El pobre Sammy había perdido parte de la chispa despreocupada de chico surfero.

—Howard —dijo Sam con la voz que utilizaba cuando intentaba ocultar su desprecio.

Pero a Sam le pasaba algo más. Aunque temblara de miedo, Howard lo veía. Había algo raro en su manera de reaccionar.

—Oye, gracias por pasarte —empezó Howard—. Te ofrecería té y galletas, pero lo único que tenemos es mole hervido y alcachofas. Además, tenemos una chica muerta en el salón.

—¿Una chica muerta? —replicó Sam, y otra vez igual. Había reaccionado de un modo raro. Estaba demasiado tranquilo y serio.

Claro, Taylor se lo había contado. ¡Claro! Claro. Por eso Sam no se sorprendía. Pero aún le parecía que había algo raro en la reacción de Sam. Howard había conservado su puesto porque interpretaba muy bien a la gente. Hacía mucho tiempo que estaba a buenas con Orc, y, con todo en contra, consiguió hacerse un sitio en el Consejo del ayuntamiento. Pese a que Sam seguro que sospechaba que era Howard quien vendía la mayoría de las sustancias ilegales de Perdido Beach.

Sam se quedó ahí de pie mirando a Brittney, quien le devolvió la mirada. Como si Sam fuera un profesor preparándose para hacerle una pregunta.

«Brittney, ¿puedes explicarnos el valor del Compromiso de Misuri? ¿No? Bueno, entonces, jovencita, tienes que volver a leerte los deberes. Ah, y, por cierto, ¿cómo es que no estás muerta?».

—Hola, Brittney —dijo Sam.

—Hola, Sam —respondió Brittney.

Howard se fijó en que tenía barro incluso en el aparato dental. El agua solo se lo había aclarado un poquito. Veía un trocito de grava atascada entre los alambres junto al canino izquierdo de Brittney.

Howard pensó que se fijaba en unas cosas muy extrañas.

«Sí, eso sí que es raro, y no que esté aquí sentada charlando».

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Sam.

Brittney se encogió de hombros.

—Pues caminando, supongo... No me acuerdo.

Orc habló por primera vez, gruñendo en voz baja:

—Estaba ahí en el porche cuando he salido a echar una meada.

Sam miró a Howard, quien asintió.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó Sam.

—Claro. Estoy en... —empezó Brittney. Pero entonces frunció un momento el ceño, hasta que dijo—: Estoy aquí.

—¿Nos conoces a todos?

La chica asintió despacio.

—Sam, Howard, Taylor, Orc, Tanner.

—¿Tanner? —soltó Taylor.

Eso sí que sorprendió a Sam. Howard estaba perplejo.

—¿Quién es Tanner?

—Uno de los peques que... —empezó Taylor, pero se mordió el labio—. Es su hermano pequeño. Estaba en la guardería cuando...

Las piezas empezaban a encajar para Howard. Se había olvidado de ese nombre. Tanner, uno de los párvulos que murieron en lo que la gente llamó la Batalla de Acción de Gracias, o la Batalla de Perdido Beach. Coyotes locos de ira. Disparos caóticos. Drake, Caine y Sam utilizando todos sus poderes.

—¿Dónde está Tanner? —preguntó Sam en voz baja.

Britney sonrió en dirección al espacio que quedaba entre Howard y Taylor.

—Justo donde está siempre.

—Brittney, ¿sabes lo que ha ocurrido? —Estaba claro que Sam no sabía muy

bien cómo plantear la pregunta—. Brittney, ¿recuerdas que estuviste en la central nuclear? Caine y Drake vinieron y...

El grito de la chica los sobresaltó a todos, Orc incluido.

Fue un chillido fortísimo, un ruido muy fuerte, lleno de algo que solo podía ser odio.

—¡El demonio! —gritó, seguido de un aullido animal, un ruido que se alzó y a Howard le puso los pelos de la nuca de punta, haciéndole sentir como si se deshiciera por dentro.

De repente la chica se calló y levantó un brazo. Se lo quedó mirando como si no formara parte de ella, como si no supiera qué hacía allí. Arrugó la frente, desconcertada.

Sam rompió el silencio estupefacto.

—Brittney, puedes decirnos...

—Creo que me está entrando sueño... —empezó la chica, dejando caer el brazo a un costado.

—Vale —siguió Sam—. Yo... esto... encontraremos un sitio para que pases la noche. —Miró a Taylor—. Salta a casa de Brianna. Dile que vamos para allá.

Howard casi se ríe. A Brianna no le haría ninguna gracia. Pero Sam quería contárselo a alguien que sin duda le fuera fiel.

—Que todo esto no salga de aquí —amenazó Sam.

—¿Más secretos, Sammy? —intervino Howard.

Sam se estremeció, pero no cedió.

—La gente ya está lo bastante asustada —repuso.

—Pides mucho, Sammy, muchacho —le advirtió Howard—. A fin de cuentas, yo estoy en el Consejo. Me pides que se lo oculte a mis compañeros del Consejo. No quiero que Astrid se ponga furiosa conmigo.

—Sé lo de tu negocio de alcohol y drogas —contraatacó Sam—. Te arruinaré la vida.

—Ah... —Fue la reacción de Howard.

—Vale. Necesito un poco de tiempo para entender todo esto —explicó Sam—. No necesito que la gente hable de... nada.

Howard se rio.

—Quieres decir...

—No —le cortó Sam—. Ni lo menciones.

Riéndose, Howard juró sobre el pecho.

—Te lo juro. No seré el primero en usar la palabra con z. —Entonces soltó, en un susurro orquestado—: Zom... biii.

—No es una zombi, Howard. No seas idiota. Debe de tener algún tipo de poder que le permite regenerarse. Si lo piensas, no es muy distinto de lo que hace Lana. A fin de cuentas, vuelve a estar entera, y quedó destrozada cuando la enterramos.

Howard se rio.

—Ajá. Solo que no sé por qué, pero no me acuerdo de que Lana haya salido nunca de una tumba.

Sam se dirigió hacia casa de Brianna. Brittney iba caminando detrás de ellos. Mientras los veía marcharse, Howard pensó que era perfectamente normal: otro paseo con una persona muerta.

El pequeño Pete se despertó. Estaba oscuro. Bien. Con la luz se le atiborraba el cerebro.

Y había silencio. Bien. Los ruidos hacían que le doliera la cabeza.

Y él mismo también tenía que seguir callado o alguien vendría y traería luz y ruidos y toqueteos y dolor y pánico y todo le vendría encima como una marea de más de mil kilómetros de alto, obligándole a dar vueltas, aplastándolo, asfixiándolo.

Y entonces tendría que encerrarse. Tendría que apagarlo todo. Esconderse. Volver al juego, volver al juego, porque dentro del juego todo estaba oscuro y silencioso.

Pero por ahora, sin luz ni ruido ni tacto, podía aferrarse, durante un instante, a... él mismo.

Aferrarse a... nada.

Él sabía dónde estaba el juego. Ahí mismo, en la mesilla de noche, esperando. Llamándolo en voz baja para no molestarle.

Enemigo, lo llamaba.

Enemigo.

Lana no había dormido. Había estado leyendo sin parar, intentando sumergirse en el libro. Tenía una vela pequeña, no gran cosa, pero era algo poco común en la ERA.

Se encendió un cigarrillo en la vela y aspiró el humo. Increíble, la verdad, lo rápido que se había enganchado.

A los cigarrillos y al vodka. La botella estaba medio vacía, la había dejado en el suelo junto a la cama. Pero no había funcionado, no le había ayudado a dormir.

Lana buscó a la *gayáfaga* en su mente. Pero no estaba con ella, por primera vez desde que salió arrastrándose del pozo de la mina. Había terminado con ella, al menos por ahora.

Eso debería haberle dado paz. Pero Lana sabía que volvería cuando la necesitara, que aún podría utilizarla. Que nunca quedaría libre.

—¿Qué has hecho, vieja criatura malvada? —preguntó Lana medio adormilada—. ¿Qué has hecho con mi poder?

Se decía a sí misma que el monstruo, la *gayáfaga*... la Oscuridad... solo podía utilizar a la curandera para curar, y que eso no podría provocar nada malo.

Pero en realidad sabía que no era así. La Oscuridad no la buscaba por las puertas traseras del espacio y el tiempo y le extraía el poder sin motivo alguno.

Llevaba días dentro de su mente, utilizándola para curar.

¿Para curar a *quién*?

Dejó caer la mano en dirección a la botella de vodka, se la llevó a los labios y sorbió el fuego líquido.

¿Para curar el *qué*?

CATORCE

30 HORAS, 25 MINUTOS

EL PRIMER DÍA de la desaparición —o, como la consideraba en secreto, la liberación—, Sanjit inspeccionó junto con sus hermanos y hermanas la finca entera.

No encontró a un solo adulto. Ni a la niñera, ni al cocinero, ni a ningún encargado —lo cual fue un alivio porque uno de los ayudantes parecía un poco perverso—, ni a las criadas.

Los chavales se quedaron juntos formando un grupo. Sanjit no dejaba de contar chistes para mantener a todo el mundo animado.

—¿Estáis seguros de que queremos encontrar a alguien? —preguntaba.

—Necesitamos adultos —afirmó Virtue a su manera pedante.

—¿Para qué, Choo?

—Para... —eso dejó a Choo sin respuesta.

—¿Y si alguien se pone enfermo? —preguntó Peace.

—¿Tú te encuentras bien? —le preguntó Sanjit.

—Creo que sí.

—¿Lo veis? Estamos bien.

Pese a que era innegable que se trataba de una situación inquietante, Sanjit se sentía más aliviado que preocupado. No le gustaba tener que responder al nombre de «Wisdom». No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer prácticamente a cada minuto del día. No le gustaban las reglas. Y ahora, de repente, ya no había reglas.

No tenía respuesta a las insistentes preguntas de los otros sobre lo sucedido. Lo único que parecía claro era que todos los adultos habían desaparecido. Y la radio, los teléfonos y la tele vía satélite no funcionaban.

Sanjit se imaginaba que podría vivir sin todo aquello.

Pero los pequeños, Peace, Bowie y Pixie, se asustaron desde el principio. Incluso Choo, a quien Sanjit nunca había visto preocupado, se agobió mucho.

El silencio de la isla vacía resultaba opresivo. La enorme casa —con habitaciones que los niños ni siquiera habían visto antes, habitaciones que nadie utilizaba— parecía tan grande y estaba tan muerta como un museo. Y rebuscar en la casa del mayordomo, en la suite que ocupaba la niñera en el piso de arriba, en los diversos bungalós y dormitorios, hizo que se sintieran como ladrones.

Pero, aquella primera noche, todos se animaron cuando volvieron a la casa principal y abrieron la cámara frigorífica en busca de una cena que hacía ya rato que necesitaban.

—¡Sí que tienen helado! —los acusó Bowie—. Siempre han tenido helado. Nos mintieron. Tienen toneladas de helado.

Había doce tarrinas grandes de casi veinte litros de helado. Casi doscientos cincuenta litros de helado.

Sanjit dio una palmadita en el hombro a Bowie.

—¿De verdad te sorprende, pequeñín? El cocinero pesa como 130 kilos, y Annette no se queda atrás. —Annette era la criada que limpiaba las habitaciones de los niños.

—¿Podemos comer un poco?

Aquella primera vez, Sanjit se sorprendió de que le pidieran permiso. Era el mayor, pero nunca se había planteado que estuviera al mando.

—¿Me lo pides a mí?

Bowie se encogió de hombros.

—Supongo que por ahora eres el adulto.

Sanjit sonrió.

—Entonces, como adulto temporal, decreto que podemos comer helado para cenar. Coge una de esas tarrinas y cinco cucharas y no pararemos hasta llegar al final.

Eso mantuvo a todo el mundo contento durante un rato. Pero Peace acabó levantando la mano, como si estuviera en el colegio.

—No tienes que levantar la mano —le indicó Sanjit—. ¿Qué ocurre?

—¿Qué va a pasar?

Sanjit lo pensó durante unos segundos. Sabía que normalmente no era una persona reflexiva. Normalmente era un bromista. No un payaso, pero tampoco alguien que se tomara la vida demasiado en serio. Tomarse la vida en serio correspondía a Virtue.

En la época en la que Sanjit vivía en las calles y los callejones de Bangkok los peligros nunca cesaban: estaban los jefes de las fábricas que intentaban secuestrarte y ponerte a trabajar catorce horas al día; los policías que te pegaban; los tenderos que te perseguían desde sus puestos de frutas con palos de bambú, y siempre los chulos que te entregaban a extraños hombres extranjeros para satisfacer sus deseos.

Pero Sanjit siempre intentaba reír y no llorar. Por mucha hambre o miedo que tuviera, por muy enfermo que se sintiera, nunca había cedido como otros chavales que veía. No se había embrutecido, aunque por supuesto sobrevivía robando. Y al hacerse mayor en aquellas calles tremendamente excitantes, aterradoras y nunca aburridas, había desarrollado cierta chulería, cierta actitud que le hacía destacar. Había aprendido a vivir día a día, a no preocuparse mucho del día siguiente. Si tenía comida para pasar el día, si tenía una caja donde dormir, si en los harapos que llevaba no se habían acumulado demasiados piojos, estaba contento.

—Bueno, pues tenemos mucha comida —señaló Sanjit cuando cuatro caras

lo miraron en busca de consejo—. Así que lo que haremos es quedarnos por aquí, ¿no?

Y esa respuesta bastó para el primer día. Todos estaban desconcertados, pero siempre se habían dedicado a cuidar los unos de los otros, pues no confiaban demasiado en los adultos indiferentes que los rodeaban. Así que se lavaron los dientes y se arrojaron los unos a los otros aquella primera noche; Sanjit fue el último en irse a su habitación.

Pixie se acercó para dormir con él. Luego vino Peace, sosteniendo una manta y con ojos llorosos. Y luego Bowie también.

Cuando se hizo de día elaboraron un horario. Se encontraron para el desayuno, que consistió básicamente en tostadas con mucha mantequilla prohibida y mermelada prohibida y montones de gruesa Nutella prohibida.

Después salieron de la casa y entonces fue cuando se percataron del extraño chirrido.

Corrieron hasta el borde del acantilado. Unos treinta metros por debajo vieron el yate, un barco enorme, bonito, elegante, tan grande que tenía su propio helicóptero, y que se había encallado. La proa en forma de cuchillo estaba abollada, encajada entre unas rocas enormes. Cada olita que se formaba levantaba el barco y lo volvía a hundir, chirriando.

El yate pertenecía a sus padres. Ni siquiera sabían que venía, no sabían que sus padres estaban cerca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Peace con voz trémula.

Virtue contestó.

—Se ha estampado contra la isla. Debía de estar acercándose... y entonces... se ha estampado contra la isla.

—¿Por qué no lo ha parado el capitán Rocky?

—Porque ha desaparecido —explicó Sanjit—. Como todos los otros adultos.

Por algún motivo fue entonces cuando Sanjit se dio cuenta de todo. Nunca había sentido mucho afecto por los dos actores que se hacían llamar madre y

padre, pero al ver su yate estrellado contra las rocas lo entendió.

Estaban solos en la isla. Puede que solos en el mundo entero.

—Alguien vendrá a por nosotros —dijo Sanjit, aunque no estaba seguro de creérselo.

Así que esperaron. Días. Y luego semanas.

Y luego empezaron a racionar la comida. Aún quedaba mucha. La isla estaba abastecida para fiestas que en ocasiones incluían a un centenar de huéspedes, que venían en helicóptero y jet privado.

Sanjit había visto algunas de esas fiestas. Luces por todas partes, todo tipo de gente famosa con ropa elegante que bebía y comía y se reía demasiado alto, mientras que los niños tenían que quedarse en sus habitaciones, y a veces los sacaban para decir buenas noches y oír a la gente hablar de lo estupendo que era que sus padres hubieran sido tan generosos al rescatar a «estos niños».

Pero Sanjit nunca se había considerado rescatado.

Aún quedaba mucha comida. Pero el combustible diésel que hacía funcionar el generador se estaba acabando pese a todos sus esfuerzos por gastarlo con prudencia.

Y ahora también estaba lo de Bowie. Normalmente, Sanjit esquivaba las responsabilidades. Pero no podía dejar que Bowie muriera.

Solo había dos maneras de entrar y salir de la isla. En barca, y no tenían. O en helicóptero, que sí tenían. Más o menos.

Había llegado la hora de plantearse en serio la opción más imposible.

Sanjit y Virtue encontraron una cuerda en la caseta del encargado. Sanjit aseguró un extremo alrededor del endeble tronco de un árbol joven. Y arrojó el otro extremo al vacío.

—Probablemente nos caerá el árbol encima, ¿eh? —se rio.

Sanjit y Virtue bajaron. Ordenaron al resto que no se moviera, que se mantuvieran alejados del acantilado y que esperaran.

Sanjit perdió el equilibrio y se deslizó rozando con el culo dos veces hasta que consiguió pararse clavando el talón en un arbusto o un afloramiento rocoso. Al final la sogla no sirvió para nada en el descenso. Se desplazó a la derecha del camino, demasiado lejos para alcanzarla.

El barco, el *Chico volador II* seguía ahí, abollado, oxidándose, cubierto de algas en torno a la línea de flotación. Se bamboleaba con las olas leves, y la popa parecía aferrarse desesperadamente a las rocas contra las que había chocado meses atrás.

—¿Cómo nos subimos al barco? —preguntó Virtue cuando acabaron de descender.

—Qué buena pregunta, Choo.

—Pensaba que eras invencible, Sanjit.

—Invencible sí, pero no intrépido —lo corrigió Sanjit.

Virtue sonrió con ironía.

—Si escalamos por esa roca, igual podremos agarrarnos a la barandilla de popa y subirnos.

Desde abajo el barco parecía mucho más grande. Y el movimiento leve con el que la popa abollada se balanceaba adelante y atrás parecía mucho más peligroso.

—Vale, hermanito. Lo voy a hacer, ¿vale? —indicó Sanjit.

—Yo trepo mucho mejor que tú.

Sanjit le puso la mano en el hombro.

—Choo, hermano, no verás muchas veces en las que sea valiente y me sacrifique. Disfruta de esta. Puede que sea la última.

Y para evitar futuras discusiones, Sanjit se encaramó al espolón y fue avanzando con cuidado, con cautela, hasta el final. Las zapatillas resbalaban en la roca cubierta de algas y agua salada. Se apoyó con una mano sobre el casco blanco. La cubierta le quedaba a la altura de la vista.

Se agarró con ambas manos a la barandilla de acero inoxidable de aspecto frágil y tiró para subirse hasta que los codos quedaron en ángulo recto. La zona peligrosa quedaba justo debajo de él, y, si se soltaba, tendría suerte si sobrevivía con un pie aplastado.

No se subió con mucha elegancia, pero solo se hizo una rascada en un codo y una rozadura en el muslo. Se quedó unos segundos boca abajo, jadeando, en la cubierta de madera de teca.

—¿Ves algo? —le gritó Virtue.

—He revivido toda mi vida en un segundo, ¿eso cuenta?

Sanjit se incorporó, doblando las rodillas para balancearse con el barco. No se oía actividad humana. No se veía a nadie. No es que le sorprendiera, pero, en el fondo, Sanjit casi esperaba ver cadáveres.

Colocó las manos sobre las barandillas, miró hacia el rostro ansioso de Virtue y exclamó:

—¡Ah del barco, compañero!

—Vete a echar un vistazo —le pidió Virtue.

—«¡Vaya a echar un vistazo, capitán!», tienes que decirme.

Sanjit fue paseándose con fingida despreocupación hasta la primera puerta que encontró. Había visitado el yate un par de veces antes, cuando Todd y Jennifer aún estaban, así que sabía cómo era.

Tuvo la misma sensación inquietante del primer día de la gran desaparición: como si entrara en lugares donde no debía estar, y no hubiera nadie para detenerlo.

Silencio. A excepción del crujido del casco.

Qué mal rollo. Un barco fantasma. Como salido de *Piratas del Caribe*. Pero muy pijo. Con cristaleras muy elegantes. Estatuitas metidas en huecos. Pósteres de películas enmarcados. Fotos de Todd y Jennifer con algún actor viejo y famoso.

—¿Hola? —llamó, y al instante se sintió como un idiota.

Volvió a la proa.

—No hay nadie en casa, Choo.

—Han pasado meses —le recordó Virtue— ¿Qué pensabas? ¿Que estaban todos aquí abajo jugando a las cartas y comiendo patatas fritas?

Sanjit encontró una escalera y la deslizó por el lateral.

—Sube a bordo —indicó.

Virtue subió por la escalera y al instante Sanjit se sintió un poco mejor. Poniéndose la mano a modo de visera para la luz vio a Peace en lo alto del acantilado, mirando ansiosa. Entonces agitó la mano para indicarle que todo iba bien.

—Así que supongo que no habrás encontrado un manual para el helicóptero por ahí...

—*¿Helicópteros para inútiles?* —bromeó Sanjit—. No, no precisamente.

—Deberíamos buscarlo.

—Sí. Eso estaría genial. —Sanjit perdió momentáneamente su desenfadado sentido del humor al ver a Peace en el acantilado—. Porque, entre tú y yo, Choo, la idea de intentar salir volando en helicóptero de aquí hace que me mee de miedo.

Seis botes de remos salieron del puerto deportivo bajo las estrellas brillantes. Con tres chavales en cada uno. Dos remaban, uno iba al timón. Los remos brillaban fosforescentes con cada palada.

La flota de Quinn. La armada de Quinn. La poderosa marina de Quinn.

El chico no tenía por qué remar; a fin de cuentas, era el jefe de toda la operación pesquera, pero había descubierto que le gustaba.

Antes salían con lanchas motoras y desde ahí lanzaban los sedales y las

redes. Pero la gasolina, como todo lo demás en la ERA, escaseaba. Les quedaban unos pocos bidones en el puerto deportivo, pero tenían que guardárselos para urgencias, no para la pesca diaria.

Así que todo se basaba en remos y espaldas doloridas. El día era muy, muy largo, y empezaba mucho antes de amanecer. Tardaban una hora en prepararlo todo por la mañana. Cargaban las redes después de secarlas, el cebo, los ganchos, los sedales, las cañas, las barcas en sí, la comida del día, el agua, los chalecos salvavidas. Luego tardaban otra hora más remando hasta alejarse lo bastante del puerto.

Seis barcas, tres armadas con cañas y sedales y tres que arrastraban redes. Hacían turnos porque todo el mundo detestaba las redes. Había que remar más, ir arrastrándolas adelante y atrás, despacio, por el agua. Y luego cargarlas en la barca y sacar los pescados y cangrejos y desechos varios de las cuerdas. Un trabajo muy duro.

Más adelante, por la tarde, salía una segunda tanda para pescar básicamente los murciélagos azules acuáticos. Los murciélagos acuáticos eran una especie mutante que vivía en cuevas durante la noche y salía volando al agua durante el día. Los murciélagos solo servían para alimentar a los bichos, los gusanos asesinos que vivían en los campos de verduras. Los murciélagos eran el tributo que los chavales pagaban a los bichos. La economía de Perdido Beach dependía doblemente de los esfuerzos de Quinn.

Hoy Quinn había salido en una barca con redes. Se despreocupó durante mucho tiempo y, en los primeros meses tras la llegada de la ERA, estaba cada vez menos en forma. Pero ahora disfrutaba de tener piernas, brazos, hombros y espalda cada vez más fuertes. Claro que ayudaba que recibiera un suministro mejor de proteínas que la mayoría de la otra gente.

Quinn trabajó durante toda la mañana con Big Goof y Katrina, y a los tres les cundió bastante. Sacaron varios peces pequeños y uno enorme.

—Y yo que estaba seguro de que se había enganchado la red —comentó Big Goof. Miraba feliz el pescado de metro y medio de largo en el fondo de la barca—. Creo que es el más grande que hemos pillado.

—Creo que es un atún —opinó Katrina.

Ninguno de ellos sabía realmente qué eran algunos de los peces. O eran

comestibles o no, o tenían muchas espinas o no. Aquel pescado, que boqueaba lentamente su último aliento, parecía muy comestible.

—Pues igual —dijo Quinn sin estar convencido—. Pero bueno, es grande.

—Hemos tenido que cargarlo entre los tres —señaló Katrina, riéndose feliz mientras pensaba en los tres deslizándose, derrapando y soltando tacos.

—Ha sido una buena mañana —opinó Quinn—. Así qué, chicos, ¿os parece que ha llegado la hora del *brunch*? —ya era un chiste muy gastado entre ellos. A media mañana todos se morían de hambre, así que lo llamaban *brunch*.

Quinn sacó el silbato de plata de entrenador que utilizaba para comunicarse con su flota. Silbó tres veces y las otras barcas se pusieron a remar y empezaron a dirigirse hacia donde él estaba. Todo el mundo hallaba energías renovadas cuando llegaba la hora de reunirse para el *brunch*.

No había olas ni tormentas, tampoco a una milla de la costa, era como estar en un plácido lago de montaña. Desde aquella distancia, incluso se podía pensar que Perdido Beach tenía un aspecto normal. Parecía una encantadora ciudad de playa que brillaba al sol.

Sacaron el hibachi y la leña que habían mantenido seca, y Katrina, a la que se le daban de maravilla esas cosas, encendió un fuego. Una de las chicas de otra barca cortó la cola del atún, le quitó las escamas y la cortó en filetes de un rosa tirando a púrpura.

Además del pescado tenían tres repollos y unas alcachofas hervidas, frías. El olor del pescado cocinándose era como una droga. Nadie podía pensar realmente en nada más hasta que se lo habían comido.

Luego se sentaban, reclinándose, con las barcas atadas entre sí, y hablaban. Así descansaban antes de pasar otra hora pescando y luego se enfrentaban a la larga remada de vuelta.

—Apuesto a que era atún —señaló un chico.

—No sé qué era, pero estaba bueno. No me importaría comerme unos cuantos filetes más.

—Oye, tenemos mucho pulpo —señaló alguien. Los pulpos no los pescaban;

se pescaban a sí mismos la mayor parte del tiempo. Y a nadie le gustaban especialmente. Pero todos los habían comido en más de una ocasión.

—¡Púlpate esta! —exclamó alguien, con un gesto ordinario.

Quinn estaba mirando hacia el norte. Perdido Beach quedaba en el extremo sur de la ERA, encajado contra la barrera. Quinn pasó con Sam los primeros días de la ERA, cuando huyeron de Perdido Beach y se dirigieron hacia la costa buscando una salida.

El plan original de Sam era seguir la barrera hasta el final. Paso a paso, por mar y por tierra, buscando un punto por donde escapar.

Pero eso no había sucedido. Habían ocurrido otras cosas.

—¿Sabéis qué tendríamos que haber hecho? —dijo de repente, percatándose apenas de que hablaba en voz alta—. Tendríamos que haber explorado esa zona de allá arriba. Cuando aún teníamos mucha gasolina.

—¿Explorar el qué? —preguntó Big Goof—. Quieres decir, ¿buscar peces?

Quinn se encogió de hombros.

—Aquí no es que se nos hayan acabado precisamente los peces. Casi siempre pescamos unos cuantos. ¿Pero a veces no os preguntáis si hay peces mejores más al norte?

Big Goof lo pensó detenidamente. No era ninguna lumbrera; era fuerte y amable, pero no muy curioso.

—Hay que remar mucho...

—Sí, así sería —reconoció Quinn—. Pero lo que digo es, si aún tuviéramos gasolina...

Se bajó la visera de su sombrero blando y se planteó echarse una breve siesta. Pero no, eso no. Estaba a cargo de todo. Por primera vez en la vida, Quinn tenía responsabilidades. No quería estropearlo.

—Hay islas allá arriba —señaló Katrina.

—Sip —bostezó Quinn—. Ojalá las hubiésemos explorado. Pero Goof tiene razón: hay que remar mucho, mucho.

QUINCE

29 HORAS, 51 MINUTOS

BRIANNA ACOGIÓ A Brittney, como Sam le pidió. Le dio una habitación. Sam le ordenó que no se lo dijera a nadie, y a Brianna le pareció bien.

Brianna respetaba a Astrid, a Albert y a los demás del Consejo, pero Sam y ella habían luchado juntos muchas veces. Él le salvó la vida. Ella le salvó la vida.

Jack también estaba en casa de Brianna, pero no le parecía que eso fuera asunto de Sam, ni de nadie. Jack estaba un poco mejor. La gripe parecía haber durado poco, uno de esos brotes que duran veinticuatro horas. Jack había dejado de toser de aquella manera terrible. Las paredes y el suelo volvían a estar a salvo. Además, una de las rarezas encantadoras de Jack era que, si algo no estaba en una pantalla de ordenador, no lo veía. Así que dudaba de que fuera a fijarse en la nueva habitante de la casa a no ser que tuviera un puerto USB en la cabeza.

Sam también pidió a Brianna que no hiciera otra cosa salvo dar de comer a Brittney, o ayudarla a lavarse un poco, aunque ahora lo más parecido a una ducha era meterse en las olas.

—No le hagas preguntas. —Sam se lo dejó muy claro.

—¿Por qué no?

—Porque puede que no queramos oír las respuestas... —murmuró, pero a continuación se corrigió—: mira, no queremos estresarla, ¿vale? Ha pasado algo muy extraño. No sabemos si esto es cosa de raros o qué. En cualquier caso, ya lo ha

pasado bastante mal.

—¿Te parece? ¿Por estar muerta y enterrada y tal?

Sam suspiró, pero se mostró paciente.

—Si alguien la interroga, creo que mejor que no sea yo. Y tú desde luego tampoco.

Brianna sabía a qué se refería. Aunque mantuvieran a Brittney en secreto, Sam debía de pensar que todo aquello tendría que acabar descubriéndose. Y probablemente también pensaba que si alguien iba a interrogar a Brittney, debería ser Astrid.

Así que...

—Así que, Brittney, ¿cómo estás? —preguntó Brianna. Llevaba despierta unos pocos minutos, lo cual era mucho tiempo para Brianna. En unos pocos minutos había podido bajar a la costa, llenar una jarra de agua salada y volver corriendo a la casa.

Brittney seguía en la habitación donde Brianna la instaló. En la cama. Seguía echada con los ojos abiertos. Brianna se preguntaba si habría llegado a dormirse.

¿Dormían los zombis?

Brittney se incorporó. Brianna puso el agua en la mesilla de noche.

—¿Quieres lavarte un poco?

Las sábanas se habían manchado de barro, pero no estaban mucho más sucias que de costumbre. Resultaba tremendamente difícil lavar las cosas echándolas al océano y removiéndolas, aunque pudieras hacerlo a una velocidad supersónica como la de Brianna.

Las cosas seguían quedando sucias. Y rígidas debido a la sal. Y picaban. Y te salían sarpullidos.

Brittney medio sonrió, mostrando los aparatos sucios. Pero no tenía ningún interés en limpiarse.

—Vale, déjame ayudarte —Brianna cogió una camiseta vieja y sucia del suelo y la metió en el agua. A continuación limpió un poquito de barro del hombro de Brittney.

El barro salió. Pero la piel de Brittney no quedó limpia.

Brianna frotó un poco más. Salió más barro. Pero la piel seguía sin verse limpia.

Brianna sintió un escalofrío. Y Brianna no se asustaba casi de nada. Se había acostumbrado al hecho de que su velocidad la hacía casi invulnerable, imparable. Se había enfrentado directamente a Caine y salió riéndose. Pero lo de ahora sencillamente era inquietante.

Brianna tragó saliva. Volvió a frotar. Y otra vez lo mismo.

—Bueno... vale —dijo en voz baja—. Brittney, creo que igual ha... bueno... ha llegado la hora de que me cuentes qué te pasa. Porque me gustaría saber si estás aquí sentada pensando que te apetecería comerte mi cerebro.

—¿Tu cerebro? —preguntó Brittney.

—Sí, quiero decir, vamos Brittney. Eres una zombi. Hay que reconocerlo. Se supone que no debo decir esa palabra, pero alguien que surge de entre los muertos y sale de su tumba y camina entre nosotros es una zombi.

—No soy una zombi —afirmó Brittney con calma—. Soy un ángel.

—Ah...

—Llamé al Señor en mis tribulaciones y me escuchó. Tanner se dirigió a Él y le pidió que me salvara.

Brianna reflexionó un instante.

—Bueno, me imagino que es mejor que ser una zombi.

—Dame la mano —le pidió Brittney.

Brianna dudó, y se dijo a sí misma que si Brittney intentaba mordérsela podría retirarla antes de que le clavara los dientes.

Brianna extendió la mano. Brittney se la cogió. Tiró de ella, pero no en dirección a la boca, sino que puso la mano de Brianna contra su pecho.

—¿Lo notas?

—¿Notar el qué? —preguntó Brianna.

—El silencio. No tengo latido.

Brianna sintió frío. Pero no estaba tan fría como Brittney. Brianna no movió la mano. No notaba ninguna vibración.

No había latido.

—Y tampoco respiro —comentó Brittney.

—¿No? —susurró Brianna.

—Dios me ha salvado —afirmó Brittney convencida—. Ha escuchado mis plegarias y me ha salvado para que haga su voluntad.

—Brittney, has... has estado mucho tiempo ahí bajo tierra.

—Mucho —repitió Brittney. Y frunció el ceño, lo que hizo que se formaran arrugas en el barro de la cara. El barro que no se iba.

—Así que debes de tener hambre, ¿verdad? —preguntó Brianna, volviendo a su preocupación principal.

—No necesito comer. He tomado agua, me la he bebido, pero no he notado que bajara. Y me he dado cuenta de que...

—¿De qué?

—De que no la necesitaba.

—Vale.

Brittney volvió a mostrar su sonrisa metálica.

—Así que no quiero comerte el cerebro, Brianna.

— Eso está bien. ¿Así que *qué* quieres hacer?

— Se acerca el fin, Brianna. Por eso mis plegarias han recibido respuesta. Por eso hemos vuelto Tanner y yo.

— Tú y... vale. Cuando dices «el fin», ¿qué quieres decir?

— La profetisa ya está entre nosotros. Ella nos guiará para salir de aquí. Nos guiará hasta nuestro Señor, libres de toda atadura.

— Bien — dijo Brianna muy seca—. Solo espero que allí la comida sea mejor.

— Ah, sí que lo es. —Brittney se mostró entusiasta—. Hay pastel y hamburguesas con queso y todo lo que siempre has deseado.

— ¿Así que tú eres la profetisa?

— No, no —negó Brittney, y bajó humildemente la vista—. No soy la profetisa. Soy un ángel del Señor. Soy la vengadora del Señor, he venido a destruir al malvado.

— ¿Qué malvado? Tenemos unos cuantos. ¿Con tridente y tal?

Brittney sonrió, sin mostrar los aparatos esta vez. Era una sonrisa fría, invernal, secreta.

— Este demonio no lleva tridente, Brianna. El diablo viene con un látigo.

Brianna reflexionó a este respecto durante varios segundos.

— Tengo que ir a un sitio —acabó diciendo, y se marchó tan rápido como pudo.

— ¿Qué quieres hacer por tu cumpleaños? —preguntó John a Mary.

Mary sacudió la caca de una servilleta que hacía las veces de pañal. Las heces cayeron en un cubo de basura de plástico que más tarde se llevarían y

enterrarían en una trinchera cavada por la excavadora de Edilio.

—Me gustaría no tener que hacer todo esto, eso sería un cumpleaños estupendo —afirmó Mary.

—Lo digo en serio... —replicó John en tono de reproche.

Mary sonrió e inclinó la cabeza hacia la del chico, apoyando frente con frente. Era su versión de un abrazo, algo privado entre dos miembros de la familia Terrafino.

—Yo también lo digo en serio...

—Desde luego tendrías que tomarte el día libre —insistió John—. Quiero decir, si tienes que pasar por todo eso del puf. La gente dice que es intenso.

—Eso parece... —añadió Mary en tono distraído. Echó el pañal en un segundo cubo, que estaba medio lleno de agua. El agua olía a lejía. El cubo estaba colocado sobre un carrito rojo para poder transportarlo hasta la playa. Pero había gente que lavaba los pañales en el océano sin poner demasiado cuidado y se los devolvía aún manchados, y además picaban debido a la arena y la sal.

—Estás lista para eso, ¿no? —preguntó John.

Mary miró su reloj. El reloj de Francis. Se lo había quitado mientras se lavaba. ¿Cuántas horas le quedaban? ¿Cuántos minutos hasta el gran salto?

Mary asintió.

—He leído las instrucciones. He hablado con alguien que ya lo ha pasado. He hecho todo lo que se suponía que tenía que hacer.

—Vale. —John no parecía feliz. De la nada, añadió—: ya sabes que Orsay miente, ¿verdad?

—Sé que me hizo perder a Francis —replicó Mary—. Eso es lo único que sé.

—¡Sí! ¿Lo ves? ¿Ves lo que le pasó por escucharla?

—Me pregunto cómo le irá a Jill con ellas —comentó Mary en voz alta. Se puso con el siguiente pañal. Al haber desaparecido Francis y no contar con nadie

totalmente preparado para ocupar su lugar, Mary tenía aún más trabajo que de costumbre. Y tampoco era precisamente el mejor...

—Debe de estar bien... —opinó John.

—Ya, pero si Orsay es una mentirosa de narices, igual no tendría que haberle dejado que se llevara a Jill.

John parecía perplejo, no estaba seguro de cómo responderle. Se sonrojó y bajó la vista.

—Estoy segura de que está bien —añadió Mary rápidamente, al ver la preocupación de John.

—Sí. Solo porque Orsay esté... mintiendo... no quiere decir que sea mala con Jill —remató John.

—Igual iré a ver qué tal está... en mi tiempo libre. —Mary se rio. Era un chiste recurrente que hacía tiempo que ya no resultaba gracioso.

—Igual sería mejor que te mantuvieras apartada de Orsay —propuso John.

—¿Sí?

—Quiero decir, no sé... Lo único que sé es que Astrid dice que Orsay se lo está inventando todo.

—Si Astrid lo dice, debe ser verdad.

John no contestó, pero parecía afligido.

—Vale, esta carga ya puede bajar a la playa —comentó Mary.

John parecía aliviado de tener la oportunidad de marcharse. Mary lo oyó irse, al chirriar las ruedas del carro. Miró hacia la habitación principal. Tenía tres ayudantes, pero solo uno de ellos estaba realmente motivado o entrenado. Pero podrían encargarse de las cosas durante unos minutos.

Mary se lavó las manos lo mejor que pudo y se las secó en los holgados tejanos.

¿Dónde estaría Orsay en ese momento?

Mary salió a la plaza y aspiró profundamente el aire que no olía ni a meado ni a caca. Cerró los ojos, disfrutando la sensación. Cuando volvió a abrirlos se sorprendió al encontrarse a Nerezza caminando rápidamente hacia ella, como si hubieran acordado encontrarse en ese momento y Nerezza llegara un poco tarde.

—Tú eres... —empezó Mary.

—Nerezza —le recordó la chica.

—Ah, sí. Es raro, pero no recuerdo haberte visto antes del otro día, cuando viniste y te llevaste a Jill.

—Ah, me habrás visto por ahí. Pero yo no soy importante. A ti todo el mundo te conoce, Mary, Madre Mary.

—Iba justo a buscar a Orsay —indicó Mary.

—¿Por qué?

—Quería ver cómo está Jill.

—No es por eso —afirmó Nerezza, casi sonriendo.

Las facciones de Mary se endurecieron.

—Vale, es por Francis, por eso. No sé lo que le dijo Orsay, pero debéis saber lo que ha hecho. No puedo creer que eso fuera lo que Orsay quería. Pero tenéis que pararlo, para que no vuelva a pasar.

—¿Qué no vuelva a pasar el qué?

—Francis ha saltado. Se ha matado.

Nerezza alzó las cejas oscuras.

—¿Eso ha hecho? No, no, Mary. Se ha ido con su madre.

—Qué tontería. Nadie sabe qué pasa si saltas durante el puf.

Nerezza puso la mano sobre el brazo de Mary. Fue un gesto sorprendente.

Mary no estaba segura de que le gustara, pero no hizo que la apartara.

—Mary: la profetisa sabe lo que pasa. Lo ve. Cada noche.

—¿Ah, sí? Porque he oído decir que miente. Que se lo inventa todo.

—Sé lo que has oído —afirmó Nerezza con voz lastimera—. Astrid dice que la profetisa miente. Pero tienes que saber que Astrid es una persona muy religiosa, y demasiado orgullosa. Cree que sabe toda la verdad. No soporta la idea de que pueda haber alguien más elegido para revelar la verdad.

—Hace mucho tiempo que conozco a Astrid... —empezó Mary. Estaba a punto de negar lo que acababa de decir Nerezza. Pero era cierto, ¿no? Astrid era orgullosa. Y sus creencias eran muy firmes.

—Escucha las palabras de la profetisa —propuso Nerezza, como si divulgara un secreto—. La profetisa ha visto que todos sufriremos una época de tribulación terrible. Llegará dentro de muy pronto. Y entonces, Mary, entonces vendrán el diablo y el ángel. Y nos liberaremos en un atardecer rojo.

Mary contuvo el aliento, hipnotizada. Quería replicarle, quería desdeñarla. Pero Nerezza hablaba totalmente convencida.

—Ven esta noche, Mary, antes del amanecer. Ven y la profetisa misma te hablará. Eso te lo puedo prometer. Y luego, creo, verás la verdad y la bondad en su interior. —Nerezza sonrió y cruzó los brazos por encima del pecho—. Es como tú, Mary: fuerte y buena, y está llena de amor.

DIECISÉIS

16 HORAS, 42 MINUTOS

EN LAS HORAS más oscuras de la noche, Orsay se subió a la roca. Lo había hecho muchas veces, así que sabía dónde colocar los pies y agarrarse con las manos. Resbalaba en algunos puntos, y a veces temía caer al agua.

Se preguntaba si se ahogaría. No estaba muy profundo, pero ¿y si se daba en la cabeza al caer? Y se quedaba inconsciente en el agua, y la espuma le entraba en la boca...

La pequeña Jill, que llevaba un vestido limpio y ya no se aferraba tanto a su muñeca, trepó tras ella. Era sorprendentemente ágil.

Nerezza estaba justo detrás de ella mientras trepaba, observándola, sin quitarle los ojos de encima.

—Cuidado, profetisa —murmuró— Y tú también, Jill.

Nerezza era una chica guapa. Mucho más guapa que Orsay, que era pálida y flaca y parecía casi cóncava, como si la hubieran vaciado, como si se hubiera replegado sobre sí misma. Nerezza estaba fuerte y saludable, con la piel impecable color oliva y el pelo negro brillante. Sus ojos tenían un brillo incongruente, eran de un tono verde increíble. A veces, a Orsay casi le parecía que brillaban en la oscuridad.

Defendía a Orsay con uñas y dientes. Un grupito de chavales estaba al pie de la roca, esperando ya. Nerezza se había vuelto para hablar con ellos.

—El Consejo se dedica a decir mentiras porque no quiere que nadie sepa la verdad.

Los suplicantes alzaron la vista esperanzados, expectantes. Querían creer que Orsay era una auténtica profeta. Pero habían oído cosas...

—Pero ¿por qué no quieren que lo sepamos? —preguntó alguien.

Nerezza adoptó una expresión lastimera.

—La gente que tiene poder normalmente quiere conservarlo. —Su tono sabelotodo cínico parecía funcionar. Los niños asentían, imitando la expresión mayor, más fría y sabia de Nerezza.

Orsay apenas recordaba cómo era la vida antes de que Nerezza se convirtiera en su amiga y protectora. Nunca había visto a Nerezza antes por la ciudad. Lo cual era raro, porque no era la clase de chica que pasabas por alto.

Claro que la propia Orsay era relativamente nueva en la ciudad. Antes vivía con su padre, que era guarda forestal del Parque Nacional Stefano Rey, y no bajó a la ciudad hasta mucho después de la llegada de la ERA.

Pero los poderes de Orsay se desarrollaron antes de la ERA. Al principio no sabía qué pasaba, no sabía de dónde procedían las imágenes extrañas que tenía en la mente. Pero acabó entendiéndolo. Estaba viviendo los sueños de otras personas. Se paseaba por sus fantasías mientras dormían. Veía lo que veían, sentía lo que sentían.

Y no siempre resultaba agradable. Había estado dentro de la cabeza de Drake, por ejemplo, y en aquel pozo de serpientes era mejor no mirar.

Con el paso del tiempo sus poderes parecían haberse expandido, desarrollado. Le habían pedido que intentara alcanzar la mente del monstruo en el pozo de la mina. Aquella a la que llamaban la *gayáfaga*. O la Oscuridad sin más.

Pero le desgarró la mente. Como si la cuchilla de un escalpelo hubiera atravesado todas las barreras de seguridad e intimidad de su cerebro. Y, después de aquello, nada volvió a ser igual. Tras aquel contacto, sus poderes alcanzaron un nuevo nivel. Un nivel no deseado.

Cuando tocaba la barrera, veía sueños del otro lado. De los de ahí fuera.

Los de ahí fuera...

Ya notaba su presencia al subirse a la roca y acercarse a la barrera. Los notaba pero no los oía, ni penetraba aún en sus sueños.

Solo podía hacerlo cuando tocaba la barrera. Porque al otro lado, fuera de la barrera, al otro lado de aquella barrera gris e impecable, ellos también tocaban. Orsay veía que la barrera era fina, pero impenetrable. Como una lámina de cristal lechoso de escasos milímetros de grosor. Eso era lo que creía, y eso era lo que sentía.

Ahí fuera, al otro lado, en el mundo, padres y amigos se acercaban como peregrinos, tocaban la barrera e intentaban alcanzar a la única mente capaz de oír sus lamentos y transmitir su pérdida.

Intentaban comunicarse con Orsay.

Los sentía. La mayor parte del tiempo. Al principio dudó, aún dudaba a veces. Pero era demasiado vívido para no ser real. Eso fue lo que Nerezza le dijo: «Las cosas que parecen reales son reales. Deja de dudar de ti misma, profetisa».

A veces dudaba de Nerezza. Pero no se lo decía. Había algo categórico en ella. Era fuerte, era una persona cuya profundidad Orsay no lograba entender. A veces casi temía lo segura que se mostraba.

Orsay llegó a lo alto de la roca y se sorprendió al ver que había varias docenas de chavales reunidos en la playa, o que incluso trepaban por la base de la roca misma.

Nerezza estaba justo debajo de Orsay. Hacía guardia y mantenía a los chicos apartados.

—Mira cuántos han venido... —comentó Nerezza.

—Sí —repuso Orsay—. Demasiados. No puedo...

—Debes hacer solo lo que *puedas* hacer —le recordó Nerezza—. Nadie espera que sufras más de lo que puedas aguantar. Pero habla con Mary. Si no puedes hacer nada más, predice lo de Mary.

—Duele... —reconoció Orsay. Le sabía mal reconocerlo. Todas aquellas caras

ansiosas, esperanzadas, desesperadas estaban dirigidas hacia ella. Y lo único que tenía que hacer era soportar el dolor para aliviar sus miedos.

—¡Lo ves! Vienen pese a las mentiras de Astrid.

—¿Astrid? —Orsay frunció el ceño. Había oído a Nerezza comentar algo sobre Astrid antes. Pero la mayor parte de los pensamientos de Orsay estaban en otra parte. Solo era parcialmente consciente de lo que ocurría en el mundo que la rodeaba. Desde el día en que alcanzó a la Oscuridad, se sentía como si el mundo entero no fuera más que una manchita de color, con los ruidos amortiguados. Y parecía tocar las cosas a través de vendas de gasa.

—Sí, Astrid la genio cuenta mentiras sobre ti. De ella vienen las mentiras.

Orsay meneó la cabeza.

—Seguro que te equivocas. ¿Astrid? Si es una chica muy sincera...

—Seguro que vienen de Astrid. Está utilizando a Taylor y a Howard y a otros cuantos más. Las mentiras se desplazan rápido. Todo el mundo las ha oído ya. Y mira, aun así, cuántos han venido.

—Igual debería dejarlo estar... —sugirió Orsay.

—No puedes dejar que las mentiras te molesten, profetisa. No tenemos nada que temer de Astrid, la genio que nunca ve lo que está bien ni aun teniéndolo delante.

Nerezza esbozó su sonrisa misteriosa y luego pareció como si despertara de una ensoñación. Antes de que Orsay pudiera preguntarle qué quería decir, Nerezza propuso:

—Que cante la sirena.

Orsay solo había oído cantar a Jill dos veces. Y ambas fueron como experiencias religiosas, místicas. No importaba cuál fuera la canción, aunque algunas canciones casi te incitaban a hacer algo más que quedarte ahí escuchando.

—Jill, prepárate —le indicó Nerezza. Y luego, en voz más alta, se dirigió a los de la playa—: oíd todos. Tenemos una experiencia muy especial para vosotros. Inspirada por la profetisa, nuestra pequeña Jill tiene una canción para vosotros.

Creo que todos la disfrutaréis.

Jill cantó los primeros versos de una canción que Orsay no reconocía.

Duérmete, no llores, duérmete niñito...

El mundo envolvió a Orsay como una manta blanda y cálida. Su madre, su madre de verdad, nunca le había cantado nanas. Pero en su mente era una madre distinta, la madre que habría querido tener.

Que al despertar tendrás ponis muy bonitos...

Y ahora Orsay veía, con la mente, los negros y los castaños, los tordos y los grises. Todos bailando en su imaginación. Y con ellos una vida que nunca había tenido, un mundo que no había conocido, una madre que cantara...

Duérmete...

Jill se calló. Orsay pestañeó, como una sonámbula al despertar. Vio a sus seguidores, los niños, todos muy apiñados, tanto que parecían fundirse en uno solo. Se habían arrastrado aún más cerca de Jill y se acumulaban pegados a la roca. Pero no miraban a Jill, ni a Orsay, sino el atardecer adornado con ángeles y los rostros de sus madres.

—Ha llegado la hora —indicó Nerezza a Orsay.

—Vale, de acuerdo.

Orsay puso la mano sobre la barrera. La descarga eléctrica le quemó las yemas de los dedos. Después de tantas veces, el dolor seguía siendo tan abrumador que tenía que hacer esfuerzos por reprimir el impulso imperioso de apartarse.

Pero mantuvo la mano contra la barrera, y el dolor le atravesó todos los nervios de la mano y le recorrió el brazo, abrasándole, quemándole.

Orsay cerró los ojos.

—Está... está... ¿está aquí Mary?

Una voz ahogó un grito.

Orsay abrió los ojos repletos de lágrimas y vio a Mary Terrafino en la parte de atrás. Pobre Mary, siempre tan cargada...

Tan terriblemente flaca. Los efectos del hambre que pasaba se habían visto empeorados en gran medida por la anorexia.

—¿Te refieres a mí? —preguntó Mary.

Orsay cerró los ojos.

—Tu madre... veo que sueña contigo, Mary —Orsay sintió que las imágenes se abalanzaban sobre ella, agradables, inquietantes, distrayéndola felizmente del dolor.

—Mary a los seis años... Tu madre te echa de menos... Sueña con cuando eras pequeña y te enfadaste tanto porque tu hermanito recibió un juguete para Navidad que tú querías...

—El monopatín... —susurró Mary.

—Tu madre sueña con que irás pronto con ella —continuó Orsay—. Vuelve a ser tu cumpleaños dentro de muy poco. Y ahora estás tan mayor... Tu madre dice que ya has hecho suficiente, Mary. Otros se encargarán de tu trabajo.

—No puedo... —La voz de Mary adoptó un tono afligido—. No puedo dejar solos a esos niños.

—Tu cumpleaños cae el día de la Madre, Madre Mary —susurró Orsay. Sus propias palabras le resultaban extrañas.

—Sí —reconoció Mary—. ¿Cómo lo has...?

—Ese día, Madre Mary, liberarás a tus niños para poder volver a ser Mary la niña —le indicó Orsay.

—No puedo abandonarlos...

—Y no lo harás, Mary. Cuando el sol se ponga los conducirás contigo a la libertad —susurró Orsay—. Cuando el sol se ponga y el cielo se vuelva rojo...

Sanjit se había pasado la tarde viendo una película protagonizada por su padre adoptivo, *Fly boy too*. La había visto antes. Todos habían visto todas y cada una de las películas de Todd Chance. Y la mayoría de las de Jennifer Brattle. Solo le faltaban las que incluían desnudos.

Pero *Fly boy too* tenía un interés especial por una escena de doce segundos que mostraba a un actor —o puede que fuera un piloto de verdad, quién sabe— pilotando un helicóptero. En este caso pilotaba mientras intentaba ametrallar a John Gage —interpretado por Todd Chance— que saltaba de vagón en vagón de un tren de carga que iba a toda velocidad.

Sanjit reprodujo la misma escena de doce segundos un centenar de veces hasta que la cabeza empezó a darle vueltas y comenzaron a llorarle los ojos.

Ahora que los demás estaban en la cama, Sanjit hizo el último turno de la noche con Bowie. O puede que fuera ya el turno del amanecer.

Se sentó en una butaca hundida junto a la cama de Bowie. Un flexo se arqueaba por encima de su hombro y proyectaba un pequeño círculo de luz sobre el libro que había abierto. Era una novela bélica sobre Vietnam, un país que estaba al lado de Tailandia, donde él nació. Al parecer hubo una guerra en ese país mucho tiempo atrás, y los americanos participaron en ella. Pero eso no era lo que le interesaba. Lo que le interesaba era que utilizaron muchos helicópteros, y aquella novela en particular se centraba en un soldado que pilotaba un helicóptero.

No era gran cosa, pero era lo único que tenía. El autor debía de haber investigado un poco. Las descripciones pintaban bien. No parecía que se las hubiera inventado.

Pero esa no era la manera de aprender a pilotar un helicóptero.

Bowie giró la cabeza violentamente hacia un lado, como si tuviera una

pesadilla. Sanjit estaba lo bastante cerca como para ponerle la mano en la frente. El niño tenía la piel caliente y húmeda.

Era un niño guapo, Bowie, con los ojos azul claro y dientes de conejo. Tan pálido que a veces parecía uno de los dioses blancos de mármol que Sanjit había visto en la infancia que ya quedaba muy atrás.

Pero los dioses eran fríos al tacto. Y Bowie no.

Leucemia. No, seguro que no. Pero no era ni un resfriado ni gripe tampoco. Llevaba demasiado tiempo enfermo para ser gripe. Además, nadie más se había puesto enfermo. Así que probablemente no era ese tipo de cosa. No era contagioso.

Sanjit no tenía ninguna gana de ver morir a aquel niño. Había visto morir a gente. A un anciano mendigo sin piernas. A una mujer que murió en un callejón de Bangkok tras tener un bebé. A un hombre al que acuchilló un chulo.

Y a un chico llamado Sunan.

Sanjit se hizo cargo de Sunan. La madre de Sunan era prostituta. Un día desapareció, y nadie sabía si estaba viva o muerta. Y Sunan se encontró en la calle. No sabía gran cosa. Sanjit le enseñó lo que pudo. Cómo robar comida. Cómo escapar cuando te atrapaban robando comida. Cómo conseguir que los turistas te dieran dinero por llevarles las bolsas. Cómo conseguir que los dueños de las tiendas te pagaran por guiar a los turistas extranjeros ricos hasta la tienda.

Cómo sobrevivir. Pero no cómo nadar.

Sanjit lo sacó del río Chao Phraya demasiado tarde. Apartó la vista del chaval durante un minuto, y cuando se volvió... ya era demasiado tarde. Para cuando lo sacó del agua cenagosa era demasiado tarde.

Sanjit volvió a sentarse y tomó de nuevo el libro. Le temblaban las manos.

Peace entró vestida con un pijama tipo mono y frotándose los ojos por el sueño.

—Me he olvidado a Noo Noo —comentó.

—Ah —Sanjit encontró a la muñeca en el suelo, la recogió y se la dio—. Cuesta dormir sin Noo Noo, ¿eh?

Peace cogió la muñeca y la sostuvo contra su pecho.

—¿Se va a poner bien Bowie?

—Bueno, eso espero —respondió Sanjit.

—¿Estás aprendiendo a pilotar el helicóptero?

—Claro. No cuesta nada. Hay unos pedales para los pies. Un palo llamado colectivo. Y otro palo llamado... no sé qué. Ya no me acuerdo. Pero no te preocupes.

—Siempre me preocupo, ¿no?

—Sí, más bien —Sanjit le sonrió—. Pero está bien, porque las cosas por las que te preocupas casi nunca pasan, ¿verdad?

—No —reconoció Peace—. Pero las cosas que espero tampoco pasan.

Sanjit suspiró.

—Sí, bueno, voy a hacerlo lo mejor posible.

Peace se acercó y le dio un abrazo. Entonces cogió su muñeca y se fue.

Sanjit volvió a concentrarse en el libro. Hablaba de no sé qué de un tiroteo con un tal «Charlie». Se lo leyó en diagonal, intentado extraer pistas suficientes para averiguar cómo pilotar un helicóptero. Desde un barco. Junto a un acantilado.

Cargado con toda la gente que le importaba.

DIECISIETE

15 HORAS, 59 MINUTOS

—¿MADRE MARY? ¿PUEDO levantarme y ponerme contigo?

—No, cari. Vuelve a dormir.

—Pero no tengo sueño.

Mary puso la mano sobre el hombro de la niña de cuatro años y la condujo de vuelta hasta la habitación principal. Había camas en el suelo. Sábanas en el suelo. Pero ya no podía hacer gran cosa al respecto.

«Tu madre dice que ya has hecho suficiente, Mary».

Madre Mary, la llamaban. Como si fuera la Virgen María. Los niños le profesaban admiración. La admiraban profundamente. Pues qué bien. Eso no ayudaba mucho a Mary a avanzar en la rutina día y noche, día y noche.

Con «voluntarios» enfurruñados. Batallas interminables entre los chavales por los juguetes. Hermanos mayores que dejaban a sus hermanitos y hermanitas en la guardería. Arañazos, rasguños, resfriados, narices que sangraban, dientes caídos e infecciones de oído. Niños que se iban sin avisar, como Justin, el último. Y series interminables, interminables de preguntas por contestar. Demandas de atención que nunca cesaban, nunca, ni por un segundo.

Mary tenía un calendario. Había tenido que elaborarlo ella misma, dibujado cuidadosamente sobre un trozo grande de papel encerado. Necesitaba espacios

grandes para escribir interminables recordatorios y notas. El cumpleaños de todos y cada uno de los niños. Cuando un niño se quejaba por primera vez de una infección de oído. Que debían ir a buscar más telas para hacer pañales. Conseguir una escoba nueva. Cosas que tenía que decir a John o a uno u otro de los trabajadores.

Ahora mismo miraba ese calendario. Miraba la nota que escribió para recordar que debía dar un día de fiesta a Francis en honor de tres meses de buen trabajo.

Pero Francis ya se lo había tomado por su cuenta.

En el horario había una nota de semanas atrás donde decía que tenía que conseguir «P». Eso quería decir Prozac. Pero no había encontrado. El botiquín de Dahra Baidoo estaba prácticamente vacío. Dahra le había dado un par de antidepresivos distintos, pero tenían efectos secundarios. Tenía sueños muy vívidos, absurdos, con los que se pasaba el día intranquila y temía volver a dormirse.

Comía lo que se suponía que tenía que comer.

Pero había vuelto a vomitar. No cada vez. Solo a veces. A veces podía elegir entre no comer y meterse el dedo en la garganta. A veces no podía controlar ambos impulsos, así que tenía que escoger uno.

Y luego sollozaba, porque detestaba su propia mente, los pequeños cánceres que parecían devorar su alma noche y día y día y noche.

«Tu madre te echa de menos...».

En el calendario, el día de la Madre estaba señalado en rojo.

«¡15.º cumple!».

Dio la vuelta al reloj de Francis y comprobó la hora. ¿De verdad era tan tarde? Solo faltaban dieciséis horas. Dieciséis horas para cumplir quince años.

No era mucho. Tenía que prepararse para ello, para el gran salto.

Tenía que prepararse para luchar contra la tentación que invadía a cada chaval de la ERA cuando llegaban a la fecha señalada.

Ahora todos sabían lo que pasaba. El tiempo parecía congelarse. Y mientras estabas en una especie de limbo, una persona se te acercaba y te tentaba. La persona a la que más querías agradecer. Con la que más querías reencontrarte. Y te ofrecía una escapatoria. Te suplicaba que fueras con ella, que salieras de la ERA.

Había centenares de teorías sobre por qué ocurría. Mary había oído teorías numerológicas, teorías de la conspiración, teorías astrológicas, todo tipo de teorías sobre alienígenas, científicos del gobierno, etc.

La explicación de Astrid, la «explicación oficial» era que se trataba de un fenómeno de la naturaleza, una anomalía que nadie podía entender, cuyas reglas los chavales en el interior de la ERA debían intentar descubrir y comprender.

El extraño efecto psicológico del gran salto no era más que una distorsión mental. La persona que se te acercaba no era real como tampoco lo era el demonio que aparecía a continuación.

—No es más que la manera en que tu mente dramatiza la elección entre la vida y la muerte —explicó Astrid con su habitual tono de cierta superioridad.

La mayoría de los chavales no pensaba en ello. Los quince años quedaban muy lejos para un chaval de diez o doce años. Cuando se acercaban los quince empezabas a pensar en ello, pero Astrid, cuando aún tenían electricidad para imprimir, había impreso un práctico folleto con instrucciones denominado: «Sobrevivir a los 15».

Mary no pensaba que Astrid fuera a mentir a propósito. Por mucho que Nerezza afirmara que sí. Pero tampoco pensaba que Astrid fuera infalible.

En general, Mary no tenía tiempo que perder con indagaciones filosóficas. Por decirlo delicadamente, en general estaba hasta el cuello de crisis relacionadas con los niños.

Pero la fecha seguía acercándose. Y luego pasó lo de Francis.

Y ahora Orsay...

«Ese día liberarás a tus niños para poder volver a ser Mary la niña.»

Mary sentía que la depresión se cerraba en torno a ella. Que la acechaba pacientemente. La observaba y esperaba. Y cuando percibía la menor debilidad, se

acercaba.

Se había obligado a comer.

Y luego se había obligado a vomitar.

No era idiota. No es que no lo supiera. Sabía que se estaba desmoronando. Otra vez. Que se estaba viniendo abajo.

Y no tardaría en encontrarse en ese momento helado, intemporal, del que hablaba el útil folleto de Astrid. Y vería el rostro de su madre llamándola.

«Suelta la carga, Mary...»

«Y ve con ella.»

Mary cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, Ashley estaba de pie ante ella. La niña estaba llorando. Había tenido una pesadilla y necesitaba un abrazo.

Una chavala llamada Consuela, uno de los soldados de Edilio, fue la primera en verlo, y corrió a contárselo a Edilio.

Pertenecía al turno que vigilaba a altas horas de la madrugada. Se lo encontró, gritó y fue corriendo donde estaba Edilio. Eso era lo que tenía que hacer.

Y ahora Edilio lo estaba observando. Preguntándose qué se suponía que tenía que hacer. Sabía la respuesta correcta: informar al Consejo. Había reñido a Sam por no hacerlo antes.

Pero es que aquello...

—¿Qué debería hacer? —susurró Consuela.

—No se lo digas a nadie.

—¿Debería ir a buscar a Astrid, o a Sam?

Eran preguntas perfectamente razonables. Y Edilio también deseaba una

respuesta perfectamente razonable al respecto.

—Vete —le indicó Edilio—. Buen trabajo. Siento que hayas tenido que verlo.

Consuela se marchó encantada. Y Edilio lanzó una mirada torva en dirección a aquella cosa... aquella persona... aquel cuerpo... que sería como una daga en el corazón de Sam.

En los meses transcurridos desde la muerte de Drake Merwin, la derrota de la *gayáfaga* y el trato con los bichos, cierto orden y calma habían llegado a la ERA.

Edilio sintió que esa estructura endeble, el sistema que tanto se había esforzado por construir, el sistema que justo empezaba a creer que podría durar, se le deshacía entre las manos, como papel de seda en la tormenta.

Nunca había sido real. La ERA siempre ganaría.

Sam se inclinó por encima del cuerpo. La visión lo estremeció, y dio un paso tambaleante hacia atrás.

Edilio lo sujetó.

Sam sintió que el pánico se apoderaba de él. Quería huir. No podía respirar. El corazón le latía muy fuerte en el pecho. Las venas se le llenaban de agua helada.

Sabía lo que había ocurrido.

—Oye, jefe —intervino Edilio—. ¿Estás bien, colega?

Sam no lograba responderle. Cogía aire a pequeños sorbos. Como un niño pequeño que estuviera a punto de echarse a llorar.

—Sam —insistió Edilio—. Vamos, hombre...

Edilio miró el cuerpo mutilado y luego a su amigo y, después, de nuevo el cuerpo.

Él también lo había sufrido. Sam conocía las heridas terribles que veía. El cuerpo de un chaval de doce años llamado Leonard tenía marcas que Sam conocía y nunca olvidaría.

Las marcas de un látigo.

La calle estaba en silencio. No se veía a nadie. Nadie que pudiera haber sido testigo.

—Drake... —susurró Sam.

—No, colega: Drake está muerto y enterrado.

Sam se enfureció de repente y agarró a Edilio de la camisa.

—¡No me digas lo que estoy viendo, Edilio! ¡Es él! —gritó Sam.

Edilio se zafó pacientemente de los dedos de Sam.

—Escucha, Sam. Ya sé lo que parece. Te vi. Vi el aspecto que tenías aquel día. Así que ya lo sé, ¿vale? Pero colega, no tiene sentido. Drake está muerto y enterrado bajo toneladas de piedra en el pozo de la mina.

—Ha sido Drake —afirmó Sam, tajante.

—Oye, basta ya, Sam —le espetó Edilio—. Se te va la olla.

Sam cerró los ojos y volvió a sentir el dolor... Un dolor como nunca se había imaginado que pudiera existir fuera del infierno. El dolor de que lo quemaran vivo.

Los latigazos de la mano de Drake. Cada uno de ellos arrancaba tiras de carne y...

—No lo sabes.... No sabes cómo fue...

—Sam...

—Aunque Brianna me inyectara hasta arriba de morfina... no lo sabes... no lo sabes... ¿vale? No lo sabes. Reza a Dios para que no llegues a saberlo nunca.

Taylor eligió ese momento para saltar a la plaza. Echó un vistazo al cuerpo y soltó un grito. Luego se tapó la boca y apartó la vista.

—Ha vuelto —señaló Sam.

—Taylor, llévate a Sam de aquí. Llévalo con Astrid —ordenó Edilio.

—Pero Sam y Astrid están...

—¡Hazlo! —rugió Edilio—. Y luego espabila y trae a los demás miembros del Consejo. ¿Quieren saber lo que pasa? Pues vale. Que se levanten de la cama.

—Nunca desaparece —dijo Sam con los dientes apretados—. ¿Sabes, Edilio? No desaparece. Siempre está conmigo, siempre está conmigo...

—Llévatelo —ordenó Edilio a Taylor—. Y di a Astrid que tenemos que hablar.

DIECIOCHO

15 HORAS, 57 MINUTOS

—**VAMOS** ESTA NOCHE —insistía Caine. Estaba débil. Tenía todos los músculos debilitados. Doloridos. Jadeaba ya solo por haber subido las escaleras del comedor. Como si hubiera corrido una maratón.

Era el hambre. Eso era lo que provocaba.

Trató de contar los rostros exhaustos y demacrados que lo miraban. Pero el número no se le quedaba en la cabeza. ¿Quince, diecisiete? No eran más, desde luego.

La última vela parpadeó en la mesa que antiguamente estaba repleta de pastel de pavo, *pizza*, gelatina, ensalada mustia, cartones de leche, es decir, de toda la comida habitual en un comedor de escuela.

Aquella habitación estuvo repleta de críos. Todos de aspecto muy saludable. Algunos flacos, otros gordos, pero ninguno tan demacrado y horroroso como los que quedaban ahora.

Coates Academy era la escuela moderna donde la gente adinerada enviaba a sus chavales problemáticos. Chavales que provocaban incendios. Matones. Guarros. Viciosos. Chavales con problemas psicológicos. O los que tan solo replicaban demasiado a menudo. O chavales cuyos padres querían que desaparecieran de sus vidas.

Los difíciles, los perdedores, los rechazados. Los no queridos. Coates

Academy era el lugar donde dejabas a tus críos y no tenías por qué preocuparte por ellos nunca más.

Y lo cierto es que el sistema funcionaba para todos los implicados.

Pero ahora solo quedaban los restos desesperados de Coates. Los que fueron lo bastante malvados o afortunados como para sobrevivir. Solo se sabía que cuatro de ellos fueran mutantes: el propio Caine, que tenía cuatro barras; Diana, cuyo único poder era la capacidad de medir los poderes de otro mutante; Bug, cuya habilidad era casi desaparecer, y Penny, que había desarrollado el poder extremadamente útil de generar ilusiones: podía hacer creer a una persona que la estaban atacando unos monstruos o la pinchaban con cuchillos o estaba en llamas. Lo demostró con un chaval llamado Barry. Le hizo creer que unas lanzas lo perseguían por la habitación. Fue divertido verlo correr aterrorizado.

Y eso era todo. Cuatro mutantes, solo dos de los cuales, Caine y Penny, servían para una pelea. Bug tenía sus utilidades. Y Diana era Diana. El único rostro que quería ver Caine ahora mismo.

Pero ella tenía la cabeza inclinada, la cara apoyada contra las manos y los codos sobre las rodillas.

Los demás lo miraban. No lo querían ni les gustaba siquiera, pero aun así lo temían.

—He convocado a todos aquí porque nos vamos —anunció Caine.

—¿Tienes comida? —pidió una voz lastimosa.

—Vamos a conseguirla —respondió Caine—. Conozco un sitio. Es una isla.

—¿Y cómo vamos a llegar a una isla?

—Cállate, Jason. Es una isla. Era de dos actores muy famosos de los que probablemente os acordaréis. Todd Chance y Jennifer Brattle. Tenían una mansión enorme en una isla privada. Seguro que allí guardarían un montón de comida.

—La única manera de llegar hasta allí es en barco —gimió Jason—. ¿Y eso cómo lo hacemos?

—Vamos a coger unas barcas. —Caine lo afirmó con mucha más convicción

de la que realmente sentía.

Bug estornudó. Casi se le veía cuando estornudaba.

—Bug conoce el sitio. Es famoso —explicó Caine.

—¿Y entonces por qué no habíamos oído hablar de él antes? —preguntó Diana, mascullando sin dejar de mirar al suelo.

—Porque Bug es idiota y no se le había ocurrido —replicó Caine—. Pero la isla está ahí. Se llama San Francisco de Sales. Está en el mapa.

Y se sacó un papel roto y arrugado del bolsillo y lo desplegó. Lo habían sacado de un atlas de la biblioteca de la escuela.

—¿Veis? —Lo sostuvo en lo alto y se alegró al detectar destellos de auténtico interés.

—Vamos a conseguir barcas —repitió Caine—. Las conseguiremos en Perdido Beach.

Ese comentario desinfló el poco entusiasmo que pudiera haber.

—Tienen toda clase de raros y armas y de todo allí —señaló una chica apodada Pampers.

—Sí, sí que tienen —reconoció Caine, cansado—. Pero estarán demasiado ocupados para enfrentarse a nosotros. Y si alguno se interpone, yo me encargaré de él. Penny o yo lo haremos.

Los chavales miraron a Penny. Tenía doce años. Debía de ser guapa antes. Una chica chinoamericana bonita con una nariz diminuta y las cejas que indicaban sorpresa. Pero ahora parecía un espantapájaros, con el pelo quebradizo, las encías enrojecidas por la desnutrición y un sarpullido que le recorría el cuello y los brazos describiendo un dibujo rosado como si fuera encaje.

—Creo que estás loco, Caine. ¿Pasar por Perdido Beach? —protestó Jason—. La mitad de nosotros no podemos ni caminar hasta tan lejos, y ya no digamos pelear. Nos morimos de hambre, tío. Si no tienes comida que darnos, caeremos antes de llegar a la carretera.

—Escúchame —insistió Caine—. Te aseguro que vamos a necesitar comida. Pronto.

Diana alzó la vista, temiendo lo que fuera a hacer Caine a continuación.

—La única comida que vamos a conseguir está en esa isla. O la conseguimos, o buscamos otra cosa para comer.

DIECINUEVE

15 HORAS, 27 MINUTOS

ZIL PENSÓ QUE era extraño. Era extraño cómo habían llegado a aquella situación. Extraño lo asustado que estaba, cuánto ruido le hacía el estómago, pero no podía dejar que los demás se enteraran. Porque estaba al mando y todos estaban pendientes de él.

De El Líder. Con la E y L mayúscula, cuando lo decía Turk.

Turk, ese pelota chungo con la pierna mala y cara de rata.

Y Hank. Hank daba miedo. Igual estaba como una cabra. Vale, igual no, seguro. Hank siempre estaba empujando, provocando, exigiendo.

Y los demás... eran veintitrés. Antoine, el drogote gordo. Max, Rudy, Lisa, Trent. Otros a los que Zil apenas conocía. El único que le gustaba realmente a Zil era Lance. Lance molaba. Lance era el guapo y listo que hacía que Zil pensara que igual todo aquello estaba bien, que realmente se merecía ser El Líder, con E y L mayúsculas.

En cualquier caso, ya era tarde para echarse atrás. Había hecho un trato con Caine. Y era un trato muy sencillo. Había dos personas en la ERA a las que Zil debía temer más que a las otras: Sam y Caine. Y Caine ofrecía a Zil la oportunidad de desacreditar a uno y despedirse del otro.

Era ahora o nunca.

Pero primero lo más importante. La gasolina. Y después ya sería demasiado tarde para replantearse nada.

La declaración de guerra total contra los raros quedaba a un minuto de distancia.

Veintitrés chavales metidos en las calles oscuras solos y en grupos de dos, con armas y palos escondidos bajo capuchas y abrigos. Algunos iban erguidos, otros se deslizaban asustados como ratones. Su mayor miedo era que Sam los viera demasiado pronto e intentara detenerlos antes de que pudieran empezar la fiesta.

Zil se rio sin querer.

Turk estaba con él. Ninguno de los dos llevaba armas, no querían llevar nada que sirviera de excusa a Sam para detenerlos.

—Ves, eso es un Líder —recalcó Turk a su manera aduladora—. Te ríes a pesar de todo.

Zil no dijo nada. Tenía el estómago en la garganta.

Podían salir mal tantas cosas... Brianna. Dekka. Taylor. Edilio. Incluso Orc. Raros y partidarios de los raros, traidores. Cualquiera de ellos podía detenerlos de repente.

Zil se sentía como si estuviera al borde de un precipicio.

Pero tenían que ir paso a paso. Primero, la gasolinera.

Y tenía que ser aquella noche. Ahora.

Y la ciudad entera tenía que arder.

De entre el fuego, la Pandilla Humana reuniría a los supervivientes bajo el mando de Zil. Entonces sería el Líder no solo de aquella pandilla de perdedores, sino de todos.

Brittney no sabía dónde había estado. O qué había hecho desde que salió de casa de Brianna. Le venían imágenes a la mente, como planos sueltos sacados de una película. La imagen de un pasadizo bajo una casa. De yacer otra vez en la tierra y sentir el frío en la espalda. De vigas de madera entrecruzadas por encima de ella, como la tapa reconfortante de un ataúd.

Otras imágenes mostraban rocas en la playa. Arena que dificultaba el caminar.

Recordaba que vio a unos chavales. A dos, a lo lejos. Salieron corriendo cuando la vieron. Pero quizás no eran de verdad. Quizás no eran más que fantasmas porque Brittney no estaba totalmente segura de que las personas que veía fueran reales. Parecían reales: los ojos, el pelo y los labios le resultaban conocidos. Pero a veces parecía que les salían luces de puntos donde no debería haberlas.

Costaba saber qué era real y qué no. Lo único que sabía era que Tanner a veces se le aparecía, al lado. Y él era real.

La voz en su mente también era real, la voz que decía que debía servirle, obedecerle, seguir el camino de la verdad y la bondad.

Entonces Brittney recordó que sintió al malvado muy cerca. Muy cerca. Sintió su presencia.

Ah, sí, *él* había estado allí.

Pero ¿dónde había estado ella? Se lo preguntó a su hermano Tanner, que estaba un poco sucio y tenía las heridas demasiado visibles.

—¿Dónde estoy, Tanner? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Eres una rosa, un ángel vengador —respondió el niño.

—Sí, pero, ¿dónde acabo de estar? Hace un momento. Justo antes de ahora. ¿Dónde estaba?

Se oyó un ruido al final de la manzana. Se acercaron dos personas caminando. Eran Sam y Taylor.

Sam era bueno. Taylor era buena. Ninguno de los dos estaba aliado con el

malvado. Pero no parecieron verla. Dejaban estelas de luz ultravioleta al pasar, como si fuera un rastro de baba.

—¿Lo has visto, Tanner?

—¿A quién?

—Al malvado. ¿Has visto al demonio?

Tanner no contestó. Sangraba debido a las heridas horribles que lo mataron.

Brittney lo dejó estar. La verdad es que ya se le había olvidado qué le había preguntado.

—Tengo que encontrar a la profetisa —comentó—. Tengo que salvarla del malvado.

—Sí. —Tanner había adoptado su otro aspecto, llevaba sus vestiduras angelicales. Brillaba precioso, como si fuera una estrella dorada—. Sígueme, hermana. Tenemos que hacer buenas obras.

—Alabado sea Dios —añadió Brittney.

Su hermano se la quedó mirando, y durante un instante le pareció que sonreía. Mostraba los dientes, y sus ojos llameaban con un fuego interior.

—Sí... alabado.

VEINTE

15 HORAS, 12 MINUTOS

LA GASOLINERA ESTABA a oscuras. Todo estaba a oscuras.

Zil levantó la vista hacia el cielo. Las estrellas brillaban muy relucientes y perfiladas. Negra noche, con estrellas blancas brillantes que deslumbraban la vista.

Zil no era ningún poeta, pero entendía por qué la gente se quedaba hipnotizada con las estrellas. Muchas personas ilustres, importantes, debían de haber mirado a las estrellas cuando estaban a punto de hacer algo, preparándose para hacer esas cosas que los harían importantes para siempre.

Qué lástima que aquellas estrellas no fueran auténticas.

Hank apareció como un fantasma. Estaba con Antoine. Zil vio a otros en la oscuridad junto a la carretera, ya reunidos. Arremolinándose asustados, nerviosos, la mayoría de ellos dispuestos a salir pitando, probablemente.

—Líder —susurró Hank de un modo intenso.

—Hank —respondió Zil. Su voz calmada resultaba tranquilizadora.

—La Pandilla Humana espera tus órdenes.

Se oyó un murmullo de múltiples voces. Como ovejas asustadas que balaran al unísono, intentando no perder el coraje.

Lance también estaba allí.

—Lo he comprobado. Hay cuatro soldados de Edilio. Dos dormidos. No hay raros, por lo que he podido ver.

—Bien —dijo Zil—. Si avanzamos rápido y aprovechamos el elemento sorpresa quizá no tengamos que hacer daño a nadie.

—No cuentes con eso... —intervino Hank.

—Pasaré lo que tenga que pasar —opinó Turk.

—El destino.

Zil tragó saliva. Si mostraba alguna debilidad, todo habría terminado.

—Este es el principio del fin para los raros —anunció—. Esta noche devolveremos Perdido Beach a los humanos.

—Ya habéis oído al Líder —lo respaldó Turk.

—Vamos —dijo Hank. Llevaba una escopeta tan grande como él colgando del hombro. Se la descolgó e hizo el gesto ostentoso de quitar el seguro.

Y entonces se pusieron en marcha. Caminaban rápido. Zil iba a la cabeza con Hank a un lado y Lance al otro, y Antoine avanzaba como un pato con Turk en la segunda fila.

Nadie los vio cuando salieron a la carretera. O cuando marcharon a paso rápido y dejaron atrás el cartel antiguo y desgastado donde se indicaban los precios de la gasolina.

Pasado el primer surtidor, una voz gritó:

—¡Oye!

No dejaron de moverse, y corrieron excitados.

—¡Oye, oye! —volvió a gritar la voz.

Zil no sabía el nombre del chaval que gritaba, y entonces una segunda voz exclamó:

—¿Qué pasa?

¡PUM!

El ruido resultó ensordecedor. La explosión generó una ráfaga de fuego amarillo. Era la escopeta de Hank. El primer chaval cayó bruscamente.

Zil casi grita. Casi chilla: «¡Para!». Casi dice: «No tenías que...».

Pero era demasiado tarde para eso. Demasiado tarde. El segundo soldado alzó su arma, pero dudó. Hank no.

¡PUM!

El segundo soldado se volvió y echó a correr. Arrojó su arma al suelo y huyó.

Otras voces gritaban aterradas y confundidas. Hubo más disparos. Aquí. Allá. Disparos alocados, todos lo que pudieron, explosiones de luz en la oscuridad.

—¡Alto el fuego! —gritó Hank.

Los disparos continuaron. Pero ahora todos procedían del bando de Zil.

—¡Parad! —gritó Zil.

Los estallidos cesaron.

A Zil le pitaban los oídos. Se oyó una voz lastimera a lo lejos que lloraba como un bebé.

Durante un largo instante nadie dijo ni hizo nada. El chico que yacía boca arriba permaneció callado. Y Zil no se fijó más en él.

—Vale, seguid el plan —propuso Hank, tan calmado como si todo aquello no fuera más que un videojuego que hubiera puesto en «pausa».

Los chavales a los que habían encargado traer botellas empezaron a descargarlas. Lance se dirigió hasta el surtidor manual cuya gasolina procedía del depósito subterráneo. Empezó a vaciarlo y a llenar botellas de cristal que sostenían manos temblorosas.

—No me lo puedo creer —dijo alguien.

—¡Lo hemos conseguido! —se regocijó otro chaval.

—Todavía no —gruñó Zil—. Pero está empezando...

—Recordad —intervino Hank—. Meted los trapos bien adentro de la botella como os he dicho. Y que no se os mojen los mecheros.

Encontraron una carretilla entre los hierbajos detrás de la gasolinera. No iba muy bien, porque tenía la rueda torcida, pero bastaba para cargar las botellas.

El olor a gasolina se acumulaba en la garganta de Zil. Se estaba poniendo muy nervioso esperando el contraataque. Esperando ver a Sam acercarse, con las manos resplandeciendo.

Eso pondría fin a todo.

Pero por mucho que escudriñara la negra noche, Zil no veía al raro que podría detenerlos.

El pequeño Pete gruñía mientras apretaba los botones y deslizaba el dedo por la almohadilla de su consola.

Sam estaba callado, ausente. No había dicho nada desde que Taylor los sacó por la puerta y despertó a Astrid de un sueño inquieto.

Astrid se daba cuenta de que era una estupidez no hablar con Sam. Cuando Taylor la despertó, sumida aún en la confusión del sueño, pensó que Sam volvía corriendo con ella, tras perdonárselo todo.

Pero entonces Taylor le dijo que iba a por el resto del Consejo y Astrid supo que algo iba mal.

Y ahora estaban todos en su casa. Bueno, la mayoría. Decían que Dekka estaba enferma por algo que corría por ahí. Pero Albert estaba, y Astrid reconoció para sí que, en la medida en que Albert y ella estuvieran allí, los miembros

importantes del Consejo estaban presentes.

Por desgracia, Howard también había venido. Nadie quería sacar a John de casa de noche. Ya se enteraría de todo por la mañana.

Eran suficientes: Astrid, Albert, Howard y Sam. Cuatro de siete. Y Astrid no pudo evitar fijarse también en que era más probable que cualquier voto se decantara a su favor.

Estaban sentados a la mesa bajo un inquietante sol de Sammy.

—Vale, Taylor, como parece que Sam no está precisamente hablador —comenzó Astrid—, ¿qué hacemos todos aquí?

—Han matado a un chaval esta noche —respondió Taylor.

Un centenar de interrogantes surgieron en la mente de Astrid, pero primero preguntó lo más importante:

—¿Quién era?

—Edilio cree que era Juanito. O Leonardo.

—¿Cree?

—Cuesta decirlo —contestó Taylor, no precisamente en broma.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Albert.

Taylor miró a Sam. Sam no dijo nada. Se quedó mirando. Primero su propia luz, que se cernía en el aire. Luego a Taylor. Estaba pálido y parecía casi frágil. Como si de repente fuera una persona mucho, mucho mayor.

—Lo han azotado —explicó Taylor—. Se parece a lo que le pasó a Sam.

Sam bajó la cabeza y se rodeó el cuello con las manos. Parecía que intentara aguantarse la cabeza, apretando fuerte como si pudiera explotar.

—Drake está muerto —afirmó Albert. Y lo decía como alguien que de verdad, de verdad esperara que fuera cierto—. Está muerto. Lleva muerto...

—Sí, bueno... —empezó Taylor.

—¿Sí bueno qué? —preguntó Astrid, y notó al instante el cambio de tono en su voz, el tono evasivo.

Taylor se movió un poco, incómoda.

—Mirad, Edilio me ha dicho que trajera a Sam aquí y os reuniera. Creo que Sam está en plan... bueno... que recuerda cosas que pasaron...

—Han azotado a ese chico. Igual que a mí... —dijo Sam al suelo—. Conozco las señales. Yo...

—No quiere decir que haya sido Drake —señaló Albert.

—Drake está muerto —repitió Astrid—. Los muertos no vuelven. No seamos ridículos.

Howard soltó un bufido burlón.

—Vale. Hasta aquí hemos llegado, Sammy. —E hizo un gesto como si se lavara las manos.

Astrid dio un manotazo en la mesa, que le sorprendió incluso a sí misma.

—Más vale que alguien me cuente de qué van todas estas miraditas.

—Brittney —empezó Howard, soltando el nombre como si fuera un veneno—. Ha vuelto. La tenía Sam y se la ha *encolomado* a Brianna, y me ha dicho que no dijera nada.

—¿Brittney? —Astrid estaba confundida.

—Sí. Ya sabes, ¿aquella chica muerta, Brittney? ¿Muy muerta? ¿Muerta hace mucho y enterrada hace mucho y que de repente va y está sentada hablando en mi casa? Esa Brittney.

—Sigo sin...

—Pues bueno, Astrid. Me parece que acabamos de descubrir los límites de tu gran cerebro de genio. El caso es que alguien que estaba totalmente muerto va

de repente y ya no está muerto.

—Pero... —empezó Astrid—. Pero Drake...

—Tan muerto como Brittney —continuó Howard—. Lo cual puede ser un pequeño problema, dado que Brittney no está precisamente muerta.

Astrid sintió náuseas. No. Seguro que no. Imposible. Qué locura. Ni siquiera allí. Ni siquiera en la ERA.

Pero Howard no mentía. La cara de Taylor se lo confirmaba. Y Sam tampoco lo negaba.

Astrid se levantó y miró fijamente a Sam. Notaba un dolor punzante en la cabeza.

—¿No me lo has contado? ¿Está pasando todo esto y no se lo has contado al Consejo?

Sam apenas levantó la vista.

—No te lo ha contado *a ti*, Astrid —intervino Howard, que era evidente que disfrutaba de aquel momento.

Parte de Astrid sentía lástima por Sam. Sabía que aún le quedaba mucho para recuperarse de la paliza que le dio Drake. Bastaba mirarlo una sola vez, con la cabeza colgando, pequeño y asustado, para comprobarlo.

Pero no era el único a quien le aterrizzaba Drake. Al principio de todo, Drake fue a por ella. Y si Astrid lo recordaba, casi volvía a sentir el dolor de la bofetada que le dio.

Le hizo...

La acosó hasta que acabó llamando retrasado al pequeño Pete. La aterrizzó y le hizo traicionar a la persona que más quería del mundo.

Pero ella había conseguido dejar de pensar en ello. ¿Por qué no podía Sam hacer lo mismo?

Howard se rio.

—Sam no quería que la gente dijera la palabra con «Z».

—¿La qué? —replicó Astrid.

—Zombi. —Howard puso cara de susto y extendió las manos como un sonámbulo.

—Taylor, sal de aquí —ordenó Astrid.

—Oye, yo...

—Esto es asunto del Consejo ahora —afirmó Astrid con toda la frialdad que pudo acumular en la voz.

Taylor dudó y miró a Sam buscando sus indicaciones. Pero él ni levantó la vista ni se movió. Taylor se tomó un segundo para hacer un corte de mangas a Astrid y salió de un salto de la habitación.

—Sam, sé que estás disgustado por lo que te pasó con Drake —empezó Astrid.

—¿Disgustado? —Sam repitió la palabra en tono irónico.

—Pero eso no es excusa para ocultarnos cosas.

—Ya —intervino Howard—. ¿No sabías que la única que puede ocultarnos cosas es Astrid?

—Cállate, Howard —dijo bruscamente Astrid.

—Sí, tenemos que mentir porque somos los listos —insistió Howard—. No como esos idiotas de ahí fuera.

Astrid volvió a concentrarse en Sam.

—Esto no está bien, Sam. El Consejo es responsable. No solo tú.

A Sam no parecía importarle lo más mínimo lo que estaba diciendo Astrid. Parecía casi inalcanzable, indiferente a lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Oye, estamos hablando contigo —lo increpó Astrid.

Y eso funcionó. El chico apretó la mandíbula. Levantó la cabeza de repente. Y le llamearon los ojos.

—No me presiones. No fue a ti a quien azotaron y dejaron cubierta de sangre. Fue a mí. Fui yo quien entró en el pozo de la mina para intentar pelear con la *gayáfa*.

Astrid parpadeó.

—Nadie minimiza lo que has hecho, Sam. Eres un héroe. Pero al mismo tiempo...

Sam se puso en pie.

—¿Al mismo tiempo? Al mismo tiempo tú estabas en la ciudad. Edilio tenía una bala en el pecho. Dekka estaba destrozada. Yo intentaba no gritar del... Albert, Howard y tú... no estabais, ¿verdad?

—¡Estaba ocupada enfrentándome a Zil, intentando salvar la vida a Hunter!
—gritó Astrid.

—Pero no fuiste tú con tus palabras difíciles lo que detuvo a Zil, ¿verdad? Fue Orc. Y él estaba allí porque yo lo mandé a rescatarte. ¡Yo! —Y se clavó un dedo en el pecho con tanta intensidad que igual se hizo daño—. ¡Yo! ¡Brianna, Dekka, Edilio y yo! ¡Y el pobre Duck!

De repente volvió a aparecer Taylor.

—¡Oíd! ¡Uno de los soldados de Edilio acaba de llegar tambaleándose desde la gasolinera! Dice que alguien ha atacado y se ha apoderado del lugar.

Eso puso fin a la discusión.

Armado de un desprecio infinito, Sam se volvió hacia su novia y le preguntó:

—¿Quieres ir a encargarte de ello, Astrid?

La chica se puso roja.

—¿No? Ya me lo imaginaba. Supongo que entonces dependerá de mí.

Y el Consejo quedó en silencio tras su marcha.

—Quizá valga más que aprobemos algunas leyes rápido para que Sam pueda salvarnos el pellejo legalmente —propuso entonces Howard.

—Howard, vete a buscar a Orc —le ordenó Albert.

—¿Y ahora *tú* me das órdenes, Albert? —Howard meneó la cabeza—. Me parece que no. Ni tú ni ella. —Señaló con el pulgar a Astrid—. Puede que yo no os guste mucho, a vosotros dos, pero al menos sé quién nos salva el pellejo. Y si tengo que recibir órdenes de alguien, será de ese alguien que acaba de marcharse de aquí.

VEINTIUNO

14 HORAS, 44 MINUTOS

—ENCUENTRA A EDILIO, Dekka y Brianna —ordenó Sam a Taylor—. Que Edilio y Dekka vayan a la gasolinera. Que Brianna se quede en la calle. Vamos a enfrentarnos a Zil.

Por una vez, Taylor no protestó. Y se marchó de un salto.

Sam respiró hondo el aire frío de la noche e intentó ordenar sus pensamientos. Zil. Tenía que pararlo.

Pero solo veía a Drake. A Drake en las sombras. A Drake detrás de arbustos y árboles. A Drake con su mano de látigo.

A Drake, no a Zil.

Entrecerró los ojos. Esa vez sería distinto. La otra vez no le quedó opción y Drake se abalanzó sobre él. No le quedó otra opción que quedarse ahí y aguantar, aguantar...

Notó que Howard se le acercaba por detrás. Le sorprendió un poco, hasta que entendió que Howard vería todo aquello como una oportunidad para utilizar a Orc y beneficiarse.

—Howard, ¿en qué estado está Orc?

Howard se encogió de hombros.

—Desmayado. Borracho perdido.

Sam maldijo en voz baja.

—Mira a ver si lo puedes despertar.

Iba dando órdenes con el piloto automático puesto. Pero aún le parecía como si estuviera en un sueño. No acababa de centrarse.

Drake. De algún modo ese animal había vuelto. Y estaba vivo.

¿Cómo se suponía que iba a pelear contra alguien a quien no podía matar? Podía manejar a Zil. Pero ¿a Drake?, ¿a un Drake que podía volver de entre los muertos?

Sam se dijo que lo quemaría. Que lo quemaría centímetro a centímetro. Que lo acabaría convirtiendo en un trozo de carbón. Que lo reduciría a cenizas.

Y las esparciría por kilómetros de mar y tierra.

Tenía que matarlo. Destruirlo. Destruir los restos de los restos de los restos.

A ver si así lograba volver...

—Si despierto a Orc, te va a costar —le advirtió Howard—. Se ha peleado con Drake antes.

—Lo quemaré —murmuró Sam para sí—. Lo mataré yo mismo.

Howard pareció pensar que ese comentario se dirigía a Orc o a él, y se escabulló tan rápido como pudo sin decir una palabra más.

No quedaba mucho hasta la gasolinera. Solo unas pocas manzanas.

Sam avanzaba por la calzada. No había luces. Todo estaba en silencio. Sus pasos resonaban. Caminaba con las piernas rígidas por el miedo. Se había olvidado de decir a Taylor que fuera a buscar a Lana. Necesitarían a Lana. Pero a Taylor ya

se le ocurriría. Taylor era una chica lista.

Sam recordó cómo lo curó Lana cuando se agotaron los efectos de la morfina, y el dolor, como si fuera una oleada de fuego, lo consumía. Cuando lo tocó, la oleada retrocedió lentamente.

Sam gritó. Estaba seguro de haber gritado.

Gritó hasta que la garganta le quedó en carne viva. Y en las pesadillas a partir de aquella noche.

—Cenizas —dijo Sam.

Solo, en la calle a oscuras, caminando hacia lo que más temía del mundo.

Astrid temblaba. Todas las emociones se agolpaban en su interior. Miedo, Furia. Odio incluso.

Y amor.

—Albert, no tengo ni idea de cuánto tiempo podemos mantener a Sam involucrado en todo esto —decía.

—Estás disgustada —replicó Albert.

—Sí, estoy disgustada. Pero no se trata de eso. Sam está descontrolado. Si alguna vez llegamos a desarrollar un sistema que funcione puede que tengamos que buscar a otra persona para que haga de salvador.

Albert suspiró.

—Astrid, no sabemos qué hay ahí fuera en la noche. Y puede que tengas razón y que Sam esté fuera de control. Pero yo me alegro de que esté ahí preparándose para enfrentarse a lo que sea.

Albert recogió su libreta omnipresente y se marchó.

—No te mueras, Sam, no te mueras —dijo Astrid a una sala vacía y silenciosa.

Taylor se encontró a Edilio ya de camino a la gasolinera. No lo acompañaba más que un soldado, una chica llamada Elizabeth. Ambos llevaban pistolas automáticas, que formaban parte del arsenal que encontraron tiempo atrás en la central nuclear.

Elizabeth se dio la vuelta de golpe y casi se pone a disparar a Taylor cuando apareció de un salto.

—¡Hala! —gritó Taylor.

—Lo siento. Me ha parecido... hemos oído disparos.

—Es en la gasolinera. Sam está de camino. Me ha dicho que os lleve hacia allí.

Edilio asintió.

—Sí, ya vamos para allá.

Taylor lo agarró y lo llevó aparte para que Elizabeth no pudiera oírlos.

—Sam está peleado con Astrid.

—Genial. Justo lo que necesitábamos: los dos enfrentados. —Edilio se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo. Lo seguía llevando corto a diferencia de muchos de los otros chavales, que habían dejado de arreglarse—. No he oído disparar a nadie durante los últimos minutos. Probablemente será algún idiota borracho que se ha conseguido un arma.

—Eso no es lo que ha dicho tu chico —lo corrigió Taylor, hablando rápido—. Ha dicho que estaban atacando la gasolinera.

—¿Caine? —se preguntó Edilio.

—O Drake. O Caine y Drake.

—Drake está muerto —afirmó Edilio, y acto seguido se santiguó—. Al menos eso espero. ¿Dónde está Brianna? ¿Dónde está Dekka?

—Son las siguientes de mi lista —indicó Taylor, y saltó hasta la casa donde se alojaba Dekka. La casa estaba a oscuras a excepción de un sol de Sammy que iluminaba tétricamente el comedor.

—¡Dekka! —gritó Taylor.

Oyó un movimiento procedente de arriba. Taylor saltó hasta el dormitorio y se encontró a Dekka incorporándose y bajando las piernas de la cama.

—Me ha enviado Sam. Me ha dicho que vayas pitando a la gasolinera. Hay alguien disparando.

Dekka tosió. Se tapó la boca y volvió a toser.

—Lo siento, supongo que tengo un... —Volvió a toser, más fuerte—. Estoy bien —consiguió decir.

—Tengas lo que tengas, no me lo contagies —le advirtió Taylor apartándose—. Oye, ¿sabes dónde está Brianna?

La expresión ya de por sí sombría de Dekka se oscureció aún más.

—Está en su casa. Con Jack, por si lo estás buscando también.

—¿Jack? —Taylor se distrajo durante un instante por la posibilidad de un buen cotilleo—. ¿Está con Jack el del ordenador?

—Sí. Jack el del ordenador. ¿Sabes ese *friki* de gafas que hace estupideces como apagar la central nuclear? Pues ese. Está enfermo y lo está cuidando.

—Vale. Salto a... espera. Me olvidaba. Más vale que vigiles por si viene Drake.

Dekka alzó las cejas de repente.

—¿Qué has dicho?

—Bienvenida a la ERA —respondió Taylor, y cambió de canal. El dormitorio a oscuras de Dekka se convirtió en el de Brianna.

Jack se había instalado un catre en la esquina del dormitorio, pero no estaba echado en él. Estaba sentado en una silla grande de oficina, con los pies subidos a una mesita y envuelto en una manta. Roncaba. Tenías las gafas en el suelo. Brianna estaba en su cama.

—¡Despierta! —gritó Taylor.

Jack ni se movió. Pero Brianna se levantó en menos de lo que el grito de Taylor tardó en reverberar.

—¿Qué estás...? —empezó Brianna, y entonces empezó a toser.

Era raro ver toser a Brianna porque lo hacía rápido. Todo lo hacía rápido. Antes solo era rápida cuando corría, y corría aproximadamente a la velocidad del sonido. Pero últimamente, cada vez más, esa velocidad se traducían también al resto de sus movimientos. Así que ahora tosía mucho más rápido que una persona normal.

Y, así, se sentó tan rápido como se había levantado.

Jack abrió los ojos de golpe.

—¿Eh? —murmuró. Pestañeó un par de veces y palpó en busca de las gafas caídas—. ¿Qué?

—Problemas —dijo Taylor.

—Ya voy —Brianna se levantó otra vez y se sentó de nuevo.

—Está enferma —intervino Jack—. Tiene la gripe o algo. Lo mismo que tenía yo.

—¿Qué quieres decir con que está enferma? —exigió saber Taylor—. Dekka me ha dicho que *tú* estabas enfermo.

—Lo estaba. Aún lo estoy, un poco, pero estoy mejorando. Ahora lo tiene Brianna.

—Qué interesante... —comentó Taylor lanzando una mirada lasciva.

—¿Qué...? —empezó Brianna, y se puso a toser otra vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jack, completando la pregunta de Brianna.

—No quieras saberlo. Cuida de la Brisa. Probablemente Sam puede encargarse de todo este asunto él solito.

—¿Encargarse de qué? —consiguió preguntar Brianna.

Taylor meneó la cabeza despacio, de lado a lado.

—Si dijera que de Drake Merwin, ¿qué me dirías?

—Te diría que está muerto —respondió Jack.

—Ya... —dijo Taylor, y salió de un salto de la habitación.

Sam llegó a la gasolinera. Edilio ya estaba allí. Solo.

Sin perder un segundo, Edilio le explicó:

—He llegado hace un minuto. Con Elizabeth. Aquí no hay nadie excepto Marty, y lo han herido. Le han disparado en la mano. Lo he enviado a Clifftop con Elizabeth para que Lana lo arregle.

—¿Qué está pasando, lo sabes? —preguntó Sam.

—Marty dice que ha venido una multitud. Disparando, gritando: «¡Muerte a los raros!».

Sam frunció el ceño.

—¿De Zil?, ¿de eso se trata? Yo pensaba...

—Ya, ya sé lo que pensabas, colega. Esto no es propio de Drake. Cuando

Drake aparece, sabes que es él, ¿verdad? Se asegura de que sepas que es él.

—¿Dónde están tus otros soldados?

—Han salido huyendo. —Edilio estaba disgustado.

—No son más que chavales. Y la gente les disparaba. A oscuras. De repente. Casi todo el mundo saldría huyendo.

—Ya —dijo Edilio, muy brusco. Pero Sam sabía que se sentía avergonzado. El ejército era responsabilidad de Edilio. Escogió a los chavales y los entrenó y motivó tan bien como pudo. Pero no estaba previsto que chicos de doce, trece, catorce años tuvieran que enfrentarse a aquella clase de locura. Ni siquiera ahora.

Nunca.

—¿Hueles eso? —preguntó Edilio.

—Es gasolina. ¿Así que Zil ha robado gasolina? ¿Crees que es eso? ¿Quería utilizar un coche?

En la negra oscuridad Sam no veía el rostro de Edilio, pero sentía que su amigo dudaba.

—No lo sé, Sam. ¿Qué va a hacer con un coche? Porque lo necesita mucho, ¿va y hace esto? Zil es un chungo pero no es completamente estúpido. Tiene que saber que esto es pasarse y que iremos tras él.

Sam asintió.

—Ya.

—¿Estás bien, colega?

Sam no contestó. Intentaba ver en la oscuridad. Buscar entre las sombras. Tenso. Listo.

Pero acabó relajando los puños, y se obligó a tomar aliento.

—Nunca he salido dispuesto a matar a alguien —acabó diciendo.

Edilio esperó.

—Nunca he salido pensando que voy a matar a alguien. Me meto en una pelea y pienso que igual tendré que hacer daño a alguien. Sí, algo así. Y lo he hecho. Ya lo sabes: a ti también te ha pasado.

—Sí, a mí también.

—Pero si es él, quiero decir, si de algún modo Drake ha vuelto... no se tratará solo de hacer lo que tengo que hacer, ¿sabes?

Edilio no respondió.

—He hecho lo que tenía que hacer. Salvar a la gente. O salvarme. Pero esta vez no será así. Si es él, quiero decir.

—Tío, que ha sido Zil. Han sido Zil y la Pandilla Humana.

Sam meneó la cabeza.

—Ya, Zil... Pero sé que está ahí fuera, Edilio. Sé que Drake está ahí fuera. Lo noto...

—Sam...

—Si lo veo, lo mataré. No en defensa propia. No esperaré a que ataque. Si lo veo, lo quemaré.

Edilio lo agarró por los hombros y lo obligó a mirarlo a la cara.

—¡Oye! Escúchame, Sam. Se te está yendo la olla. El problema es Zil, ¿vale? Tenemos problemas de verdad, no necesitamos pesadillas. Y, en cualquier caso, no matamos a sangre fría. Ni siquiera a Drake.

Sam se zafó de las manos que Edilio le había puesto sobre los hombros.

—Si es Drake, lo voy a quemar. Si Astrid y tú y el resto del Consejo quiere arrestarme por ello, pues vale. Pero no voy a compartir mi vida con Drake Merwin.

—Vale, tú haz lo que tengas que hacer, Sam, y yo también lo haré. Pero ahora mismo lo que tenemos que hacer es averiguar qué trama Zil. Así que eso es

lo que voy a hacer. ¿Quieres venir? ¿O te quieres quedar aquí en la oscuridad hablando de matar a alguien?

Edilio se marchó dando zancadas, meneando su pistola automática lista para disparar.

Y por primera vez, Sam siguió a Edilio.

VEINTIDÓS

14 HORAS, 17 MINUTOS

AVANZABAN POR LA calle de acceso, y la gasolinera ya les quedaba muy atrás en la noche. Había unos pocos menos. Algunos chavales débiles y asustados se habían largado sin que los demás se percataran, se escabulleron a sus casas en cuanto probaron un poquito de violencia.

Zil pensaba que eran unos peleles. Unos cobardes.

Ahora solo eran una docena, el núcleo duro, y empujaban una carretilla cargada con botellas que tintineaban ligeramente y dejaban un rastro de olor a gasolina al pasar.

Giraron a la izquierda en la escuela. Pasaron por delante de los edificios sombríos, oscurecidos. Ahora le resultaban tan extraños... Hacía tanto tiempo de todo aquello...

Zil no distinguía ventanas concretas en el edificio, pero veía aproximadamente dónde estaba su antigua aula. Se imaginaba por aquel entonces. Se imaginaba sentado, aburrido durante los avisos matutinos.

Y ahora era el cabecilla de un ejército. Un ejército pequeño, pero entregado. Todos unidos por una gran causa. Perdido Beach para los humanos. Muerte a los raros. Muerte a los mutantes.

Lideraba la marcha con andares rígidos. La marcha hacia la libertad y el poder.

Giraron a la derecha en Golding. Golding con Sherman, en la esquina noroeste de la escuela, era la zona escogida, tal y como habían convenido con Caine. Ni idea de por qué. Caine solo les dijo que deberían empezar en Golding con Sherman. Y avanzar por Sherman hacia el agua, quemar todo lo que pudieran hasta alcanzar Ocean Boulevard. Y entonces, si aún les quedaba algo, podrían continuar por Ocean en dirección a la ciudad. No al puerto deportivo.

—Bobos, si os veo en dirección al puerto deportivo, nuestro pequeño acuerdo se acabará —advirtió Caine.

Bobos. Zil hervía de rabia al recordarlo. Esa era la arrogancia despreocupada de Caine, el desprecio que sentía hacia cualquiera que no fuera un raro como él... Zil juró que le llegaría su hora.

—Estamos aquí —indicó el chico. Pero ese no era precisamente un comentario para la historia. Y lo que estaba sucediendo, que nadie se engañe, era un evento histórico en la ERA. El principio del fin para los raros. El comienzo del dominio de Zil.

Zil se volvió hacia rostros que sabía que estaban expectantes, alterados, excitados. Lo notaba en sus conversaciones entre susurros.

—Esta noche rompemos una lanza por los humanos —continuó Zil. Esa era la frase que se le había ocurrido a Turk. Algo que todo el mundo pudiera citar—. ¡Esta noche rompemos una lanza por los humanos! —gritó Zil, alzando la voz. Ya no tenía miedo.

—¡Muerte a los raros! —gritó Turk.

—¡A quemarlos! —chilló Hank.

Se encendieron los mecheros y las cerillas. Unos puntitos amarillos diminutos se iluminaron en la negra noche, y proyectaban sombras inquietantes sobre las miradas alocadas y las bocas contraídas en muecas de miedo y rabia.

Zil cogió la primera botella. Hank dijo que se llamaban cócteles molotov. La chispa del mechero prendió la mecha empapada de gasolina.

Zil se volvió y lanzó la botella en dirección a la casa más cercana. Describió un arco como un meteorito, dando vueltas. Cayó sobre los escalones de ladrillo y estalló. Las llamas se extendieron varios metros por el porche.

Nadie se movió. Todas las miradas estaban fijas. Todos los rostros fascinados.

La gasolina vertida ardía de color azul. Durante un rato parecía que no iba a hacer nada salvo arder en el porche. Pero entonces se incendió una mecedora de mimbre. Y luego el entramado decorativo. Y de repente las llamas ascendían por las columnas que aguantaban el tejado del porche.

Se oyó un grito alocado.

Se encendieron más botellas que describieron más arcos de fuego que daban vueltas y vueltas. Incendiaron otra casa. Un garaje. Un coche aparcado delante, con los neumáticos deshinchados.

Se oyeron gritos de estupefacción y horror procedentes de la primera casa.

Pero Zil no se permitió oírlos.

—¡Sigamos! —gritó—. ¡Quemadlo todo!

Caine y lo que quedaba de su famélico grupo bajaban a oscuras, arrastrando los pies y a trompicones.

—¡Mirad! —exclamó Bug. Nadie podía verlo, claro, ni tampoco su mano extendida. Pero miraron de todos modos.

Un brillo naranja iluminaba el horizonte.

—Ah... ese niño estúpido sí que lo ha hecho... —señaló Caine—. Tenemos que darnos prisa. Si alguien se cae, que se busque la vida.

Orsay trepaba hasta lo alto del acantilado. Estaba exhausta, pero Nerezza la ayudaba.

—Vamos, profetisa, casi hemos llegado.

—No me llames así —replicó Orsay.

—Es lo que eres... —afirmó Nerezza, delicada pero insistente.

Los demás ya habían salido. Nerezza siempre insistía en que los suplicantes fueran los primeros en marcharse de la playa. Orsay sospechaba que estaba relacionado con que Nerezza no quería que nadie viera a Orsay subiendo penosamente y rascándose las rodillas en las rocas. Para Nerezza era importante que los chavales consideraran a Orsay por encima de todas esas cosas normales.

Como un profeta.

—No soy un profeta —insistió Orsay—. No soy más que una persona que oye sueños.

—Ayudas a la gente —dijo Nerezza cuando rodearon una roca grande enterrada que siempre daba problemas a Orsay—. Les dices la verdad. Les muestras un camino.

—No puedo ni encontrar mi propio camino —protestó Orsay al resbalar y aterrizar con las palmas de las manos. Se las rascó, pero no fue nada grave.

—Tú les muestras el camino —siguió insistiendo Nerezza—. Necesitan que les muestren una manera de salir de aquí.

Orsay se detuvo, jadeando del esfuerzo. Se volvió hacia Nerezza, cuyo rostro formaban dos ojos que brillaban débilmente, como los ojos de un gato.

—¿Sabes?, no estoy totalmente segura. Ya lo sabes. Igual yo... igual es...
—No sabía cuál era la palabra para describir lo que sentía en instantes como aquel, en instantes de duda... instantes en que una vocecita en lo más profundo de su interior parecía susurrarle advertencias al oído.

—Tienes que confiar en mí —dijo Nerezza, muy firme—. Eres la profetisa.

Orsay alcanzó lo alto del acantilado y se quedó mirando.

—No creo que sea un gran profeta. Esto no lo había previsto.

—¿El qué? —preguntó Nerezza desde abajo.

—La ciudad está ardiendo...

—Mira, Tanner —señaló Brittney, alzando un brazo.

Su hermano, que ahora brillaba en un tono verde oscuro, como mil millones de pequeños nódulos de radioactividad, pero seguía siendo él mismo, comentó:

—Sí. Ha llegado la hora.

Brittney dudó.

—¿Por qué, Tanner?

Él no respondió.

—¿Estamos cumpliendo la voluntad del Señor, Tanner?

Tanner no contestó.

—Estoy haciendo lo que debo, ¿verdad?

—Ve hacia las llamas, hermana. Todas las respuestas que buscas están allí...

Brittney bajó el brazo hacia un costado. Todo aquello le parecía extraño, por algún motivo. Todo aquello le parecía muy extraño.

Había salido escarbando de la tierra húmeda. ¿Cuánto había tardado? Una infinidad. Escarbando como un topo. A ciegas. Como un topo. No, como un gusano.

Tanner empezó a recitar con voz cantarina. Un poema extraño que Brittney recordaba de mucho tiempo atrás. Una tarea para una asignatura, algo que se memorizaba y se olvidaba rápidamente. Pero continuaba alojado en su memoria. Y ahora salía de la boca de Tanner, de su boca muerta que expulsaba un fuego bordeado en negro, chorreando como el magma.

Pero, ¡mirad en medio de la chusma de mimosinmiscuirse una forma reptante! ¡Un ser rojo sangre que sale retorciéndose fuera de la soledad del escenario! ¡Se retuerce! ¡se retuerce!, con dolores mortales los mimos en su alimento se convierten, y sollozan serafines al ver sus colmillos de alimaña...

Tanner esbozó una sonrisa espectral y concluyó:

en sangre humana empapados.

—¿Por qué dices eso? Me estás asustando, Tanner.

—No durará mucho —replicó Tanner—. Pronto entenderás la voluntad del Señor.

Justin se despertó de repente. Inmediatamente se deslizó y palpó la parte de la cama donde había estado durmiendo. ¡Estaba seca!

¿Lo ves? Llevaba razón desde el principio. No mojaba *esa* cama.

Pero solo para asegurarse, debía salir corriendo hasta el patio trasero y mear allí, porque notaba cierta presión. Llevaba el mismo pijama viejo de siempre que se encontraba en el cajón de siempre. Estaba muy suave porque aún era de los viejos tiempos. Su madre había lavado ese pijama y lo había vuelto muy suave.

El suelo estaba frío al tacto. No había conseguido encontrar sus zapatillas. Roger incluso le ayudó a buscar. Roger el artero era agradable. Lo único nuevo en su habitación era un dibujo que Roger había pintado para él. Mostraba a Justin feliz con su mamá y su papá, y jamón y boniatos y galletas. Estaba pegado en la pared de la habitación.

Roger también le había encontrado el álbum de fotos. Estaba en el piso de abajo, en el armario del comedor. Estaba lleno de fotos de Justin, su familia y sus amigos de entonces.

Y ahora estaba debajo de la cama de Justin. Se puso bastante triste al mirarlo.

Justin bajó las escaleras sigilosamente para no despertar a Roger.

Los baños ya no funcionaban. Toda la gente meaba y otras cosas en agujeros de sus patios traseros. No importaba. Pero le asustaba salir de noche. Justin temía que volvieran los coyotes.

Le resultó más fácil que de costumbre encontrar un agujero. Fuera se veía como una luz, una luz naranja parpadeante.

Y no había el silencio habitual. Oía a unos chavales chillar. Y oyó como si a alguien se le cayera un vaso y se rompiera. Y luego, a alguien gritar, así que volvió a entrar corriendo en la casa.

Entonces se detuvo, atónito. El comedor estaba ardiendo.

Notaba el calor. Salía humo del comedor y subía acelerado por las escaleras.

Justin no sabía qué hacer. Recordaba que tenía que quedarse quieto, dejarse caer y rodar si alguna vez se prendía fuego. Pero no era él quien se estaba quemando, sino la casa.

—¡Llama a la policía! —dijo en voz alta. Pero eso ya no serviría. Ya nada funcionaba.

De repente oyó un pitido muy fuerte. Muy fuerte. En el piso de arriba. Justin se tapó las orejas, pero aún podía oírlo.

—¡Justin! —Era Roger que gritaba desde arriba.

Entonces apareció en lo alto de las escaleras. Se ahogaba debido al humo.

—¡Estoy aquí abajo! —gritó Justin.

—Espera. Voy a... —Entonces Roger empezó a toser. Tropezó y cayó por las escaleras. Cayó de cara, hasta que alcanzó el final de las escaleras y se quedó quieto.

Justin esperó a que se levantara.

—Roger, despierta, ¡hay un incendio!

El fuego estaba recorriendo el comedor. Era como si se comiera la alfombra y las paredes. Hacía un calor tremendo. Más que en un horno.

Justin empezó a ahogarse debido al humo. Quería salir corriendo.

—¡Roger, despierta, despierta!

Justin corrió hasta Roger y le tiró de la camisa.

—¡Despierta!

Pero no conseguía mover a Roger, y Roger no se despertaba. Roger gimió y se movió un poco, pero volvió a dormirse.

Justin tiraba y tiraba y gritaba y el fuego debía de haberlo visto gritar y tirar porque se acercaba a atraparlo.

VEINTITRÉS

14 HORAS, 7 MINUTOS

CUANDO LLEGÓ A la entrada de la casa de Lana en Clifftop, Taylor estaba empezando a preocuparse.

Sería incapaz de saltar directamente a la habitación de Lana. Todo el mundo sabía que Lana había vivido un infierno indescriptible. Y nadie pensaba que se hubiera recuperado del todo.

Pero más que la preocupación por lo frágil que pudiera estar Lana, sentían un respeto y afecto profundos por ella. Había demasiados niños enterrados en la plaza. Pero sin Lana la cifra habría sido cuatro o cinco veces mayor.

Taylor llamó y al instante recibió una descarga de ladridos de Patrick a modo de respuesta.

—Soy yo, Taylor —anunció la chica a través de la puerta.

Una voz que revelaba que no estaba adormecida respondió:

—Entra.

Taylor saltó a la habitación sin utilizar la puerta.

Lana estaba en el balcón, dándole la espalda.

—Estoy despierta —dijo Lana, sin que fuera necesario—. Hay algún problema.

—¿Ya lo sabes?

—Lo veo.

Taylor salió al balcón con ella. Hacia el norte, por encima de la costa, se veía el brillo naranja del fuego.

—¿Algún idiota que ha incendiado su casa con una vela? —sugirió Taylor.

—No creo. No ha sido un accidente.

—¿Quién provocaría incendios deliberadamente? —se preguntó Taylor—. Quiero decir, ¿qué conseguiría?

—Miedo. Dolor. Desesperación. Caos. Consigue caos. Y a los malvados les encanta el caos.

Taylor se encogió de hombros.

—Igual solo ha sido Zil...

—Nunca en la ERA algo es *solo* algo, Taylor. Este sitio es muy complicado.

—No te ofendas, curandera, pero cada vez te estás volviendo más rara.

Lana sonrió.

—No tienes ni idea.

La flotilla de Quinn salió al mar. Estaba oscuro, como siempre. El sueño aún seguía pegado a los ojos de todos. Pero eso era normal. Era la rutina.

Quinn pensaba que formaban un grupito muy unido. Le hacía sentir bien. La había cagado mucho en su vida, pero aquello lo había hecho bien...

La flota pesquera de Quinn. Alimentando a la ERA.

Al salir del puerto deportivo y dirigirse mar adentro, Quinn sintió que una

alegría inusual se acumulaba en su interior. ¿A qué me dedicaba en la ERA?, se preguntaba. A alimentar a la gente.

No era nada malo. Y mira que empezó mal. Se rayó a saco. Llegó un punto en que traicionó a Sam por Caine. Y no había dejado atrás el recuerdo de aquella batalla horrible contra Caine, Drake y los coyotes.

Había tantos recuerdos vívidos, imborrables... A veces Quinn desearía poder arrancárselos del cerebro. Otras se daba cuenta de que no, de que era una tontería. Todas aquellas cosas lo habían convertido en una persona nueva.

Ya no era Quinn el cobarde. O Quinn el chaquetero. Era Quinn el pescador.

Iba empujando los remos, disfrutando de cómo le escocían los hombros. Estaba de cara a Perdido Beach. De tal manera que vio el primer brote de las llamas. Un puntito naranja en la oscuridad.

—Fuego —afirmó sin perder la calma. Estaba en una barca de pesca con caña junto a dos chavales más.

Los otros se volvieron a mirar.

Alguien lo interpeló desde una barca cercana:

—Oye, Quinn, ¿ves eso?

—Sí. Sigue remando. No somos bomberos.

Se pusieron a remar otra vez y las barcas se apartaron aún más de la costa. Lo bastante como para no tardar en echar los anzuelos y las redes.

Pero todas las miradas estaban puestas en la ciudad.

—Se está extendiendo —señaló alguien.

—Salta de casa en casa.

—No —intervino Quinn—. No creo que se esté extendiendo. Creo que... creo que alguien está provocando esos fuegos...

Sintió que se le revolvía el estómago. Los músculos, que se le habían

calentado al remar, se volvieron rígidos de repente y se enfriaron.

—La ciudad está ardiendo... —afirmó una voz.

Observaron en silencio mientras las llamas de color naranja se extendían e inflaban en el cielo. La ciudad ya no estaba a oscuras.

—Somos pescadores, no luchadores —afirmó Quinn.

Los remos salpicaban. Los toletes crujían. Las barcas apartaban el agua, que hacía un ruido leve como si chistara.

Sam y Edilio echaron a correr. Cruzaron la carretera hacia la calle de acceso a la ciudad, dejando atrás restos de coches que habían chocado unos contra otros, o contra fachadas o que sencillamente se quedaron calados en mitad de la carretera el día aciago en que todos los conductores desaparecieron.

Bajaban corriendo por Sheridan, dejaron la escuela a mano derecha. Al menos no estaba incendiada. En cuanto llegaron al cruce con Golding, el humo se volvió mucho más espeso. Se hinchaba hacia ellos, era imposible evitarlo. Sam y Edilio se ahogaban, así que tuvieron que aminorar.

Sam se quitó la camiseta y se la metió hecha una bola en la boca, pero no le sirvió de mucho. Le escocían los ojos.

Decidió agacharse, con la esperanza de que el humo circulara por encima de su cabeza. Pero eso tampoco sirvió de nada.

Sam agarró a Edilio del brazo y tiró de él para continuar. Cruzaron Golding y al abrigo de las casas de Sheridan se encontraron con que el aire estaba más despejado, pese a que aún apestaba. Las casas en el lado occidental de Sheridan dibujaban siluetas negras recortadas en la cortina de llamas que se alzaba, bailaba y se enroscaba hacia el cielo procedente de Sherman Avenue.

Se pusieron a correr otra vez, bajando por Sheridan hasta girar en Alameda, intentando seguir una brisa muy leve. El humo seguía siendo denso, pero ya no se dirigía hacia ellos.

El fuego estaba por toda Sherman. Como un ser vivo voraz y rugiente. Era más intenso al norte de Alameda, pero se desplazaba rápido en dirección sur, hacia el agua, por el resto de Sherman.

—¿Por qué corre el fuego contra la brisa? —preguntó Edilio.

—Porque alguien está provocando otros incendios —afirmó Sam con gravedad.

El chico miró a ambos lados. Seis casas por lo menos ardían a su derecha. El resto de esa manzana se quemaría, no podían pararlo, no había nada que pudieran hacer.

—Hay chavales en algunas de esas casas —le informó Edilio, ahogándose tanto por la emoción como por el humo.

Tres fuegos por lo menos ardían a su izquierda. Entonces Sam vio una especie de remolino pirotécnico, una bengala que daba vueltas y se alzaba y formaba un arco descendente y estallaba contra la fachada de una casa más adelante en aquella manzana. No oyó estamparse el cóctel molotov porque el fuego rugía a su alrededor.

—¡Vamos! —exclamó Sam, y corrió hacia el fuego más reciente.

Deseaba que Brianna estuviera con él. O Dekka. ¿Dónde estaban? Ambas podrían haber ayudado a salvar vidas.

Sam por poco choca con un grupo de chavales, algunos de tan solo tres años, acurrucados en plena calle, con las caras iluminadas por el fuego y los ojos aterrorizados muy abiertos.

—¡Es Sam!

—¡Gracias a Dios, Sam está aquí, Sam está aquí!

—Sam, ¡se está quemando nuestra casa!

—¡Creo que mi hermanito está dentro!

Sam se abrió paso entre ellos, pero una niña lo agarró del brazo.

—¡Tienes que ayudarnos!

—Lo estoy intentando —dijo él muy serio, y se zafó de la niña—. ¡Vamos, Edilio!

La pandilla de Zil estaba iluminada por una cortina naranja que consumía la fachada de una casa de estilo colonial. Bailaban y tonteaban y corrían con cócteles molotov ardiendo.

—¡No los desperdiciéis! —gritó Hank—. ¡Un molotov, una casa!

Antoine gritaba al agitar una botella encendida:

—¡Aaaay, aaaay!

Casi como si fuera él quien estuviera en llamas. Arrojó la botella desde muy arriba y con mucha fuerza, y atravesó la ventana del piso superior de una casa antigua de madera.

Inmediatamente se oyeron gritos de terror dentro. Y Antoine también gritó, como reacción a su terror, llevado por un regocijo salvaje.

Unos chavales salieron atropellándose por la puerta de la casa mientras las llamas subían por las cortinas.

Sam no dudó. Alzó la mano con la palma hacia fuera, y un rayo de luz verde brillante dibujó una línea en el cuerpo de Antoine.

Los gritos de loco de Antoine cesaron al instante. Se agarró una sola vez el agujero de casi ocho centímetros de ancho justo por encima del cinturón y cayó sentado en la calle.

—¡Es Sam! —gritó uno de los matones de Zil.

Como si fueran una sola persona, todos se volvieron y echaron a correr, soltando botellas repletas de gasolina a su paso. La gasolina de las botellas rotas se derramó y el fuego se extendió enseguida.

Sam arrancó a correr tras ellos, acelerando para saltarse los espacios ardiendo.

—¡Sam, no! —gritó Edilio, que tropezó con el cuerpo de Antoine. El chico yacía ahora boca arriba, boqueando como un pez, mirando horrorizado.

Sam no vio a Edilio caer, pero oyó su único grito de advertencia:

—¡Emboscada!

Sam oyó la palabra, supo que era cierto y, sin pensarlo, se dejó caer y rodó. Se detuvo a escasos centímetros de una botella con gasolina ardiendo.

Disparaban tres armas por lo menos. Pero los matones de Zil no tenían práctica. Erraban los tiros, las balas volaban en todas direcciones.

Sam se agarró a la calzada, temblando. De qué poco le había ido...

¿Dónde estaban Dekka y Brianna?

Entonces dispararon otra arma. Eran los pum pum pum rápidos de Edilio, las ráfagas cortas de su ametralladora. Había una gran diferencia entre Edilio con un arma y algún gamberro como Turk con un arma. Edilio practicaba. Edilio se entrenaba.

Oyó un grito de dolor, y la emboscada terminó.

Sam se levantó unos pocos centímetros, lo bastante como para ver a los pistoleros de Zil. El chaval estaba huyendo, como un espectro entre el humo.

Sam pensó que ya era demasiado tarde. Apuntó directamente hacia la espalda del chico, y el rayo de luz abrasadora alcanzó al pistolero en la parte de atrás de la pantorrilla. El chico gritó. Se le cayó el arma, que repiqueteó en la acera.

Hank retrocedió corriendo a recogerla. Sam disparó y falló. Hank le gruñó con cara de animal salvaje. El chico se alejó corriendo a toda velocidad mientras las balas de Edilio lo perseguían, abriendo un surco en el asfalto caliente.

Sam se puso en pie de un salto. Edilio se acercó corriendo, jadeando.

—Están huyendo —señaló Edilio.

—No voy a dejar que se escapen —afirmó Sam—. Estoy cansado de tener que pelearme con la misma gente una y otra vez. Ha llegado la hora de acabar con

todo esto.

—¿Qué estás diciendo, colega?

—Voy a matar a Zil. ¿Queda claro? Voy a terminar con él.

—Hala, colega... nosotros no hacemos esas cosas. Nosotros somos los buenos, ¿vale?

—Esto tiene que terminar, Edilio. —Sam se limpió el hollín de la cara con la parte exterior de la mano, pero los ojos se le habían llenado de lágrimas debido al humo—. No puedo seguir así y que esto no acabe nunca.

—Ya no depende de ti —le advirtió Edilio.

Sam le lanzó una mirada muy dura.

—¿Tú también? ¿Ahora te pones de parte de Astrid?

—Colega, tiene que haber límites.

Sam se puso a mirar hacia la calle. El fuego estaba descontrolado. Toda Sherman ardía, de principio a fin. Si tenían suerte no saltaría a otra calle. Pero de un modo u otro, habían perdido Sherman.

—Deberíamos encargarnos de salvar a los chicos que estén atrapados —le recordó Edilio.

Sam no contestó.

—Sam... —le suplicó Edilio.

—Le supliqué que me dejara morir. Edilio. Recé a ese Dios que tanto le gusta a Astrid y dije: «Dios, si estás ahí, mátame. No dejes que siga sintiendo este dolor».

Edilio no dijo nada.

—No lo entiendes Edilio —Sam hablaba tan bajo que dudaba que Edilio pudiera oírlo por encima del rugido y el chisporroteo del fuego que ardía furioso alrededor de ellos—. No se puede hacer otra cosa con gente así. Tienes que matarlos a todos. A Zil. A Caine. A Drake. Tienes que matarlos y ya. Así que

empezaré ahora mismo con Zil y su pandilla —anunció Sam—. Puedes venir conmigo o no.

Sam empezó a caminar en la dirección por la que había huido Hank.

Edilio no se movió.

VEINTICUATRO

14 HORAS, 5 MINUTOS

DEKKA NO PODÍA quedarse echada sin más. No podía. No cuando había una lucha. No cuando puede que Sam estuviera en peligro.

La mitad de las chicas de la ERA estaban colgadas de Sam, pero Dekka no. Lo que sentía por Sam era distinto. Ellos dos eran soldados. Sam, Edilio y Dekka, más que ninguna otra persona en Perdido Beach, formaban la punta de lanza. Cuando había problemas, ellos tres siempre se involucraban.

Bueno, ellos tres y Brianna.

Pero mejor no pensar mucho en Brianna. La entristecía y hacía que se sintiera miserable y sola. Brianna era quien era. Quería lo que quería. Que no era lo que Dekka quería.

Estaba casi segura de ello. Aunque Dekka nunca se lo había preguntado, nunca había dicho nada.

Se dobló en dos cuando le entró un ataque de tos al levantarse de la cama.

Debía vestirse, al menos. Ponerse algo de ropa, no salir tambaleándose a la calle con el pantalón de pijama de franela y una chaqueta morada con capucha. Pero otro ataque de tos sofocada la debilitó. Tenía que ahorrar energías.

Zapatos. Estaba claro que necesitaba zapatos. Eso era lo mínimo. Se quitó las zapatillas de estar por casa y buscó las deportivas debajo de la cama. Las encontró

tras toser más, tanto que casi perdió la voluntad de continuar. Sam no la necesitaba. Lo que fuera que estuviera sucediendo...

Entonces se fijó en el brillo naranja que entraba por la ventana. Apartó las cortinas. El cielo estaba naranja. Vio brillos como libélulas. Abrió la ventana y casi se ahoga con el humo.

La ciudad estaba en llamas.

Dekka se puso las zapatillas. Encontró un pañuelo y el cubo de agua fresca. Bebió agua copiosamente. Iba a pasar mucha sed esa noche. Entonces sumergió el pañuelo en el agua restante, lo empapó y se tapó la boca y la nariz con el revoltijo resultante. Parecía una bandolera en pijama.

Salió a la calle. La imagen era increíble, terrible, irreal. Los chavales pasaban por su lado, solos o en grupos pequeños, mirando por encima del hombro. Llevándose sus escasas posesiones.

Una chica cargada con un montón de vestidos pasó tambaleándose.

—Oye, ¿qué está pasando? —bramó Dekka.

—Está ardiendo todo —respondió la chica, y continuó avanzando.

Dekka la dejó marchar porque vio a un chico que conocía.

—¡Jonas! ¿Qué pasa?

Jonas meneó la cabeza, asustado. Asustado y algo más.

—¡Oye, no te vayas así, que hablo contigo! —saltó Dekka.

—No te hablo, rara. Ya no quiero saber nada de todos vosotros. Esto está pasando por vosotros.

—¿De qué estás hablando? —Pero ya lo había adivinado—. ¿Ha sido Zil quien ha hecho esto?

Jonas le gruñó, con la cara transformada por la rabia.

—¡Muerte a los raros!

—¡Oye, idiota, que eres un soldado!

—¡Ya no! —le espetó Jonas, y salió corriendo.

Dekka temblaba. Estaba muy débil. Era tan impropio de ella... Pero no le cabía duda de lo que tenía que hacer. Si los chavales huían en una dirección, ella tenía que ir en la otra. Hacia el humo. Hacia el brillo naranja que lanzaba llamaradas repentinas, como dedos que quisieran tocar los cielos.

Diana tropezó mientras corría para seguir el ritmo. Caine era quien marcaba la velocidad. El grupo demacrado de chavales de Coates lo seguía al trote; tenían miedo de que los abandonara.

Diana tenía fuerzas suficientes para seguir el ritmo, pero no demasiadas. Y se odiaba a sí misma por tener esas fuerzas. Y detestaba a Caine por dárselas. Por lo que había hecho. Por dónde los había llevado.

Pero, como los demás, corría para mantener el ritmo extenuante.

Cruzaron la carretera. Notó el asfalto liso bajo sus pies. Cruzaron la calle de acceso a la ciudad y atravesaron el patio de la escuela a toda velocidad. Diana pensó en lo raro que resultaba. Antes, el patio de la escuela era el sitio donde los chicos y chicas de la ciudad jugaban a fútbol y se presentaban a pruebas para hacer de animadoras, mientras que ahora corrían como no lo había hecho nadie antes por aquel campo de hierbas crecidas.

El fuego estaba en el este, formaba una pared de llamas que bajaba por Sherman. El recorrido que seguían les hacía bajar por Brace Road, a solo dos manzanas del incendio. Pero por Brace irían directos hasta el puerto deportivo.

—¿Y Sam qué? —preguntó alguien—. ¿Qué pasa si nos encontramos con él?

—Idiota —murmuró Caine—. ¿Crees que el fuego es una coincidencia? Todo forma parte de mi plan. Sherman corta el extremo occidental de la ciudad. Los chavales correrán hacia la plaza, hacia el otro lado de Sherman, o bajarán hacia la playa. En cualquier caso, se apartarán de nosotros. Y Sam estará allí con ellos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Diana de repente. Y se detuvo. Caine y los demás se pararon también. Alguien bajaba directo hacia la mitad de Brace. Al principio resultaba imposible saber si se acercaba hacia ellos o los rehuía. Pero Caine reconoció la silueta al instante.

El pelo de la nuca se le puso de punta. Nadie más tenía ese aspecto.

Nadie.

—No... —susurró.

—¿Seguimos? —preguntó Penny.

Caine no le hizo caso y se volvió hacia Diana.

—¿Estoy... estoy loco?

Diana no respondió. Su expresión horrorizada sirvió de respuesta a Caine.

—Se está apartando —susurró Caine.

El humo se arremolinó y la aparición dejó de verse.

—Una ilusión óptica —comentó Caine.

—¿Así que seguimos todo recto?

Caine meneó la cabeza.

—No. Cambio de planes. Atravesaremos la ciudad. Iremos hacia la playa y luego retrocederemos.

Diana señaló con un dedo tembloroso la calle en llamas que quedaba más adelante.

—¿Y atravesar el fuego? ¿O bajar por las calles que estarán repletas de la gente de Sam?

—Tengo otra idea —señaló Caine, y cruzó rápidamente hasta una valla que rodeaba el patio trasero de la casa más cercana—. Nos haremos nuestro propio camino.

Alzó una mano y la valla se curvó hacia dentro. Entonces hizo un ruido como de algo arrancado y roto y cedió.

—De patio en patio —propuso—. Sigamos.

—¡Lo conseguimos, Líder! ¡Lo conseguimos! —exclamó Hank. Tenía que gritar para que lo oyeran por encima del rugido de las llamas.

Antoine yacía en el suelo, gritando. Se había quitado la camisa para ver la herida en el costado. Yacía allí todo gordo y rechoncho, gritando de dolor.

—¡Compórtate! —le espetó Hank.

—¿Estás loco? —protestó Antoine—. ¡Tengo un agujero dentro! ¡Tengo un agujero dentro! ¡Ay, Dios, cómo me duele!

Perdido Beach estaba ardiendo. Al menos buena parte de él. Zil se subió a una caravana Winnebago del aparcamiento de la playa. Desde allí veía gran parte de la ciudad.

Sherman estaba en llamas. Parecía como si un volcán hubiera entrado en erupción en plena ciudad. Y ahora las llamas avanzaban hacia el centro de la ciudad por Alameda.

Todo había sido obra suya. Creación suya. Y ahora todos sabrían que iba en serio. Ahora todos sabrían que nadie se metía con Zil Sperry.

—¡Llebadme con Lana! —gimió Antoine—. ¡Chicos, tenéis que llevarme con Lana!

El sol no había salido todavía, así que no se veía la columna de humo, pero Zil intuía que debía de ser enorme. No se veía una sola estrella en el cielo.

—¿Creéis que hemos ganado a Sam? —preguntó Lance.

Nadie contestó.

—¿Deberíamos volver a por más gasolina? —preguntó Turk. Como todos los demás, no hacía caso a Antoine.

Zil no conseguía responderle. Parte de él quería quemarlo todo. Hasta la última casa. Todas y cada una de las tiendas vacías e inútiles. Quemarlo todo y bailar sobre una Winnebago mientras todo ardía.

El plan era crear caos. Y ayudar al raro de Caine a escapar.

—Líder, tenemos que saber qué hacer —le insistió Turk.

—Ayudadme —gimió Antoine—. Tenemos que seguir juntos, ¿no, no?

—Antoine, cállate o te callaré yo —le espetó Hank.

—Me ha hecho un agujero. ¡Míralo, míralo!

Hank levantó la vista hacia Zil, pero el chico apartó la mirada. No tenía respuesta para el problema de Antoine.

Lo cierto era que Zil detestaba ver heridas de cualquier tipo. Siempre le había dado aprensión la sangre. Y el vistazo rápido que lanzó en dirección a la herida de Antoine le revolvió el estómago.

Lo cual tampoco debió de servir mucho de ayuda a Antoine.

—Vamos, Antoine, ven conmigo —dijo entonces Hank.

—¿Qué? ¿Qué estás...? Me portaré bien, pero es que me duele, colega. Pero mucho.

—Vamos, tío —le insistió Hank—. Te llevaré con Lana, vamos.

Hank se inclinó y tiró de Antoine, que se esforzaba por ponerse en pie. Antoine chilló de dolor.

Zil bajó por la escalera que estaba sujeta a la parte trasera de la Winnebago.

—¿Tú qué crees, Lance? —Lance el guapo. El alto, guay y listo de Lance. Zil deseó, y no por primera vez, que la Pandilla Humana se pareciera a Lance. Lance le hacía dar buena imagen. Mientras que con el gordo y borracho de Antoine, Turk

que iba arrastrando el pie y Hank con su cara horrible de hurón parecía que estuviera rodeado de perdedores.

Lance reflexionó:

—Los chavales están repartidos por todas partes. Todos confundidos. ¿Qué hacemos si deciden que somos los responsables de quemar la ciudad y nos atacan?

Turk se rio, desdeñoso.

—Como si el Líder no hubiera pensado en eso. Diremos a la gente que ha sido Sam.

Zil se sorprendió ante la sugerencia de Lance. No había pensado en ello, pero era evidente que Turk sí.

—Sam no —lo corrigió Zil, improvisando—. Echaremos la culpa a Caine. Los chavales no se creerán que haya sido Sam. Decimos que ha sido Caine y todos nos creerán.

—Los chavales nos vieron arrojar cócteles molotov —les recordó Lance.

Turk se burló:

—Colega, ¿es que no lo sabes? La gente se cree toda clase de cosas si les dices que son verdad. La gente cree en platillos volantes y cosas así.

—Ha sido Caine —insistió Zil, inventándose lo que decía mientras hablaba. Y cada vez le gustaba más lo que decía—. Caine puede obligar a la gente a hacer lo que quiere, ¿verdad? Así que ha utilizado sus poderes para obligarnos.

—¡Sí! —Los ojos de Turk se iluminaron—. Sí, porque quería hacernos quedar mal. Quería que nos culparan a nosotros porque es un raro y nosotros nos enfrentamos a los raros.

Hank reapareció y se colocó detrás de Lance. El contraste entre ambos quedaba aún más patente cuando estaban uno cerca del otro.

—¿Dónde está Toine? —preguntó Turk.

—Lo he dejado tirado en la playa —informó Hank—. No lo conseguirá. No

con ese agujero dentro. Solo nos retrasaría...

—Entonces será el primero en dar su vida por la Pandilla Humana —afirmó solemnemente Turk—. Es la hostia. Es muy fuerte. Asesinado por Sam.

Entonces Zil se percató de algo.

—Para que la gente se crea que Caine es el responsable de todo esto, tenemos que pelearnos con Caine.

—¿Pelearnos con Caine? —dijo Turk, sin entenderlo. E inconscientemente dio un paso atrás.

Zil sonrió.

—No tenemos que ganar. Solo tenemos que fingir que es verdad.

Turk asintió.

—Ah, qué listo, Líder. Todos creerán que Caine nos utilizó y que luego conseguimos espantarlo.

Zil dudaba que todos fueran a creérselo. Pero algunos sí. Y esa duda haría que Sam tardara en reaccionar mientras el Consejo intentaba entender todo lo que estaba pasando.

Cada hora de caos haría más fuerte a Zil.

¿Habría podido su hermano mayor, Zane, tramarlo todo igual de bien? ¿Y habría tenido el valor de llevarlo a cabo? Seguramente no. Zane se habría puesto de parte de Sam.

Casi le daba pena que no estuviera allí.

VEINTICINCO

14 HORAS, 2 MINUTOS

EDILIO OBSERVÓ A Sam marcharse y tuvo un mal presentimiento. ¿Qué iban a hacer si a Sam se le iba la olla? ¿Qué podría hacer Edilio para arreglarlo?

—Como si yo pudiera —murmuró—. Como si alguien pudiera...

Le costaba mucho ver lo que ocurría a su alrededor. Oía gritos. Oía chillidos. Oía risas. Pero solo veía humo y llamas.

Disparos que resonaban. ¿Procedentes de dónde? Pues no lo sabía.

Durante un instante vio a unos chavales correr. Tan iluminados que le pareció que estaban ardiendo. Y a continuación los oscureció el humo.

—¿Qué hago? —se preguntó Edilio.

—Lástima que no tengamos nubes para quemar. Este fuego es increíble.

Howard surgió de entre el humo detrás de Edilio. Orc estaba con él.

—Esto es una mierda —gruñó el monstruo—, esto de que se queme todo.

Ellen, la jefa de bomberos, apareció con dos chavales más. Y Edilio empezó a percatarse de que todos esperaban que les diera respuestas. «Jefa de bomberos» se había convertido en una denominación que prácticamente no significaba nada. No había agua en las bocas de riego. Pero al menos Ellen tenía cierta idea sobre incendios, lo cual era más de lo que sabía Edilio.

—Creo que el fuego se está desplazando hacia el centro de la ciudad. Muchos chavales viven por aquí —señaló Ellen—. Tenemos que asegurarnos de que se aparten del fuego.

—Sí. —Edilio estaba de acuerdo, agradecido ante cualquier sugerencia útil.

—Y tenemos que ir a ver si queda algún chico dentro de esas casas que ya están ardiendo. A ver si podemos salvar a alguien.

—Claro, claro —dijo Edilio, y respiró hondo—. Vale, bien, Ellen. Tus chicos y tú adelantaos al fuego, sacad a la gente. Decidles que vayan a la playa o crucen la carretera.

—Vale —aceptó Ellen.

—Orc, Howard y yo veremos si podemos salvar a alguien.

Edilio no se molestó en pedir la opinión de Howard ni de Orc respecto a ese asunto. Empezó a moverse sin más. Volvió a bajar por Sherman sin mirar si lo seguían. O sí, o no. Y si no, pues, en fin, no podía culparlos.

Bajaba por la calle en llamas. El fuego ocupaba ahora ambos lados. Y hacía el ruido de un tornado. El rugido aumentaba y disminuía y volvía a aumentar. Entonces oyó un estrépito al hundirse un tejado y vio chispas que se alzaron por el cielo como una erupción de libélulas.

El calor le recordó cuando metía la cara en el horno de su madre mientras ella cocinaba. Sintió una ráfaga de aire abrasador, procedente de un lado y luego del otro, y se tambaleó adelante y atrás.

Al volver la vista, Edilio vio a Howard perder el equilibrio y caer. Orc lo agarró y lo volvió a levantar.

El humo llenaba el aire, Edilio tenía la garganta escaldada y parecía que se le arrugasen los pulmones. Respiró hondo, luego empezó a coger cada vez menos aire, y al final era como si solo pudiera sorber cucharaditas.

Dejó de avanzar. A través de la cortina de humo se entreveían llamas y humo interminables. Los coches aparcados ardían en las entradas de las casas. Los céspedes demasiado crecidos que hacía tiempo que nadie regaba ardían casi con una fuerza explosiva.

Los cristales se hacían añicos. Las vigas se hundían. La calle asfaltada burbujeaba en los bordes, licuados.

—No puedo... —jadeó Edilio.

Se volvió y vio que Howard ya se estaba retirando. Orc permanecía impasible, sin moverse. Edilio le puso una mano sobre el hombro empedrado. Incapaz de hablar, ahogándose y llorando, Edilio lo guió de vuelta, apartándolo de las llamas.

Roger no se despertaba. Roger el artero no se despertaba. Justin tenía que huir, y huyó hasta el patio trasero. Pero tenía que hacer algo más. Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo...

Así que volvió a entrar. Y oyó a Roger toser como un loco. ¡Estaba despierto! Pero era como si no pudiera ver, tenía los ojos cerrados, estaba todo aquel humo... y Roger echó a correr pero se estampó contra una pared.

—¡Roger!

Justin corrió hasta él y lo agarró del faldón de la camisa.

—¡Es por aquí!

Tiró de Roger en dirección a la cocina, hacia la puerta de atrás.

Roger avanzó tropezando. Pero no fue una buena idea, porque ahora el fuego y el humo le quedaban delante. El fuego había dado la vuelta y llenaba la cocina.

El comedor recordó a Justin el álbum de fotos que estaba arriba, bajo su cama. Igual podría ir a recogerlo, muy rápido.

Igual, pero seguramente no. No había puerta del comedor al patio de atrás. Pero sí una ventana grande, y Justin condujo a Roger hasta ella.

—Voy a... —Justin empezó a decir que iba a abrir la ventana, pero ahora el

humo estaba por todas partes y le escocían los ojos, tuvo que cerrarlos y se ahogaba, así que no podía hablar.

Justin buscó a ciegas los tiradores de la ventana.

Caine seguía acelerando el ritmo. Iba empujando vallas y avanzando. Los patios traseros estaban enmarañados con malas hierbas. Las piscinas apestosas se habían convertido en baños. Había basura esparcida por todas partes.

A oscuras, tropezaban con postes de las vallas y juguetes olvidados. Chocaban contra columpios oxidados y barbacoas.

Hacían mucho ruido. Avanzaban apartados de las calles, pero hacían ruido. Los chicos les gritaban desde las ventanas oscuras:

—Oye, ¿quién anda ahí? ¡Salid de mi patio!

Caine no les hacía caso. Seguir avanzando, esa era la clave. Seguir avanzando, llegar a la playa.

Tenían una oportunidad, solo una. Debían alcanzar el puerto deportivo en pocos minutos. Sam y su gente estarían confundidos por la destrucción, irían corriendo por ahí como locos, intentando entender qué estaba pasando. Pero tarde o temprano alguien se daría cuenta, Sam o si no Astrid, de que aquello no era más que una distracción.

O Sam atraparía a Zil y le presionaría. Entonces el pequeño gamberro delataría a Caine. En un segundo.

Caine no quería llegar al puerto deportivo y encontrarse a Sam esperándolo. En realidad apenas aguantaba, estaba desesperado. No podía derribar a Sam. Ahora no. No aquella noche.

Donde se encontraban ahora, a varias manzanas del incendio, el aire seguía apestando. El olor a quemado estaba por todas partes. Casi llegaba a tapan el olor a desechos humanos.

Alcanzaron otra calle. No les quedaba otro remedio que cruzarla, como habían hecho antes. Pero allí había demasiados chavales como para esquivarlos fácilmente. No había modo de sortearlos, no podían hacer otra cosa salvo fingir que no iba con ellos, y seguir avanzando.

Pasaron por delante de unos refugiados aterrorizados.

—Seguid avanzando, seguid avanzando —gritó Caine mientras algunos de los suyos se apartaban del grupo en un intento vano de suplicar comida a dos niños de cinco años traumatizados y cubiertos de hollín.

Entonces, justo a continuación, envuelta en humo, vieron una figura.

—¡Al suelo! —dijo Caine entre dientes—. ¡Parad!

Intentó atisbarlo, pero veía borroso. ¿Era él? No. Claro que no. Qué locura.

Consiguió distinguir que era la figura de un chaval, un chaval normal, con brazos y manos normales y que no se parecía en nada a aquella otra figura que había visto entre el humo.

Caine se puso en pie. Se sentía como un idiota por haberse asustado.

—¡Adelante, adelante! —gritó.

Alzó las manos y utilizó su poder para empujar al grupo hacia delante. La mitad de ellos tropezó y se cayó.

Caine los insultó.

—¡Moveos!

Y volvió a ver la figura de antes entre el humo. Ese cuerpo alto y flaco. El brazo que seguía y seguía. Imposible. Era una ilusión, volvía a ser una ilusión. De la imaginación avivada por el agotamiento, el miedo y el hambre.

—Penny, ¿estás haciendo algo? —exigió saber Caine.

—¿Qué quieres decir?

—Me ha parecido ver algo. —Caine se corrigió—: a alguien. Antes.

—No he sido yo. Nunca utilizaría mis poderes contigo, Caine.

—No. No lo harías... —Pero Caine estaba perdiendo la confianza en sí mismo. Se imaginaba cosas. Los demás no tardarían en darse cuenta. Diana ya lo había notado. Pero antes había tenido la misma alucinación que él, ¿verdad?

—Vamos demasiado lentos —se quejó Caine—. Tenemos que bajar directamente por la calle. Penny, o tú o yo, uno de nosotros tiene que derribar a quien se interponga en nuestro camino, ¿vale?

Bajó por la calle en dirección a la playa. Tuvo que esforzarse mucho por no mirar por encima del hombro en busca del chico que era imposible que estuviera allí.

Llegaron sanos y salvos hasta la playa. Pero se encontraron con un grupo de unos veinte chavales, todos apiñados, mirando boquiabiertos el fuego, llorando, riéndose, animándose los unos a los otros. Era como si la mitad de ellos mirara un espectáculo, y la otra mitad estuviera ardiendo en aquellas llamas.

Al principio la pandilla de chavales no detectó al grupo de Caine, hasta que uno miró hacia donde estaban y abrió mucho los ojos al ver a Diana. Y luego, a Caine.

—¡Es Caine!

—Apártate de mi camino —le advirtió Caine. Lo último que quería era una pelea estúpida e inútil que le hiciera perder el tiempo. Tenía prisa.

—¡Tú! —exclamó otro chico—. ¡Tú has provocado el fuego!

—¿Qué? ¡Idiota! —Caine se abrió paso a empujones, utilizando realmente las manos, y no sus poderes. En ese momento no buscaba meterse en líos. Pero otros chavales empezaron a gritar lo mismo hasta que tuvo a una docena de chavales furiosos y aterrorizados delante, gritándole y chillándole, y entonces uno de ellos le dio un puñetazo.

—¡Basta! —gritó Caine. Alzó una mano, y el chaval más cercano salió volando por los aires. Aterrizó haciendo un crujido espantoso a más de seis metros de distancia.

Caine no vio a la persona que le rompió la crisma con una palanca. Le

pareció que el golpe no venía de ninguna parte. Caine cayó de rodillas. Demasiado confuso para estar asustado.

Vio la palanca justo antes de que le golpeará por segunda vez. Fue un golpe más débil, y nada certero, pero le dolió muchísimo en el hueso del hombro izquierdo. Sintió un calambre que le entumeció hasta las puntas de los dedos.

No iba a esperar el tercer golpe. Alzó la mano derecha, pero antes de que pudiera pulverizar al niño, Penny intervino.

El chico dio un salto hacia atrás, tan atrás como si Caine lo hubiera arrojado.

El niño gritó y balanceó la palanca como un loco a su alrededor. Cuando la palanca salió volando de su mano, se puso a dar puñetazos y arañazos al aire, con la mirada enloquecida.

—¿Qué es lo que ve? —preguntó Caine.

—Arañas muy grandes —respondió Penny—. Muy grandes. Y que saltan muy rápido.

—Gracias —gruñó Caine. Se levantó y se frotó el brazo entumecido—. Espero que le dé un ataque al corazón. ¡Vamos! —llamó—. Ya no queda lejos. Seguid conmigo todos, y por la mañana comeréis.

Mary no tenía energías para ir a casa. No tenía mucho sentido, en realidad... no había ducha... no...

Se hundió en la silla de la oficina atestada. Trató de levantar las piernas, apoyar los pies sobre una caja de cartón, pero incluso eso exigía demasiada energía.

Agitó la botellita con píldoras que había en su escritorio. Le quitó la tapa y miró lo que le quedaba. Ni siquiera reconocía la pastilla, pero debía de ser alguna clase de antidepresivo. Era lo único que había conseguido sacar a Dahra.

Se la tragó sin agua.

¿Cuándo se había tomado la última pastilla? Tenía que apuntarlo.

Había dos niños enfermos con alguna clase de gripe.

Qué se suponía que iba a...

Lo que podrían haber sido sueños se fundían con recuerdos, y Mary pasó un rato deambulando por un lugar lleno de niños enfermos y olor a meado y con su madre preparando sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada que colocaba en pilas gigantescas para un evento de la escuela, y Mary metía los sándwiches en bolsas herméticas, los contaba y los introducía en bolsas de plástico recicladas de Ralph's.

—¿Has mojado la cama? —le preguntaba su madre.

—Supongo que sí. Huele a que sí. —No le daba vergüenza, solo le molestaba. Ojalá su madre no le diera mucha importancia.

Y entonces se abrió la puerta y entró una niña y se arrastró hasta el regazo de Mary, pero Mary no podía mover los brazos para abrazarla porque eran de plomo.

—Estoy tan cansada... —dijo Mary a su madre.

—Bueno, hemos hecho ocho mil sándwiches —explicó su madre, y Mary vio por las pilas y más pilas, que se tambaleaban cómicamente como sacadas de un libro de cuentos infantiles, que era cierto.

—Pareces enferma.

—Estoy bien —replicó Mary.

—Quiero a mi mamá —le dijo la niña al oído, y unas lágrimas cálidas se deslizaron por el cuello de Mary.

—Deberías venir a casa ahora —dijo la madre de Mary.

—Primero tengo que hacer la colada —le dijo Mary.

—Algún otro la hará.

De repente, Mary sintió una sensación de tristeza aguda. Notaba cómo se hundía en el suelo de baldosas y se empequeñecía mientras su madre, que ya no estaba haciendo sándwiches, la observaba.

Su madre sostenía un cuchillo cubierto de mantequilla de cacahuete y confitura de frambuesa. Unos glóbulos de fruta roja goteaban del filo del cuchillo, que era tremendamente grande para hacer sándwiches.

—No te hará daño —le indicó su madre, y tendió el cuchillo a Mary.

Entonces la chica se despertó sobresaltada.

La niña en su regazo se había dormido y se había meado. Mary estaba empapada.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah, quítate, quítate! —gritaba medio dormida. Aún veía aquel cuchillo flotando, con el mango hacia ella, goteando.

La niña cayó al suelo y, perpleja, se puso a llorar.

—¡Oye! —gritó alguien desde la habitación principal.

—Lo siento... —murmuró Mary, e intentó levantarse. Pero las piernas le cedieron y volvió a sentarse, demasiado bruscamente. Al caer trató de coger el cuchillo, pero no era de verdad, aunque el lloro de la niñita sí lo era, y también la voz que gritaba—: ¡Oye, no podéis entrar aquí!

Mary volvió a intentarlo y consiguió levantarse. Salió tambaleándose y se encontró con tres chavales con los rostros aterrorizados.

No eran del grupo de edad del parvulario. Eran demasiado mayores.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Mary.

La habitación entera se estaba despertando, los chavales preguntaban qué sucedía. Zadie, la ayudante que había gritado, intervino:

—Creo que algo va mal, Mary.

Dos chavales más entraron a empujones por la puerta. Olían a algo que no era meado.

Un chico entró chillando. Tenía una quemadura amoratada por toda la parte interior de la mano.

—¿Qué está pasando?

—¡Ayúdanos, ayúdanos! —gritó un chico, y entonces todo se sumió en el caos, y más chavales se agolparon en la puerta. Mary reconoció el olor: olía a humo.

Se abrió paso a empujones entre los recién llegados. Al salir fuera, tosió al tragar un montón de humo. El humo estaba por todas partes, arremolinándose, cerniéndose fantasmal en el aire, y un brillo naranja se reflejaba en el cristal destrozado del ayuntamiento.

Al oeste, una lengua de fuego salió repentinamente disparada hacia el cielo y se la tragó su propio humo.

No había nadie más en la plaza. Nadie excepto una chica.

Mary se frotó los ojos para quitarse el sueño, y se la quedó mirando. No podía ser, no podía ser, no era real, debía de ser un fragmento que quedaba de su sueño.

Pero la chica seguía allí, con el rostro en sombra, y un destello de acero cromado que destacaba en su aparato dental.

—¿Lo has visto? —preguntó la chica.

Mary sintió que algo moría en su interior, terror y horror que eran como el impacto de una explosión en su mente.

—¿Has visto al diablo? —preguntó Brittney.

Mary no lograba responderle. Lo único que hacía era mirar el brazo de Brittney al alargarse, al cambiar de forma.

Brittney pestañeó. Tenía los ojos azules, fríos y muertos.

Mary entró corriendo en la guardería. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella.

VEINTISÉIS

13 HORAS, 43 MINUTOS

EL HUMO ALTERABA el aspecto de las calles tal y como Sam las conocía. Se había dado la vuelta, pues no sabía dónde se encontraba ni qué dirección tomar. Se detuvo, oyó pasos que corrían tras él, y se dio la vuelta de golpe, alzando las manos con las palmas hacia fuera.

Pero los pasos se fueron en otra dirección.

Sam maldijo llevado por la frustración. La ciudad se estaba quemando y con el humo resultaba prácticamente imposible encontrar al enemigo.

Y tenía que hacerlo ahora, durante el fragor de la batalla, antes de que Astrid interviniera y lo obligara a quedarse sentado, impotente, esperando a que ella se inventara un sistema que nunca conseguirían poner en práctica.

Había llegado la noche. Era el momento de hacer lo que tendría que haber hecho un mes antes: acabar con Zil y su locura.

Pero primero tenía que encontrarlos.

Sam se obligó a pensar. ¿Qué estaba tramando Zil, además de lo evidente? ¿Por qué había decidido incendiar la ciudad? Parecía muy atrevido por su parte. Parecía una locura: Zil también vivía allí.

Pero los pensamientos de Sam se veían interrumpidos por la imagen recurrente de Drake en su cabeza. Estaba ahí fuera, en alguna parte. De algún

modo había conseguido volver de entre los muertos.

Claro que no habían visto su cadáver, ¿verdad?

—Céntrate —se ordenó Sam a sí mismo. El problema en ese momento era que la ciudad se estaba quemando. Edilio estaría haciendo lo posible para salvar a cuantos pudiera. Lo que tenía que hacer Sam era detener el terror, ahora.

Pero ¿dónde estaba Zil?

¿Estaba con Drake?

¿Y si lo de que ambas cosas pasaran a la vez fuera coincidencia? No, Sam no creía en las coincidencias.

Una vez más, atisbó un movimiento a través de un velo de humo. Una vez más, Sam corrió hacia él. En aquella ocasión, la figura no desapareció.

—¡No...! —gritó una voz joven, que acto seguido se empezó a ahogar y se puso a toser. Un chaval que parecía tener unos seis años.

—Sal de aquí —le espetó Sam—. Vete a la playa...

El chico echó a correr, dudó y giró a la derecha. ¿Dónde estaba Drake? No, Zil... ¿Dónde estaba Zil? Zil era real.

Y de repente, Sam se encontró con el muro de la playa. Prácticamente se tropezó con él. Había mandado al chaval de seis años en la dirección equivocada. Pero ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Ese chaval no era el único que se había perdido aquella noche.

¿Dónde estaban Dekka, Brianna y Taylor? ¿Dónde estaban los soldados de Edilio?

¿Qué estaba pasando?

Sam vio a un grupo de chavales corriendo por la arena en dirección al puerto deportivo. Y durante un instante casi le pareció ver a Caine. Estaba alucinando. Se imaginaba cosas.

—¡Fuera los raros!

Pero eso Sam lo oyó con claridad. Le pareció que lo decían muy cerca de él. Pero puede que fuera un efecto acústico.

Sam intentó penetrar en la oscuridad y el humo, pero ya no veía nada, ni siquiera al Caine con quien había alucinado.

Y entonces... ¡PUM PUM PUM!

Una ráfaga de disparos.

Sam vio el fognazo y echó a correr. Sus pies chocaron contra algo blando pero pesado. Salió disparado y aterrizó de cara. Se incorporó con la boca llena de arena. Notó un cuerpo, había alguien tendido.

Pero no tenía tiempo para eso.

Había llegado la hora de ver quién era quién y qué era cada cosa. Sam alzó las manos y una bola de luz fría y brillante se formó en el aire.

Bajo la media luz inquietante, Sam vio a una docena de los matones de Zil, medio armados.

Una muchedumbre huía corriendo de ellos.

Y otro grupo, menor, y que por extraño que resultara parecía de viejos chochos, iba chapoteando por las olas hacia el lejano puerto deportivo.

Zil y su pandilla supieron de inmediato quién era el responsable de la luz delatora. Solo podía ser...

—¡Sam!

—¡Es Sam!

—¡Corred!

—¡Disparadle, disparadle!

Tres ráfagas de disparos en rápida sucesión. ¡PUM, PUM, PUM!

Sam replicó lanzando lápices de luz verde abrasadora que arrasaban la

arena. Y oyó un grito de dolor.

—¡No huyáis!

—¡Cobardes!

¡PUM, PUM!

Alguien empezó a disparar metódicamente la escopeta.

Sam sintió una punzada aguda en la carne del hombro y cayó a la arena, sin aire en los pulmones.

La gente pasaba corriendo. Sam se volvió boca arriba, y preparó las manos.

¡PUM!

Los perdigones alcanzaban la arena lo bastante cerca de Sam como para oírlos impactar.

Sam dio vueltas y más vueltas, apartándose.

¡PUM, PUM!

Entonces oyó un clic. Alguien que maldecía. Más pies corriendo, tropezando en la arena.

Sam se puso en pie de un salto, apuntó y disparó. La luz verde asesina produjo un grito de dolor o miedo, pero la figura cada vez más lejana no se detuvo.

Sam volvió a levantarse, esta vez más despacio. Tenía arena en la camisa, en la boca, en las orejas. En los ojos. Humo y arena y los ojos llorosos. No veía nada salvo borrones.

La luz le perjudicaba y lo convertía en un blanco fácil. Sam agitó la mano y el solcito se apagó. La playa volvió a oscurecerse, aunque un rastro débil de color gris perlaba el cielo sobre el océano.

Sam escupió intentando sacarse la arena de la boca. Y se frotó con delicadeza los ojos para sacudirse la arenilla.

¡Había alguien detrás de él!

El dolor fue como el fuego. Un latigazo que le atravesó la camisa y le perforó la carne.

Sam se volvió de golpe debido al impacto.

Era una figura oscura.

Se oyó el ruido sibilante de algo muy afilado y Sam, demasiado perplejo para moverse, sintió el latigazo en el hombro.

—Ah, hola, Sammy. Cuánto tiempo, ¿eh?

—No... —jadeó Sam.

—Oh, sí —se burló la voz. Era la voz que Sam conocía. La voz que temía. La voz que se rio y pavoneó mientras yacía en el suelo pulido de la central nuclear, gritando de dolor.

Sam parpadeó, se esforzó por abrir un ojo, para ver lo que no podía ser verdad. Alzó las manos y disparó a ciegas.

Entonces oyó el ruido sibilante, zumbante. Sam se agachó instintivamente y el golpe no le causó daño.

—¡El demonio! —gritó la voz de una chica.

Pero procedía de detrás de Sam, porque el chico se había dado la vuelta y corría.

Corría. Corría a ciegas por la arena.

Corría y se cayó y volvió a ponerse en pie de un salto para correr.

Y no se detuvo hasta que chocó contra la pared de cemento de la playa, destrozándose las pantorrillas. Aterrizó boca abajo en el suelo y allí se quedó, jadeando.

Quinn volvía con las barcas hacia la costa, temiendo lo que se encontraría cuando llegaran a tierra.

El fuego se había extendido y ahora parecía cubrir la mitad de la ciudad, aunque no había nuevas explosiones. El humo les había alcanzado en el mar. A Quinn le picaban los ojos. Tenía el corazón en la garganta.

Otra masacre no, otra atrocidad no... ¡Basta! Él solo quería pescar.

Los remeros se quedaron callados ante el atroz espectáculo de sus casas ardiendo.

Alcanzaron el primer embarcadero y vieron a un grupo de chavales tambaleándose hacia allí. Sin duda eran chavales que huían, presa del pánico, pensándose que en el puerto deportivo estarían a salvo.

Quinn los llamó.

No hubo respuesta.

Su barca tocó el *bumper* que chapoteaba en el agua. Sus movimientos eran automáticos debido a lo mucho que había practicado. Lanzó un nudo marinero en torno a los pilotes y acercó su barca. Levantaron los remos. Big Goof saltó al embarcadero y fijó el segundo cabo.

El grupo tambaleante de chavales los ignoró y siguió avanzando. Se movían de un modo extraño. Como gente vieja y frágil.

Y había algo raro en ellos...

Y familiar.

Aún quedaba una hora para que amaneciera. La única luz que había era la del fuego. Las falsas estrellas quedaban tapadas por la cortina de humo.

Quinn saltó al embarcadero.

—¡Oye, los de ahí! ¡Oye! —Quinn era el responsable de las barcas. El puerto deportivo era suyo.

Los chavales seguían moviéndose como si estuvieran sordos. Se dirigían por un embarcadero paralelo hacia dos barcas que tenían con combustible para los rescates: una lancha baja y una Zodiac inflable.

—¡Oye! —volvió a gritar Quinn.

El chico que iba más adelantado se volvió a mirarlo. Los separaban quince metros con el agua entre medio, pero, aunque el brillo era débil, Quinn reconoció la forma de los hombros y la cabeza.

Y reconoció la voz.

—Penny —pidió Caine—. Mantén ocupado a nuestro amigo Quinn.

Del agua salió un monstruo enorme formando un géiser tremendo.

Quinn gritó aterrorizado.

El monstruo se alzaba cada vez más y más alto. Tenía la cabeza de un elefante torturado, deformado, con dos ojos negros muertos. Y los dientes curvos. La mandíbula se abrió totalmente mostrando una lengua larga y afilada.

Entonces rugió, y sonaba como si tocaran un centenar de violonchelos enormes con cubos de basura a modo de arcos. Hueco. Torturado.

Quinn cayó hacia atrás. Se cayó del embarcadero y se golpeó la espalda contra el borde de la barca. El impacto le dejó sin aire en los pulmones y cayó de cabeza al agua.

Preso del pánico, volvió a respirar. El agua salada le llenaba la garganta. Se ahogaba y tosía y se esforzaba con todas sus energías por volver a respirar.

Quinn conocía el agua. Había sido buen surfista y muy buen nadador. No era la primera vez que caía boca abajo y daba vueltas bajo el agua.

Asumió su miedo y pateó fuerte para darse la vuelta. La superficie, la barrera entre el agua y el aire, entre la muerte y la vida, quedaba apenas tres metros por encima. Con una pierna pateó tierra. El agua no era muy profunda en ese punto.

Y empezó a subir.

Pero el monstruo intentaba agarrarlo por debajo del embarcadero. Tenía unos brazos increíblemente largos, con unas manos como garras.

Los brazos intentaban alcanzarlo y él se apartaba como si pedaleara hacia atrás. Presa del pánico, pataleando, empujando el agua, con los pulmones ardiéndole.

Demasiado despacio. Una mano gigante se estrechó en torno a él.

Los dedos lo atravesaron.

Pero no sintió dolor.

No tocó ni sintió nada en absoluto.

La segunda garra dio un zarpazo en el agua. Pensó que lo destriparía.

Pero lo atravesó.

¡Era una ilusión!

Con las fuerzas que le quedaban, Quinn alcanzó la superficie. El chico sintió náuseas al tomar aire y vomitó agua marina que tenía en el estómago. El monstruo había desaparecido.

Big Goof tiró de él como un peso muerto y lo cargó en la barca. Quinn se quedó echado en el fondo, incómodo sobre los remos.

—¿Estás bien?

Quinn no lograba responderle. Si lo intentaba sabía que volverían a darle arcadas. Aún no le había vuelto la voz. Aún notaba como si respirara a través de una pajita. Pero estaba vivo.

Y entonces todo encajó. Aquel monstruo. Y el ruido que hacía. Los reconoció.

Era el monstruo de aquella película... El *mismo* monstruo, el *mismo* ruido.

Quinn se incorporó y tosió.

Entonces se levantó en la barca que se balanceaba y vio a Caine y su gente subiéndose a las dos lanchas motoras.

Caine se dio cuenta y esbozó una sonrisa glacial, irónica. Había una chica rara con él, que también lo miraba, pero no le sonrió, sino que le mostró los dientes torcidos en una mueca que era más una amenaza que una sonrisa.

Se puso en marcha un motor, ronco y entrecortado. Y luego otro.

Quinn se quedó donde estaba. No tenía ninguna posibilidad con Caine. El chico lo mataría con un solo gesto.

Las dos lanchas motoras salieron resoplando despacio, alejándose con cautela del puerto.

Entonces se oyó el ruido de pies corriendo. Varios chavales, algunos armados. Quinn reconoció a Lance, y luego a Hank. Finalmente vio a Zil, rezagado. Dejaba que los otros dos llevaran la delantera.

Llegaron al final del embarcadero. Hank se detuvo, apuntó y disparó.

El disparo alcanzó a la Zodiac. El aire explotó en una exhalación repentina. El motor del barco empezó a resoplar bajo el agua cuando la popa se hundió.

Quinn se subió hasta la mitad del embarcadero para ver. Y se quedó boquiabierto.

Caine, mojado y furioso, empezó a levitar por encima de la Zodiac que se hundía.

Lanzó a Hank y su arma por los aires. Hank daba vueltas, gritando de terror, indefenso. Cada vez más y más y más, mientras Caine flotaba y sus acompañantes se hundían.

A más de treinta metros de altura, Hank se detuvo. Y entonces empezó a bajar. Pero no caía. Iba demasiado rápido para caer. Demasiado rápido para que fuera solo por la gravedad.

Caine tiraba de Hank desde el cielo grisáceo. Caía como un meteorito. A una velocidad imposible, no se veía más que un borrón.

Hank alcanzó el agua, y salpicó un chorro enorme, como si alguien hubiera disparado una carga de profundidad.

Quinn conocía las aguas del puerto deportivo. No había más de dos metros de profundidad donde cayó Hank. El fondo era arena y conchas.

No cabía la más mínima posibilidad de que saliera cabeceando hacia la superficie.

Caine flotaba mientras Zil lo observaba horrorizado e impotente.

—¡Oye, eso ha sido un error, Zil! —gritó Caine.

Zil y su pandilla salieron huyendo. Caine se rio y descendió hasta la segunda barca. Cinco de sus gentes seguían en el agua, llamándole y agitando los brazos y luego maldiciendo y rabiando mientras la lancha motora se alejaba rugiendo.

VEINTISIETE

13 HORAS, 32 MINUTOS

—LEVÁNTATE —SUSURRÓ PEACE, sacudiendo el hombro de Sanjit.

Hacía tiempo que Sanjit estaba acostumbrado a que lo despertaran a horas extrañas. Pero lo de ser el mayor de los niños de la familia Brattle-Chance hacía mucho que había perdido su encanto.

—¿Se trata de Bowie? —preguntó.

Peace meneó la cabeza.

—No. Creo que el mundo está en llamas.

Sanjit levantó una ceja escéptica.

—Eso parece un poco extremo, Peace.

—Ven, ya.

Sanjit gruñó y se bajó de la cama.

—¿Qué hora es?

—Casi por la mañana.

—La palabra clave es «casi» —protestó Sanjit—. ¿Sabes cuál es el mejor momento para levantarse? Por la mañana de verdad. Mucho mejor que «casi» por

la mañana.

Pero la siguió por el pasillo hasta la habitación que compartía con Bowie y Pixie. La casa tenía veintidós dormitorios, pero solo Sanjit y Virtue habían decidido dormir solos.

Pixie estaba dormido. Bowie daba vueltas, sumido aún en la fiebre que no se le pasaba.

—La ventana... —susurró Peace.

Sanjit se dirigió a la ventana. Iba casi del techo al suelo, y ofrecía una vista impresionante durante el día. Se quedó ahí, mirando la ciudad lejana de Perdido Beach.

—Vete a buscar a Choo —pidió al cabo de un instante.

La niña volvió con Virtue, que estaba tremendamente quejoso, se frotaba los ojos y murmuraba.

—Mira —le indicó Sanjit.

Virtue se puso a mirar como lo había hecho Sanjit.

—Es un incendio.

—¿Te parece? —Sanjit meneó la cabeza, atemorizado—. La ciudad entera debe de estar en llamas.

Las llamas rojas y naranja formaban un punto luminoso en el horizonte. En la luz gris de antes de amanecer Sanjit vio una columna enorme de humo negro. La escala parecía ridícula. La luz brillante formaba un punto, pero el humo parecía alzarse varios kilómetros, como si fuera una chimenea retorcida.

—¿Así que ahí es donde se supone que tengo que llevar el helicóptero? —comentó Sanjit.

Virtue se fue y volvió al cabo de pocos instantes. Llevaba un telescopio pequeño. No muy potente. Lo habían utilizado a veces para intentar ver detalles de la ciudad o en la costa boscosa más cercana a la isla. Nunca se veía gran cosa. Y ahora tampoco, pero aun aumentándolo solo un poco, el fuego parecía aterrador.

Sanjit miró a Bowie, que gimoteaba en sueños.

—Qué mala pinta tiene eso — señaló Virtue.

—No es que el fuego pueda extenderse hasta aquí. —Sanjit intentó adoptar un tono despreocupado, sin conseguirlo.

Virtue no añadió nada. Se quedó mirando sin más. Y Sanjit se dio cuenta de que su hermano y amigo veía algo más que el fuego.

—¿Qué pasa, Choo?

Virtue suspiró, tan profundamente que casi parecía un sollozo.

—Nunca me has preguntado de dónde vine.

A Sanjit le sorprendió el giro en la conversación.

—África. Sé que vienes de África.

—África es un continente, no un país —lo corrigió Virtue dejando entrever su pedantería habitual—. Del Congo. De ahí vengo.

—Vale.

—Eso no te dice nada, ¿verdad?

Sanjit se encogió de hombros.

—¿Leones y jirafas y tal?

Virtue no se molestó siquiera en burlarse de él.

—Ha habido guerra allí, digamos desde siempre. La gente se mata entre sí. Violaciones. Torturas. Pasan cosas que no querrías ni saberlas, hermano.

—¿Ah, sí?

—No estaba en un orfanato cuando Jennifer y Todd me adoptaron. Tenía cuatro años. Estaba en un campamento de refugiados. Lo único que recuerdo es que siempre tenía hambre. Y que nadie cuidaba de mí.

—¿Dónde estaban tu mamá y tu papá de verdad?

Virtue tardó un buen rato en contestar, y el instinto advirtió a Sanjit que no debía insistirle.

Hasta que Virtue acabó diciendo:

—Vinieron y empezaron a quemar nuestro pueblo. No sé por qué. Yo no era más que un niño pequeño. Solo sé que mi madre —mi madre de verdad— me dijo que corriera y me escondiera en el arbusto.

—Vale...

—Me dijo que no saliera. Ni mirara. Me dijo: «Escóndete. Y cierra bien los ojos. Y tápate las orejas».

—Pero no lo hiciste...

—No... —susurró Virtue.

—¿Qué viste?

—Yo... —Virtue respiró hondo, estremeciéndose, y con una voz forzada, artificial, añadió—: ¿Sabes qué? No te lo puedo contar. No puedo describirlo con palabras. No quiero que esas palabras salgan de mi boca.

Sanjit lo miró fijamente. Se sentía como si mirara a un extraño. Virtue nunca le había hablado de su primera infancia. Sanjit se reprochó interiormente ser tan egocéntrico; nunca se lo había preguntado.

—Veo ese fuego y es que tiene muy mala pinta, Sanjit. Tiene toda la pinta de que está a punto de pasar otra vez.

Taylor se encontró a Edilio con Orc, Howard, Ellen y unos pocos más. Se estaban retirando de lo peor del incendio.

Se oían gritos de voces lastimeras procedentes de los pisos superiores de una

casa que ardía como una cerilla. Taylor vio que Edilio apretaba las manos contra los oídos.

Taylor le agarró la mano y se la apartó.

—¡Hay chavales en esa casa!

—¿Ah, sí? —le espetó Edilio, muy agresivo—. ¿Tú crees?

Era tan impropio de Edilio que Taylor se quedó perpleja. Los otros la miraban como si fuera idiota. Todos oían los gritos.

—Yo puedo hacerlo —afirmó Taylor—. Puedo entrar y salir antes de que me alcance el fuego.

La mirada furiosa de Edilio se suavizó solo un poco.

—Eres una chica valiente, Taylor. Pero ¿qué vas a hacer? Puedes saltar, pero no puedes traerte a nadie.

Taylor miró la casa. Se encontraba a media manzana, pero ya a esa distancia emitía el calor propio de un horno industrial.

—Igual puedo... —balbució.

—Lo que está pasando allí no puedes pararlo. Y no querrás saltar hasta allí solo para verlo. Créeme —le advirtió Edilio—. No querrás verlo.

Los gritos no volvieron a oírse. Pocos minutos después, el tejado se hundió hacia dentro.

—El fuego se está extendiendo sin control. Deberíamos intentar hacer un cortafuegos —propuso Ellen.

—¿Un qué? —preguntó Edilio.

—Un cortafuegos. Es lo que hacen en los incendios forestales. Derriban los árboles que están en el camino del fuego. Así evitan que se desplace de árbol en árbol.

—¿Hablas de derribar casas? —preguntó Howard—. Hablas de que Orc

derribe casas. Eso te va a costar...

—Cállate, Howard —le interrumpió Orc. No enfadado, sino decidido.

Howard se encogió de hombros.

—Vale, tiarrón, si te quieres poner en plan altruista...

—Lo que sea —dijo Orc.

Dekka se topó con Edilio. Chocó con él. Era evidente que el humo la tenía medio ciega.

—¡Dekka! —exclamó Edilio—. ¿Has visto a Sam?

Dekka intentó responderle, ahogándose, tosiendo, y al final meneó la cabeza.

—Vale. Ven con nosotros. El fuego sigue extendiéndose.

—¿Qué estás...? —logró preguntar la chica.

—Vamos a hacer un cortafuegos —explicó Edilio—. El fuego va saltando de casa en casa. Vamos a derribar algunas casas y a apartarlas.

—Llama a Jack también. —Dekka consiguió decir todas las palabras y reprimir un poco la tos convulsiva que vino a continuación.

—Buena idea —dijo Edilio—. ¿Taylor?

Taylor desapareció.

—Vamos, chicos. —Edilio intentó animar a su grupo enfermo y desanimado—. Puede que aún podamos salvar a buena parte de la ciudad.

El chico empezó a avanzar y los demás lo siguieron.

¿Dónde estaba Sam? Normalmente Sam sería el líder del grupo. Sería Sam quien daría órdenes.

¿Estaba bien Sam? ¿Había atrapado a Zil? ¿Había hecho lo que amenazaba con hacer? ¿Había matado a Zil?

Edilio aún oía los ecos de los gritos de la casa en llamas. Sabía que los oiría en sueños durante mucho tiempo. No sentiría mucha lástima por Zil si Sam había cumplido con su amenaza.

Pero, incluso ahora, Edilio no se hacía a la idea. Le parecía otro síntoma más de un mundo que se había vuelto loco.

Taylor saltó de vuelta cuando llegaron a Sheridan Avenue.

Había humo por todas partes. El fuego se estaba extendiendo por los patios traseros desde Sherman hasta el lado occidental de Sheridan.

—Jack está de camino. Brisa ha intentado levantarse pero ha dado como tres pasos y se ha doblado en dos.

—¿Está bien? —preguntó Dekka.

—La gripe y la supervelocidad no se llevan muy bien, me parece —señaló Taylor—. Pero sobrevivirá.

Edilio intentó averiguar por donde iban. El fuego rugía hacia el oeste. No había un viento normal, nunca lo había en la ERA, pero parecía como si el fuego creara su propio viento. Emanaba calor como un soplete. Sin duda el fuego seguiría a ese viento.

—Viene por aquí —señaló Ellen.

—Sí.

Los fuegos de Sherman recorrían las siluetas de la hilera de casas en el lado occidental de Sheridan.

De repente, de una espiral de humo surgió un niño que tiraba de otro mayor que iba tras él.

—Oye, hombrecito —le dijo Edilio—. Salte de ahí.

Entonces reconoció al niño. Era Justin. Mary le había pedido que echara un vistazo a Justin. Y a Roger. Roger estaba mal, no podía hablar ni abrir siquiera los ojos.

—No intentes hablar —le indicó Edilio—. Justin: ve a la plaza, ¿vale? Id los dos. Lana estará allí, probablemente. Ve con ella o con Dahra Baidoo, ¿vale? ¡Ahora! ¡Salid de aquí!

Los dos chavales cubiertos de hollín se marcharon, tosiendo, tambaleándose. Justin aún tiraba de Roger.

—No creo que podamos salvar las casas de ese lado —señaló Ellen—. Pero aquí la calle es bastante ancha. Y si logramos derribar las casas del este, y apartarlas, igual bastará.

Jack se acercó bajando por la calle, tan perplejo como cauto.

—Gracias por venir, Jack —dijo Edilio.

Jack miró mal a Taylor, que sonrió tontamente. Algo había ocurrido entre ellos, pero no era el momento de preocuparse por eso. Taylor había convencido a Jack, y eso era lo único que Edilio necesitaba saber.

—Vale —empezó Edilio—, vamos a derribar esa casa. Taylor, mira dentro. Dekka, creo que primero tendrás que debilitarla un poco. Luego Orc y Jack se pueden poner con ella.

Orc y Jack se repasaron mutuamente. Orc disfrutaba de su fuerza, a Jack casi le avergonzaba. Pero eso no significaba que estuviera dispuesto a que Orc le hiciera quedar mal.

—Tú pillá el lado izquierdo —indicó Orc.

Taylor volvió a saltar.

—No hay nadie en la casa. He mirado en todas las habitaciones.

Dekka alzó mucho las manos. Edilio se preguntaba si al estar enferma se habrían debilitado sus poderes. Pero los muebles del porche se alzaron, ingravidos, y chocaron contra el alero del tejado. Una bicicleta que hacía tiempo que nadie utilizaba salió flotando por los aires.

La casa gruñó y crujió. La tierra y la basura se alzaron en una especie de lluvia inversa a cámara lenta.

Entonces, de repente, Dekka dejó caer las manos. Todo, la bicicleta, los muebles y la basura, se estampó contra la tierra. La casa se quejó estruendosamente. Una parte del tejado se vino abajo.

En ese momento, Orc y Jack intervinieron.

Orc atravesó con el puño una pared que casi hacía esquina. Enganchó el brazo y tiró de las vigas maestras. Le costó mucho, tuvo que presionar, pero de repente la esquina cedió. El revestimiento exterior se desprendió, unos postes de madera se resquebrajaron y sobresalieron como los huesos en una fractura múltiple. La esquina de la casa se combó.

Jack arrancó una farola de su base de cemento, se la entregó a Orc y luego agarró otra para él. En cuanto la casa quedó reducida a palos, bloques, tablas y tuberías rotas Dekka levantó el revoltijo entero del suelo.

A continuación vino una especie de danza torpe y peligrosa. Orc y Jack utilizaron las farolas largas para barrer los restos ingrátidos de la calle. Pero no era fácil, porque Dekka no dejaba de modificar la gravedad para que no salieran volando por el cielo, y Orc y Jack tenían que adaptarse a los niveles de gravedad variables por los que a veces las farolas casi no pesaban, y otras recuperaban totalmente su peso.

Acabaron barriendo la casa abollada y destrozada hasta los aparcamientos detrás de los edificios que daban a San Pablo y la plaza de la ciudad. Estaban aún terminando con la primera casa cuando el fuego saltó hasta la que les quedaba al oeste. Pero al menos ahora aún cabía la posibilidad de evitar que atravesara Sheridan.

Se pasaron toda la mañana trabajando. Cargaron y descargaron tres manzanas de Sheridan, derribando las casas que más peligraban. Edilio y Howard registraron cada casa, sacaron a los chavales apartándolos del peligro, y corrieron tras Dekka, Orc y Jack, pisoteando brasas que aterrizaban en el lado oriental de la calle y sofocando hierba en llamas con tapas de cubos de basura y palas.

Todo aquel ruido de romper, rasgar y estrépito repentino se sumó a los chasquidos, crujidos y zumbidos del fuego que iba devorando el lado occidental de la calle.

Eran los ruidos que hacía Perdido Beach al morir.

VEINTIOCHO

13 HORAS, 12 MINUTOS

LA LANCHAS SE alejaba resoplando de Perdido Beach.

Ahora solo quedaban siete: Caine, Diana, Penny, Tyrell, Jasmine, Bug y Paint, cuyo apodo significaba «pintura» y se debía a que olisqueaba pintura de un calcetín. Siempre tenía la boca del color de la pintura que se hubiera encontrado por última vez. Caine se fijó en que en ese momento estaba roja. Como si Paint se hubiera vuelto vampiro.

De los siete, solo dos tenían poderes útiles: Penny y Bug. Diana aún tenía la habilidad de medir poderes con precisión, pero eso ¿para qué servía?

Los otros tres estaban allí porque tuvieron la suerte de no encontrarse en la Zodiac. Aunque igual fue mala suerte: la gente de Sam debía de estar alimentando a los que se habían caído en el puerto deportivo.

—¿Dónde vamos, tío? —preguntó Paint como por décima vez desde que salieron.

—A la isla de Bug —explicó Caine. Se sentía paciente. Había llegado hasta allí, había demostrado que aún podía hacer daño a Sam, que aún podía ejecutar un plan. Aunque estaba débil, había logrado trasladarse junto con sus seguidores desde Coates pasando por el corazón mismo del territorio enemigo.

El motor resoplaba de un modo tranquilizador. La caña del timón vibraba en la mano de Caine. Le recordaba al mundo antiguo repleto de máquinas y aparatos

electrónicos y comida.

El bote iba atestado. No era una gran embarcación, sino una lancha baja, de poco calado y de fondo plano, chata. De fibra de vidrio blanca sucia. O quizás de aluminio. A Caine no le importaba.

Había tres chalecos salvavidas en la barca, solo tres. Tyrell, Bug y Penny los llevaban puestos, atados con mayor o menor eficacia. Era un bote salvavidas repleto de refugiados hambrientos.

Diana no se había puesto el chaleco. Caine sabía por qué. Ya no le importaba vivir. Llevaba horas sin hablar.

Era como si Diana se hubiera acabado rindiendo. Caine ya podía mirarla sin tener que fingir que no lo hacía. Ya no iba a replicarle con algún comentario malvado y divertido al mismo tiempo.

Eran los restos de Diana. Era lo que quedaba si le quitabas la belleza, el ingenio y la dureza. Un esqueleto de pelo reseco, tembloroso, huraño y cetrino.

—Veo más de una isla —comentó Penny.

—Sí —dijo Caine.

—¿Cuál es?

No era el momento de reconocer que no lo sabía. Ni el de reconocer que si se equivocaban y se bajaban en otra isla, probablemente morirían en ella. Ninguno de ellos tenía fuerzas suficientes para ir saltando de isla en isla.

—¿Hay comida allí? —preguntó Tyrell, esperanzado.

—Sí —contestó Caine.

—Es de esa gente rica, de esos actores —explicó Bug. Su voz iba acompañada de la débil sombra de un chico sentado en la proa.

—¿Y hay gasolina suficiente para llegar hasta allí? —preguntó Tyrell.

—Supongo que ya lo averiguaremos —respondió Caine.

—¿Y si se acaba? —preguntó Paint—. Quiero decir, ¿qué hacemos si se acaba la gasolina?

Caine ya se había cansado de hacer de líder seguro de sí mismo.

—Iremos flotando sin poder hacer nada y moriremos aquí en el profundo mar azul —replicó.

Eso los hizo callar a todos. Todos sabían lo que ocurriría antes de que se dejaran morir de hambre en el mar, sin escapatoria posible.

—Lo has visto —le dijo Diana a Caine. Ni siquiera tenía energía suficiente para mirarlo.

Podía mentirle, pero ¿para qué?

—Sí —respondió Caine—. Lo he visto.

—No está muerto... —dijo Diana.

—Parece que no.

Le desagradaba profundamente la idea de que Drake pudiera estar vivo. No solo porque Drake culparía a Caine de su muerte. No solo porque Drake nunca lo perdonaría, nunca lo olvidaría, nunca se detendría.

Caine detestaba la idea de un Drake vivo porque realmente esperaba que al menos esa muerte fuera real. Podía afrontar morir, si era necesario. Pero no podía afrontar morir y volver a vivir.

Jasmine se levantó, temblando.

Caine la miró con indiferencia, pero esperando que no hiciera volcar la lancha.

Sin mediar palabra, Jasmine se echó al agua y salpicó al caer.

—Eh... —dijo Diana lánguidamente.

Caine mantuvo la mano en la caña del timón. Jasmine no salía. El agua agitada dibujó una marca como de blonda blanca en el punto donde la chica se

hundió encantada en las profundidades.

Caine pensó, apático, que ahora eran seis.

Hank estaba muerto.

Antoine había desaparecido, se había perdido entre toda aquella locura, y puede que también estuviera muerto, porque su herida era muy grave.

Zil estaba sentado y temblaba. Estaba en casa, en su maldito complejo, con la estúpida de su noviecita, Lisa, mirándolo como una vaca, y con el estúpido de Turk murmurando en una esquina, intentando inventarse alguna explicación según la cual todo lo que estaba pasando era en realidad algo bueno.

Zil estaba seguro de que Sam iría a por él. Sam iría tras él. Los raros triunfarían. Si había conseguido cargarse a Hank y puede que a Antoine también, ay, Dios mío, entonces solo era cuestión de tiempo.

Si hubiera sido Zil quien disparara, Caine lo habría arrojado al agua. Caine se lo habría cargado tan fácilmente como se había cargado a Hank. ¡A él, al Líder!

Ese no era el plan. Se suponía que Zil iba a aprovechar la confusión del incendio para reunir a tantos normales como pudiera y apoderarse del ayuntamiento. Hacer prisionera a Astrid, cogerla de rehén para que Sam no...

Un plan estúpido, el plan de Caine. ¿Cómo iba a conseguir reunir a los chavales con todo aquel caos? Entre todo el humo y el pánico y la confusión, con Sam disparando a Antoine y luego a Hank.

Qué estupidez, qué estupidez, qué estupidez.

Y luego, atacar a Caine para hacerle quedar bien. Qué estupidez, también. No podía enfrentarse directamente a los raros.

Zil aún veía la mirada de Hank cuando salió disparado por los aires. El grito que salió de su garganta cuando descendió a toda velocidad. El tiempo que parecía haberse expandido mientras esperaban que Hank saliera, sabiendo que no lo haría.

Sabiendo que no había manera de sobrevivir a esa caída.

Lance dijo que era como saltar desde un edificio hasta un cuenco de esos de cereales lleno de agua. Hank estaba sumergido en el barro submarino. Y podría haber sido Zil. Podría haber sido él quien acabara con la cabeza enterrada en el barro húmedo, puede que aún vivo, pero solo durante el tiempo suficiente para intentar tomar aliento y...

—Lo bueno es que ahora los chavales nos creerán del todo —estaba diciendo Turk mientras se mordía las uñas.

—¿Qué? —replicó Zil.

—Ahora que Caine se ha cargado a Hank —le explicó Turk—. Quiero decir, que nadie se va a creer que teníamos un trato con Caine.

Zil asintió, ausente.

—Es verdad —intervino Lance. No llegó a sonreír, pero casi.

Y durante un segundo Zil vio algo distinto en Lance. Algo que no cuadraba con su cara bonita y su actitud guay.

—Igual deberíamos pararlo y ya.

Era Lisa. Zil estaba sorprendido de oír el sonido de su voz. Normalmente no decía nada. Se pasaba la mayor parte del tiempo ahí sentada como un peso muerto. Como una vaca estúpida. La mayor parte del tiempo Zil la odiaba, y ahora la odiaba un montón, porque ella veía la verdad... Que Zil había perdido.

—¿Parar el qué? —preguntó Lance. Estaba claro que tampoco le gustaba Lisa. Zil estaba seguro de una cosa: Lisa no era lo bastante guapa como para que Lance se interesara por ella. No, sencillamente era lo mejor que Zil podía conseguir. Al menos por ahora.

—Quiero decir... —empezó Lisa, pero terminó encogiéndose de hombros y volvió a quedarse callada.

—Lo que tenemos que hacer —continuó Turk— es seguir diciendo a la gente que todo ha sido obra de Caine. Seguir diciendo a la gente que Caine ha quemado la ciudad.

—Sí —dijo Zil, pero sin convicción. Dejó caer la cabeza y miró hacia el suelo, hacia la alfombra sucia y raída—. Los raros...

—Eso —afirmó Turk.

—Han sido los raros —insistió Lance—. Quiero decir, que sí. ¿Quién no has empujado a esto? Caine.

—Exacto —dijo Turk.

—Necesitamos a unos cuantos más, eso es todo —resumió Lance—. Quiero decir, que Antoine era básicamente un drogata estúpido. Pero Hank...

Zil levantó la cabeza. Quizás aún había esperanza. Y asintió mirando a Lance.

—Sí. Eso es. Necesitamos más chavales.

—Si los chavales saben que intentamos parar a Caine, conseguiremos muchos más —sugirió Turk.

Lance sonrió débilmente.

—Hemos intentado parar a Caine quemando la ciudad.

—Hank ha muerto al intentarlo —repuso Zil.

Ya lo había dicho. Y sabía que Turk ya empezaba a creérselo. De hecho, él mismo también empezaba a creérselo.

—Lance, los chavales te escucharán. Turk y tú, vosotros dos, y tú también, Lisa. Salid. Haced correr la voz.

Nadie se movió.

—Tenéis que hacer lo que os digo. —Zil intentaba mostrarse fuerte, como si no se lo estuviera pidiendo—. Soy el Líder.

—Sí —le concedió Turk—. Solo que... quiero decir, que puede que los chavales no nos crean.

—¿Tenéis miedo? —les preguntó Zil.

—Yo no —respondió Lisa—. Lo haré. Iré por ahí contando la verdad a nuestros amigos.

Zil la miró con desconfianza. ¿Por qué se mostraba valiente tan de repente?

—Guay, Lisa —le dijo—. Quiero decir, que eso sería heroico.

Lance suspiró.

—Supongo que si ella puede hacerlo, yo también.

Solo Turk se mantuvo sentado, mirando de reojo a Zil.

—Mejor que alguien se quede aquí para protegerte, Líder.

Zil se rio amargamente.

—Ya, si viene Sam seguro que tú lo pararás, Turk.

—Es la tribulación —afirmó Nerezza.

Orsay no dijo nada. Había oído esa palabra antes. ¿La había llegado a utilizar ella misma?

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, Nerezza se explicó:

—Tribulación. Una época problemática. Cuando la gente busca un profeta para que les diga qué hacer. Profetizaste que todo esto ocurriría.

—¿Eso hice? No me acuerdo. —Su memoria era como un desván abarrotado de juguetes rotos y muebles estropeados. Cada vez le costaba más saber dónde estaba. O en qué momento. Y había dejado de preguntarse el porqué.

Se encontraban en el límite de la zona quemada, en plena Sheridan. La destrucción resultaba terrible y espeluznante a la luz de la mañana. Seguía saliendo humo de una docena de casas o más. Aún se veían llamaradas por aquí y

por allá, asomándose por las ventanas carbonizadas.

Algunas casas permanecían intactas, rodeadas de devastación, como si se hubieran salvado por intervención divina. Otras solo estaban medio quemadas. Y varias destruidas, pero los exteriores parecían casi intactos, sin contar las manchas de hollín en torno a las ventanas ennegrecidas.

A una casa cercana solo le faltaba el tejado, quemado y caído. El revestimiento pintado de un verde alegre apenas estaba manchado de hollín, pero la parte superior de la casa había desaparecido, y de ahí solo asomaban unos pocos postes ennegrecidos apuntando hacia el cielo. Mirando hacia las ventanas Orsay veía lo que quedaba de las tejas y vigas, revuelto y negro. Como si alguien hubiera arrancado el tejado y usado la casa de cubo de la basura para arrojar las cenizas.

Al otro lado de la calle se veía un tipo distinto de devastación. Parecía como si un tornado hubiera atravesado y empujado las casas de una calle entera, arrancándolas de sus cimientos.

—No sé qué hacer —se lamentó Orsay—. ¿Cómo voy a decírselo a los demás?

—Es un castigo divino —afirmó Nerezza—. Ya lo ves. Todo el mundo lo ve. Es un castigo divino. Una tribulación enviada para recordar a la gente que no lo está haciendo bien.

—Pero...

—¿Qué te han dicho los sueños, profetisa?

Orsay sabía lo que le habían dicho sus sueños. Los sueños de todos los de fuera, de todos aquellos que veían a una chica llamada Orsay paseándose por sus mentes dormidas. La chica que daba mensajes a sus hijos y a cambio mostraba a los padres unas visiones extraordinarias de la vida en la ERA. Visiones de sus hijos atrapados y ardiendo.

Atrapados y muriendo.

Sí, los sueños de todas esas buenas personas eran angustiosos, al saber lo que estaba ocurriendo dentro. Y estaban muy frustrados, porque sabían —esas buenas personas, esos adultos, esos padres— que sí había una salida para sus hijos aterrorizados.

Los sueños se lo habían mostrado. Le habían mostrado que Francis salió sano y salvo después de hacer puf, y fue recibido con lágrimas de gratitud por sus padres.

Eso alegró a Orsay. Hacer puf al llegar a los quince años te liberaba de la ERA. Ella misma estaba deseando hacerlo. Escapar, cuando llegara la hora.

Pero últimamente veía imágenes distintas. Imágenes que no le llegaban cuando estaba en la pared de la ERA, ni siquiera cuando estaba dormida. No eran exactamente sueños. Eran visiones. Revelaciones. Se le metían tras otros pensamientos. Como unos ladrones que se colaran en su cerebro.

Le parecía que ya no controlaba lo que ocurría dentro de su cabeza. Como si hubiera dejado una puerta abierta y ya no pudiera retener el aluvión de sueños, visiones e imágenes mentales vagas y terribles.

Esas nuevas visiones le mostraban no solo a los que habían escapado de la ERA al alcanzar la edad mágica. Esas nuevas imágenes eran de niños que habían muerto. Y que, no obstante, ahora abrazaban fuerte a sus madres en el exterior.

Había visto imágenes de los fallecidos la noche anterior durante el fuego. El dolor seguido de la muerte, seguido de la huida hacia los brazos amorosos de sus padres.

Incluso de Hank. Del padre de Hank, que no estaba allí, esperando en la Cúpula, sino que se lo notificó la Patrulla de Carretera de California. Lo llamaron por teléfono. Lo encontraron en la bolera de Irvine donde estaba bebiendo cerveza de barril y flirteando con la camarera. Tuvo que taparse un oído para poder oír por encima del ruido de las bolas rodantes y los bolos que chocaban.

—¿Qué?

—Su hijo, Hank, ¡ha salido! —le explicó la policía.

Orsay vio las imágenes, supo lo que significaban y se sintió fatal al saberlo.

—¿Qué te dicen los sueños, profetisa? —la presionó Nerezza.

Pero Orsay no podía decírselo. No podía decirle que la muerte en sí, no solo el puf, no solo el gran salto, era el modo de huir.

Ay, Dios mío. Si se lo decía a la gente...

—Dímelo —le insistió Nerezza—. Sé que tus poderes están aumentando. Sé que ves más que nunca.

El rostro de Nerezza estaba próximo al de Orsay. Los brazos de las chicas chocaban. Nerezza presionaba a Orsay con todas sus fuerzas. Orsay sentía esa fuerza, esa necesidad, esa hambre, empujándola.

—Nada... —susurró Orsay.

Nerezza se apartó, y esbozó una mueca durante un instante, como un animal. Fulminó a Orsay con la mirada hasta que se esforzó por suavizar la expresión.

—Tú eres la profetisa, Orsay —le dijo.

—No me encuentro bien —se quejó Orsay—. Quiero irme a casa.

—Los sueños no te dejan dormir bien, ¿verdad? Sí, deberías volver a la cama...

—No quiero soñar nunca más —se lamentó Orsay.

VEINTINUEVE

11 HORAS, 24 MINUTOS

HUNTER TENÍA SEIS pájaros en la bolsa. Había tres cuervos, que no eran mucha carne. Otro era un búho. Los búhos estaban bastante malos, pero tenían más carne. También había dos pájaros de plumas coloridas, que estaban jugosos. Hunter no sabía cómo se llamaban, pero siempre los buscaba porque eran sabrosos y Albert se pondría contento al conseguir unos cuantos.

Hunter se encontraba en el extremo más alejado de la cordillera, al norte de la ciudad, cargando el saco de pájaros muertos. Era un trabajo duro. Los llevaba colgando de un hombro en una bolsa que las madres utilizaban para transportar a los bebés.

Hunter llevaba también una mochila con su saco de dormir, su cazo, su taza, un par de calcetines y un cuchillo extra. A veces los cuchillos se partían, aunque el cuchillo que llevaba en el cinturón hacía ya tiempo que le duraba.

Hunter seguía la pista de dos ciervos. Llevaba siguiéndolos toda la noche. Si los atrapaba, los mataría. Y luego usaría el cuchillo y los limpiaría como había aprendido a hacer, sacándoles las tripas. No podría cargar con los dos ciervos al mismo tiempo. Tendría que destripar uno y colgarlo de un árbol, y volver a buscarlo más tarde.

Hunter olfateó el aire. Había descubierto que realmente podía oler a los animales cuando cazaba. Los ciervos tenían un olor particular, y también los mapaches y las zarigüeyas. Se puso a olfatear, pero lo que le llegó entonces fue el olor del fuego.

Hunter arrugó la frente, concentrándose. ¿Había acampado hacía poco cerca de ese lugar? ¿O había alguien más allá arriba encendiendo fogatas?

Hunter se encontraba en una hendidura profunda, con árboles oscuros que lo rodeaban por encima de su cabeza. Dudó. El olor del fuego no se correspondía con el de una fogata. No era solo de madera y arbustos quemándose.

Entonces un ciervo grande con una buena cornamenta salió de la nada, pillándole desprevenido. El ciervo no lo vio. Corría, no asustado sino a un ritmo regular, saltando ágilmente por encima de troncos caídos y sorteando los espinos más gruesos.

Hunter apuntó al ciervo con ambas manos. Pero no salió luz. No se vio ni oyó nada en absoluto.

El ciervo dio dos pasos más y cayó hacia delante.

Hunter corrió hacia él. El ciervo estaba herido, pero no había muerto.

—No te preocupes —susurró Hunter—. No te dolerá.

Extendió la mano hacia la cabeza del ciervo. Los ojos del animal se volvieron lechosos. Y dejó de respirar.

Hunter se quitó la mochila y la bolsa con los pájaros y sacó el cuchillo. Estaba emocionado. Era el ciervo más grande que había cazado en la vida. No podría transportarlo entero. Tendría que cortarlo a trozos. Le iba a costar muchísimo.

Dio un sorbo largo a su cantimplora y se sentó, contemplando el trabajo que le esperaba.

Hunter llevaba un tiempo sin dormir, a la caza de los otros dos ciervos. Le había entrado sueño. Y ya no tenía necesidad de continuar. Entre los pájaros y ese ciervo le esperaban dos días de cortar y cargar solo para llevarlo todo a la ciudad.

Había unas cuevas poco profundas no muy lejos de donde se encontraba, pero en algunas había serpientes voladoras. Era mejor no acercarse a ellas. Mejor mantenerse al aire libre.

Hunter apoyó la cabeza sobre un tronco blando y podrido y se quedó

dormido al instante.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormido, no tenía reloj, pero el sol estaba por encima de su cabeza cuando se despertó al oír un movimiento torpe. Alguien intentaba acercarse a hurtadillas y no se le daba nada bien.

—Hola, Sam —dijo Hunter.

Sam se quedó parado.

Hunter se incorporó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sam miró a su alrededor como si buscara una respuesta. A Hunter le pareció raro. No tenía el aspecto habitual de Sam, era el aspecto que en ocasiones tenían los animales cuando Hunter los acorralaba y sabían que era el fin.

—Yo... esto... mmm... pasear.

—¿Estás huyendo? —le preguntó Hunter.

Sam pareció sobresaltarse.

—No.

—Huelo a fuego.

—Sí. Ha habido un incendio. En la ciudad. Así que... ¿eso es un ciervo?

A Hunter le pareció una pregunta estúpida.

—Sí.

—Me estaba entrando hambre —reconoció Sam.

Hunter esbozó su sonrisa torcida. La mitad de su boca no se movía como debería.

—Puedo cocinar un pájaro. Pero tengo que dar el ciervo a Albert.

—Un poco de pájaro sería estupendo —dijo Sam.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre el lecho de hojas de pino. Estaba herido. Tenía sangre en la camisa y los movimientos de sus hombros eran rígidos.

—Lo puedo cocinar con las manos. Pero sabe mejor si lo cocino al fuego.

Hunter recopiló algunas hojas secas, ramitas y un par de trozos grandes de madera. No tardó en encender un fuego. Limpió uno de los pájaros coloridos, le quemó las plumas suaves y lo cortó a trocitos. Entonces lo ensartó en una percha de alambre que llevaba en la mochila y lo apoyó sobre los carbones en el borde del fuego.

Repartió la carne escrupulosamente. Sam se la comió con ganas.

—No vives mal aquí —señaló.

—Excepto cuando hay mosquitos. O pulgas —comentó Hunter.

—Sí, bueno, todo el mundo tiene pulgas desde que la mayoría de los perros y gatos han... eh... desaparecido.

Hunter asintió, y añadió:

—No puedo hablar mucho.

Como Sam parecía perplejo, se explicó.

—A veces la cabeza no quiere darme las palabras.

Lana lo curó tan bien como pudo, pero el cráneo no volvió a crecer bien. Le arregló lo bastante el cerebro como para no mearse en los pantalones, como le pasó durante un tiempo tras la paliza. Y cuando hablaba se le entendía casi todo. Pero Lana no consiguió que volviera a ser totalmente normal.

—No pasa nada —dijo Hunter, sin darse cuenta de que no había dicho ninguna de las cosas anteriores en voz alta—. Solo que ahora soy distinto.

—Eres importante —señaló Sam—. Cazando mantienes vivos a los chavales. ¿Te llegan a molestar los coyotes?

Hunter meneó la cabeza y tragó un poquito más de carne de pájaro.

—Hicimos un trato. No voy donde cazan. Y no cazo coyotes. Así que no me molestan.

Los dos pasaron un rato sin decir nada. El fuego se iba apagando. Se acabaron el pájaro. Hunter arrojó tierra sobre el fuego, sofocándolo.

—Igual podría cazar contigo —propuso Sam, y levantó la mano—. Puedo cazar también, supongo.

Hunter frunció el ceño, confundido.

—Pero tú eres Sam y yo soy Hunter.

—Podrías enseñarme lo que sabes —sugirió Sam—. Ya sabes, sobre los animales. Y sobre cómo encontrarlos. Y cómo cortarlos y todo eso.

Hunter lo pensó un poco, pero la idea se le fue de la cabeza. Y entonces se dio cuenta de que se había olvidado de qué estaba hablando Sam.

—Si vuelvo voy a hacer cosas... —empezó Sam, bajando la vista hacia las cenizas del fuego casi extinguido.

—Se te da bien hacer cosas —señaló Hunter.

Sam parecía enfadado, pero acto seguido suavizó el rostro hasta parecer triste.

—Sí. Lo que pasa es que no quiero hacer esas cosas.

—Yo soy Hunter, el «cazador», así que cazo.

—Yo en realidad me llamo Samuel. Era un profeta de la Biblia.

Hunter no sabía lo que quería decir «profeta». Ni «Biblia».

—Era el tío que eligió al primer rey de Israel.

Hunter asintió, desconcertado.

—¿Tú crees en Dios, Hunter? —preguntó Sam.

A Hunter le sobrevino el sentimiento de culpa y dejó caer la cabeza.

—Casi mato a esos chicos.

—¿A qué chicos?

—A Zil. Y a sus amigos. Los que me hicieron daño. Estaba cazando una gama, y los he visto. Y podría haber...

—Podrías haberlos matado.

Hunter asintió.

—Si te digo la verdad, Hunter, ojalá lo hubieras hecho.

—Soy cazador —dijo Hunter, y sonrió porque de repente le pareció divertido—. No asesino de chicos. —Se rio. Era una broma.

Sam no se rio. De hecho, parecía que quisiera echarse a llorar.

—¿Conoces a Drake, Hunter?

—No.

—Es un chico con una especie de serpiente por brazo. Una serpiente. O un látigo. Así que en realidad no es un chico. Así que si lo ves, igual podrías cazarlo.

—Vale —dijo Hunter, poco convencido.

Sam se mordió el labio. Parecía que quería decir algo más. Se levantó, sacudiendo las rodillas porque llevaba mucho rato sentado.

—Gracias por la carne, Hunter.

Hunter lo observó al marcharse. ¿Un chico con brazo de serpiente? No. No había visto nada parecido. Vaya cosa. Eso sería aún más raro que las serpientes que había visto en las cuevas. Las que tenían alas.

Entonces Hunter se acordó. Se levantó la manga para examinar el punto en que la serpiente le había escupido. Le hacía daño. Había una pequeña llaga, un agujerito. En el agujero se había formado una costra, como en muchas de las otras rascadas que Hunter se había hecho al abrirse paso entre los arbustos.

Pero cuando miró la costra Hunter se inquietó al ver que era de un color raro. No rojiza como la mayoría de las costras. Esta era verde.

Volvió a bajarse la manga. Y se olvidó otra vez del tema.

Sanjit se encontraba en el borde del precipicio. Los prismáticos no mostraban muchos detalles. Pero no costaba ver la columna de humo. Era como un signo de exclamación enorme, retorcido, sobre Perdido Beach.

Inclinó los prismáticos hacia arriba. En lo alto del cielo, el humo parecía extenderse horizontalmente. Como si se encontrara con un techo de cristal. Pero tenía que ser una ilusión...

Los volvió hacia su derecha y se centró en el yate. Lo recorrió de la proa a la popa. Hasta el helicóptero.

Choo estaba intentando hacer volar una cometa para Pixie. Pero la cometa no acababa de despegar. Nunca lo hacía, pero Pixie no perdía la esperanza y Choo no dejaba de intentarlo. Porque Sanjit pensaba que, a diferencia de él mismo, por muy gruñón que se pusiera Virtue, era buena persona.

Peace estaba dentro, vigilando a Bowie. La fiebre había dejado de subir. Pero Sanjit sabía que no debía creerse que fuera una mejora permanente. Llevaba tiempo así, subiendo y bajando.

Sanjit miró el helicóptero. Ni de coña podría pilotarlo. Tendría que convencer a Choo de que no podría. Porque si Sanjit intentaba hacer volar el helicóptero se matarían todos.

Y si no lo hacía, igual Bowie moriría.

Estaba demasiado inmerso en sus pensamientos oscuros para darse cuenta de que Virtue se acercaba corriendo hacia él.

—Oye, que viene una lancha.

—¿Qué?

Virtue señaló el mar.

—Por ahí.

—¿Qué? No se ve nada.

Virtue puso los ojos en blanco.

—¿De verdad que no ves eso?

—Oye, que yo no me crié rastreando la sabana en busca de leones.

—Leones. Sí, eso es. Eso es lo que me he pasado la mayor parte de la vida haciendo: buscar leones.

A Sanjit casi le pareció ver algo que podía ser una lancha. Orientó los prismáticos, pero tardó un rato en distinguir la barca y la encontró al localizar primero su estela.

—¡Es una lancha!

—No te llaman Wisdom porque sí —dijo Virtue muy seco.

—Hay gente dentro —indicó Sanjit. Y le pasó los prismáticos a Virtue.

—Debe de haber una media docena de personas —describió Virtue—. No los veo muy bien. Ni siquiera sé si vienen en esta dirección. Puede que se dirijan hacia una de las otras islas. O igual solo están pescando.

—¿Se quema la ciudad y de repente tenemos una lancha llena de gente de camino hacia aquí? —Sanjit se mostró escéptico—. Apuesto a que no están pescando.

—Escapan de Perdido Beach —reconoció Virtue—. Huyen de algo.

—Del fuego.

Pero Virtue meneó la cabeza, acongojado.

—No, hermano. Piensa. Hay un incendio, ¿así que te subes a una lancha y te vas a una isla? No. Te vas donde no haya fuego. Por ejemplo a la ciudad de al lado.

Sanjit se quedó callado. Estaba un poco avergonzado. Resultaba evidente al pensar un poco. Choo tenía razón. Fuera lo que fuera lo que hacían en aquella lancha no se trataba de alejarse del fuego.

—¿Qué hacemos si vienen aquí? —preguntó Virtue.

Sanjit no tenía una respuesta fácil, y respondió con evasivas.

—Les costará desembarcar. Aunque no haya olas no conseguirán bajarse de la barca y subir por los acantilados.

—Si no les ayudamos... —señaló Virtue.

—Lo que harán es dar la vuelta e intentar subir por el yate. Si siguen la dirección correcta, darán la vuelta y lo verán. Y es muy posible que terminen ahogándose si hacen eso. Aplastados entre el yate y las rocas. Aunque no haya olas. El espacio es demasiado estrecho.

—Si les ayudáramos podrían conseguirlo —sugirió Virtue—. Les costará un rato llegar hasta aquí. No se trata precisamente de una lancha rápida. Y aún les queda. —Volvió a mirar a través de los prismáticos—. No sé...

—¿No sé qué?

Virtue se encogió de hombros.

—No está bien decidir que no te gusta la gente sin más, no darles ni una oportunidad.

Sanjit sintió un cosquilleo en los pelitos del cuello.

—¿Qué estás diciendo, Choo?

—No lo sé. No digo nada. Igual están bien.

—¿Tienen buena pinta?

Virtue no contestó. Sanjit se dio cuenta de que apretaba la mandíbula. Y fruncía el ceño. Y apretaba los labios, de manera que formaban una línea fina.

—¿Tienen buena pinta, Choo? —repitió Sanjit.

—Podrían ser refugiados, ¿sabes? —sugirió Virtue—. ¿Qué vamos a hacer, rechazarlos?

—Choo. Te lo estoy preguntando: ¿tienen buena pinta? Aunque parezca de locos, me fío de lo que piensas de las cosas.

—No se parecen en nada a los hombres que salieron de la jungla y entraron en nuestro pueblo —explicó Choo—. Pero dan una sensación parecida.

—¿Y dónde se supone que desembarcaremos? —preguntó Diana.

Las islas que llevaba observando lo que parecían días enteros por fin estaban a su alcance. La lancha motora se bamboleaba ante los acantilados pelados que debían de tener más de treinta metros de alto.

—Tiene que haber algo, como un muelle o algo así —sugirió Bug. Diana sabía que estaba nervioso. Si su historia sobre la isla resultaba ser una fantasía, Caine le haría desear estar muerto.

—Se nos está acabando la gasolina —señaló Tyrell—. Deben de quedar menos de cuatro litros. La oigo chapotear, ¿sabéis?

—En cualquier caso la barca no importa —dijo Caine—. O sobrevivimos aquí, o nos morimos. —Y lanzó una mirada de reptil a Bug—. Algunos antes que otros.

—¿En qué dirección vamos? —se preguntó Penny en voz alta—. ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?

—¿Alguien tiene una moneda para echarlo a suertes? —preguntó Diana.

Caine se puso en pie. Con la mano a modo de visera, miró hacia la izquierda. Y luego hacia la derecha.

—Los acantilados parecen más bajos a la derecha.

—¿No puedes utilizar tus poderes mágicos para hacernos levitar hasta lo

alto del acantilado? —preguntó Paint, y a continuación se rio nervioso. Le babeaban los labios manchados de rojo.

—Eso es lo que me estaba preguntando —respondió Caine, pensativo—. El camino es largo hasta arriba. —Bajó la vista hacia los chavales del barco. Diana sabía qué venía a continuación, y se preguntaba sin preocuparse demasiado en quién recaería el honor.

—Vamos, Paint —le dijo Caine—. Como eres prácticamente inútil, ya está bien que te toque a ti.

—¿Qué? —Paint se alarmó, pero resultó cómico. En otra ocasión, a Diana le habría dado pena. Pero se trataba de un asunto de vida o muerte que había que decidir ya mismo.

Y Caine tenía razón: Paint no contribuía con nada importante. No tenía poderes. No se le daba bien luchar. Era un memo drogata al que hacía tiempo que se le había frito lo que le quedaba de cerebro.

Caine alzó las manos y Paint salió flotando de su asiento. Era como si Caine lo estuviera levantando desde la cintura, porque los pies de Paint colgaban y pataleaban y agitaba los brazos. Su pelo castaño, largo y escaso seguía la corriente y se arremolinaba como si estuviera en un tornado lento.

—No, no, no... —protestó.

Paint flotaba por encima del agua.

—Si lo bajaras un poco sería como si caminara sobre el agua —señaló Penny.

Paint se aproximó al acantilado, todavía a pocos metros por encima del agua, y a ocho o nueve metros de la barca.

—Ya sabes, Penny —comentó Diana—, que no tiene nada de gracia. Si funciona todos subiremos de la misma manera.

Por algún motivo eso no se le había ocurrido a Penny. Diana sintió una leve satisfacción ante la manera en que el placer sádico se convirtió en preocupación en el rostro de la chica.

—Vale, ahora vamos a ganar altitud —señaló Caine. Paint comenzó a alzarse

otra vez por la pared del acantilado. Estaba casi pelado, formado por tierra dura salpicada de rocas protuberantes y unos pocos arbustos desperdigados que parecían haber elegido un punto muy precario para crecer.

Paint se alzaba. Diana contenía el aliento.

—¡No, no, no! —la voz de Paint flotaba hacia abajo, ignorada. Ya no pataleaba. Lo que ahora hacía era intentar darse la vuelta para mirar hacia el acantilado, estirar los brazos, buscar algo —cualquier cosa— a lo que agarrarse.

A mitad de camino, a la altura del quinto piso de un edificio, el ascenso de Paint se ralentizó de un modo perceptible. Caine respiró hondo. No parecía estar esforzándose físicamente. No tenía los músculos tensos, el poder que tenía no residía en los músculos. Pero adoptaba una expresión sombría, y Diana sabía que de algún modo incomprensible estaba ejercitando su poder al máximo.

Paint se alzaba, pero más despacio.

Y de repente resbaló y cayó.

Paint gritó.

Y acabó parándose a tan solo tres metros de ellos.

—Vamos a por él —ordenó Caine. Tyrell metió el fueraborda en el agua y la lancha avanzó hacia el chico que gritaba y gemía.

Caine lo dejó caer en la barca. Aterrizó bruscamente. Cayó de culo y empezó a sollozar.

—Bueno, pues no ha funcionado —señaló Diana.

Caine meneó la cabeza.

—No. Me parece que está muy lejos. Lo puedo arrojar hasta allí. Lo he hecho con coches. Pero no puedo hacerlo levitar.

Nadie sugería que arrojaran a Paint. La advertencia de Diana de que lo que funcionara se lo haría a todos los demás los mantenía callados. Diana calculó mentalmente la distancia que había recorrido Paint. Puede que veinte o veinticinco metros en total. Vale. Pues ahora sabía hasta dónde podía llegar Caine. Puede que

llegara el día en que le fuera muy bien recordarlo.

TREINTA

10 HORAS, 28 MINUTOS

SAM NO TENÍA ni idea de lo que estaba haciendo, ni por qué.

Salió huyendo de Perdido Beach cegado por el pánico. No dejaba de pensar en su acción vergonzosa, hasta tal punto que ni siquiera pensaba en el hambre.

Al ver a Drake le entró el pánico.

Se rayó.

Se le fue la olla.

Tras gorronearle una comida a Hunter, Sam se dirigió hacia la central nuclear. Fue allí donde sucedió todo.

La paliza, los latigazos fueron tan graves que cuando Brianna encontró morfina entre los suministros médicos de la central y se la pinchó, aun así, incluso después de que el efecto del calmante se extendiera por el cuerpo, el dolor resultó demasiado terrible para soportarlo.

Pero lo soportó. Y sobrevivió a las siguientes horas de pesadilla, a las alucinaciones de la morfina, a las horas que pasó tambaleándose, tropezando, con ganas de gritar.

Volvió a enfrentarse a Drake, pero fue Caine quien acabó matando al psicópata. Caine arrojó a Drake por el pozo de la mina que luego se derrumbó

sobre la cabeza de Drake. Nada podría haber sobrevivido.

Y, sin embargo, Drake estaba vivo.

Desde aquel día, Sam aguantaba porque sabía que Drake estaba muerto, enterrado bajo toneladas de piedra, muerto, desaparecido, y porque creía que nunca tendría que volver a enfrentarse a él. Eso era lo que le había permitido sobrellevarlo.

Pero si a Drake no se lo podía matar...

Si Drake era inmortal...

Entonces, ¿Drake siempre formaría parte de la vida de la ERA?

Sam estaba sentado en el borde del acantilado, a poco menos de un kilómetro de la central nuclear. Se encontró una bicicleta por el camino y fue montado en ella hasta que se reventó una rueda. Luego bajó caminando por la carretera costera serpenteante con la intención de volver a la central nuclear, a la sala donde sucedió todo. Al lugar donde Drake lo quebró.

Mientras miraba hacia el mar vacío y centelleante, Sam pensó que eso fue lo que ocurrió: Drake quebró algo en su interior. Sam intentó recomponerlo, intentó volver a ser Sam. El Sam que todos esperaban que fuera.

Astrid contribuyó a ello. Con el amor y todo eso. Sonaba muy cursi, pero el amor evitó que cayera en la desesperación. El amor y el frío consuelo de saber que Drake había muerto, mientras que Sam había sobrevivido.

Amor y venganza. Qué combinación más agradable.

Y responsabilidad, se dio cuenta de repente. Eso también le había ayudado, de un modo extraño, el saber que los chavales lo necesitaban. El saberse necesario.

Y ahora Astrid le decía que no era necesario. Y, por cierto, no tan querido. ¿Y el consuelo de pensar que el cuerpo roto de Drake yacía bajo tierra? También se había esfumado.

Sam se quitó la camisa. La herida del hombro no parecía gran cosa. Cuando hurgó con el dedo sintió algo duro y redondo justo debajo de la piel.

Apretó la herida con los dedos, estremeciéndose de dolor, apretó un poco más y salió la bola de plomo junto con un poquito de sangre.

Sam miró la bola. Era el perdigón de una escopeta, un perdigón pequeño. Lo arrojó al suelo. Le habría ido bien una tirita, pero tendría que contentarse con lavar la herida.

Empezó a bajar por el acantilado, pues sentía la necesidad de hacer algo, y esperaba encontrar alguna cosa de comer en las pozas de marea de las rocas.

Era un descenso difícil. No estaba seguro de que podría volver a subir una vez estuviera abajo. Pero parecía necesitar el movimiento físico.

«Podría saltar al agua y nadar», se dijo.

«Podría nadar hasta que no pudiera nadar más».

No le daba miedo el océano. No podías ser surfero y tener miedo al océano. Podría ponerse a nadar, directamente. Desde allí había unas diez millas hasta la lejana pared de la ERA. No la veía desde donde se encontraba, normalmente no se veía nada hasta que estabas cerca. Era gris, satinada y pseudorreflectante, por lo que engañaba a la vista. Por lo que sabían era una esfera completa, una cúpula, aunque parecía haber cielo, y de noche parecía que hubiera estrellas.

Se preguntaba si podría alcanzar la pared. Probablemente no. No estaba en tan buena forma como en los viejos tiempos.

Probablemente se agotaría al cabo de una milla. Si nadaba intensamente puede que recorriera una milla o milla y media. Y entonces, si le dejaba, el océano lo hundiría, se lo tragaría. No sería la primera persona que se tragara el Pacífico. Había huesos humanos desperdigados por todo el fondo del océano, de ahí a China.

Sam alcanzó las rocas y se inclinó torpemente para limpiar la herida de escopeta con agua salada.

A continuación se puso a rebuscar en las pozas de marea. Pasaban pececillos acelerados. Algunos moluscos demasiado pequeños para molestarse en abrirlos. Pero al cabo de media hora consiguió recopilar dos puñados de mejillones, tres cangrejos y un pepino de mar de más de quince centímetros. Los puso en una poza pequeña, enfocó una palma hacia la poza y disparó luz suficiente para hacer

hervir el agua salada.

Entonces se sentó sobre unas rocas resbaladizas y se comió el guiso de pescado, extrayendo con cautela algunos trozos del caldo caliente. Estaba delicioso. Un poco salado, lo cual sería un problema más adelante si no encontraba agua fresca, pero delicioso.

Se animó al comer. Ahí sentado junto al agua. Solo. Sin que nadie le pidiera nada. Sin amenazas terribles que le obligaran a salir disparado y encargarse de ellas. Sin detalles que lo agobiaran.

De repente, y se sorprendió al hacerlo, se echó a reír en voz alta.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentaba solo, sin nadie delante?

—Estoy de vacaciones —dijo a nadie—. Sí, me voy a tomar un poco de tiempo libre. No, no, no contestaré al teléfono ni miraré la BlackBerry. Además, ya no voy a hacer agujeros a nadie. Ni dejaré que me metan una paliza.

Un afloramiento le ocultaba Perdido Beach, y eso ya le parecía bien. Sí veía la más cercana de las islas pequeñas, y hacia el norte, la punta de tierra que sobresalía de la central nuclear.

—Qué agradable —dijo Sam, recorriendo con la vista su mirador rocoso—. Si tuviera una nevera con refrescos ya lo tendría todo.

Su mente empezó a divagar hacia Perdido Beach. ¿Cómo les iría tras el incendio? ¿Qué harían con Zil?

¿Qué estaba haciendo Astrid ahora mismo? Debía de estar dando órdenes a todo el mundo con su seguridad habitual.

Imaginarse a Astrid no ayudaba. Había dos imágenes en su mente que competían por dominarla. Astrid en camión, el que parecía más recatado y práctico hasta que se ponía delante de una fuente de luz y entonces...

Sam se obligó a no pensar en eso. No le ayudaba.

Y la otra Astrid, con la expresión altiva, fría y desdeñosa que adoptaba en las reuniones del Consejo.

Amaba a la primera Astrid. A la Astrid que ocupaba sus sueños despierto y a veces también de noche.

No soportaba a la otra Astrid.

Ambas Astrid le frustraban, de modos muy distintos.

No es que no hubiera otras chicas guapas en la ERA, más o menos dispuestas a arrojarse en los brazos de Sam. Chicas que puede que no fueran tan morales, o que no adoptaban su actitud de superioridad.

A Sam le parecía que, si acaso, Astrid se estaba volviendo cada vez más de esa segunda manera. Cada vez era menos la Astrid de sus sueños y más la Astrid que tenía que controlarlo todo.

Bueno, era la jefa del Consejo. Y Sam reconocía que no podía encargarse de las cosas él solo. No había querido encargarse de nada, en primer lugar. De hecho, se había resistido. Fue Astrid quien lo manipuló para que asumiera esa responsabilidad.

Y luego se la quitó.

Sam no era justo. Ya lo sabía. Se estaba compadeciendo de sí mismo. Eso también lo sabía.

Pero, a fin de cuentas, lo que pasaba con Astrid era que siempre respondía que «no». No a diversas cosas. Pero cuando las cosas iban mal, de repente era responsabilidad de él.

Bueno, ya no.

Estaba harto de que jugaran con él. Si Astrid y Albert querían mantener a Sam en una cajita, de donde pudieran sacarlo y utilizarlo cuando quisieran, y luego no dejarle siquiera hacer su trabajo, pues ya se podían ir olvidando.

Y si Astrid quería pensar que el pequeño Pete, Sam y ella formaban una especie de familia, solo que Sam nunca llegaba a... ejem... Astrid también se podía ir olvidando de eso.

«No has huido por ninguna de esas cosas —dijo una voz cruel en su mente—. No has huido porque Astrid no se quiera acostar contigo. O porque sea

mandona. Has huido de Drake».

—Pues vale —dijo Sam en voz alta.

Y entonces, a Sam se le ocurrió algo que le afectó mucho. Se había convertido en un gran héroe debido a Astrid. Y cuando parecía haberla perdido, dejaba de ser ese tipo.

¿Así era? ¿Es posible que la arrogante, frustrante y manipuladora Astrid fuera el motivo de que Sam pudiera hacerse el héroe?

Había mostrado su valentía antes, cuando se ganó el apodo de Sam Autobús Escolar. Pero no quiso saber nada de esa imagen, hizo lo posible por volver a ser anónimo. Se mostró alérgico a la responsabilidad. Cuando llegó la ERA no era sino otro chaval más. E, incluso tras la llegada de la ERA, hizo lo posible por evitar el rol que otros querían imponerle.

Pero entonces conoció a Astrid. Y lo hizo por ella. Se convirtió en héroe por ella.

—Sí, vale —dijo a las rocas y las olas—. En ese caso, ya me parece bien volver a ser el viejo Sam de siempre.

Esa idea lo confortó. Durante un rato. Hasta que la imagen de Mano de Látigo emergió otra vez.

—No es más que una excusa —reconoció Sam al océano—. Pase lo que pase con Astrid, aún tienes que hacerlo.

A pesar de todo, aún tenía que enfrentarse a Drake.

—Me alegro de que tú también lo hayas visto, Choo —susurró Sanjit—. Porque si no creería que estoy loco.

—Ha sido ese chaval, ese chico. Lo ha hecho. De alguna manera —señaló Virtue.

Los dos se encontraban en las rocas en lo alto del acantilado. No debía de quedar ni un centímetro de la isla que no hubieran explorado antes y después de la gran desaparición. Gran parte de la isla quedó despojada de árboles ya en la época en la que alguien empezó a criar ovejas y cabras. Pero en los confines de la isla aún había bosque virgen de encinillos, caobas y cipreses, y docenas de arbustos florales. Los zorros de la isla aún cazaban en esos bosques.

En otros puntos las palmeras se balanceaban muy por encima de rocas caídas. Pero no había playas en la isla de San Francisco de Sales. No había oportunas ensenadas. En la época de pastoreo, los pastores bajaban los animales en cestas de mimbre. Sanjit vio los restos volcados del aparato, se planteó columpiarse por encima del agua por el puro placer de hacerlo, pero decidió que era una locura cuando se dio cuenta de que las hormigas y las termitas habían devorado las vigas que lo sujetaban.

La isla era casi inexpugnable, y por ese motivo la compraron sus padres. Era un sitio al que los *paparazzi* no podían llegar. En el interior de la isla había una pista de aterrizaje lo bastante grande para dar cabida a aviones privados. Y en el complejo estaba el helipuerto.

—Van hacia el este —comentó Sanjit.

—¿Eso cómo lo ha hecho? —preguntó Virtue.

Sanjit se había dado cuenta de que Virtue no se adaptaba rápidamente a circunstancias nuevas e inesperadas. Sanjit se había criado en las calles con hombres, carteristas, magos y demás especializados en ilusiones. No pensaba que lo que acababa de ver fuera una ilusión, creía que era real. Pero estaba dispuesto a aceptarlo y seguir adelante.

—Es imposible —dijo Virtue.

Estaba claro que la lancha seguía avanzando, dirigiéndose hacia el este, lo cual era buena señal. Era el camino largo para dar la vuelta a la isla. Tardarían horas en llegar hasta donde se encontraba el yate encallado.

—No es posible —insistió Virtue, y ya Sanjit se estaba empezando a poner nervioso.

—Choo, todos los adultos desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, ya no hay tele ni radio, ni aviones en el cielo, ni barcos que se acerquen navegando. ¿No

te has dado cuenta ya de que no estamos precisamente en el mundo de lo posible? Nos han vuelto a recoger, secuestrar y adoptar. Solo que esta vez no hemos ido a América. No sé dónde estamos o qué está pasando. Pero, hermano, ya hemos pasado por esto antes, ¿sabes? Nuevo mundo, nuevas reglas.

Virtue parpadeó una vez. Y asintió.

—Como que sí, ¿eh? Así pues, ¿qué hacemos?

—Lo que tengamos que hacer para sobrevivir —afirmó Sanjit.

Y entonces volvió el Virtue de siempre.

—Qué buena frase, *Wisdom*. Como si la hubieras sacado de una película. Por desgracia no significa nada.

—Sí, así es —reconoció Sanjit sonriendo, y dio a Virtue una palmadita en el hombro—. Pensar en algo que tenga más sentido es cosa tuya.

—Chicos, ¿podéis encargáros de las cosas durante unos minutos? —preguntó Mary.

John miró a los tres ayudantes, tres chavales que o bien estaban allí porque les tocaba, o, en el caso de uno de ellos, porque era un fugitivo sin hogar que se acercó a la guardería buscando cobijo y lo pusieron a trabajar.

Durante la noche y la mañana la población de la guardería se había duplicado. Ahora la cifra estaba empezando a declinar un poco, ya que los chavales se marchaban de uno en uno, o de dos en dos, en busca de parientes o amigos. O de casas que, por lo que Mary había oído, igual ya ni existían.

Mary sabía que probablemente no debería dejar marchar a nadie. No hasta que se aseguraran de que era seguro.

—Pero ¿eso cuándo sería? —murmuró. Pestañeó un par de veces, intentando concentrarse. No veía bien. Era algo más que somnolencia. Un borrón que hacía que brillaran los bordes de las cosas cuando movía la cabeza demasiado rápido.

Buscó y encontró su frasco de píldoras. Pero al agitarlo no hizo ningún ruido.

—No, no puede ser. —Lo abrió y miró dentro. Lo puso vertical. Seguía vacío.

¿Cuándo se lo terminó? No se acordaba. La bestia de la depresión debió de ir a por ella, y Mary trató de combatirla con la última pastilla que le quedaba.

En algún momento. Antes. Debió de...

—Sssí —dijo en voz alta, arrastrando la voz.

—¿Qué? —preguntó John, frunciendo el ceño como si fuera lo único que pudiera hacer para prestar atención.

—Nada. Hablaba sola. Tengo que salir y encontrar a Sam o a Astrid o a alguien, quien sea que esté al mando. Nos hemos quedado sin agua. Necesitamos el doble de la cantidad habitual de comida. Y necesito que alguien me... ya sabes... —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo, pero John no pareció darse cuenta—. Usa parte de la comida de urgencia para alimentarlos hasta que vuelva —le indicó.

Se marchó antes de que John pudiera preguntarle cómo se suponía que cuatro latas de verduras variadas y un paquete envasado al vacío de guisantes secos picantes alcanzarán para treinta o cuarenta niños hambrientos.

Cerca de la plaza, las cosas no parecían muy distintas que de costumbre. Olían diferente, a humo y al hedor acre del plástico fundido. Pero en principio la única evidencia del desastre era la cortina de humo marrón que se cernía sobre la ciudad. Eso y un montón de escombros que sobresalían de detrás del McDonald's.

Mary pasó por el ayuntamiento. Pensaba que igual se encontraría al Consejo reunido, tomando decisiones, organizando, planeando. John había salido a dar una vuelta con ellos, pero si él ya había vuelto, ellos también debían de haberlo hecho.

Tenía que hablar con Dahra. Ver qué medicamentos tenía. Conseguir algo antes de que la depresión se la tragara otra vez. Antes de... algo.

No había nadie en las oficinas, pero Mary oyó gemidos de dolor procedentes de la enfermería del sótano. No quería pensar en lo que estaba pasando ahí abajo. No, ahora no, Dahra la echaría.

Aunque solo tardaría unos segundos en coger un Prozac o lo que tuviera.

Mary casi se choca con Lana, que estaba sentada fuera, en los escalones del ayuntamiento, fumándose un cigarrillo.

Tenía las manos manchadas de rojo. Nadie podía malgastar agua lavando sangre.

Lana levantó la vista en dirección a ella.

—Así qué... ¿cómo te va la noche?

—¿A mí? Ah, no muy bien.

Lana asintió.

—Las quemaduras... tardan mucho en curarse. Mala noche. Mala, mala noche.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó Mary.

—Dentro. Ayuda a que los chavales se mantengan tranquilos —explicó Lana—. Deberías pillarte un perro para la guardería. Ayuda a los chavales... Los ayuda, ya sabes, a no fijarse en que tienen los dedos quemados.

Mary sabía que tenía que preguntar algo. No, no lo de los medicamentos. Algo más. Ah, claro...

—Siento preguntarte, sé que has tenido una noche dura —empezó Mary—. Pero uno de mis niños, Justin, ha venido llorando por su amigo Roger.

Lana casi sonrío.

—¿Roger el artero? Vivirá, probablemente. Pero lo único que me ha dado tiempo de hacer es evitar que se muriera ahí mismo. Tendré que pasar mucho más tiempo con él hasta que pueda dibujar algo más.

—¿A alguien sabe qué ha pasado? —A Mary se le trababan los labios y la lengua.

Lana se encogió de hombros. Se encendió un segundo cigarrillo con la colilla

del primero. Era una señal de riqueza, en cierto sentido. Los cigarrillos escaseaban en la ERA. Claro que la curandera podía tener lo que quisiera. ¿Quién iba a decirle que no?

—Bueno, depende de a quién te creas —opinó Lana—. Algunos chavales dicen que han sido Zil y sus idiotas. Otros dicen que ha sido Caine.

—¿Caine? Eso es una locura, ¿no?

—No tanto. He oído locuras mayores de los chavales. —Lana se rio, pero forzosamente.

Mary esperó a que añadiera algo más. No quería preguntarle, pero tenía que hacerlo.

—¿Mayores?

—¿Te acuerdas de Brittney? ¿La chica que murió en la gran pelea en la central nuclear? ¿Enterrada ahí mismo? —Lana señaló con el cigarrillo—. Pues algunos chavales me han dicho que la han visto pasearse.

Mary iba a hablar, pero la boca torpe se le había secado.

—Y locuras aún mayores... —añadió Lana.

Mary sintió un escalofrío helado en su interior.

—¿Brittney? —repitió Mary.

—Parece que los muertos no se quedan muertos —comentó Lana.

—Lana... ¿qué sabes? —le preguntó Mary.

—¿Yo? ¿Qué sé? No soy la que tiene un hermano en el Consejo.

—¿John? —Mary estaba sorprendida—. ¿De qué me hablas?

Se oyó un gemido fuerte de dolor procedente del sótano. Lana no reaccionó. Pero detectó la expresión preocupada de Mary.

—Vivirá.

—¿Qué insinúas, Lana? ¿Me estás... esto... diciendo algo?

—Un chico me ha dicho que Astrid le pidió que hiciera correr la voz de que Orsay solo dice gilipolleces. Y va el mismo chico y me dice, dos horas después, que Howard le ha pedido que haga correr la voz de que cualquiera que vea cualquier locura dice gilipolleces. Así que el chaval le pregunta a Howard: «¿Qué son “locuras”?». Porque todo es una locura en la ERA.

Mary se preguntaba si debía reírse. Pero no podía. El corazón le latía con fuerza y le retumbaba la cabeza.

—Mientras, adivina qué hizo Sam hace un par de días. Vino a Clifftop a preguntarme si me había llamado por teléfono la *gayáfaga*.

Mary se quedó muy quieta. Deseaba desesperadamente que Lana le explicara qué quería decir con lo de Orsay. «Céntrate, Mary», se dijo a sí misma.

Lana continuó al cabo de un instante.

—Mira, en realidad lo que Sam quería era saber si está muerta. La *gayáfaga*. Si ha desaparecido de verdad. ¿Y adivina qué?

—No lo sé, Lana.

—Pues no. ¿Sabes? No ha desaparecido. No está muerta. —Lana respiró hondo y miró la sangre seca en sus manos como si se fijara por primera vez. Se quitó un poquito con una uña.

—No lo entiendo.

—Ni yo —replicó Lana—. Estaba allí conmigo. En mi mente. Sentía cómo... me utilizaba. —Lana parecía avergonzada, incómoda. Y de repente se le iluminó la mirada, furiosa—. Pregunta a tu hermano, él está con todos ellos. Con Sam, Astrid y Albert. Y al mismo tiempo va Sam y pregunta si la *gayáfaga* sigue tan encantadora como siempre, y los chavales del Consejo piden a otros chavales que vayan por ahí metiéndose con Orsay y asegurándose de que nadie piense que algo va mal.

—John nunca me mentiría —afirmó Mary, pero con tan poca convicción que incluso ella misma lo notó en su voz.

—Ajá. Algo va mal. Algo va muy, muy mal —afirmó Lana—. ¿Y ahora? La ciudad está medio quemada y Caine roba una barca y sale al mar. ¿Eso qué te indica?

Mary suspiró.

—Estoy demasiado cansada para jugar a las adivinanzas, Lana.

Lana se puso en pie y apagó el cigarrillo.

—Solo recuerda que a alguna gente le va bien en la ERA. ¿Alguna vez has pensado qué pasaría si mañana cayeran las paredes? Eso sería una buena noticia para ti. Sería bueno para la mayoría de la gente. Pero ¿sería bueno para Sam, Astrid y Albert? Ellos son los peces gordos. En el mundo de antes no eran más que chavales.

Lana esperó, observando atentamente a Mary, como si esperara que dijera algo o reaccionara. O lo negara. O algo.

Pero lo único que Mary consiguió decir fue:

—John está en el Consejo.

—Exacto. Así que... igual deberías preguntarle qué está pasando de verdad. Porque lo que es yo, no tengo ni idea.

Mary no sabía qué replicar a eso.

Lana se levantó y se dirigió otra vez hacia el infierno del sótano. Pero se volvió a medio camino y añadió:

—Ah, y casi me olvido de otra cosa: ¿el chaval ese? Ha dicho que Brittney no era la única persona oficialmente muerta que se paseaba por el incendio.

Mary esperó. Trató de no mostrar nada, pero Lana ya lo había descubierto en su mirada.

—Ah, tú también lo has visto —comentó Lana.

La chica asintió una vez y bajó las escaleras.

La Oscuridad. Mary solo había oído hablar de ella. Como si fuera el coco. Lana decía que la había utilizado.

¿Acaso Lana no lo veía? ¿O es que sencillamente se negaba a verlo? Si fuera verdad que, de alguna manera, Brittney estaba viva, que Drake también estaba vivo, entonces Mary ya veía cómo había utilizado la *gayáfaga* el poder de Lana.

TREINTA Y UNO

9 HORAS, 17 MINUTOS

ASTRID ESPERÓ TODA la noche a que Sam volviera.

Y esperó toda la mañana.

Oliendo la peste a humo.

Desde la oficina del ayuntamiento vio el fuego extenderse por toda Sherman, por el lado occidental de Sheridan, por la única manzana de Grant Street y por las dos manzanas de Boston Boulevard.

Parecía que iba a llegar a la plaza. Pero por fin el fuego se estancó. Las llamas se habían apagado casi del todo, pero seguía alzándose una columna de humo.

El pequeño Peter estaba dormido en el rincón, hecho una bola con una manta raída por encima. Su consola estaba a su lado en el suelo.

Astrid sintió que la indignación se acumulaba en su interior. Estaba furiosa con Sam. Furiosa con el pequeño Pete. Enfadada con el mundo entero que la rodeaba. Harta de todos y de todo.

Y sobre todo, debía admitirlo, harta de sí misma.

Tan harta de ser Astrid la genio...

—Menuda genio... —murmuró. El Consejo estaba dirigido por aquella chica

rubia, ¿cómo se llamaba? Ah, sí: Astrid. Astrid la genio. La jefa del Consejo que dejó que la mitad de la ciudad quedara reducida a cenizas.

En el sótano del ayuntamiento, Dahra Baidoo repartía el escaso ibuprofeno y el Tylenol caducado entre los chavales con quemaduras, como si eso sirviera para arreglar prácticamente cualquier cosa mientras esperaban a que Lana fuera uno por uno, curándolos al tocarlos.

Astrid oía sus gritos de dolor. Aunque había varios pisos que separaban a Astrid del improvisado hospital, no eran suficientes.

Edilio entró tambaleándose. Casi no se le reconocía. Estaba cubierto de hollín, sucio, polvoriento, tenía rasguños y rascadas marcados y la ropa le colgaba hecha jirones.

—Creo que lo hemos conseguido —anunció, y se echó directamente en el suelo.

Astrid se arrodilló junto a su cabeza.

—¿Lo habéis contenido?

Pero Edilio ya no podía contestarle. Estaba inconsciente. Reventado.

Howard fue el siguiente en aparecer, y solo estaba un poquito mejor que Edilio. En algún momento de la noche y la mañana había perdido su sonrisa burlona. Miró a Edilio, asintió como si fuera lo más normal del mundo y se dejó caer bruscamente en una silla.

—No sé lo que le pagas a ese chaval, pero no es suficiente —declaró Howard, apuntando con la barbilla hacia Edilio.

—No lo hace por dinero —replicó Astrid.

—Ya, bueno, gracias a él no ha ardidido la ciudad entera. Gracias a él, a Dekka, Orc y Jack. Y a Ellen, la idea fue suya.

Astrid no quería preguntarle, pero no pudo contenerse.

—¿Y Sam?

Howard meneó la cabeza.

—No lo he visto.

Astrid encontró una chaqueta en el armario, que debía de seguir allí porque era del auténtico alcalde. Era escandalosamente fea, pero le sirvió para cubrir a Edilio. La chica se dirigió hasta la sala de reuniones y volvió con el cojín de una silla que deslizó bajo la cabeza de Edilio.

—¿Ha sido Zil? —preguntó Astrid a Howard.

Howard ladró una risa.

—Claro que ha sido Zil.

Astrid apretó los puños. Sam le pidió que le dejara ir tras Zil. Quería enfrentarse a la Pandilla Humana.

Y Astrid lo detuvo.

Y la ciudad ardió.

Y ahora el sótano estaba lleno de chavales heridos.

Y los chavales *solo* heridos eran los que habían tenido suerte.

Astrid hizo un nudo con las manos. Era un gesto angustiado, parecido a un rezo. Tenía la necesidad imperiosa de arrodillarse y exigir algún tipo de explicación a Dios. ¿Por qué, por qué?

Su mirada recayó sobre el pequeño Pete, sentado en silencio, jugando con su juego apagado.

—Y eso no es todo —añadió Howard—. ¿Tienes un poco de agua?

—Te traeré un poco —dijo una voz. Albert había entrado sin que se dieran cuenta. Encontró la jarra de agua y vertió un vaso para Howard, que se lo bebió todo de un sorbo.

—Gracias. Este trabajo da sed —dijo Howard.

Albert se sentó en la silla que Astrid había dejado libre.

—¿Y qué más?

Howard suspiró.

—Han pasado chavales durante toda la noche, ¿vale? Contando locuras. Tío, no sé qué es verdad y qué no.

—Cuéntanos algunas —le pidió Albert en voz baja.

Edilio roncaba bajito. A Astrid le entraron ganas de llorar por el ruidito que hacía.

—Vale. Pues algunos chavales dicen que han visto a Satán. De verdad, con cuernos de diablo y todo. Y otros son un poco más realistas, dicen que ha sido Caine, pero superflaco y comportándose como un loco.

—¿Caine? —Astrid entrecerró los ojos—. ¿Caine aquí, en Perdido Beach? Qué locura.

Albert se aclaró la garganta y se revolvió en el asiento.

—No. No es una locura. Quinn también lo ha visto. De cerca. Caine ha robado dos barcas para urgencias esta noche tarde o esta mañana, según cómo lo veas.

—¡¿Qué?! —La exclamación aguda hizo que Edilio se moviera un poco.

—Sí. Sin duda era Caine —afirmó Albert obligándose a emplear un tono tranquilo—. Ha pasado en lo peor del incendio, cuando todo era confuso. Quinn y su gente volvían a la costa, queriendo ayudar, y allí estaban Caine y puede que una docena de chavales con él.

Mientras Albert explicaba los detalles, Astrid fue sintiendo un frío cada vez mayor. No era coincidencia. No podía ser coincidencia. Estaba planeado. Se había imaginado a Zil yéndosele la olla, liándola, perdiendo el control de una situación que se le había ido de las manos. Pero no era así. No si Caine había participado. Caine no descontrolaba. Caine planeaba.

—¿Zil y Caine? —dijo Astrid, y se sintió como una estúpida ya solo por

pensarlo.

—Zil siempre está con los que odian a los raros. ¿Y Caine? La verdad es que es como el príncipe de Gales de los raros —reflexionó Howard.

Albert alzó una ceja.

—Ya sabes, como Sammy es el rey... —se explicó Howard—. Vale, no tiene gracia si tengo que explicarlo.

—Caine y Zil —repitió Astrid. Por algún motivo parecía mejor decir los nombres en ese orden. Zil era un matón. Un chungo malvado y retorcido que se dedicaba a explotar las diferencias entre raros y normales. Pero listo no era. Astuto, puede. Pero listo, no.

No, Caine era listo. Y Astrid no podía concebir que quien mandara fuera el más estúpido de los dos. No, tenía que ser Caine quien estaba detrás de todo aquello.

—Y también... —intervino Albert.

Al mismo tiempo, Howard dijo:

—Además...

Edilio se despertó de repente. Parecía sorprendido y confundido por encontrarse en el suelo. Miró a los demás y se frotó la cara.

—Te has perdido un poco —explicó Howard—. Caine y Zil lo han planeado juntos.

Edilio parpadeó como un búho. Iba a levantarse, pero suspiró, lo dejó correr y apoyó la espalda contra el escritorio.

—Y también... —prosiguió Albert antes de que Howard pudiera continuar—...tienen que haberse peleado o algo parecido. Porque los chavales de Zil se han puesto a disparar a Caine mientras se alejaba. Han conseguido una de las barcas. Quinn ha echado a un par de chavales de Caine al agua.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

Albert se encogió de hombros.

—Los hemos dejado. No iban a ninguna parte. Estaban muertos de hambre. Y Quinn dice que igual se han vuelto un poco locos.

Albert toqueteaba insistentemente una mancha de algo en sus pantalones.

—Caine se ha cargado a Hank. Hank era el que disparaba.

—¡Dios mío! —exclamó Astrid. Se santiguó rápidamente, esperando que así las palabras pronunciadas fueran benditas y no blasfemas—. ¿Cuántos chavales han muerto esta noche pasada?

Edilio respondió.

—Quién sabe. Dos que sepamos en los incendios. Otros igual... Igual nunca lo sabremos seguro. —Se le escapó un gran sollozo, y se enjugó los ojos—. Lo siento. Es que estoy cansado.

Y a continuación lloró en silencio.

—Supongo que más vale que también suelte esto —añadió Howard—. Un par de chavales dicen que han visto a Drake. Y muchos han visto a Brittney.

Se hizo un largo silencio después de aquel comentario. Astrid encontró una silla en la que se sentó. Si Drake estaba vivo... Si Caine estaba compinchado con Zil...

—¿Dónde está Sam? —preguntó Edilio de repente, como si acabara de darse cuenta.

Nadie respondió.

—¿Dónde está Dekka? —preguntó Astrid.

—En el sótano —respondió Edilio—. Ha aguantado mucho rato. Y también Orc y Jack. Pero está enferma. Cansada y enferma. Y tiene una quemadura fea en una mano. Eso ya ha sido lo último. He hecho que fuera a ver a Dahra. Lana la... ya sabes, cuando haya terminado con... Lo siento, chicos —dijo mientras se ponía a llorar otra vez—. No puedo seguir cavando tumbas. Tiene que hacerlo otra persona, ¿vale? Ya no puedo hacerlo más.

Astrid se dio cuenta de que tanto Albert como Howard la estaban mirando, uno con curiosidad intensa, el otro con una sonrisa burlona cansada.

—¿Qué? —soltó Astrid— Ambos estáis en el Consejo, también. No me miréis como si todo dependiera de mí.

Howard se rio de manera forzada.

—Quizá valga la pena que traigamos a John, ¿eh? Él también está en el Consejo. Sammy está desaparecido, Dekka no puede seguir, a Edilio se le va y debería irsele, con la noche que ha pasado...

—Sí. Deberíamos traer a John —afirmó Astrid. Le parecía mal involucrar al niño, pero estaba en el Consejo.

Howard se rio con ganas.

—Sí, traigamos a John. Así podemos entretenernos un poco más. Podemos seguir sin hacer nada un ratito más.

—Oye, tranquilo, Howard —intervino Albert.

—¿Tranquilo, eh? —Howard se puso en pie de un salto—. ¿Dónde estabas tú anoche, Albert, eh? Porque no te he visto ahí fuera oyendo a los chavales gritar, viendo a los chavales correr por ahí heridos y asustados y ahogándose, con Edilio y Orc esforzándose, y Dekka echando medio pulmón y Jack llorando y...

—¿Sabes quién no podía siquiera soportarlo? —bramó Howard—. ¿Sabes quién no podía soportar lo que estaba pasando? Orc. Orc, que no tiene miedo de nada. Orc, quien todos piensan que es una especie de monstruo. No podía soportarlo. Pero... lo ha hecho. ¿Y dónde estabas tú, Albert? ¿Contando tu dinero? ¿Y tú, Astrid? ¿Rezando a Jesús?

A Astrid se le hizo un nudo en la garganta. No podía respirar. Durante un instante, el pánico amenazó con dominarla. Quería salir huyendo de la habitación, salir corriendo y no volver la vista atrás.

Edilio se puso en pie y le pasó un brazo a Howard. Howard se lo consintió, y entonces hizo algo que Astrid nunca pensó que vería. Howard hundió la cara en el hombro de Edilio y lloró, sollozando incontrolablemente.

—Nos estamos hundiendo —susurró Astrid para sí.

Pero no había ninguna huida fácil. Todo lo que había dicho Howard era verdad. Veía la verdad reflejada en la expresión de asombro de Albert. Ellos dos, los listos, los inteligentes, los grandes defensores de la verdad y la justicia no habían hecho nada, mientras que otros se esforzaban hasta caer rendidos.

Astrid pensó que su trabajo consistía en poner orden en el caos ahora que había terminado la noche de horror. Y ahora era el momento de tomar la iniciativa. Ahora era el momento de demostrar que podía hacer lo que había que hacer.

¿Dónde estaba Sam?

Y entonces se dio plena cuenta, y se quedó atónita. ¿Así era como Sam se sentía? ¿Así era como se había sentido desde el principio? ¿Con todos los ojos puestos en él? ¿Con todos esperando a que tomara una decisión? ¿Aunque la gente dudara de él, lo criticara y atacara?

Astrid se quería morir. Había estado con él durante gran parte del tiempo. Pero no era la *elegida*. No era la que debía tomar las decisiones.

Y ahora... sí.

—No sé qué hacer —acabó diciendo—. No lo sé.

Diana se inclinó por un lado de la lancha y metió la cabeza dentro del agua. Al principio mantuvo los ojos cerrados, con la intención de sacarla en cuanto se le hubiera mojado el pelo.

Pero el fluir del agua fresca en las orejas y el cuero cabelludo era tan agradable que quería mirar y quería quedarse dentro. Abrió los ojos. El agua salada escocía. Pero ese dolor era nuevo y lo recibía con agrado.

El agua formaba espuma verde que se arremolinaba junto a la barca. Diana se preguntaba, sin preocuparse demasiado, si Jasmine saldría flotando hacia ella con la cara hinchada, pálida...

Pero no, claro que no. Ya había pasado un buen rato. Horas. Horas que son como semanas cuando estás hambriento y quemado por el sol y la sed te grita que te bebas, que te bebas la deliciosa agua verde como si fuera ponche, un Mountain Dew, un refrescante té de menta tan frío alrededor de tu cabeza.

Lo único que tenía que hacer era dejarse llevar. Meterse en el agua. No duraría mucho. Estaba demasiado débil para nadar mucho rato y luego se hundiría en el agua como había hecho Jasmine.

O igual podría hundir la cabeza sin más y beberse un buen trago de agua. ¿Así lo conseguiría? ¿O acabaría atragantándose y vomitando?

Pero Caine no la dejaría ahogarse, claro. Porque si lo hiciera, Caine se quedaría solo. La sacaría del agua. No podía hundirse hasta que Caine hubiera desaparecido, y luego ya podría porque, por triste que resultara reconocerlo, él era lo único que tenía.

Se tenían el uno al otro. Como dos cachorros enfermos. Retorcidos, arrogantes, crueles y fríos. ¿Cómo podía Diana amar a alguien así? ¿Y él? ¿Por eliminación? ¿Ninguno de los dos podía encontrar a nadie mejor?

Incluso las especies más asquerosas y feas encontraban compañeros. Las moscas... Los gusanos... en fin... ¿quién sabe? Probablemente. El caso es que...

¡Pánico repentino! Sacó la cabeza de golpe y boqueó buscando aire. Se estaba ahogando, boqueó y empezó a llorar con la cara hundida en las manos, sollozando sin lágrimas porque tenía que tener algo dentro para sacar lágrimas. El agua que le chorreaba del pelo ya parecía lágrimas.

Nadie se dio cuenta. A nadie le importaba.

Caine estaba vigilando la costa de la isla que les quedaba a mano izquierda al pasar.

Tyrell miraba el indicador de la gasolina cada dos segundos.

—Tío, está vacío. Quiero decir, que ya está en rojo.

Los acantilados eran escarpados e imposibles. El sol castigaba la cabeza de Diana y si alguien mágicamente se le hubiera aparecido al lado y le hubiera dicho: «Aquí, Diana, aprieta este botón y... olvídte...».

Pero no. No, eso era lo increíble, si se lo planteaba. Que no. Que no lo haría. Aún preferiría vivir. Incluso aquella vida. Aunque tuviera que pasarse los días y las noches consigo misma.

—¡Eh! —exclamó Penny—. Mirad eso. ¿No es una... una abertura?

Caine se puso la mano a modo de visera y concentró la mirada.

—Tyrell, entra ahí.

La barca se desvió perezosamente hacia el acantilado. Diana se preguntaba si iban a limitarse a chocar contra él. Quizás. No podía hacer nada al respecto.

Pero entonces también lo vio. No era más que un espacio oscuro en la roca azotada por el sol. Una abertura.

—Seguramente no es más que una cueva —opinó Tyrell.

No estaban muy lejos del acantilado, y no les costó mucho ver que lo que en principio parecía una cueva en realidad era un tajo en la pared de la roca. Una parte del acantilado se había derrumbado sobre sí misma, y así surgió una ensenada estrecha, de poco más de seis metros de ancho en la base, pero cinco veces más ancha en la parte superior. Pero la base estaba cubierta de rocas. No les esperaba ninguna playa arenosa, no había lugar para desembarcar.

Y aun así, si pudieran desembarcar, una persona podría trepar por detrás del deslizamiento rocoso hasta lo alto del acantilado.

El motor se encalló y petardeó. Una sacudida recorrió el casco.

Tyrell maldijo furioso:

—¡Lo sabía, lo sabía!

La lancha seguía avanzando hacia la abertura. El motor se apagó. La barca empezó a desviarse.

Iba a la deriva, y la abertura quedaba cada vez más lejos.

Solo quedaban seis metros. Estaban tan cerca...

Luego nueve...

Doce.

Caine lanzó una mirada helada a su tripulación. Extendió la mano y Penny se alzó del lugar que ocupaba en la barca. Caine la lanzó hacia la costa. La chica salió volando, dando volteretas y gritando por los aires, y aterrizó salpicando a menos de medio metro de la roca caída más cercana.

No tenía tiempo de comprobar si lo había conseguido. Caine volvió a extender la mano y lanzó a Bug, que desapareció en pleno vuelo pero produjo una salpicadura tan cerca de las rocas que Diana se preguntó si se había destrozado la cabeza.

La lancha seguía a la deriva.

Diana se preguntaba cuál era el alcance preciso de Caine al lanzar a una persona de veinte, treinta, cuarenta kilos. Ese debía de ser su límite.

Los ojos de Diana se encontraron con los de Caine.

—Protégete la cabeza —le advirtió el chico.

Diana apretó los dedos tras el cuello y cerró los brazos, tapándose las sienes.

Entonces sintió como una mano gigante, invisible, la agarraba del muslo y a continuación la lanzaba por los aires.

No gritó. Ni siquiera al avanzar a toda velocidad hacia las rocas. Se estamparía contra ellas de cabeza, no habría modo de sobrevivir. Pero entonces la gravedad intervino y la línea recta que describía se convirtió en un arco invertido.

Las rocas, el agua espumosa, todo apareció en un instante, y entonces se sumergió. Profunda y fría, el agua le llenó la boca de sal.

Sintió un dolor agudo cuando se golpeó el hombro con la roca. Diana pateó y se rascó las rodillas contra lo que era casi una columna de grava húmeda.

La ropa hacía que se hundiera, se le enredaba, se le agarraba a los brazos y a las piernas. Diana forcejeaba y le sorprendía lo mucho que deseaba alcanzar la superficie luminosa, soleada, que quedaba a cientos de millones de millas.

Pero emergió, la arrastró un oleaje suave, y acabó cayendo como una muñeca sobre una roca grande alisada por el liquen. Escarbaba con ambas manos porque se ahogaba. Clavaba las uñas en la roca. Hundía los pies desmenuzando así los guijarros que quedaban debajo.

De repente, consiguió salir del agua hasta la cintura, apoyándose en un banco de roca, abriendo la boca en busca de aire.

Esperó durante un instante, intentado recuperar el aliento. Y luego continuó, sin preocuparse de las rascadas y los desgarrones, hasta un lugar más seco, donde se detuvo, sin energías.

Caine ya había llegado a la costa. El chico se desplomó, exhausto, mojado, pero triunfante al mismo tiempo.

Diana oyó que gritaban su nombre.

Parpadeó agua e intentó concentrarse en la barca. Pero ya quedaba muy lejos. Tyrell y Paint estaban de pie en ella y chillaban:

—¡Cógeme, cógeme!

—¡Caine, no puedes dejarnos aquí!

—¿Puedes alcanzarlos? —preguntó Diana. Su voz era un graznido ronco.

Caine meneó la cabeza.

—Están demasiado lejos. Y además...

Diana conocía ese «y además...». Tyrell y Paint no tenían poderes. No servían para nada a Caine. No eran sino dos bocas más que alimentar, dos voces quejicas más a las que atender.

—Más vale que empecemos a trepar —propuso Caine—. Puedo ayudar en las partes más duras. Lo conseguiremos.

—¿Y habrá comida y de todo allá arriba? —preguntó Penny, mirando con ganas hacia lo alto del acantilado.

—Más vale que sí —dijo Diana—. No tenemos ningún otro sitio donde ir. Y

no hay manera de salir de aquí.

TREINTA Y DOS

8 HORAS, 11 MINUTOS

ASTRID FUE A mirar la zona quemada. A hacer lo que debía.

Los chavales le gritaron. Exigían saber por qué había dejado que ocurriera. Exigían saber dónde estaba Sam. La inundaron con quejas y preocupaciones y teorías alocadas hasta que se retiró.

Después de lo cual se escondió. Se negó a contestar cuando los chavales llamaban a la puerta. No volvió a su oficina. Allí sería lo mismo.

Pero le había reconcomido durante todo el día esa sensación de inutilidad. Una sensación de inutilidad mucho peor que el darse cuenta de que necesitaba a Sam. No porque se enfrentaran a alguna amenaza. La amenaza ya casi había pasado.

Necesitaba a Sam porque nadie la respetaba. Solo había una persona ahora mismo que pudiera comunicarse con una multitud de chavales ansiosos y aplacarlos y hacer lo que había que hacer.

Astrid quería creer que podría conseguirlo. Lo había intentado. Pero no la escucharon.

Y seguían sin ver a Sam. Así que, a pesar de todo, seguía recayendo en ella. Y eso la ponía enferma. Le entraban ganas de gritar.

—Tenemos que salir, Petey. Camina, camina, vamos —le pidió Astrid.

El pequeño Pete no respondía ni reaccionaba.

—Petey, camina, camina. Ven conmigo.

El pequeño Pete la miraba indiferente. Y se puso otra vez con su juego.

—¡Petey!, ¡escúchame!

Nada.

Astrid dio dos pasos, agarró a Petey de los hombros y lo zarandeó.

La consola salió disparada por la alfombra.

El pequeño Pete levantó la vista. Ahora sí que sabía que Astrid estaba allí. Ahora prestaba atención.

—Ay, Dios mío, Petey, lo siento, lo siento —exclamó Astrid, e intentó atraerlo hacia sí. Nunca lo había zarandeado de esa manera. Todo ocurrió tan de improviso, como si un animal se hubiera apoderado de su cerebro, y de repente Astrid se acercó y agarró a su hermano.

—¡Aaaah, aaaah, aaaah, aaah! —empezó a chillar el pequeño Pete.

—No, no, no, Petey. Lo siento tanto. No quería...

Astrid trató de estrecharlo entre sus brazos pero no podía tocarlo. Había una fuerza que impedía que sus brazos entraran en contacto con él.

—Petey, ¡no!, tienes que dejarme...

—¡Aaaah, aaah, aaah!

—¡Ha sido un accidente! ¡He perdido el control! Es que... es que... no puedo... ¡Petey!, ¡para, para!

Astrid fue corriendo a recuperar el juego. Estaba caliente. Qué raro. Se lo intentó devolver al pequeño Pete, pero tropezó, y la habitación pareció deformarse y temblar a su alrededor.

El pequeño Pete replicó con chillidos frenéticos.

—¡Aaaah, aaah, aaah, aaaah!

—¡Cállate! —gritó Astrid, tan confundida y agitada como furiosa—. ¡Cállate, cállate! ¡Ten! ¡Toma tu maldito juguete!

Astrid retrocedió, se apartó, pues no se fiaba de lo que haría cerca de él. Lo odiaba en aquel momento. Y la aterrorizaba que la criatura rabiosa dentro de su mente volviera a arremeter contra él. Una voz en su interior seguía racionalizándolo. «Es un niño mimado». «Hace estas cosas deliberadamente».

Todo era culpa del niño...

—¡Aaaah, aaah, aaah, aaah!

—¡Lo hago todo por ti! —exclamó Astrid.

—¡Aaaah, aaah, aaah, aaah!

—¡Te alimento y te limpio y te vigilo y te protejo! ¡Para, para! Ya no lo soporto más. ¡No puedo soportarlo!

Pero el pequeño Pete no paraba. Astrid sabía que no pararía hasta que el bucle loco que tuviera en la cabeza se hubiera reproducido entero.

La chica se hundió en una silla de la cocina. Se sentó con la cabeza apoyada en las manos, recorriendo su lista de fracasos. No había habido muchos antes de la ERA. Una vez sacó un notable cuando tendría que haber sacado un sobresaliente. Un par de veces fue cruel con gente sin darse cuenta, y esos recuerdos seguían agobiándola. Nunca aprendió a tocar un instrumento... No se le daban tan bien como querría las pronunciaciones en español...

—¡Aaaah, aaah, aaah, aaah!

Antes de la ERA, la proporción de fracasos respecto a la de éxitos en su vida era de una cada cien. Incluso lidiar con su hermanito entonces se le daba tan bien como a cualquiera.

Pero desde la ERA, la proporción se había invertido. Lo bueno era que aún seguía viva, y su hermano también. Lo malo era que había demasiados fracasos en su lista, y los recordaba todos, todos y cada uno de ellos con todos los detalles dolorosos.

—¡Aaaaah, aaah, aaah, aaah!

Había intentado hacer bien tantas cosas... Quería volver a empezar la terapia y las lecciones con el pequeño Pete. Y fracasó. Quería que arreglaran la iglesia y encontrar el modo de que los chavales fueran los domingos por la mañana. Y fracasó. Quería escribir una constitución para la ERA, crear un gobierno. Y fracasó.

Intentó evitar que Albert hiciera que todo girara en torno al dinero. Y fracasó. Y lo que era igual de malo, Albert había triunfado. Él tenía razón, ella se equivocaba. Era Albert quien alimentaba a Perdido Beach ahora, no ella.

Quería encontrar un modo de evitar que Howard vendiera alcohol y cigarrillos a los chavales. Quería razonar con Zil, hacer que se comportara como un ser humano decente. Más y más fracasos.

Incluso su relación con Sam se había desmoronado. Y ahora Sam había huido, la había abandonado. Astrid pensaba que estaba harto. Estaba harto del pequeño Pete y de ella y de todo aquello.

Alguien oyó decir que Hunter lo había visto salir de la ciudad. Marcharse. ¿Dónde? Los cotillas no lo sabían. Pero los cotillas sabían a quién culpar: a Astrid.

La chica quiso mostrarse valiente, fuerte y lista y tener razón, y ahora se escondía en su casa porque sabía que si salía todos le pedirían respuestas que no tenía. Era la jefa del Consejo de la ciudad en una ciudad casi reducida a cenizas.

Consiguieron salvarla. Pero no fue Astrid quien lo hizo.

El pequeño Pete se calló por fin. Sus ojos vacíos volvieron a centrarse en el juego. Como si no hubiera pasado nada.

Astrid se preguntaba si recordaba siquiera haber perdido el control, si sabía lo aterrorizada que estaba, lo desesperada y derrotada que se sentía. Astrid sabía que a él no le importaba.

No le importaba a nadie.

—Vale, Petey —dijo la chica, con voz temblorosa—. Aún tenemos que salir. Camina, camina. Es hora de ir y hablar con mis múltiples amigos —comentó sardónicamente.

Y en esta ocasión el niño la siguió, dócil.

Astrid quería volver a visitar la zona quemada. Visitar el hospital en el sótano. Encontrar a Albert y averiguar cuánto tardaría en tener comida.

Pero al salir a la calle la rodearon al cabo de pocos minutos, como sabía que ocurriría. Se le acercaron cada vez más chavales, hasta varias docenas, y la siguieron mientras intentaba volver a la zona quemada. Le gritaban, le exigían, le insultaban, le suplicaban, le rogaban. Le amenazaban.

—¿Por qué no nos hablas?

—¿Por qué no respondes?

Porque no tenía respuestas.

—Vale —acabó diciendo—. ¡Vale, vale! —Empujó a un chaval que tenía delante y gritaba que había perdido a su hermana mayor cuando iba a visitar a una amiga. En Sherman.

—Vale —dijo Astrid—. Haremos una reunión general.

—¿Cuándo?

—Ahora. —Se abrió paso a empujones entre la multitud, que se fue acumulando en torno a ella mientras avanzaba hacia la iglesia.

Ah, cómo se reiría Sam al ver todo aquello. Se había subido más de una vez al altar para intentar apaciguar a un grupo de chavales aterrorizados. Y Astrid lo observó y juzgó su actuación. Y cuando la presión se volvió excesiva, formó el Consejo e intentó apartarlo.

«Pues bien, Sam —pensó mientras se subía al altar en ruinas—, puedes volver al trabajo cuando quieras».

El crucifijo con el que tiempo atrás Caine aplastó a un chaval llamado Cookie se había caído, lo habían levantado, se volvió a caer y lo volvieron a levantar. Ahora yacía en un montón de escombros. A Astrid le dolía verlo en el suelo. Se planteó pedir a unos voluntarios que volvieran a levantarlo, pero no era el momento. No, no era el momento para pedir nada a nadie.

Edilio se acercó con Albert, pero ninguno de los dos corrió hasta la parte delantera en solidaridad con ella.

—Si os sentáis todos e intentáis dejar de hablar a la vez, podremos hacer una reunión general —indicó Astrid.

Le replicaron con ruido y desdén. Recibió una oleada de palabras amargas.

—¡Oye, el centro comercial está cerrado, no hay comida!

—¡Nadie ha traído agua, tenemos sed!

—Daño...

—Enfermo...

—Asustado...

Y una y otra vez: «¿Dónde está Sam?, ¿dónde está Sam? Si pasan estas cosas, Sam debería estar cerca. ¿Está muerto?».

—Por lo que sé, Sam está bien —afirmó Astrid sin perder la calma.

—Sí, y como que podemos fiarnos totalmente de ti, ¿no?

—Sí —dijo Astrid sin convicción—. Podéis confiar en mí.

Lo cual provocó risas y más insultos.

Alguien gritó:

—¡Dejadla hablar, es la única que al menos lo intenta!

—¡Lo único que hace Astrid es quedarse ahí sin hacer nada! —replicó otra voz.

Astrid conocía esa voz. Era la de Howard.

—Lo único que hace Astrid es hablar —continuó Howard—. Bla, bla, bla. Y la mayor parte de lo que dice son mentiras.

La multitud de chavales se quedó callada observando mientras Howard se

levantaba despacio, rígido y se volvía a mirarlos.

—Siéntate, Howard —pidió Astrid, pero incluso ella oía el tono de derrota en su voz.

—¿Has escrito alguna clase de ley que te convierta en la jefa de todos? Porque pensaba que solo te importaban las leyes.

Astrid luchó contra el impulso de salir de allí. Como parecía haber hecho Sam, salir de la ciudad y punto. Nadie la echaría de menos.

—Tenemos que decidir cómo vamos a organizarnos y encargarnos de todo esto, Howard —prosiguió la chica—. La gente necesita comida.

—Eso es verdad —dijo una voz.

—¿Y eso cómo lo harás? —preguntó Howard.

—Vale, pues mañana todo el mundo hará su trabajo normal —propuso Astrid—. Será malo durante un par de días, pero volverá a funcionar el suministro de comida y agua. Las cosechas siguen en los campos. Los peces siguen en el océano.

Eso tuvo un efecto tranquilizador. Astrid lo notó. Sirvió para recordar a los chavales que no todo se había perdido en el incendio. Sí, igual conseguía conectar con ellos a pesar de todo.

—Háblanos de la zombi —intervino entonces Howard.

El rostro y el cuello de Astrid se sonrojaron, y delataron que se sentía culpable.

—Y luego igual nos puedes explicar por qué evitaste que Sam se cargara a Zil antes de que quemara la ciudad.

Astrid logró esbozar una sonrisa irónica.

—No me des lecciones, Howard. Eres un camello de poca monta.

Y entonces vio cómo el insulto afectaba al chico.

—Si la gente quiere comprar cosas, me aseguro de que puedan hacerlo —replicó Howard—. Igual que Albert. Nunca me pongo en un pedestal y digo que soy la hostia. Orc y yo hacemos lo que hacemos para ir tirando. No somos de esos tan perfectos y poderosos y tan por encima de todo.

—No, tú estás por debajo de todo —le espetó Astrid.

En parte sabía que mientras continuara enfrentándose a Howard, los otros no intervendrían. Pero eso no los llevaría a ninguna parte. No conseguirían nada.

—Aún no has explicado nada, Astrid —insistió Howard, como si le leyera la mente—. Olvídate de mí. Yo soy solo yo. Pero ¿qué pasa con la chica que estaba muerta y ya no lo está? ¿Y con eso de que los chavales dicen haber visto a Drake paseándose por las calles? ¿Tienes alguna respuesta, Astrid?

La chica se planteó mentir. En otro momento, otro día, habría hallado el modo de burlarse fríamente de Howard y hacerle callar. Pero parecía que ya no le salía. No en ese momento.

—Ya sabes, Howard —empezó Astrid en tono sarcástico—. Últimamente he cometido muchos errores y...

—¿Y qué pasa con la profetisa? —intervino una voz distinta—. ¿Qué pasa con Orsay?

—¿Mary? —Astrid no se lo podía creer. Era Mary Terrafino, con la cara roja de ira y la voz quebrada.

—Acabo de hablar con mi hermano. Mi hermano, que en la vida me había mentido —explicó Mary.

Recorrió el pasillo lateral de la iglesia. La multitud se abrió para dejarla pasar. Madre Mary.

—Me lo ha reconocido —explicó Mary—. Me mintió. Me mintió porque tú le dijiste que lo hiciera.

Astrid quería negarlo. Lo tenía en la punta de la lengua. Pero no consiguió hacerlo.

—Oíd todos, Mary tiene razón —volvió a intervenir Howard—. Astrid nos

dijo una mentira. Sobre Brittney y sobre Orsay.

—Orsay es un fraude... —dijo débilmente Astrid.

—Puede —concedió Howard—. Pero no lo sabemos. Nadie lo *sabe*.

—Orsay no es un fraude. Me dijo algo que solo yo sabía —la defendió Mary—. Y profetizó que se acercaba una tribulación.

—Mary, ese truco es muy viejo —la corrigió Astrid—. Esto es la ERA: siempre se acerca alguna tribulación, por si no te has dado cuenta. Estamos hasta el cuello de tribulaciones. Te está manipulando.

—Sí, no como tú. —La voz de Howard rezumaba sarcasmo.

Todos los ojos estaban puestos en Astrid. Incrédulos. Enfadados. Acusadores. Asustados.

—Orsay dice que podemos salir de aquí al saltar a los quince —dijo entonces Mary—. Me ha dicho que dejara la carga. Eso fue lo que dijo mi madre en su sueño. Deja la carga.

—Mary, ya sabes que eso... —empezó Astrid.

—No, no lo sé —Mary replicó en voz tan baja que Astrid casi no la oyó—. Y tú tampoco...

—Mary, esos niños te necesitan —suplicó Astrid.

De repente, inesperadamente, se había convertido en un asunto de vida o muerte. Mary hablaba de suicidarse. Astrid estaba segura de ello. La lógica le indicaba que debía de ser así. Pero su fe aún le mostraba algo más definitivo: ceder, rendirse, aceptar algo que parecía cuando menos un suicidio nunca podía ser algo bueno. Dios nunca haría un chiste así.

—Igual no —añadió Mary en voz baja—. Igual lo que necesitan es una manera de salir de aquí, esos chavales. Igual sus mamás y papás los están esperando y nosotros los mantenemos separados.

Y ahí estaba, lo que Astrid temía desde la primera vez que oyó una de las llamadas profecías de Orsay.

El silencio en la iglesia era prácticamente absoluto.

—Ninguno de los peques está cerca de cumplir los quince —señaló Astrid.

—Y no llegarán a los quince en este lugar horrible —comentó Mary. Se le quebraba la voz. Astrid reconocía su desesperación: ella misma la había sentido mientras soportaba el ataque del pequeño Pete. La había sentido muchas veces desde la llegada de la ERA.

—Estamos en el infierno, Astrid. —Mary casi le suplicaba que lo entendiera—. Esto... *esto* es el infierno.

Astrid se imaginaba cómo debía de ser la vida de Mary. El trabajo constante. La responsabilidad constante. El estrés increíble. La depresión. El miedo. Y todo eso era mucho peor para Mary que para los demás.

Pero aquel discurso no podía continuar. Astrid tenía que pararlo. Incluso si eso implicaba hacer daño a Mary.

—Mary, has sido una de las personas más importantes y necesarias de la ERA. —Astrid trató de medir sus palabras—. Pero sé que te ha resultado muy duro.

Astrid se sentía fatal al saber lo que iba a decir, lo que tenía que decir. Al saber que era una traición.

—Mary, mira, sé que no encuentras los medicamentos que necesitas tomarte. Sé que te has dedicado a tomar muchas pastillas para intentar controlar lo que te pasa por la cabeza.

El silencio era total en la iglesia. Los chavales miraban a Mary y, a continuación, a Astrid. Se había convertido en una prueba, en ver a quién creerían. Astrid sabía cuál sería la respuesta.

—Mary, sé que te enfrentas a la depresión y la anorexia. Cualquiera lo ve al mirarte.

La multitud escuchaba atentamente todas y cada una de sus palabras.

—Sé que te enfrentas a varios demonios, Mary.

Mary ladró una risa incrédula.

—¿Me estás llamando loca?

—Claro que no —afirmó Astrid, pero de tal manera que hasta para el más joven o tonto que hubiera en la iglesia quedó claro que eso era precisamente lo que quería decir—. Pero tienes un par de... problemas... mentales... que puede que distorsionen tu manera de pensar...

Mary se estremeció como si alguien le hubiera pegado. Miró a su alrededor, buscando una cara amiga, buscando señales de que no todos estaban de acuerdo con Astrid.

Astrid veía esas mismas caras. Se habían vuelto duras y recelosas. Pero todas las sospechas se dirigían hacia Astrid, no hacia Mary.

—Creo que tienes que quedarte un tiempo en casa —añadió Astrid—. Buscaremos a alguien que se encargue de la guardería mientras te recuperas.

Howard abrió la mandíbula de par en par.

—¿Vas a despedir a Mary? ¿Y dices que *ella* es la que está loca?

Incluso Edilio parecía perplejo.

—No creo que Astrid se refiera a que Mary deje de llevar la guardería —dijo rápidamente, con una mirada de advertencia dirigida a Astrid.

—Pues de eso estoy hablando precisamente, Edilio. Mary se ha creído las mentiras de Orsay. Es peligroso. Peligroso para Mary si decide saltar. Y peligroso para los chavales si Mary sigue escuchando a Orsay.

Mary se tapó la boca con una mano, horrorizada. La mano se dirigió hacia sus labios y luego hacia el pelo. A continuación se alisó la parte delantera de la blusa.

—¿Crees que le haría daño a alguno de mis niños?

—Mary. —Astrid consiguió encontrar un tono implacable—: eres una persona con problemas, con depresión, sin medicamentos, que dice que quizás sería mejor que esos niños se murieran y fueran con sus padres.

—Eso no es lo que... —empezó a decir Mary. Hizo un par de respiraciones rápidas y poco profundas—. ¿Sabes qué? Me vuelvo al trabajo. Tengo cosas que hacer.

—No, Mary —afirmó Astrid, convencida—. Vete a casa. —Y entonces Astrid indicó a Edilio—: si intenta entrar en la guardería, deténla.

Astrid esperaba que Edilio se mostrara de acuerdo, o al menos que hiciera lo que le mandaba. Pero cuando le devolvió la mirada, Astrid supo que no sería así.

—No puedo hacer eso, Astrid —dijo Edilio—. No dejas de decir que necesitamos leyes y todo eso, ¿y sabes qué? Que tienes razón. No tenemos ninguna ley que diga que tienes derecho a detener a Mary. ¿Y sabes qué más necesitamos? Necesitamos leyes para evitar que intentes cosas como esta.

Mary salió de la iglesia seguida de un sonoro aplauso.

—Podría hacer daño a esos niños —dijo Astrid en tono estridente.

—Sí, y Zil ha quemado la ciudad porque tú dijiste que no podíamos detenerlo —replicó Edilio.

—Soy la jefa del Consejo —insistió Astrid.

—¿Quieres que lo votemos? —preguntó Howard—. Porque podemos votar ahora mismo.

Astrid se quedó paralizada. Miró hacia el mar de caras; ninguna de ellas estaba de su parte.

—Petey, vámonos —añadió entonces.

Astrid salió de la iglesia con la cabeza erguida, pasando entre la multitud.

Otro fracaso. El único consuelo que le quedaba era que sería el último como jefa del Consejo.

TREINTA Y TRES

7 HORAS, 51 MINUTOS

—NO VEO NINGUNA mansión grande —comentó Diana—. Veo árboles.

—Bug —llamó entonces Caine.

—Buena suerte para encontrarlo —dijo Diana.

Bug resultó muy visible al ascender por encima del agua. Caine lo atrapó en cuanto empezó a caer.

Pero al llegar a lo alto del acantilado se encontraron con una hilera de árboles, no con un fabuloso escondite hollywoodense. Árboles y más árboles.

Entonces se le fue la olla a Penny. Se puso a gritar:

—¿Dónde está, dónde está? —Y a correr hacia el bosque.

—¡Bug! —gritó Caine. Pero no hubo respuesta.

—Sí —intervino Diana—. Nos fiábamos de Bug. Y aquí estamos. —La chica se volvió hacia la barca. Se alejaba cada vez más a la deriva. De vuelta a la lejana central nuclear, quizás. Igual sobrevivirían, de alguna manera. Puede que les fuera mejor que a Diana.

—¡Ovejas! —se oyó la voz de Penny a cierta distancia.

Diana intercambió una mirada con Caine. ¿Se había vuelto loca Penny? Igual

sí, pero ¿alucinaba que veía ovejas?

Los dos empezaron a dirigirse hacia los bosques. No tardaron en ver que los árboles formaban un cinturón estrecho más allá del cual se hallaba un prado soleado con hierba que les llegaba a la altura de la rodilla.

Penny estaba en el límite del prado. Miraba fijamente y señalaba y se tambaleaba como si fuera a caerse en cualquier instante.

—¿Son de verdad, no? —preguntó.

Diana se puso la mano delante de los ojos a modo de visera: sí, eran de verdad. Tres bolas de algodón de un blanco sucio, con la cara negra, casi a su alcance. Las ovejas se volvieron hacia ellos y los miraron con sus ojos estúpidos.

Caine reaccionó rápidamente. Alzó la mano y levantó a una de las ovejas por los aires. Salió volando y se estampó con una fuerza horrible contra un árbol grande. Cuando cayó al suelo la lana blanca quedó marcada de rojo.

Se abalanzaron sobre ella como tigres. Bug, que apareció de repente a su lado, desgarraba la lana, desesperado por sacar la carne. Pero solo con las manos y con las uñas quebradizas no lograban alcanzar la carne, ni siquiera con los dientes flojos y sin brillo.

—Necesitamos algo afilado —indicó Caine.

Penny encontró una piedra puntiaguda. Era demasiado pesada para transportarla, pero no para Caine. La piedra se alzó por los aires y descendió como una cuchilla de carnicero.

Resultó caótico. Pero funcionó. Y los cuatro arrancaron y desgarraron trozos de carne de oveja cruda.

—Como que hay hambre, ¿eh?

Había dos chavales ahí de pie como si hubieran salido de la nada. El más alto era el que había hablado. Tenía una expresión inteligente, burlona y cautelosa. La cara del otro chaval era impasible, inexpresiva.

Ambos iban vestidos con vendas. Con vendas envueltas en las manos. El chaval más bajo llevaba una bandana alrededor de la parte inferior de la cara.

El silencio se eternizó mientras Caine, Diana, Penny y Bug los miraban y los dos chicos les devolvían la mirada.

—¿Qué se supone que sois, momias? —acabó preguntando Diana.

Se enjugó la sangre de oveja de la boca y entonces se dio cuenta de que tenía la camisa empapada y no habría modo de limpiarla.

—Somos leprosos —dijo el chico alto.

A Diana le dio un vuelco el corazón.

—Me llamo Sanjit —prosiguió el chico alto, y alargó una mano que parecía formada de muñones de dedos envueltos en gasa—. Este es Choo.

—¡Apartaos! —replicó Caine.

—Ah, no te preocupes —continuó Sanjit—. No siempre es contagioso. Quiero decir, claro, a veces... pero no siempre.

Y dejó caer la mano a un costado.

—¿Tenéis la lepra? —preguntó Caine.

—¿Como decían en la catequesis? —añadió Bug.

Sanjit asintió.

—No es tan malo. No hace daño. Quiero decir, que si se te cae el dedo, casi como que no lo notas.

—Lo noté cuando se me cayó el pene, pero no me hizo tanto daño —explicó el que se llamaba Choo.

Penny gritó. Caine se movió, incómodo. Bug se desvaneció mientras retrocedía.

—Pero en cualquier caso la gente tiene miedo de la lepra —remató Sanjit—. Qué tontería, más bien.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Caine, receloso. Había dejado la comida en

el suelo, y tenía las manos preparadas.

—Oye, debería preguntaros a vosotros —replicó Sanjit. No con dureza, pero desde luego tampoco dispuesto a que Caine lo mangoneara—. Vivimos aquí. Vosotros acabáis de llegar.

—Además, habéis matado a una de nuestras ovejas —indicó Choo.

—Esta es la colonia leprosa de San Francisco De Sales —explicó Sanjit— ¿No lo sabíais?

Diana empezó a reírse.

—¿Una colonia leprosa? ¿Ahí estamos? ¿Por eso casi nos matamos?

—Cállate, Diana —replicó Caine.

—¿Queréis volver al hospital con nosotros? —propuso Sanjit, expectante—. Todos los pacientes, enfermas y médicos adultos han desaparecido, desaparecieron un día. Estamos solos.

—Nos habían dicho que esta era la mansión de una estrella de cine.

Sanjit entrecerró los ojos oscuros. Miró hacia la derecha, como si intentara entender lo que Diana le decía. Entonces añadió:

—Ah, ya sé de qué hablas. Todd Chance y Jennifer Brattle pagaron por este sitio. Es como su obra benéfica.

Diana no podía dejar de reírse. Una colonia leprosa. Sobre eso había leído Bug. Sobre una colonia leprosa pagada por dos estrellas de cine ricas. Su obra de caridad.

—Creo que igual Bug entendió mal algunos detalles —consiguió decir mientras le daba un ataque de risa seca que bien podría también ser de sollozos.

—Os podéis quedar con la oveja —indicó Choo.

Diana dejó de reír. Caine entrecerró los ojos.

Sanjit no tardó en añadir:

—Pero igual preferiríamos que vinierais con nosotros. Quiero decir, que estamos un poco solos.

Caine miró a Choo, y el chico le devolvió la mirada y la apartó.

—No parece que quiera que vayamos al hospital. —Caine señaló a Choo.

Diana vio miedo en los ojos del chaval más joven.

—Que se quiten las vendas —propuso Diana. Se le habían pasado las ganas de reír. Los dos chavales tenían la mirada luminosa. Sus partes visibles parecían saludables. No tenían el pelo quebradizo y estropeado como el de ella.

—Ya la habéis oído —dijo Caine.

—No —intervino Sanjit—. No es bueno que se muestre la lepra.

Caine respiró hondo.

—Contaré hasta tres y luego voy a arrojar a tu amiguito mentiroso directamente contra ese árbol. Como he hecho con la oveja.

—Lo hará —les advirtió Diana—. No penséis que no.

Sanjit dejó caer la cabeza.

—Lo siento —dijo Choo—. La he cagado.

Sanjit empezó a quitarse la gasa de los dedos perfectamente sanos.

—Vale, nos habéis pillado. Así que permitidme que os dé la bienvenida a la isla de San Francisco de Sales.

—Gracias —dijo Caine, muy seco.

—Y sí, tenemos comida. ¿Igual os gustaría venir? Eso si no queréis quedaros con vuestro sushi de oveja...

A lo largo de la mañana y el comienzo de la tarde, los niños traumatizados de Perdido Beach se dedicaron a dar vueltas, perdidos y confundidos.

Pero Albert no estaba ni perdido ni confundido. Los niños fueron pasando a lo largo del día por su oficina del McDonald's. Estaba situado en una esquina junto a la ventana para poder ver la plaza y lo que pasaba por ella.

—Hunter ha venido con un ciervo —le informó un chaval—. Y unos pájaros. Casi treinta y cinco kilos de carne útil.

—Bien —dijo Albert.

Quinn se acercó cansado y oliendo a pescado, y se hundió en el asiento enfrente de Albert.

—Hemos vuelto a salir. No nos ha ido muy bien porque empezamos tarde. Pero tenemos unos veinte kilos útiles.

—Buen trabajo —señaló Albert. Calculó mentalmente—. Tenemos unos 170 o 180 gramos de carne por cabeza. Nada de los campos. —Dio un golpecito en la mesa mientras pensaba—. No vale la pena abrir el centro comercial. Cocinaremos en la plaza. Asaremos la carne y haremos un guiso de pescado. Cóbrales un berto a cada uno.

Quinn meneó la cabeza.

—Tío, ¿de verdad quieres juntar a todos estos chavales en un solo sitio? ¿A raros y normales? ¿Con lo locos que están todos?

Albert se lo pensó.

—No nos da tiempo a abrir el centro comercial y necesitamos sacar este producto.

Quinn medio sonrió.

—Producto. —Meneó la cabeza—. Tío, el único que no me preocupa cuando acabe la ERA, o aunque no acabe, eres tú, Albert.

Albert asintió, y aceptó el cumplido como un hecho.

—Me mantengo centrado.

—Sí, sí que lo haces. —Quinn lo dijo en un tono que hizo que Albert se preguntara qué había querido decir—. Oye, por cierto, uno de mis chavales cree que ha visto a Sam. En las rocas, justo debajo de la central nuclear.

—¿Sam todavía no ha vuelto?

Quinn meneó la cabeza.

—La pregunta número uno que no dejo de oír es: ¿Dónde está Sam?

Albert torció el gesto.

—Creo que a Sam le ha dado un ataque o algo.

—Bueno, tiene derecho, ¿no? —replicó Quinn.

—Quizás —concedió Albert—. Pero más bien me parece que lo que hace es quejarse. Se ha enfadado porque ya no es el único que manda.

Quinn se movió en su asiento, incómodo.

—Él es el que se enfrenta directamente al peligro cuando la mayoría de nosotros estamos sentados o escondidos bajo la mesa.

—Sí, pero ese es su trabajo, ¿no? Quiero decir, el Consejo le paga veinte bertos a la semana, que es el doble de lo que gana la mayoría de la gente.

A Quinn no parecía gustarle mucho esa explicación.

—Pero eso no cambia el hecho de que podrían matarlo. Y, ya sabes, eso sigue sin estar muy bien pagado. Mis chavales ganan diez bertos a la semana por pescar, y el trabajo es duro, pero tío, mucha gente podría hacerlo. Solo hay un tipo que pueda hacer el trabajo de Sam.

—Sí. Es la única persona que puede. Pero lo que necesitamos es que lo haga más gente. Con menos poder.

—No te vas a poner antirraro, ¿verdad?

Albert descartó la idea.

—No me acuses de ser idiota, ¿vale? —Le irritaba que Quinn defendiera a Sam. Albert no tenía nada en contra de Sam. Sam los había protegido de Caine y del chungo de Drake y del líder de la manada. Albert lo entendía. Pero ya había pasado la época de los héroes. O al menos eso esperaba. Necesitaban hacer una sociedad de verdad con leyes, reglas y derechos.

A fin de cuentas estaban en Perdido Beach, no en Sam's Beach.

—He oído a un chaval, y ya van como cuatro, que dice que vio a Drake Merwin durante el incendio —añadió Quinn.

Albert se burló.

—Se dicen muchas tonterías por ahí.

Quinn se lo quedó mirando el tiempo suficiente como para casi incomodarlo. Entonces, añadió:

—Supongo que si resulta ser verdad más nos vale esperar que Sam decida volver.

—Orc podría encargarse de Drake, y lo haría por una pinta de vodka —señaló Albert, desdeñoso.

Quinn suspiró y se levantó para marcharse.

—A veces me preocupas, tío.

—Oye, que me dedico a alimentar a la gente, por si no te has dado cuenta —replicó Albert—. Astrid habla y Sam se queja y yo hago que salgan las cosas. Yo. ¿Por qué? Porque no hablo, solo actúo.

Quinn volvió a sentarse y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Tío, ¿no te acuerdas de los tests de la escuela? Los de elección múltiple: A, B, C, D, E o todas las anteriores.

—¿Y?

—Pues tío, que a veces la respuesta es «todas las anteriores». Este lugar te necesita, necesita a Astrid, necesita a Sam. Son todas las anteriores, Albert.

Albert pestañeó.

—Quiero decir, no te ofendas —añadió rápidamente Quinn—. Pero es que Astrid no para de decir que necesitamos algún tipo de sistema, y tú te dedicas a contar tu dinero, y Sam se comporta como si pensara que todos debemos callarnos y apartarnos de su camino y dejar que fría a cualquiera que se meta con él. Y ninguno de los tres dais realmente la cara. No trabajáis juntos, que es lo que necesitamos que hagáis las personas normales. Porque, y, de verdad, no quiero ponerme gilipollas contigo ni nada, pero oye: necesitamos un sistema, y de verdad te necesitamos a ti y a tus bertos, y a veces necesitamos que venga Sam y patee a alguien.

Albert no dijo nada. Su cerebro daba vueltas, pero al cabo de un minuto se dio cuenta de que no había dicho nada y de que Quinn esperaba respuesta y de que estaba un poco asustado porque esperaba que Albert la tomara con él.

Quinn volvió a levantarse. Meneó la cabeza, compungido, y añadió:

—Vale, ya lo pillo. Me concentraré en pescar.

Albert lo miró a los ojos.

—Cocina en la plaza esta noche. Haz correr la voz, ¿vale?

TREINTA Y CUATRO

7 HORAS, 2 MINUTOS

DIANA SE PUSO a llorar cuando Sanjit le plantó el cuenco de Cheerios delante. Vertió leche de la que podía conservarse sin frío, y la leche era tan blanca, y los cereales olían tan bien, y hacían un ruidito tan fantástico al chapotear en el bol azul...

Iba a cogerlos con los dedos hasta que se fijó en la cuchara. Estaba limpia. Brillante.

Con dedos temblorosos, metió la cuchara en los cereales y se la llevó a los labios. Entonces, durante unos instantes, el resto del mundo desapareció. Caine y Penny devoraron sus cuencos, y Bug resultó completamente visible mientras hacía lo mismo. Pero lo único que veía Diana, lo único que sentía era el crujido fresco, el subidón de azúcar, el impacto de reconocerlo.

Sí, aquello era comida.

Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Diana hasta la cuchara, lo que añadió un toque salado al segundo mordisco.

Parpadeó y vio que Sanjit la miraba. Tenía la caja de cereales lista en una mano y el cartón de leche en la otra.

Penny se rio y se le cayó cereal y leche de los labios.

—Comida —dijo Caine.

—Comida. —Bug estaba de acuerdo.

—¿Qué más tenéis? —preguntó Caine.

—Tómalo con calma —le aconsejó Sanjit.

—No me digas cómo hacerlo.

Sanjit no se amilanó.

—No eres la primera persona hambrienta que veo.

—¿Alguien más de Perdido Beach? —quiso saber Caine, bruscamente.

Sanjit intercambió una mirada con el chico más joven, Virtue. Le había dicho a Diana que ese era su nombre de verdad.

—Así que las cosas están bastante mal en el continente —señaló Sanjit.

Caine se terminó los cereales.

—Más.

—Si una persona hambrienta come demasiado de golpe, se pone enferma —le advirtió Sanjit—. Lo acabas vomitando todo.

—Más. —El tono amenazante de Caine era inequívoco.

Sanjit le rellenó el cuenco y, a continuación, hizo lo mismo con los demás.

—Siento que no tengamos Cap'n Crunch o Froot Loops —se disculpó Sanjit—. A Jennifer y Todd les preocupaba el tema nutritivo. Supongo que no les gustaría que les hicieran fotos con niños gordos.

Diana percibió el tono sardónico. Y cuando engulló el segundo cuenco se dio cuenta, también, de que tenía retortijones. Así que se obligó a parar.

—Hay mucha comida —dijo Sanjit amablemente, solo a ella—. Tomaos vuestro tiempo. Dejad que el cuerpo se adapte.

Diana asintió.

—¿Dónde has visto gente hambrienta?

—Donde me crié. Había mendigos. A veces igual se ponían demasiado enfermos para pedir, o tenían una mala racha, y entonces pasaban mucha hambre.

—Gracias por la comida —dijo Diana. Se enjugó las lágrimas y trató de sonreír. Pero entonces recordó que tenía las encías inflamadas y rojas y que su sonrisa no era muy atractiva.

—A veces también tenían el escorbuto —añadió Sanjit—. Vosotros lo tenéis. Os traeré vitaminas a todos. Estaréis mejor en pocos días.

—El escorbuto. —A Diana le parecía ridículo, el escorbuto era algo propio de las películas de piratas.

Caine recorrió la habitación con la mirada, examinándola. Se encontraban en una mesa enorme de madera justo a continuación de la cocina. Podrían haber treinta personas sentadas sobre bancos largos.

—Buen sitio —dijo entonces, agitando la cuchara y señalando la habitación.

—Es la mesa del personal —señaló Virtue—. Pero comemos aquí porque la mesa familiar es incómoda. Y el comedor formal... —dejó de hablar, temiendo decir algo que no debiera.

—Así que sois como superricos —comentó Penny.

—Nuestros padres lo son —dijo Virtue.

—Nuestros padrastros —lo corrigió Sanjit.

—Jennifer y Todd: J-Todd —recordó Caine—. Así los llamaban, ¿no?

—Creo que preferían «Toddifer» —dijo Sanjit.

—Así que, ¿cuánta comida tenéis? —preguntó Caine abruptamente. No le gustaba que Sanjit no temblara de miedo.

Diana se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que alguien no sentía miedo ante Caine. Sanjit no tenía ni idea de a qué se enfrentaba.

Pues bien, Sanjit no tardaría en averiguarlo.

—Choo, ¿cuánta comida tenemos?

Virtue se encogió de hombros.

—Cuando lo calculé, era suficiente para que nos durara seis meses a los dos —respondió.

—¿Solo estáis vosotros dos? —preguntó Diana.

—Pensaba que J-Todd tenían como diez niños o yo que sé —comentó Bug.

—Cinco —dijo Sanjit—. Pero no estábamos todos en la isla.

Diana no se lo creyó. En ese mismo momento, en cuanto las palabras salieron de la boca de Sanjit, no se las creyó. Pero guardó silencio.

—Diana, ¿ya has leído a nuestros dos amigos? —intervino Caine.

Entonces Diana le dijo a Sanjit:

—Tengo que cogerte la mano. Solo un instante.

—¿Por qué? —preguntó Virtue, para defender a su hermano.

—Puedo saber si tienes extrañas... mutaciones —explicó Diana.

—Como él —Sanjit señaló a Caine.

—Esperemos que no. —El estómago de Diana ya se estaba acomodando y de verdad de verdad quería saber qué más había tras las puertas de la despensa.

Sanjit le dio la mano. Con la palma hacia arriba. Como si fuera un gesto de paz. Con la mano abierta. Confiada. Pero sus ojos indicaban lo contrario.

Diana se la cogió. La mano de Sanjit estaba quieta. La de ella temblaba.

Diana cerró los ojos y se concentró. Llevaba tiempo sin hacerlo. Intentó recordar la última vez. Sus recuerdos se hallaban en fragmentos desperdigados, y resultaba demasiado agotador intentar entenderlos.

Pero sintió que funcionaba. Cerró los ojos con fuerza, aliviada y asustada al mismo tiempo.

—Es un cero —indicó Diana, y entonces se dirigió a Sanjit—. Lo siento, no quería que sonara así...

—No me lo ha parecido... —repuso Sanjit.

—Y ahora tú —dijo Diana a Virtue.

Virtue extendió la mano como si fuera a estrechársela. Con los dedos enroscados como si pensara cerrarlos en un puño. Diana le cogió la mano. Allí había algo. No eran dos barras, no llegaba. Se preguntaba cuál sería su poder, y si él lo sabía siquiera.

Las mutaciones se daban en distintos grados, en distintos momentos. La mayoría de los chavales no parecía desarrollar poderes. Algunos los desarrollaban, pero eran inútiles. Solo había leído cuatro barras dos veces: en Caine y Sam.

—Tiene una —indicó a Caine.

Caine asintió.

—Bien, eso es malo y bueno a la vez. Malo porque si tuvieras poderes importantes podrías serme útil. Y bueno porque, como no es así, no tengo muchos motivos para preocuparme por ti.

—Eso parece un poco estúpido —intervino Sanjit.

Bug y Penny lo miraban sin creérselo.

—Quiero decir, que parece buena idea, pero si lo piensas, pues como que no tiene sentido —se explicó Sanjit—. Si yo tuviera esos poderes de los que hablas, sería una amenaza. No los tengo, así que no soy tan útil como lo sería si los tuviera. «Útil» y «amenazador» son en realidad lo mismo en este caso. —Pero mostró una enorme sonrisa aparentemente inocente al decirlo.

Caine le devolvió la sonrisa. Pero era como si un tiburón sonriera a Nemo.

No, no era así. La sonrisa de Sanjit era más astuta. Como si supiera que lo que hacía era peligroso.

No muchos aguantaban ante Caine. Diana sí. Pero hacía tiempo que sabía que eso era parte de lo que le atraía de ella: Caine necesitaba alguien que no se dejara intimidar.

Pero eso no iba a funcionar con Sanjit. Diana se preguntó si había alguna manera de advertirle de que no se enfrentaba al típico matón de patio de colegio que le haría una trastada.

Diana veía la luz peligrosa en los ojos de Caine. Sentía cómo todos contenían el aliento. Sanjit también debía de hacerlo. Pero aguantó la mirada a Caine y mantuvo la sonrisa contagiosa.

—Tráeme algo más de comer —acabó diciendo Caine.

—Claro que sí. —Sanjit salió y Virtue fue tras él.

—Miente respecto a algo —dijo Caine a Diana en voz baja.

—La mayoría de la gente miente —repuso Diana.

—Pero tú no, Diana. A mí no.

—Claro que no.

—Oculto algo —insistió Caine. Pero entonces Sanjit y Virtue volvieron cargados con una bandeja repleta de latas de melocotón, y una caja de galletas saladas con tubos de gelatina y mantequilla de cacahuete. Lujos inimaginables que valían mucho más que el oro.

Diana pensaba que fuera lo que fuera lo que ocultara Sanjit, no era ni de lejos tan importante como lo que les daba.

Comieron más y más y más. No les importaba que les entraran retortijones. No les importaba que les retumbara la cabeza.

Ni siquiera les importó cuando el cansancio y el agotamiento se apoderaron de ellos y se les fueron cerrando los ojos.

Penny se resbaló de la silla como un borracho que se hubiera desmayado. Diana miró a Caine con los ojos empañados para ver si iba a reaccionar. Pero Caine se limitó a apoyar la cabeza sobre la mesa.

Bug roncaba.

Diana miró a Sanjit, sin poder apenas fijar la vista, y el chico le guiñó el ojo.

—Aah —dijo entonces la chica, y cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza.

—Se va a poner muy feo cuando se despierten —se lamentó Virtue—. Igual deberíamos matarlos.

Sanjit agarró a su hermano y se lo acercó para darle un abrazo rápido.

—Sí, claro. Porque somos un par de asesinos desesperados.

—Aunque Caine igual lo es... Cuando se despierte.

—El Ambien que les he dado debería mantenerlos dormidos al menos durante un rato. Y cuando se despierten, estarán atados. Y nos habremos ido —explicó Sanjit—. O eso espero. Tal y como parece que pintan las cosas, más vale que primero dediquemos un rato a cargar comida. Lo que significa subir y bajar y subir y bajar.

Virtue tragó saliva.

—¿De verdad vamos a hacerlo?

La sonrisa de Sanjit se esfumó.

—Lo voy a intentar, Choo. Es lo único que puedo hacer.

TREINTA Y CINCO

1 HORA, 27 MINUTOS

POR FIN SAM estaba donde sabía que terminaría. Tardó todo el día en llegar hasta allí, y cuando lo hizo el sol ya se hundía en dirección al horizonte falso.

La central nuclear de Perdido Beach estaba sumida en un silencio inquietante. En los viejos tiempos no dejaba de rugir. No debido al reactor en sí, sino a las turbinas gigantes que convertían el vapor supercaliente en electricidad.

Las cosas estaban tal y como las dejó. Había un agujero perforado en la pared de la sala de control. Coches estampados por aquí y por allá por Caine o Dekka. Restos de una batalla que tuvo lugar pocos meses atrás.

Sam recorrió la sala de la turbina. Las máquinas eran grandes como casas, y estaban encorvadas, enroscadas, como monstruos de metal convertidos en chatarra.

La sala de control también estaba como la dejaron Caine y él. Jack había arrancado la puerta de los goznes. Había sangre seca, sobre todo de Brittney, formando una costra marrón hojaldrada sobre el suelo pulido.

Los ordenadores antiguos no mostraban imagen. Todos los pilotos de advertencia e indicadores estaban apagados, a excepción del débil halo que proyectaba la única luz de emergencia aún encendida. No tardarían en acabársele las pilas.

A Sam no le extrañaba que Jack se negara a volver a aquel lugar. No tenía

miedo de la radiación. Tenía miedo de los fantasmas. Sam pensó que a Jack también le dolía muchísimo ver máquinas que se habían vuelto inútiles.

Los pasos del chico resonaban levemente al avanzar. Sabía dónde iba, dónde debía ir.

Había una placa en un escritorio, una señal de advertencia que cambiaba de color cuando los niveles de radiación eran elevados. Sam la cogió y la miró, sin saber si le importaba.

Tanto si era seguro como si no, iba a entrar en el reactor.

La luz se filtraba a través del agujero que Caine había perforado en la vasija de contención de cemento. Pero era una luz débil: el atardecer se reflejaba en las montañas.

Sam alzó la mano e hizo una bola de luz. Pero la bola solo mostró sombras.

Alcanzó el lugar, el lugar donde Drake le demostró que podía provocar una reacción en cadena y matar a todos los seres vivos de la ERA.

El lugar donde Drake le mostró cuánto le costaría evitarlo.

El suelo donde Sam yació y dejó que le diera una paliza.

Sam vio el envoltorio de la jeringuilla de morfina que Brianna le clavó. Y allí también el suelo estaba cubierto de una capa marrón hojaldrada.

¡Un ruido! Sam se dio la vuelta de golpe, alzó las manos y disparó rayos brillantes de luz.

Algo crujió. Sam volvió a disparar y barrió la sala con el rayo de luz de izquierda a derecha, despacio, quemando todo lo que tocaba.

La escalera de una pasarela cayó con estrépito al suelo. El monitor de un ordenador explotó como una bombilla quemada.

Sam se agachó, preparado, atento.

—Si hay alguien ahí más vale que me lo diga —anunció a las sombras—. Porque lo mataré.

No se oyó ninguna voz.

Sam hizo una segunda bola de luz y la lanzó por encima de su cabeza. Ahora las sombras se entrecruzaban, al proyectarlas dos luces que competían.

Hizo otra luz y luego otra y luego otra. Las hizo a voluntad y las dejó colgando en el aire como farolillos japoneses. No veía a nadie.

Los rayos habían cortado cables y fundido tableros de mandos. Pero no había cuerpos en el suelo.

—Una rata, probablemente —dijo.

Sam temblaba. Las luces no eran suficientes, seguía estando demasiado oscuro. Y aunque hubiera luz, podría haber algo oculto en cualquier parte. Había demasiados rincones, demasiadas máquinas por en medio que podían ocultar a alguien.

—Una rata —repitió, sin convicción—. Algo.

Pero Drake no.

No, Drake estaba en Perdido Beach, si es que realmente estaba en algún sitio además de en la imaginación desbordada de Sam.

La cámara del reactor solo estaba un poco más iluminada que cuando entró en ella. No encontró nada. No descubrió nada.

—Pero lo he quemado todo —señaló.

¿Y qué había conseguido? Nada.

Sam se metió una mano por el cuello de la camiseta. Se tocó la piel del hombro. Luego se metió la mano por la cintura y se tocó el pecho y el estómago. Con ambas manos se pasó los dedos por los costados y la espalda. Eran heridas nuevas, marcas aún recientes del látigo de Drake. Pero peor aún era el recuerdo de las viejas.

Allí estaba. Y estaba vivo. Estaba herido, sí, pero no le colgaba la piel a jirones.

Y desde luego estaba vivo.

—Bien. Pues ahí queda eso.

Necesitaba volver a aquel lugar porque aquel lugar le aterrorizaba. Necesitaba tomar posesión de aquel lugar. Del lugar donde suplicó morir.

Pero no murió.

Fue apagando uno a uno los soles de Sammy, hasta que solo los rayos débiles e indirectos del atardecer iluminaron la sala.

Permaneció quieto un instante, esperando que ese fuera el adiós a aquel lugar.

Se volvió y se marchó de vuelta a casa.

Brittney se despertó boca abajo en la arena. Durante un instante terrible pensó que volvía a estar bajo tierra.

El Señor podía pedirle cualquier cosa, pero por favor Dios, eso no. Eso no.

Se dio la vuelta, parpadeó y se sorprendió al ver que el sol seguía en el cielo.

Se encontraba por encima de la línea de la marea, a varios metros del fino encaje de las olas. Algo, un bulto empapado del tamaño de una persona, se encontraba entre ella y el agua. Estaba medio metido en las olas, con las piernas estiradas en la tierra seca, como si hubiera corrido para meterse en el océano, hubiera tropezado y se hubiera ahogado.

Brittney se puso en pie. Se sacudió la arena húmeda de los brazos, pero se quedó pegada al barro gris que la cubría de la cabeza a los pies.

—¿Tanner?

Pero su hermano no estaba cerca. Estaba sola. Y al darse cuenta, el miedo provocó que se pusiera a temblar. Miedo por primera vez desde que salió del

subsuelo. Era un monstruo oscuro y devorador de almas, ese miedo.

—¿Qué soy? —se preguntó.

No podía apartar la vista del cuerpo. No podía evitar que sus pies se acercaran a él. Tenía que verlo, aunque ya sabía, en su interior sabía, que lo que vería la destruiría.

Brittney se incorporó por encima del cuerpo. Lo miró. Tenía la camisa hecha jirones. La carne hinchada y lacerada. Las señales de un látigo.

Un ruido animal terrible se quedó atascado en su garganta. Brittney estaba allí, inconsciente en la arena, cuando ocurrió. Estaba ahí mismo, a poca distancia del demonio que atizó al pobre chico.

—El demonio —dijo Tanner al aparecer junto a ella.

—No lo he detenido, Tanner. He fracasado.

Tanner no dijo nada y Brittney lo miró, suplicante.

—¿Qué me está ocurriendo, Tanner? ¿Qué soy?

—Eres Brittney. Un ángel del Señor.

—¿Qué es lo que no me cuentas? Sé que hay algo. Lo noto. Sé que no me lo estás contando todo.

Tanner no sonrió. No respondió.

—No eres real, Tanner. Estás muerto y enterrado. Te estoy imaginando.

Brittney miró en dirección a la arena húmeda. Dos tipos de huellas llegaban a ese lugar. Las de ella y las del chico en la arena. Pero había otras huellas que no eran ni de la chica ni del chico. Y esas huellas no se extendían por la playa. Solo estaban ahí, como si fueran de alguien que se hubiera materializado de la nada y luego hubiera desaparecido.

Al ver que Tanner seguía sin decir nada, Brittney le suplicó:

—Dime la verdad, Tanner —y añadió en un suspiro tembloroso—: ¿He sido

yo?

—Has venido para luchar contra el demonio —respondió Tanner.

—¿Cómo puedo luchar contra un demonio cuando no sé quién o qué es, y cuando ni siquiera sé quién soy yo?

—Sé Brittney —dijo Tanner—. Brittney era buena, valiente y fiel. Brittney llamaba a su Salvador cuando se sentía débil.

—Brittney era... has dicho Brittney *era*.

—Me has pedido que te dijera la verdad.

—Sigo muerta, ¿verdad?

—El alma de Brittney está en el cielo. Pero tú estás aquí. Y te resistirás al demonio.

—Hablo a un eco de mi mente —afirmó Brittney, no dirigiéndose a Tanner sino a sí misma. Se arrodilló y se llevó la mano a la cabeza húmeda y alborotada—. Bendito seas, pobre chico.

Entonces se levantó y se volvió hacia la ciudad. Allí es donde iría. Allí es donde sabía que también iría el demonio.

Mary preparaba el horario de la semana siguiente en su pequeña oficina atestada. John estaba de pie en la puerta.

Empezaban a cocinar en la plaza. Mary lo olía, pese a la peste omnipresente de pis, caca, pintura, pasta y roña.

Carne a la brasa, crujiente. Tendría que tragar un poco, y hacerlo en público. O todos se la quedarían mirando y la señalarían y susurrarían «anoréxica».

«Loca. Inestable».

«A Mary se le va».

Ya no era Madre Mary. Era Mary la loca. Mary sin medicamentos. O Mary la drogata. Todos lo sabían, gracias a Astrid. Todos lo sabían. Todos podían imaginárselo. Mary en busca de Prozac y Zoloft como Gollum persiguiendo el anillo. Mary metiéndose el dedo en la garganta para vomitar comida mientras que otra gente normal solo podía comer insectos.

Y ahora además pensaban que se había dejado embaucar por una farsante. Que Orsay la había engañado.

Pensaba que era una suicida. O peor aún.

—Mary —la llamó John—. ¿Estás lista?

Era tan dulce, su hermanito... Su hermanito mentiroso, tan dulce y tan atento... Claro que sí... No quería quedarse solo a cargo de todos esos niños.

—Esa comida huele bien, ¿eh? —comentó John.

Olía a grasa rancia. Era un olor nauseabundo.

—Sí —respondió Mary.

—Mary...

—¿Qué? —replicó Mary—. ¿Qué quieres de mí?

—Yo... mira, siento haber mentido... sobre Orsay.

—Sobre la profetisa, querrás decir.

—No creo que sea una profetisa —comentó John, y dejó caer la cabeza.

—¿Por qué?, ¿porque no está de acuerdo con Astrid?, ¿porque no cree que tengamos que quedarnos atrapados aquí?

John se acercó y puso la mano sobre el brazo de Mary, que se zafó de él.

—Me lo prometiste, Mary —suplicó John.

—Y tú me has mentido —replicó Mary.

Había lágrimas en los ojos de su hermano.

—Es tu cumpleaños, Mary. Dentro de una hora. No deberías perder el tiempo con el horario, deberías estar preparándote. Tienes que prometerme que no me abandonarás a mí o a estos niños.

—Ya te lo he prometido. ¿Me estás llamando mentirosa?

—Mary... —suplicó John. Se le habían acabado las palabras.

—Prepara a los niños para salir —le ordenó la chica—. Están preparando comida. Tenemos que conseguir nuestra parte para los peques.

TREINTA Y SEIS

47 MINUTOS

SE HABÍA CORRIDO la voz sobre la cena. Pero realmente no hacía falta. Bastaba con el olor de la comida al cocinarse. Albert lo había dispuesto todo con su eficiencia habitual.

Astrid estaba sentada en los escalones del ayuntamiento. El pequeño Pete estaba sentado unos pocos escalones detrás de ella, jugando con su consola apagada como si le fuera la vida en ello.

Astrid tragó saliva, nerviosa. Alisó las dos hojas de papel que llevaba en la mano. No dejaba de arrugarlas inconscientemente y, a continuación, al darse cuenta de lo que hacía, las volvía a alisar. Se sacó un bolígrafo del bolsillo de atrás, tachó algunas palabras, volvió a escribirlas y se puso otra vez a arrugar y alisar el papel.

Albert estaba cerca, observando toda la plaza, con los brazos cruzados sobre el pecho. Era, como de costumbre, la persona más pulcra, limpia, tranquila y centrada del lugar. Astrid envidiaba ese rasgo de Albert: se fijaba un objetivo y nunca parecía dudar al respecto. Astrid estaba casi resentida por cómo se le acercó y le ordenó que dejara de lamentarse y se pusiera las pilas.

Pero funcionó. Por fin había hecho lo que tenía que hacer. O eso esperaba. Aún no se lo había enseñado a nadie. Por si la gente decidía que estaba loca. Pero esperaba que no, porque pese a lo mucho que había llegado a dudar de sí misma, tras la cantidad de insultos que había aguantado, seguía creyendo que tenía razón. La ERA no podía consistir solamente en Albert haciendo dinero y Sam pateando a

diestro y siniestro. La ERA necesitaba reglas, leyes y derechos.

La gente se acercaba atraída por el olor de la carne. No había mucha por persona, Albert lo había dejado claro, pero, tras el incendio, dado que muchos chavales habían perdido sus escasas provisiones, y como no había llegado nada de los campos, la perspectiva de cualquier clase de alimento provocaba que les sonaran las tripas y se les hiciera la boca agua.

Albert tenía guardias preparados, cuatro de los suyos armados con bates de béisbol, el arma básica de la ERA. Y dos chavales de Edilio y el propio Edilio se paseaban con armas colgando de los hombros.

Lo raro era que a Astrid ya no le parecía raro. Un chaval de nueve años cubierto de harapos compartía una botella de whisky con otro de once con la cabeza rapada y una capa hecha con una sábana verde oliva. Había chavales con los ojos hundidos. Chavales con heridas abiertas, a los que no habían tratado, y en los que apenas se reparaba. Chicos que solo llevaban bóxers y botas. Chicas que llevaban los vestidos brillantes de sus madres, acortados a tijeretazos. Una chica había intentado quitarse los aparatos con unos alicates y ahora no podía cerrar la boca debido al alambre irregular que le salía de los incisivos.

Y armas. Armas por todas partes. Cuchillos, desde cuchillos grandes de chef metidos en el cinturón a cuchillos de caza metidos en fundas de cuero decoradas. Palancas. Trozos de tuberías con mangos pegados y cordones. Algunos se habían vuelto aún más creativos. Astrid vio a un chaval de siete años que llevaba la pata de una mesa de madera a la que había pegado trozos grandes de cristal roto.

Y todo eso se había vuelto normal.

Fue en aquella plaza donde los coyotes atacaron a niños que gritaban indefensos, y eso cambió la actitud de la gente con relación a las armas.

Y, al mismo tiempo, las niñas llevaban muñecas. Los niños llevaban los bolsillos traseros repletos de figuritas de acción. Aún sobresalían cómics manchados, rotos y raídos de las cinturillas, o agarrados por manos con uñas tan largas y sucias como las de un lobo. Los chavales empujaban carritos de bebé cargados con las pocas posesiones que tenían.

Incluso en el mejor momento, los chavales de Perdido Beach eran un desastre. Pero era mucho peor ahora, tras el incendio. Los chavales seguían negros de hollín y grises de ceniza.

El ruido de fondo era de toses. Astrid tuvo el pensamiento sombrío de que la gripe que corría por ahí seguro que iba a extenderse entre aquella multitud. Los pulmones afectados por la inhalación de humo serían especialmente vulnerables.

Pero Astrid se recordó que seguían vivos. Contra todo pronóstico, más del noventa por ciento de los chavales que quedaron atrapados en la ERA seguían vivos.

Mary sacó a los preescolares de la guardería en dirección a la plaza. Astrid la miraba atentamente. Parecía la Mary de siempre. Agarró a un niñita que por poco choca contra un chico subido a un monopatín.

¿Se había equivocado con Mary? Mary nunca la perdonaría.

—Bueno, ¿y qué? —murmuró Astrid, cansada—. Nunca he llegado a ser popular...

Entonces, Zil y media docena de chavales de su pandilla entraron chuleándose en la plaza desde el extremo más alejado. Astrid se quedó boquiabierta. ¿Se volvería la multitud en su contra? Casi esperaba que sí. La gente pensaba que si no había dejado que Sam fuera tras Zil en realidad era porque ella no despreciaba al líder de la Pandilla Humana. Pero se equivocaban. Astrid odiaba a Zil. Detestaba todo lo que había hecho y todo lo que había intentado hacer.

Edilio se interpuso rápidamente entre Zil y unos chavales que habían empezado a avanzar hacia él, con palos y cuchillos preparados.

Los chavales de Zil iban armados con cuchillos y bates, igual que los que querían ir a por ellos. Pero Edilio llevaba un rifle de asalto.

Astrid detestaba que, a menudo, la vida tendiera a reducirse a eso: «mi arma es más grande que la tuya».

Si Sam estuviera allí, todo dependería de sus manos. Todo el mundo había visto lo que Sam podía hacer, u oído historias contadas con vívidos detalles. Nadie retaba a Sam.

—Y por eso es peligroso... —murmuró Astrid para sí.

Pero también era eso mismo lo que la había mantenido con vida en más de una ocasión. A ella y al pequeño Pete.

Astrid detestaba a Sam por lo que estaba haciendo, por retirarse de esa manera. Por desaparecer. Era un comportamiento pasivo agresivo, indigno de él.

Pero otra parte de Astrid se alegraba de que no estuviera. Si estuviera en la plaza, todo giraría en torno a él. Si Sam estuviera en la plaza entonces todo lo que dijera Astrid estaría condicionado por lo que Sam dijera o hiciera. Los chicos se fijarían en la cara de Sam, esperando a ver si asentía o se reía o esbozaba una sonrisa irónica o les lanzaba esa mirada fría como el acero que acostumbraba a poner durante los últimos meses.

Orc se abrió paso entre la multitud. La gente se apartaba para dejarle pasar. Astrid detectó a Dekka, aislada como siempre de los otros chavales, de modo que parecía tener un campo de fuerza a su alrededor. La única persona a la que Astrid no veía era a Brianna, y no era precisamente alguien que te saltaras o pasaras por alto. Debía de estar demasiado enferma para salir.

—Ha llegado la hora —dijo Albert por encima del hombro.

—¿Ahora? —Astrid estaba sorprendida.

—En cuanto les demos de comer se irán por distintos lados. He conseguido que vinieran y se están comportando por la comida. En cuanto desaparezca la comida...

—Vale. —Astrid tenía un nudo en la garganta. Volvió a arrugar los papeles y de repente se puso en pie.

—Como Moisés, ¿eh? —comentó Albert.

—¿Qué?

—Como Moisés bajando de la montaña con los Diez Mandamientos —señaló Albert.

—Pero esos los escribió Dios —lo corrigió Astrid—. Esto no.

Astrid tropezó al bajar los escalones, pero consiguió no caerse. Nadie le prestaba especial atención cuando se introdujo entre la multitud. Uno o dos chavales la saludaron. Muchos más hicieron comentarios groseros u hostiles. Pero los chavales estaban más bien concentrados en las fogatas pequeñas, donde se doraban el venado y los trozos de pescados ensartados en pinchos hechos con

perchas de alambre.

Astrid llegó hasta la fuente. Estaba lo bastante cerca de los fuegos donde se cocinaba para que los chavales repararan en ella cuando se subió a la fuente y desdobló los papeles.

—Escuchad todos... —empezó.

—Ah, poorfa... un discurso no —interrumpió una voz.

—Yo... yo solo tengo que decir unas cosas. Antes de que comáis —señaló Astrid.

Se oyó un gemido. Un chico cogió un terrón de tierra y se lo arrojó con mala puntería y escaso convencimiento a Astrid. Orc dio dos pasos apartando a dos chavales y profirió un gruñido bajo con el rostro aterrador pegado a la nariz del chico. Así dejaron de arrojarle tierra.

—Adelante, Astrid —rugió Orc.

Astrid se percató de que Edilio ocultaba una sonrisa. Un millón de años atrás, en su antigua vida, Astrid había dado clases particulares a Orc.

—Vale —empezó otra vez Astrid. Respiró hondo, intentando calmarse—. Yo... Vale... Cuando llegó la ERA, todas nuestras vidas cambiaron. Y desde entonces lo que hemos intentado hacer es ir tirando, día a día. Hemos tenido suerte porque algunas personas han trabajado muy duro y se han arriesgado mucho para ayudarnos a conseguirlo.

—¿Podemos comer ahora? —exclamó un chaval más joven.

—Y todos nos hemos concentrado en ir tirando y en lo que hemos perdido. Pero ha llegado la hora de empezar a trabajar para el futuro. Porque vamos a estar un tiempo aquí. Puede que el resto de nuestras vidas.

El último comentario suscitó algunas palabras muy duras, pero Astrid prosiguió.

—Necesitamos reglas y leyes y derechos y de todo. Porque necesitamos justicia y paz.

—¡Yo solo quiero comida! —gritó una voz.

Pero Astrid siguió avanzando.

—Así que todos podréis votar. Pero he escrito una lista de leyes. Es muy sencilla.

—Sí, porque somos demasiado estúpidos... —intervino Howard, que de repente estaba justo delante de ella.

—No, Howard. Si alguien es estúpido, esa soy yo. No dejaba de buscar un sistema perfecto en el que no hubiera que comprometer nada.

Ese comentario atrajo la atención de unos cuantos chavales más.

—Bueno, pues no hay un sistema perfecto. Así que he escrito unas leyes imperfectas —y empezó—: regla número uno: todos nosotros tenemos el derecho a ser libres y hacer lo que queramos siempre y cuando no hagamos daño a nadie.

Esperó. Nadie la interrumpió. Ni siquiera Howard.

—Dos: nadie puede hacer daño a otro excepto en legítima defensa.

Le prestaban atención a regañadientes. No todos. Pero algunos sí, y cada vez más a medida que continuaba.

—Tres: nadie puede robar las posesiones de otra persona.

—Tampoco es que haya mucho que robar —señaló Howard, pero le hicieron callar.

—Cuatro: todos somos iguales y tenemos exactamente los mismos derechos. Seamos raros o normales.

Astrid vio un destello de rabia en el rostro de Zil. Miraba a su alrededor, parecía querer calcular cuán nerviosa estaba la multitud. Astrid se preguntaba si el chico intervendría ahora o esperaría a otra oportunidad.

—Cinco: cualquiera que cometa un delito —tanto robar como hacer daño a alguien— será acusado y juzgado por un jurado de seis chavales.

Algunos volvían a perder el interés y empezaban a mirar de soslayo hacia la comida. Pero otros esperaban pacientes. Respetuosos incluso.

—Seis: mentir al jurado es delito. Siete: las penas pueden ir de una multa al encierro en una celda durante un periodo de un mes o más, o al exilio permanente de Perdido Beach.

A la mayoría de la multitud le gustó esta última regla. Los chavales se pusieron a payasear un poco, señalándose los unos a los otros, dándose algunos empujones, la mayoría en plan inocente.

—Ocho: elegiremos un Consejo nuevo cada seis meses. Pero el Consejo no puede cambiar estas nueve primeras reglas.

—¿Ya estamos? —preguntó Howard.

—Una más. La novena —dijo Astrid—. Y esta es la que más me hace dudar, porque detesto la idea, pero no veo otra manera de hacerlo. —Miró a Albert y luego asintió en dirección a Quinn, que frunció el ceño y parecía confundido.

Y esta fue la que consiguió captar la atención de todos. Astrid dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Todo el mundo tiene que acatar estas reglas. Sea raro o normal. Ciudadano normal o miembro del Consejo. Excepto...

—¿Excepto Sammy? —añadió Howard.

—¡No! —replicó Astrid. Y entonces, más calmada, negándose a que la provocaran, continuó—: no, no excepto Sam. Excepto en caso de urgencia. El Consejo tendrá derecho a suspender las otras reglas durante un periodo de veinticuatro horas si se produce una urgencia mayúscula. En ese caso el Consejo puede nombrar a una persona, o a varias, para que hagan de defensores de la ciudad.

—Sam —dijo Howard, y se rio cínicamente.

Astrid no le hizo caso y, en cambio, se concentró en Zil:

—Y si te parece que esto va dirigido a ti, Zil, pues piensa que sí.

Y en voz más alta, Astrid aclaró:

—Todos tendréis oportunidad de votar, pero por ahora, temporalmente, estas reglas serán la ley en cuanto la mayoría del Consejo diga que sí.

—Yo voto que sí —dijo Albert rápidamente.

—¡Yo también! —exclamó Edilio desde algún punto entre la multitud.

Howard puso los ojos en blanco, miró a Orc, que asintió con la cabeza. Howard suspiró melodramáticamente.

—Sí, lo que sea.

—Pues vale —resumió Astrid—. Con mi voto son cuatro de siete. Así que... estas son las reglas de Perdido Beach. Las leyes de la ERA.

—¿Y ahora podemos comer? —preguntó Howard.

—Y una última cosa —añadió Astrid—. He mentido a la gente. Y he hecho que otra gente mintiera. Eso no va contra las reglas, pero sigue estando mal. Y hará que los chavales no confíen en mí en el futuro. Así que dejo el Consejo de la ciudad. Desde ya mismo.

Howard empezó a aplaudir despacio en plan irónico. Astrid se rio. No le molestaba. De hecho, ella misma tenía ganas de ponerse a aplaudir. Como si por fin pudiera salir de sí misma, verse como una chillona controladora y levemente ridícula.

Y por extraño que parezca, todo eso hacía que se sintiera mejor.

—Y ahora, comamos —indicó Astrid. Se bajó de un salto de la fuente y se sintió realmente más liviana. Como si un minuto atrás pesara más de doscientos kilos y ahora fuera ligera y ágil como una gimnasta. Dio unas palmaditas a Howard en el hombro y se dirigió hacia Albert, que meneaba la cabeza despacio.

—Bien —dijo Albert—. Tú que puedes dimitir...

—Sip. Así que ahora supongo que necesito un trabajo, Albert. ¿Tienes alguna vacante?

TREINTA Y SIETE

33 MINUTOS

—NO MOJÉ LA cama ni nada —comentó Justin—. En mi casa, quiero decir.

Mary no le hizo caso y observó la actuación de Astrid. La puso de mal humor. Claro que Astrid había hallado un modo de salir del agujero que ella misma había cavado... La guapa y lista Astrid... Debía de ser genial ser Astrid. Debía de ser genial confiar tanto en una misma que podías ponerte ahí de pie y repartir una serie de reglas y luego marcharte como si nada, con tu cabeza rubia y bonita bien alta.

—¿Puedo ver a Roger después de comer?

—Lo que quieras —respondió Mary. No tardaría en salir de todo aquello. Estaba harta de aquel lugar horrible y aquella gente horrible. Se sentaría fuera con su madre y le contaría historias sobre lo sucedido.

Astrid estaba ahora en la cola para la barbacoa. Astrid y el pequeño Pete estaban juntos. Los chavales le daban palmadas en la espalda. Le sonreían. Les gustaba más que antes. ¿Por qué? Porque había reconocido que la había cagado y luego había dimitido y les había dejado una nueva lista de reglas para seguir.

Mary pensó que, a su manera, Astrid había dado el gran salto.

¿Cuántos minutos le quedaban a Mary hasta tener su oportunidad de escapar? Se sacó el reloj de Francis del bolsillo. Media hora.

Tras todas las preocupaciones y expectativas, el tiempo aún parecía abalanzarse hacia ella.

John la miraba mientras dirigía a los niños hacia la parte delantera de la cola para la comida. La miraba esperando algo de ella. Como todos los demás.

Mary también debía ponerse en la cola, claro, y demostrar a Astrid que era una mentirosa por llamarla anoréxica.

Pero, la verdad, ¿por qué tenía Mary que demostrar nada a nadie?

No contestó al saludo de John, pasó de los chavales a su alrededor y volvió a la guardería.

Estaba silenciosa y vacía.

Aquel lugar se había convertido en su vida desde el comienzo de la ERA. Su vida entera. Aquel lugar desordenado, appestoso y sombrío. Mary lo miró. Lo detestaba. Y se odiaba por dejar que la definiera.

No oyó a nadie detrás de ella. Pero lo sintió.

Sintió un cosquilleo en la nuca.

Mary se volvió. Allí estaba. Detrás del plástico translúcido lechoso que cubría el agujero irregular entre la guardería y la ferretería había una figura. Una forma.

A Mary se le secó la boca. El corazón le latía a toda velocidad.

—¿Dónde están, Mary? —preguntó Drake—. ¿Dónde están los monstruitos mocosos?

—No... —susurró Mary.

Drake examinó los bordes del bloque de hormigón con una actitud desapasionada.

—Qué astuto, así lo hizo Sam. Atravesó la pared. No lo vi venir.

—Estás muerto —dijo Mary.

Drake hizo chasquear la mano de látigo. El plástico quedó desgarrado de arriba abajo.

Drake lo atravesó y entró en la habitación donde los coyotes y él amenazaron con matar a los niños.

Drake. Nadie más. Nadie más tenía esos ojos. Nadie más tenía el brazo de pitón del color de la sangre seca.

La única diferencia es que ahora estaba sucio. Tenía la cara manchada de barro. Tenía barro en el pelo, y barro en la ropa.

El látigo se retorció y enroscaba como si tuviera vida propia.

—Sal de aquí —susurró Mary.

¿Qué pasaría si se moría ahí en la ERA? No. Tenía que salir. Y tenía que salvar a los niños. Tenía que hacerlo. No le quedaba otra opción. Sería estúpida si se planteaba siquiera otra opción.

—Creo que esperaré a que vuelvan los niños —anunció Drake, esbozó su sonrisa de lobo, y Mary vio el barro en sus dientes—. Ha llegado la hora de terminar lo que empecé.

Entonces Mary se meó encima. Lo notó, pero no pudo evitarlo.

—Ve —dijo Drake—. Ve a buscarlos. Tráelos aquí.

Mary meneó la cabeza lentamente. Tenía los músculos blandos y débiles.

—¡Vamos! —rugió Drake.

Y soltó la mano de látigo. La punta dibujó una línea de fuego en la mejilla de Mary, y la chica salió corriendo de la habitación.

La indecisión paralizaba a Zil. Astrid lo había amenazado directamente. ¿Eso de la Novena Ley? Ni siquiera pretendió que no fuera por él. Volvió su mirada azul hielo hacia el chico y lo amenazó. ¡Astrid! ¡Esa chica traicionera amante de los raros!

¿Y ahora? Astrid había establecido las leyes y soltado su amenaza y ahora todos estaban comiendo pescado y venado y hablando de hecho de las leyes de Astrid.

El día anterior, Zil quemó buena parte de la ciudad. Se suponía que iba a provocar el caos. Pero ahora Albert estaba repartiendo carne y Astrid repartiendo leyes y era como si Zil no hubiera hecho nada, como si no fuera alguien a quien temer y respetar.

Como si no fuera nadie.

¡Lo había amenazado! Y en cuanto Sam decidiera reaparecer...

—Líder, igual deberíamos volver al complejo —sugirió Lance.

Zil se lo quedó mirando, asombrado. ¿Estaba sugiriendo Lance que se escabulleran? Las cosas debían de ir tan mal como Zil se temía si incluso Lance estaba asustado.

—No —afirmó Turk, pero no en voz alta, ni con demasiado convencimiento—. Si huimos, estamos acabados. Nos quedaremos allí esperando a que Sam venga a rematarnos.

—Tiene razón —dijo una voz de chica.

Zil se dio la vuelta y vio a una chica morena, una chica guapa, pero no la conocía. No era de la Pandilla Humana. Lo que tenía que hacer era decirle que se pirara, que dejara de creerse que podía hablar con él. Zil era el Líder. Pero había algo en aquella chica...

—¿Quién eres? —preguntó Zil, entrecerrando los ojos, desconfiado.

—Me llamo Nerezza.

—Un nombre raro —comentó Turk.

—Sí que lo es —reconoció Nerezza, y sonrió—. Es italiano. Significa oscuridad.

Lisa estaba detrás de Nerezza. Zil las veía a las dos. El contraste no beneficiaba a Lisa. Cuanto más la miraba, más guapa resultaba Nerezza.

—Oscuridad —repitió Zil.

—Eso tenemos en común —dijo Nerezza.

—¿Sabes lo que quiere decir Zil? —preguntó Zil, sorprendido.

—Sé lo que es la oscuridad —dijo Nerezza—. Y que se acerca su hora.

Zil se acordó de respirar.

—No lo entiendo.

—Empezará muy pronto —continuó Nerezza—. Manda a este... —asintió en dirección a Lance—... a por armas.

—Ve —ordenó Zil a Lance.

Nerezza inclinó la cabeza un poco y miró a Zil con curiosidad.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que hay que hacer?

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Zil.

—Matar —respondió Nerezza—. Hay que matar. No basta con hacer fuego. Hay que enviar a los cuerpos al fuego.

—Solo a los raros —puntualizó Zil.

Nerezza se rio.

—Piensa lo que te haga feliz —dijo la chica—. El juego es caos y destrucción, Zil. Juega a ganar.

Edilio vio a Nerezza con Zil. No oía lo que decían. Pero entendía su lenguaje corporal.

Algo iba mal.

Zil estaba absorto. Nerezza flirteaba solo un poquito.

¿Dónde estaba Orsay? Nunca había visto a Nerezza sin Orsay. Se habían vuelto inseparables.

Lance salió disparado en dirección al complejo de Zil.

Edilio miró a Astrid, pero ella no prestaba atención. Su hermanito tenía un trozo de pescado en una mano y la consola en la otra.

El pequeño Pete miró a Edilio como si no lo hubiera visto antes y ahora le sorprendiera lo que veía. El pequeño Pete parpadeó una vez. Frunció el ceño. Dejó caer lo que quedaba del pescado y volvió de inmediato a su consola.

Entonces se oyó un grito. Por encima de la cháchara y el ruido de una multitud de chavales comiendo.

Edilio volvió la cabeza bruscamente.

Mary salió corriendo de la guardería gritando una palabra, un nombre:

—¡Drake, Drake!

Tropezó y cayó boca abajo en el cemento. Se puso de rodillas y levantó las palmas rascadas y ensangrentadas.

Edilio corrió hacia ella, apartando a empujones a los chavales.

Había una línea rojo brillante en el rostro de Mary. ¿De rotulador permanente?, ¿de pintura?

De sangre.

—¡Drake está en la guardería! —gritó Mary cuando Edilio la alcanzó. El chico no redujo la velocidad, sino que pasó junto a ella dando saltos, balanceando el arma como si fuera a dispararla mientras corría.

Alguien salía de la guardería. Edilio aminoró, levantó el arma y apuntó. Daría a Drake una oportunidad de rendirse. A la de tres. Y luego apretaría el gatillo.

¡Brittney!

Edilio bajó el arma y se la quedó mirando, confundido. ¿Se le había ido la olla a Mary? ¿Había confundido a la chica muerta con un monstruo muerto?

—¿Está Drake ahí dentro? —exigió saber Edilio.

Brittney frunció el ceño, confundida.

—¿Está Drake ahí dentro? ¿Está ahí? ¡Dímelo!

—El demonio no está ahí —respondió Brittney—. Pero está cerca. Lo noto.

Edilio se estremeció. Los aparatos dentales de la chica seguían salpicados de barro y con fragmentitos de grava.

Edilio se abrió paso empujando a Brittney y se detuvo en la puerta de la guardería. Entonces oyó a dos soldados que se acercaban corriendo tras él.

—Quedaos atrás si no os llamo —indicó Edilio. Abrió la puerta con el hombro y balanceó el cañón del arma a izquierda y derecha.

Pero nada. Estaba vacío.

Mary había visto un fantasma. O más bien se le iba la olla, como había dicho Astrid. Demasiado estrés, demasiados problemas, sin alivio alguno.

Se le iba.

Edilio soltó aire entrecortadamente. Bajó el arma. Le temblaba el dedo en el gatillo. Aflojó con cuidado y apoyó el dedo sobre el seguro del gatillo.

Entonces vio la lámina de plástico, rasgada por la mitad.

—Mary —empezó Nerezza—, aquí, muy pronto, van a ocurrir cosas terribles.

Mary miró detrás de Nerezza. Escudriñó a la multitud y vio a Edilio salir de

la guardería. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—Se acerca el demonio —insistió Nerezza—. Todo arderá. Todo quedará destruido. ¡Debes poner a salvo a los niños!

Mary meneó la cabeza, impotente.

—Solo me quedan... casi no me queda tiempo.

Nerezza le puso una mano sobre el hombro.

—Mary, pronto quedarás libre. Estarás en los brazos amorosos de tu madre.

—Por favor... —suplicó Mary.

—Pero te queda un último gran servicio por hacer. Mary: ¡no debes abandonar a los niños ante la locura que se avecina!

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Llévalos con la profetisa. Ella espera en su sitio. Lleva a los niños hasta allí. Al acantilado encima de la playa.

Mary dudó.

—Pero... allí no tengo comida para ellos. No tengo pañales... No...

—Allí tendrás todo lo que necesitas. Confía en la profetisa, Mary. Cree en ella.

Mary oyó un grito terrible. Un gemido aterrorizado que se volvió agónico. Venía del extremo más alejado de la plaza, pero no veía nada.

Los niños corrían, presa del pánico.

—¡La ERA para los humanos! —gritó Zil.

Se disparó un arma. Mary vio a los peques encogerse de miedo, aterrorizados.

—¡Niños, venid conmigo! ¡Seguidme! —ordenó Mary.

Eran niños que habían perdido a padres y abuelos, que habían perdido a los amigos, la escuela y la iglesia. Que habían sido abandonados, descuidados, que habían pasado hambre y terrores y que habían aprendido a confiar en una sola voz: la de Madre Mary.

—¡Venid conmigo, niños!

Los niños corrieron hacia ella. Y Mary, como un pastor torpe, se los llevó de la plaza en dirección a la playa.

Brittney había llegado a la plaza no atraída por el olor a comida o por la multitud, sino por una fuerza que no comprendía.

Y ahora veía a los niños correr y gritar.

—¿Es el demonio? —preguntó a su hermano ángel.

—Sí —respondió Tanner—. Eres tú.

Brittney vio a niños correr. Correr. ¿Huyendo de ella?

Vio a Edilio, cuyo rostro estaba aterrorizado, saliendo de la guardería, acercándose hacia ella. La miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, y el blanco muy visible.

Brittney no entendía por qué tendría que tenerle miedo. Ella era un ángel del Señor. La habían enviado a pelear contra el demonio.

Pero ahora veía que no podía moverse. No lograba mover sus extremidades para ir donde quería, no podía mirar hacia donde quería. Pensó que se parecía tanto a estar muerta que recordó la tierra fría en las orejas y la boca.

Edilio apuntó para dispararle.

La chica quería decirle «¡No, no!», pero no le salía la palabra.

—Drake —dijo Edilio.

Iba a dispararle. ¿Le haría daño? ¿Se moriría? ¿Otra vez?

Pero una multitud de niños que huían pasó acelerada entre ellos. Edilio apuntó el arma hacia el cielo.

—Corre —la instó Tanner.

Y Brittney echó a correr. Pero costaba correr cuando le estaba creciendo tanto el brazo y la conciencia se le iba consumiendo como si otra mente apartara a la suya.

Astrid vio y oyó el pánico.

Vio a los peques correr con Mary, vio a un grupo de preescolares que tropezaban y gritaban, presa del pánico, con los bebés en brazos de los ayudantes de Mary, todos huyendo de la plaza hacia la playa.

Había demasiadas imágenes a la vez para procesarlas.

Zil con una escopeta en las manos, apuntando hacia el aire.

Edilio que acababa de salir de la guardería.

Nerezza sonriendo tranquilamente.

Y Brittney, de espaldas, sin que Astrid la viera bien.

El pequeño Pete jugando a su juego con una intensidad febril. Con dedos frenéticos. Como no había jugado nunca antes.

Y, entonces, vio que Nerezza se movía rápida, directamente hacia Astrid, decidida. Llevaba algo en la mano, una palanca.

¿Iba a atacarla Nerezza?

¡Qué locura!

Nerezza alzó la palanca y arremetió con una fuerza repentina y terrible.

El pequeño Pete cayó sobre su consola sin hacer ruido alguno.

Nerezza se inclinó y tiró de la espalda del pequeño Pete.

—¡No! —gritó Astrid. Pero Nerezza no pareció oírla. Volvió a levantar la palanca, apuntando esta vez con el extremo puntiagudo hacia el pequeño Pete.

Astrid extendió una mano, pero fue demasiado lenta, demasiado torpe. La palanca golpeó con fuerza la muñeca de Astrid.

El dolor fue espeluznante. Astrid gritó de dolor y furia. Pero Nerezza no estaba interesada en ella, la empujó con la mano libre como si fuera una molestia menor. Y volvió a apuntar con la palanca hacia el pequeño Pete. Pero en esta ocasión Nerezza no estaba bien colocada y erró el golpe. La palanca se clavó en la tierra junto a la cabeza del pequeño Pete.

Astrid se levantó y empujó a Nerezza, obligándola a retroceder un paso.

—¡Para! —gritó Astrid.

Pero Nerezza no pensaba parar. Y no quería que la distrajeran. Iba tras el pequeño Pete con una concentración frenética.

Astrid le dio un puñetazo tan fuerte como pudo. Su puño entró en contacto con el hueso del cuello de Nerezza, no con su cara. Eso no bastó para hacer daño a la chica morena, pero sí para que volviera a errar el golpe.

Y entonces, por fin, Nerezza se volvió, con ira helada, hacia Astrid:

—Bien. ¿Quieres ir tú primero? —Nerezza embistió con la palanca horizontal y alcanzó a Astrid en el estómago. Astrid se dobló por la mitad, pero embistió a Nerezza como un toro, cegada por el dolor.

Alcanzó a Nerezza de pleno y la golpeó en la espalda. La palanca salió volando de la mano de Nerezza y aterrizó en la hierba pisoteada.

Nerezza se escurrió rápidamente para agarrarla. Astrid la golpeó en la parte de atrás de la cabeza. Y otra vez, y otra, pero la mano de Nerezza estaba a escasos centímetros de la palanca.

Astrid se tiró a la espalda de Nerezza, y su peso aminoró el avance de la

chica morena. Entonces Astrid hizo lo único que se le ocurrió: mordió a Nerezza en la oreja.

El aullido de dolor de Nerezza fue lo más satisfactorio que había oído Astrid en la vida.

Apretó la mandíbula tan fuerte como pudo y tiró de la cabeza de la chica adelante y atrás, desgarrándole la oreja, probando su sangre mientras le golpeaba la nuca con los puños.

La mano de la chica morena se cerró en torno a la palanca, pero no le llegaba a la espalda para alcanzar a Astrid, así que asestó golpes ciegos en el aire con el extremo puntiagudo de la herramienta, rozando la frente de Astrid pero sin llegar a quitársela de encima.

Astrid rodeó la garganta de Nerezza con los dedos y, tras soltarle la oreja, apretó al tiempo que escupía algo que se retorció, concentrando sus esfuerzos en seguir apretando la tráquea de Nerezza.

Sintió el pulso en el cuello de Nerezza y apretó.

TREINTA Y OCHO

32 MINUTOS

SANJIT Y Virtue cargaban a Bowie en una camilla improvisada que no era más que una sábana estirada entre ellos.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Peace, retorciendo las manos, ansiosa.

—Estamos huyendo —respondió Sanjit.

—¿Y eso qué es?

—¿Huir? Ah, algo que he hecho unas cuantas veces en la vida —indicó Sanjit—. Todo consiste en luchar o huir. Y no querrás luchar, ¿verdad?

—Tengo miedo —gimió Peace.

—No hay motivo para estar asustado —afirmó Sanjit mientras se esforzaba por sujetar los extremos de la sábana y caminaba hacia atrás en dirección al acantilado—. Mira Choo. No parece asustado, ¿verdad?

En realidad, Virtue parecía muerto de miedo. Pero Sanjit no necesitaba que Peace se rayara. Aún quedaba la parte que daba miedo. El miedo tan solo acababa de empezar.

—¿No? —dijo Peace, poco convencida.

—¿Nos vamos de aquí? —preguntó Pixie. Llevaba una bolsa de plástico de

Lego en la mano, no se sabe por qué, pero parecía decidida a aferrarse a ella.

—Bueno, la verdad es que esperamos salir volando —comentó Sanjit muy animado.

—¿Nos vamos en el helicóptero? —preguntó Pixie.

Sanjit intercambió una mirada con Virtue, quien, igual que él, se esforzaba por avanzar pese a que le temblaban las piernas, tropezando todo el rato con los hierbajos.

—¿Y por qué nos vamos? —gimió Bowie.

—Se ha despertado —dijo Sanjit.

—¿Te parece? —le espetó Virtue sin dejar de jadear.

—¿Cómo te encuentras, hombrecito? —le preguntó Sanjit.

—Me duele la cabeza —señaló Bowie—. Y quiero agua.

—Qué oportuno —murmuró Sanjit.

Habían llegado al borde del acantilado. La cuerda seguía donde Virtue y él la habían dejado.

—Vale, Choo, baja tú primero. Te iré bajando a los niños uno a uno.

—Tengo miedo —dijo Peace.

Sanjit dejó a Bowie en el suelo y flexionó los dedos agarrotados.

—Vale, escuchadme todos.

Y lo hicieron, para sorpresa de Sanjit.

—Escuchad: todos tenemos miedo, ¿vale? Así que nadie tiene que recordármelo. Tú tienes miedo, yo tengo miedo, todos tenemos miedo.

—¿Tú también tienes miedo? —le preguntó Peace.

—Me cago de miedo —reconoció Sanjit—. Pero a veces la vida se vuelve

dura y da miedo, ¿vale? Todos hemos vivido situaciones que daban miedo, ¿verdad? Pero aquí estamos, ¿verdad? Seguimos aquí.

—Quiero quedarme aquí —afirmó Pixie—. No puedo dejar a mis muñecas.

—Vendremos a buscarlas otro día —propuso Sanjit.

Entonces se arrodilló, desperdiciando valiosos segundos, esperando que Caine, el mutante chungo de mirada fría, saliera de la casa en cualquier momento.

—Chavales, somos una familia, ¿vale? Y seguiremos juntos, ¿vale?

Nadie parecía muy convencido de ello.

—Y sobreviviremos juntos, ¿vale? —insistió Sanjit.

Se hizo un largo silencio. Lo miraban fijamente.

—Eso es —acabó diciendo Virtue—. No os preocupéis, chicos. Todo saldrá bien.

Y casi parecía creérselo.

Sanjit deseaba que se lo creyera.

Astrid notaba las arterias, las venas y los tendones en el cuello de Nerezza. Notaba cómo la sangre martilleaba tratando de alcanzar el cerebro. Cómo se retorcían los músculos.

Entonces sintió las convulsiones de la tráquea de Nerezza. Sacudía el cuerpo entero en un espasmo desmesurado, sus órganos buscaban frenéticamente oxígeno, los nervios temblaban mientras el cerebro de Nerezza enviaba frenéticas señales de pánico.

Las manos de Astrid apretaban. Clavaba los dedos como si intentara ponerlos en forma de puño y como si el cerebro de Nerezza se interpusiera, y si apretaba lo bastante fuerte...

—¡No! —jadeó entonces Astrid.

Y la soltó. Se levantó rápidamente, se apartó y se quedó mirando horrorizada a Nerezza mientras la chica tragaba y succionaba aire.

Estaban prácticamente solas en la plaza. Mary se había llevado a los peques a todo correr, lo que provocó el pánico a gran escala que condujo a todo el mundo tras ella. Todos salieron disparados hacia la playa. Astrid vio cómo huían.

Y entonces vio la silueta inconfundible que iba paseándose tras ellos.

Casi podría haber sido cualquiera, al tratarse de un chico alto y delgado. Si no hubiera sido por el látigo que se curvaba en el aire, se envolvía delicadamente en torno a su cuerpo y se desenroscaba para chasquear y atacar.

Drake se rio.

Nerezza tragó aire. El pequeño Pete se movió.

Se oyó un disparo, un solo disparo sonoro.

El sol se estaba poniendo sobre el agua. Era un atardecer rojo.

Astrid se adelantó a Nerezza y dio la vuelta a su hermano. El chico gimió y abrió los ojos de golpe. Su mano estaba a punto de alcanzar la consola.

Astrid la recogió. La notó caliente. Sintió una sensación agradable, un cosquilleo, en el brazo. Y agarró la parte delantera de la camisa del pequeño Pete con el puño dolorido.

—¿Qué juego es, Petey? —exigió saber.

Vio que los ojos del chico se ponían vidriosos, vio el velo que separaba al pequeño Pete del mundo que lo rodeaba.

—¡No! —gritó, con su rostro a pocos centímetros de la cara del niño—. Esta vez no. Dímelo. ¡Dímelo!

El pequeño Pete la miró de manera consciente. Pero, aun así, seguía sin decir nada.

Era una pérdida de tiempo exigir al pequeño Pete que utilizara palabras. Las palabras eran la herramienta de Astrid, no la del niño. La chica bajó la voz.

—Petey, muéstramelo. Sé que tienes poder. *Muéstramelo.*

El pequeño Pete abrió mucho los ojos. Algo hizo clic tras su mirada vacía.

El suelo se abrió en dos bajo los pies de Astrid. Se formó una entrada en la tierra. La chica gritó y cayó, cayó dando vueltas por un túnel de barro iluminado por gritos de neón.

Diana abrió un ojo, y lo que vio ante ella fue una superficie de madera. Un Cheerio caído era el objeto reconocible más próximo.

¿Dónde estaba?

Cerró el ojo y volvió a preguntárselo otra vez.

«¿Dónde estoy?».

Había tenido un sueño horrible, lleno de detalles horripilantes. Violencia. Hambre. Desesperación. En el sueño había hecho cosas que nunca, que jamás haría en la vida real.

Volvió a abrir los ojos e intentó levantarse. Pero cayó hacia atrás, desde muy lejos. Casi no sintió el suelo cuando se golpeó la nuca.

Entonces vio patas. Patas de mesa, patas de sillas y las piernas de un chaval que llevaba unos vaqueros deshilachados, y más allá las piernas abiertas y con cicatrices de una chica con pantalones cortos. Ambos tenían las piernas atadas con cuerdas.

Y alguien más roncaba. Demasiado cerca. Pero no veía de dónde procedía el ronquido.

Era Bug. Entonces recordó el nombre. Y se sorprendió al darse cuenta de que no estaba soñando, de que no había soñado.

Mejor cerrar los ojos y fingir.

Pero la chica, Penny, tenía las piernas tensadas con las cuerdas, y Diana oyó un quejido.

Con manos torpes, Diana agarró la silla y consiguió enderezarse hasta volver a la posición sentada. El deseo de volver a echarse era casi irresistible. Pero mano a mano, y luego pie dormido a pie dormido, Diana consiguió enderezarse y quedó otra vez sentada en la silla.

Caine dormía. Bug roncaba ruidosamente, invisible, en el suelo.

Penny hizo un guiño a Diana.

—Nos han drogado —señaló Penny, y bostezó.

—Sí...

—Nos han atado —continuó Penny—. ¿Tú cómo te has soltado?

Diana se frotó las manos, como si hubiera estado atada. «¿Por qué no la había atado Sanjit?».

—Nudos sueltos.

Penny movió un poco la cabeza. Su mirada no acababa de centrarse.

—Caine los va a matar.

Diana asintió. Intentó pensar. No resultaba fácil en un cerebro ralentizado por la droga que Sanjit le había dado.

—Podrían habernos matado —señaló Diana.

Penny asintió.

—Les daba demasiado miedo.

Diana pensó que igual es que no eran asesinos. Quizás no eran la clase de gente capaz de aprovecharse de un enemigo dormido. Puede que Sanjit no fuera la clase de chaval capaz de cortar la garganta de una persona dormida.

— Están huyendo — comentó Diana —. Están intentando huir.

— No podrán esconderse en esta isla — indicó Penny —. No durante mucho tiempo. Los encontraremos. Suéltame.

Penny tenía razón, claro. Incluso drogada, Diana sabía que sí. Caine los acabaría encontrando. Y él sí era de los que mataban.

Su amor verdadero. No era una bestia como Drake, sino algo peor. Caine no los mataría por un brote psicótico. Los mataría a sangre fría. Diana salió tambaleándose de la habitación, moviéndose como una borracha. Se golpeó contra la puerta, asimiló el dolor y siguió avanzando. Había ventanas. Ventanas grandes en una habitación tan enorme que los muebles repartidos por aquí y por allá, en espacios separados, parecían los juguetes de una casa de muñecas.

— ¡Oye, desátame! — exigió Penny.

Diana encontró a Sanjit enseguida. Estaba de perfil, recortado contra el cielo rojo, en el borde del acantilado. Había una niñita junto a él. No era Virtue, sino una niña a la que Diana no había visto antes.

Eso era lo que Sanjit ocultaba: había otros niños en la isla.

Sanjit enganchó una cuerda alrededor de la niña formando una especie de red. La abrazó y se inclinó para hablarle a la cara.

No, Sanjit no era de los que mataban.

Entonces empezó a bajar a la niña, claramente aterrorizada, hasta que Diana la perdió de vista. Por el acantilado.

Se oyó un grito procedente de la otra habitación. Era Bug, que gritaba:

— ¡Ah, ah, ah, ah, quítamelas!

Bug estaba despierto. Penny había utilizado su poder para inyectarle una buena dosis de adrenalina cargada de miedo.

Mientras Diana miraba por la ventana, el propio Sanjit se deslizó por la pared del acantilado. No perdía de vista la casa mientras lo hacía. ¿Veía a Diana ahí de pie, mirando?

Diana oyó que Penny entraba en la habitación, tambaleándose por lo menos tanto como la propia Diana.

—Bruja estúpida —gruñó Penny—. ¿Por qué no me has desatado?

—Parece que Bug ya se ha encargado de eso —respondió Diana.

Tenía que evitar que Penny viera lo que estaba ocurriendo. Que viera a Sanjit.

Diana cogió un jarrón de una mesita. De un cristal muy bonito. Pesado.

—Es muy bueno —le dijo a Penny, que la miró como si estuviera loca. Entonces los ojos de Penny se concentraron más allá de Diana. Hacia la ventana.

—¡Oye! —exclamó Penny—. ¡Están intentando...!

Diana balanceó el jarrón y dio a Penny en un lado de la cabeza. No esperó a ver el efecto sino que fue tambaleándose, con el jarrón aún en la mano, hacia la cocina.

Caine seguía dormido. Pero puede que no por mucho tiempo, no el suficiente. El poder alucinatorio de Penny podía despertar a los muertos. Podría introducir terrores en los sueños de Caine y despertarlo como había hecho con Bug.

Diana alzó el jarrón por encima de su cabeza. Pensó durante un segundo de irónica claridad que, mientras puede que Sanjit no fuera la clase de persona que le rompería la crisma a alguien mientras dormía, al parecer ella sí lo era.

Pero antes de que pudiera estampar el jarrón en la cabeza de su amor verdadero, la carne de Diana se abrió. Aparecieron unas bocas rojas abiertas en sus brazos, rechinando dientes serrados como de tiburón. Las bocas se la estaban comiendo viva.

Diana gritó.

En el fondo de su mente sabía que era Penny. Sabía que no era real, porque veía las bocas pero no las sentía, en realidad no, pero se puso a gritar y gritar y soltó el jarrón, y oyó, a lo lejos, el ruido del cristal al hacerse añicos.

Las bocas rojas se arrastraban por sus brazos, le comían la piel, dejando a la vista músculo y tendón, comiéndosela hasta los hombros.

Y entonces pararon.

Penny estaba ahí de pie, gruñendo. Le salía sangre de un lado de la cabeza.

—No te metas conmigo —amenazó—. Podría hacer que fueras dando gritos hasta el acantilado.

—Déjalos ir —susurró Diana—. No son más que buenos chicos. No son más que buenos chicos.

—No como nosotros, quieres decir. Eres una idiota estúpida, Diana.

—Déjalos ir. No despiertes a Caine. Ya sabes lo que hará.

Penny meneó la cabeza, sin creérselo.

—No puedo creer que le gustes tú, y no yo. Ni siquiera eres guapa. Ya no.

Diana se rio.

—¿Eso es lo que quieres? ¿A él?

La mirada de Penny reveló lo que sentía. Miró a Caine, aún desmayado, con deseo y ternura.

—No hay nadie como él... —murmuró.

Penny extendió una mano temblorosa y acarició levemente el pelo del chico.

—Siento hacerte esto, cariño —dijo Penny.

Y Caine se despertó gritando.

TREINTA Y NUEVE

29 MINUTOS

ASTRID CAÍA Y caía a sabiendas de que no era real, a sabiendas de que todo aquello era alguna clase de ilusión. Pero costaba mucho creérselo cuando se le ondulaba la ropa y se le levantaba el pelo e intentaba extender los brazos hacia las paredes de un túnel que no podía ser real, pero lo parecía.

Pero pasado un rato empezó a parecerle como si flotara. Estaba suspendida en el aire y las cosas ya no pasaban deslizándose, sino que flotaban a su alrededor.

Astrid pensó que eran símbolos.

Le aliviaba comprobar que aún le funcionaba el cerebro. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, fuera cual fuera el poder que hacía que soñara despierta con aquella intensidad, no le estaba friendo el cerebro. Tenía la razón intacta. Las palabras estaban ahí mismo donde las había dejado.

Eran símbolos. Símbolos de neón expuestos en un paisaje oscuro.

Entonces se percató de que no eran siquiera símbolos: eran avatares.

Había una cara monstruosa enmarcada por un cabello largo y oscuro que formaba serpientes. Ojos oscuros y una boca que chorreaba fuego.

Había una criatura femenina con rayos naranja, como rayos del atardecer que salían de su cabeza.

Una criatura masculina con una mano levantada y una luz verde en forma de bola. Este avatar estaba muy lejos, en el límite del campo de juego oscuro.

Otro avatar no era ni masculino ni femenino, sino que tenía la mitad de cada sexo. Con dientes de metal y un látigo.

Nerezza. Orsay. Sam. Pero ¿qué era el cuarto avatar?

Era por este cuarto avatar por el que parecían competir dos manipuladores, dos jugadores. Uno de ellos estaba representado por una caja. La caja estaba cerrada, a excepción de un extremo que brillaba con tanta intensidad que costaba mirarla. Como si esta caja de juguetes contuviera el sol.

—Petey... —susurró Astrid.

Al otro jugador más que verlo lo sintió. Intentaba volver la vista hacia él, verlo, pero siempre quedaba fuera de su alcance. Y se percató de que la caja de luz se lo impedía, no le dejaba ver a su oponente.

Por su bien. Para protegerla.

Petey no le dejaba mirar a la *gayáfaga*.

La mente de Astrid se inundó de imágenes de otros avatares en sombra. Avatares oscuros. Muertos. Víctimas del juego.

Todos ellos formaban filas muy bien delimitadas, como peones alineados ante el vacío que devoraba el alma que era la *gayáfaga*.

—¡Astrid!

Alguien gritaba su nombre.

—¡Astrid! ¡Reacciona!

El campo de juego desapareció.

Los ojos de Astrid vieron la plaza, a su hermano que justo se incorporaba y a Brianna que la zarandeaba.

—¿Oye, qué te pasa? —exigió saber Brianna, más enfadada que preocupada.

Astrid no reparó en Brianna y buscó a Nerezza. Pero no se la veía por ninguna parte.

—La chica, aquí había una chica —dijo Astrid.

—¿Qué está pasando, Astrid? Yo acabo de... —Brianna dejó de hablar el tiempo suficiente para toser diez, doce veces a una velocidad sorprendentemente rápida—. Acabo de evitar que Lance sacudiera a un chaval casi hasta cargárselo. La gente va corriendo como loca por la playa. ¡Quiero decir, jolines, me tomo un día libre por esta maldita gripe y de repente están todos locos!

Astrid parpadeó y miró alrededor, intentando entender lo que era demasiada información.

—Es un juego —afirmó—. Es la *gayáfaga*. Ha contactado con Petey a través de su juego.

—¿Qué has dicho?

Astrid sabía que había hablado demasiado. No podía contar la verdad sobre el pequeño Pete a Brianna.

—¿Has visto a Nerezza?

—¿A quién, a la chica que va con Orsay?

—No es una chica —explicó Astrid—. En realidad, no. —Y entonces Astrid agarró a Brianna del brazo—. Encuentra a Sam. Lo necesitamos. ¡Encuétralo!

—Vale, ¿dónde?

—¡No lo sé! —exclamó Astrid, y se mordió el labio—. ¡Busca por todas partes!

—Oye —se quejó Brianna, y se interrumpió para toser hasta que se le puso la cara roja. Maldijo, tosió un poco más y acabó diciendo—: oye, soy rápida. Pero ni siquiera yo puedo mirar por todas partes.

—Déjame pensar un minuto —dijo Astrid. Cerró los ojos con fuerza. ¿Dónde? ¿Dónde habría ido Sam? Estaba herido, enfadado, se sentía inútil.

No, no exactamente.

—Ay, Dios, ¿dónde? —se preguntaba Astrid.

No lo había visto desde que fue a enfrentarse con Zil y con el incendio. ¿Qué pasó que le hizo salir huyendo? ¿Hizo algo que le avergonzaba?

No, tampoco era por eso. Vio al chico azotado.

—A la central nuclear —acabó diciendo Astrid.

—¿Y por qué habría de estar allí? —Brianna frunció el ceño.

—Porque es el sitio que más le asusta —explicó Astrid.

Brianna pareció dudar. Pero entonces dejó de arrugar la frente.

—Sí... eso sería propio de Sam.

—Tienes que traerlo, Brianna. Es la mejor pieza de Petey.

—Mmmm... ¿qué?

—Nada, nada —replicó Astrid—. Trae a Sam. ¡Ahora!

—¿Cómo?

—Oye, eres la Brisa, ¿verdad? Pues hazlo.

Brianna pensó un instante.

—Sí, vale. Me voy de...

El «aquí» se perdió en el viento.

Astrid entregó la consola a su hermano. Él miraba hacia el suelo, sin hacerle caso. Tocó la consola un instante, pero enseguida la dejó caer.

—Tienes que seguir jugando, Petey.

Su hermano meneó la cabeza.

—He perdido.

—Petey, escúchame. —Astrid se arrodilló ante él y lo agarró, hasta que se lo pensó mejor y lo soltó—. He visto tu juego. Me has enseñado tu juego. He estado dentro. Pero es real, Petey. Es real.

El pequeño Pete miraba hacia delante sin reparar en ella. No le interesaba. Puede que ni siquiera la viera. Y ya no digamos oírla.

—Petey. Está intentando destruirnos. Tienes que jugar.

Astrid le colocó el juego en las manos.

—Nerezza es el avatar de la *gayáfga*. Tú la has hecho real. Tú le has dado cuerpo. Solo tú tienes esa clase de poder. Te está utilizando, Petey, te está utilizando para matar.

Pero si al pequeño Pete le importaba, o si lo entendía siquiera, no lo demostró en absoluto.

Huía por el pánico. La mayor parte de la población de Perdido Beach corría y nadie sabía realmente por qué. O puede que todos lo supieran pero cada uno tuviera sus motivos.

A Zil le encantaba. Por fin había llegado el pánico total, ciego, que esperaba que surgiera de los incendios. Por fin estaba quebrando todo, absolutamente.

Los chavales tropezaban con la arena de la playa. Algunos se adentraban corriendo en el agua.

Drake vivo. Drake azotándolos con su mano de látigo, como si condujera el ganado hacia el mar.

Había más chavales siguiendo la carretera, corriendo en paralelo a la playa. Zil estaba con ellos, corría con Turk a su lado en busca de raros. Vio a un chaval cuyo único poder mutante era la capacidad de brillar intensamente, era inofensivo, pero era un raro, y tenía que despacharlo como a todos los raros.

Turk se detuvo, alzó la escopeta, apuntó y disparó. Falló, pero al chaval le entró el pánico y se estampó boca abajo en el bordillo. Zil le dio una patada y continuó corriendo. Gritaba regocijándose como un loco mientras corrían.

—¡Corred, raros, corred!

Pero había muy pocos raros en el conjunto de chavales de la calle. Muy pocos blancos reales. Pero ya le iba bien, porque el objetivo en ese momento era el miedo, el miedo y el caos.

Nerezza le había dicho que vendría el caos. Zil se preguntaba si también era una rara. Detestaría asesinarla, porque estaba buena y era misteriosa y mucho mejor que la aburrida y pálida Lisa.

Encontró a Lance más adelante. El bueno de Lance, pero había perdido su arma y su bate.

—¡Necesito un arma! —exclamó—. ¡Dame algo!

Turk tenía un palo con clavos tachonados y se lo pasó a Lance. Siguieron corriendo, como una manada de lobos persiguiendo a un rebaño aterrorizado.

Los chicos mayores se apartaban. Pero los gordos y pequeños se iban quedando atrás, agotados o sencillamente incapaces de seguir el ritmo porque tenían las piernas más cortas.

Todos estaban apiñados en la carretera curva que llevaba a Clifftop.

—¡A ese chaval de allí le encantan los raros! —señaló Zil.

Lance llegó el primero y balanceó el palo tachonado. El chico lo evitó y se salió como un bólido de la carretera, bajando a trompicones la pendiente hacia unos arbustos hasta que fue a chocar contra un cactus.

Zil se rio y señaló:

—¡Es tuyo, Turk!

Y Zil continuó corriendo, con Lance a su lado. Lance era como un dios guerrero rubio, como Thor, que ahora intentaba dar a todos, que ya no distinguía entre raros y no raros. Podían morirse todos, todos los que se habían negado a

unirse a Zil.

—¡Corred! —gritó Zil—. ¡Corred, cobardes! ¡Uníos a mí, o sálvese quien pueda!

Se detuvo un minuto, agotado de correr cuesta arriba. Lance se paró junto a él. Y también otros, media docena de chavales, los fieles de la Pandilla Humana. Zil estaba ferozmente convencido de que eran todos héroes humanos.

Entonces Lance perdió la sonrisa. Señaló la carretera por la que acababan de subir.

Era Dekka, que avanzaba caminando, pero muy rápido.

Implacable.

Zil sintió que había alguien junto a él. Era Nerezza. Zil la miró. Tenía la garganta roja, como si hubieran intentado hacerle mucho daño. Y un corte en la frente, los ojos inyectados en sangre y el pelo todo enmarañado.

—¿Quién te ha hecho eso? —exigió saber Zil, indignado.

Nerezza no le hizo caso.

—Hay que pararla.

—¿A quién? —Zil apuntó con la barbilla en dirección a Dekka—. ¿A ella? ¿Y cómo se supone que voy a pararla?

—Sus poderes no llegan tan lejos como tu arma, Zil —señaló Nerezza.

Zil frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Y cómo lo sabes, ¿eres una rara?

Nerezza se rio.

—¿Que qué soy? ¿Qué eres tú, Zil? ¿Eres el Líder? ¿O eres un cobarde que se

esconde de una lesbiana gorda rara? Porque ahora mismo puedes elegir cuál de los dos eres.

Lance miró nervioso a Zil. Turk iba a decir algo pero parecía que no encontraba las palabras adecuadas.

—Hay que pararla —insistió Nerezza.

—¿Por qué? —preguntó Zil.

—Porque vamos a necesitar gravedad, *Líder*.

Mary alcanzó la parte superior de la carretera, donde se encontraba con Clifftop. Una serie de caminos más pequeños llevaban hasta el acantilado en sí. Volvió la vista hacia sus peques y vio que la población entera de Perdido Beach parecía seguirla.

Había chavales repartidos por toda la carretera; algunos corrían, otros jadeaban e intentaban recuperar el aliento. Detrás de la multitud estaban Zil y un puñado de matones armados.

Más lejos aún había chavales que habían huido a la playa y los estaban arreando otra vez hacia la carretera.

Este segundo grupo huía de un terror distinto. Desde donde se encontraba, Mary veía claramente a Drake. Los chavales que se topaban con él huían aterrorizados. Algunos estaban en el agua. Otros intentaban trepar por el rompeolas y las rocas que separaban la playa principal de Perdido Beach de la playa más pequeña debajo de Clifftop.

Era tal y como lo había anunciado la profetisa. La tribulación del fuego. El demonio. Y el atardecer rojo en que Mary soltaría su carga.

—¡Venid conmigo, niños, quedaos conmigo! —gritó Mary.

Y le hicieron caso.

La siguieron a través de los jardines antes cuidados y ahora crecidos de Clifftop. Hasta el acantilado. Hasta el borde mismo del acantilado, con la pared lisa, inescrutable de la ERA justo a su izquierda; ese era el fin de su mundo particular.

Debajo, en la playa, Orsay estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la roca que se había convertido en su púlpito. Algunos chavales ya la habían alcanzado y se reunían, aterrorizados, en torno a ella. Otros bajaban gateando por el acantilado en dirección a la chica.

El sol se puso de un rojo fuego.

Orsay estaba sentada muy quieta en la roca. No parecía mover un músculo. Tenía los ojos cerrados.

Debajo de ella estaba Jill, la sirena, que parecía perdida, asustada, y formaba una silueta temblorosa recortada contra la puesta de sol occidental.

—¿Vamos a bajar a la playa, Madre Mary? —preguntó una niña.

—No me he traído el bañador —se lamentó otra.

Mary sabía que faltaban pocos minutos. Se acercaba su decimoquinto cumpleaños. Su cumpleaños del Día de la Madre.

Miró el reloj.

Sabía que tendría que estar preocupada, asustada. Pero por primera vez en mucho, mucho tiempo, Mary estaba en paz. No le llegaban las preguntas de los niños. Los rostros preocupados, ansiosos, vueltos hacia ella, estaban muy lejanos. Por fin todo iba a salir bien.

La profetisa no se movía. Estaba sentada muy calmada, sin que le afectara la locura que la rodeaba, indiferente a los gritos, súplicas y exigencias.

«La profetisa ha visto que todos sufriremos una época de tribulación terrible. Llegará dentro de muy pronto. Y entonces, Mary, entonces vendrán el diablo y el ángel. Y nos libraremos en un atardecer rojo».

Esa era la profecía de Orsay que Nerezza contó a Mary.

Mary pensaba que sí que lo era. Que Orsay era una auténtica profetisa.

—Puedo bajar hasta la playa —afirmó Justin, valiente—. No tengo miedo.

—No hace falta —indicó Mary, y sacudió la cabeza cariñosamente—. Bajaremos volando.

CUARENTA

16 MINUTOS

EL DESCENSO HASTA el yate, el *Fly boy too*, bastó para quitar a Sanjit un año de vida. Casi se le cae Bowie, dos veces. Pixie se golpeó en la cabeza y empezó a llorar. Y Pixie podía gritar a pleno pulmón.

Peace se mostró pacífica, pero quejosa. Lo cual era normal considerando las circunstancias.

Y luego llegó a la parte en que tenían que subirse al yate. Resultó más fácil que bajar por el acantilado, pero tampoco fue como una excursión a la playa.

«Tío, ¿a que molaría pasar el día en la playa?». Eso era lo que pensaba Sanjit mientras Virtue y él conducían a los niños a popa, hacia el helicóptero.

Un día en la playa. Eso sería mucho mejor que mirar hacia el acantilado que se cernía por encima de ellos y saber que se estaba preparando para hacerles volar directos hacia él. Siempre y cuando lograra que el helicóptero despegara del helipuerto.

Probablemente no llegaría lo bastante lejos como para preocuparse de si se cargaba a todos los que estaban en el acantilado. Era más probable que solo alcanzara altitud suficiente para luego hundirse en el mar.

Pero no tenía sentido pensar en ello. Ya no podían quedarse allí. Ni aunque dejara de preocuparse de Bowie. Había visto lo que podía hacer Caine.

Tenía que sacar a los niños de la isla. Apartarlos de Caine. Virtue le dijo que había algo profundamente maligno en Caine. Sanjit vio los ojos de Caine al replicarle.

Sanjit se preguntaba si Diana tenía razón, si Virtue tenía alguna clase de poder mutante para juzgar a la gente. Parecía más probable que sencillamente fuera un chico que juzgara a la gente.

Pero Virtue tenía razón respecto a su mal presentimiento. Caine había estado a punto de aplastar a Sanjit contra una pared. De ningún modo iba a tolerar una criatura como Caine a Pixie, Bowie y Peace, y ya no digamos a Choo. No iba a tolerar compartir el suministro de alimento menguante con ellos.

—Como si las cosas fueran a ir mejor en el continente —murmuró Sanjit.

—¿Qué? —preguntó Virtue, distraído. Estaba ocupado intentando atar a Bowie al asiento trasero del helicóptero. Solo había cuatro asientos en total, el del piloto y los de los tres pasajeros. Pero eran asientos adultos, de modo que en los dos de atrás cabrían los tres pequeños.

Sanjit se subió al asiento del piloto. El cuero estaba arrugado y desgastado. En la película, el asiento era de tela. Sanjit lo recordaba con claridad. Era prácticamente lo único que recordaba.

Sanjit se pasó la lengua por los labios, pues ya no podía reprimir el temblor, el miedo que sentía al saber que estaba a punto de hacer que se mataran.

—¿Sabes cómo hacerlo? —le preguntó Virtue.

—¡No, claro que no! —gritó Sanjit. Pero entonces, para calmar a los pequeños, se dio medio vuelta y añadió—: claro que sí. Claro que sé pilotar un helicóptero. ¡Ja!

Virtue rezaba. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada. Rezaba.

—Sí, eso nos servirá —comentó Sanjit.

Virtue abrió un ojo y dijo:

—Hago lo que puedo.

—Hermano, no me estaba haciendo el listillo —explicó Sanjit—. Quiero decir que tengo fe en el Dios o los dioses o santos o cualquier otra cosa que tengas.

Virtue cerró los ojos.

—¿Deberíamos rezar? —preguntó Peace.

—Sip. Rezar. ¡A rezar todos! —gritó Sanjit.

El chico se dispuso a arrancar el helicóptero.

Sanjit no sabía de ningún dios en particular al cual rezar, solo era hindú de nacimiento y no se había leído precisamente los libros sagrados ni nada parecido. Pero susurró:

—Seas quien seas, si nos oyes, ahora sería un buen momento para ayudarnos.

Entonces el motor rugió al cobrar vida.

—¡Uau! —exclamó Sanjit, sorprendido. En parte se lo esperaba, y en parte confiaba en que el motor ni siquiera se pusiera en marcha.

Hacía un ruido tremendamente fuerte. Y el helicóptero temblaba de un modo increíble.

—Esto... ¡me parece que lo he conseguido! —gritó Sanjit.

—¿Te parece? —le espetó Virtue, cuya voz se tragaba el ruido del motor.

Sanjit se inclinó hacia él y le puso la mano en el hombro.

—Te quiero, tío.

Virtue se llevó una mano al corazón y asintió.

—Genial —dijo Sanjit muy alto, aunque lo único que oía era su propia voz—. Y después de esta escena tan tierna, ha llegado la hora de que nuestros héroes salgan formando una bola llameante de gloria.

Virtue frunció el ceño, intentando oírlo.

—¡He dicho — gritó Sanjit a pleno pulmón— que soy invencible! ¡Y ahora a volar!

Dekka vio que el grupo de Zil se dividía en dos, a la izquierda y a la derecha de la carretera. Era una emboscada...

Dekka dudó. Ahora mismo estaría bien ser Brianna. La Brisa no estaba hecha a prueba de balas, pero resultaba tremendamente difícil alcanzarla cuando iba a casi quinientos kilómetros por hora.

Si Dekka seguía avanzando, le dispararían.

¿Dónde estaba Brianna? Sin duda debía de seguir demasiado enferma para moverse, o estaría allí en medio. Brianna no era de las que se perdían una pelea. Dekka la echaba de menos y al mismo tiempo esperaba que se quedara en casa, a salvo. Si le pasaba algo a Brianna, Dekka no sabría cómo seguir viviendo.

Pero ¿dónde estaba Sam? Esa era la gran pregunta. ¿Por qué tenía Dekka que recorrer esa carretera? Ni siquiera sabía que tuviera que hacerlo. Igual no pasaría nada. Igual Drake subiría arrasando desde la playa y derribaría a Zil y los dos se rematarían el uno al otro.

Cómo le gustaría verlo. Pero ya mismo. Ya mismo, antes de seguir subiendo por la carretera hacia Clifftop.

—Sí, eso sería genial — dijo.

A los gamberros de Zil se les estaba acabando la paciencia. No esperaban. Avanzaban hacia ella por ambos lados de la carretera. Con palos. Con bates. Con palancas.

Con escopetas.

Dekka podría echar a correr. Marcharse. Encontrar a Brianna y decirle: «Brianna, me imagino que probablemente no sentirás lo mismo, y puede que esto te raye un montón y me odies por decírtelo, pero te quiero».

Le temblaba el cuerpo de miedo. Cerró los ojos durante un instante y sintió en aquella oscuridad temporal cómo sería la muerte. Pero la muerte no es algo que se pueda sentir, ¿verdad?

Podría huir. Estar con Brianna.

Pero no, eso no iba a pasar jamás. Se pasaría el resto de la vida amando a Brianna en silencio. Probablemente nunca le diría lo que realmente sentía.

Por el rabillo del ojo Dekka vio a Edilio corriendo directamente hacia Drake desde atrás. Estaba solo, el muy loco, seguía solo a Drake. Mucho más atrás, mucho más despacio, demasiado, avanzaba Orc.

Edilio podría haber decidido esperarse, esperar a Orc. Esperar quizás demasiado a que Drake atacara a niños aterrorizados. Pero eso no era lo que había decidido hacer Edilio.

No esperaba a Orc.

—Y yo no voy a esperar a Sam —decidió Dekka.

Así que Dekka empezó a caminar.

Sonó el primer disparo. El chungo de Turk... Sonó tan fuerte como si fuera el fin del mundo. Dekka vio el disparo salir de la boca del arma. Unos perdigones de plomo calientes se estamparon contra el hormigón delante de ella. Algunos rebotaron y se le clavaron en las piernas.

Le dolió. Y luego más.

Dekka no podía alcanzar ni a Turk ni a Lance ni a Zil con sus poderes. No desde aquella distancia.

Pero podía hacer que les costara mucho apuntar.

Dekka alzó las manos y la gravedad se interrumpió.

Entonces Dekka avanzó hacia el muro de tierra, polvo y cactus que se arremolinaban.

Sam se encontraba en la puerta de metal retorcida de la central nuclear cuando oyó una ráfaga de viento y vio un borrón.

El borrón dejó de vibrar y se convirtió en Brianna.

Llevaba algo en las manos. Dos cosas.

Sam miró los objetos y a continuación a Brianna. Y luego volvió a mirar los objetos que tenía en las manos.

Esperó a que la chica dejara de toser, doblada en dos y afirmó:

—No.

—Sam, te necesitan. Y no pueden esperar a que vuelvas caminando poquito a poquito.

—¿Quién me necesita? —preguntó Sam, escéptico.

—Astrid me ha pedido que te llevara. Costara lo que costara.

Sam no podía evitar que le gustara lo que oía.

—Ajá. Así que Astrid me necesita.

Brianna puso los ojos en blanco.

—Sí, Sam, sigues siendo necesario. Eres como un dios para nosotros, los meros mortales. No podemos vivir sin ti. Más adelante te haremos un templo. ¿Satisfecho?

Sam asintió. No quería indicar que estaba de acuerdo, sino que lo entendía.

—¿Se trata de Drake?

—Creo que Drake es solo una parte —explicó Brianna—. Astrid tenía miedo. De hecho, creo que tu novia ha tenido un día muy malo.

Brianna soltó el monopatín delante de Sam.

—No te preocupes: no te dejaré caer.

—¿Sí? ¿Y entonces por qué has traído el casco?

Brianna se lo lanzó.

—Por si te caes.

A Edilio le costaba correr por la arena. Pero puede que no fuera por eso por lo que parecía que no lograba alcanzar a Drake.

Puede que no quisiera. Puede que se muriera de miedo ante Drake. Orc luchó una vez contra Drake y empataron. Sam peleó contra él y perdió.

Caine lo mató.

Y, sin embargo, allí estaba Drake. Vivo. Sam ya sabía que lo estaba. Sam ya se lo temía. El psicópata estaba vivo.

Edilio tropezó y se cayó en la arena. La boca de su rifle automático fue lo primero en alcanzar la arena y disparó PUM PUM PUM, Edilio había apretado accidentalmente el gatillo.

El chico se quedó de rodillas. «Levántate —se dijo—. Levántate. Tú te encargas de estas cosas. Levántate».

Y se levantó y se puso a correr otra vez. El corazón le latía como si se le fuera a salir.

Drake ya no estaba lejos, puede que a unos treinta metros, nada lejos. Estaba azotando a un pobre chaval que corría demasiado despacio.

Edilio había visto los estragos del látigo terrible. Quebró algo dentro de Sam, el dolor de ese látigo.

Pero Edilio se acercó. El truco consistiría en acercarse lo bastante... pero no demasiado.

Drake aún no lo había visto. Edilio alzó el rifle para disparar. Se encontraba a quince metros. Podría alcanzar a Drake desde donde estaba, pero había una docena de chavales a tiro justo detrás del psicópata. Las balas no siempre iban exactamente donde apuntaba. Podría matar a Drake. Pero también podría matar a los niños que huían.

Tendría que esperar hasta que los niños desaparecieran de su alcance.

Alineó la figura de Drake en las miras. Costaba apuntar con el arma en modo automático. El retroceso sería tremendo. Podías apuntar con el primer disparo, pero a partir de allí sería como rociar con una manguera contra incendios.

Tenía que detener a Drake. Tenía que dejar que los niños se marcharan.

—Drake —dijo Edilio. Pero tenía la boca tan seca como la arena. Le salió una voz ronca, apenas audible.

—¡Drake! —gritó—. ¡Drake!

Drake se quedó quieto. Se volvió, sin prisa, despacio. Lánguidamente.

Y mostró su sonrisa salvaje. En sus ojos azules solo había regocijo. Tenía el pelo oscuro enmarañado, apelmazado y sucio. Parecía que se le había manchado la piel de barro. Y tenía tierra en los dientes.

—Vaya, Edilio —dijo—. Cuánto tiempo, espalda mojada.

—Drake... —repitió Edilio, pero le volvía a fallar la voz.

—¿Sí, Edilio? —preguntó Drake con sorna—. ¿Querías decirme algo?

Edilio sintió retortijones. Drake estaba muerto. Muerto.

—Quedas... quedas arrestado.

Drake ladró una sonrisa sorprendida.

—¿Arrestado?

—Eso es.

Drake dio un paso hacia él.

—Para. ¡Párate! —le advirtió Edilio.

Drake siguió avanzando.

—Pero vengo a rendirme, Edilio. Colóqueme las esposas, agente.

—¡Para! ¡Para o te disparo!

Los chavales seguían corriendo. ¿Estaban lo bastante lejos? Edilio tenía que concederles todo el tiempo que pudiera.

Drake asintió al entenderlo.

—Ya veo. Eres tan buen chico, Edilio... Te aseguras de que los nenes se aparten del camino antes de tumbarme.

Edilio calculó que el látigo de Drake alcanzaría entre tres y tres metros y medio. Y en ese momento Edilio se encontraba a poco más del doble de esa distancia. El chico apuntaba al centro del cuerpo de Drake, al blanco más grande, pues había leído que eso era lo que se suponía que tenías que hacer.

Otro paso. Y luego otro. Drake avanzaba.

Edilio dio un paso atrás. Otra vez.

—Ah, no es justo —se burló Drake—. Mantenerme fuera de tu alcance de esta manera...

Entonces Drake se movió de repente, a una velocidad increíble.

¡PUM!

¡Clic!

El primer disparo alcanzó a Drake en el pecho. Pero no salieron más balas.

¡Atascada! El arma estaba atascada. Tenía arena en el mecanismo de disparo. Edilio tiró del cerrojo hacia atrás, intentando...

Demasiado tarde.

Drake lo azotó, enroscó el látigo en torno a las piernas de Edilio y de repente Edilio cayó boca arriba, boqueaba y tenía a Drake encima de él.

La mano serpenteante se dedicó a recorrer la garganta de Edilio. El chico vomitó. Intentó balancear el arma como si fuera un palo, pero Drake la bloqueó fácilmente con la mano libre.

—Te azotaría, Edilio, pero de verdad que no tengo tiempo para divertirme —indicó Drake.

El cerebro de Edilio daba vueltas. Estaba perdiendo la consciencia. A través de los ojos enrojecidos veía la sonrisa de Drake a pocos centímetros de la suya, disfrutando del placer de verlo morir.

Drake sonrió. Y, entonces, mientras Edilio se desmayaba, mientras se hundía en un pozo de negrura, vio unos alambres de metal que salían de los dientes embarrados de Drake.

CUARENTA Y UNO

12 MINUTOS

SANJIT HABÍA OLVIDADO todas y cada una de las cosas que pensaba que había aprendido sobre pilotar un helicóptero.

Algo sobre una palanca que cambiaba la inclinación de las palas del rotor.

Algo sobre el ángulo de ataque.

Un no sé qué cíclico. Unos pedales. Otro no sé qué colectivo, ¿cuál era cuál?

Probó con los pedales. La cola del helicóptero se balanceó violentamente hacia la izquierda. Sacó los pies de los pedales. El helicóptero casi sale disparado de la pista.

—¡Vale, pues va bien! —exclamó Sanjit, esperando desesperadamente tranquilizar a los demás.

—¡Igual deberías subir primero, antes de intentar dar vueltas! —gritó Virtue.

—¿Te parece?

Entonces se acordó de algo. Había que girar algo para que los rotores te elevaran. ¿Qué era lo que había que girar?

A mano izquierda. El colectivo. ¿O era el cíclico? ¿Y qué más daba? Era lo único que giraba...

Lo giró delicadamente. En efecto, el ruido del motor aumentó y cambió de tono. Y entonces el helicóptero despegó.

Y empezó a dar vueltas. El helicóptero se deslizaba hacia la proa, hacia la superestructura. La cola daba vueltas como una peonza, en la dirección de las agujas del reloj.

Como una noria. Los pedales. Tenía que usarlos para...

El helicóptero dejó de girar en la dirección de las agujas del reloj. Y dudó, hasta que empezó a girar al revés.

Sanjit era levemente consciente de las diversas voces que gritaban. Cinco chavales en un helicóptero. Cinco gritos. Incluido el suyo.

Presionó otra vez los pedales. Y el helicóptero dejó de dar vueltas. Seguía desliziéndose hacia la superestructura del yate, pero ahora iba marcha atrás.

Giró totalmente el paso colectivo, del todo, nenes, y el helicóptero salió disparado hacia arriba. Como una atracción a la que Sanjit subió una vez en Las Vegas. Como si el helicóptero colgara de una cuerda y alguien tirara de ella hacia las nubes.

Se alzaba por encima de la superestructura. Sanjit la vio pasar por debajo de sus pies.

¡POM, POM, POM!

Los rotores habían chocado con algo. Salieron disparados trocitos de alambre y palos metálicos. Era la radio de la antena del yate.

El helicóptero seguía alzándose y desliziéndose hacia atrás en dirección al acantilado.

Esa otra cosa... La no sé qué cíclica, el palito, la cosita que le quedaba cerca de la mano derecha, agárrala, agárrala, haz algo, algo, algo, empújala hacia delante, delante, delante. ¡Y volvieron a dar vueltas! Se había olvidado de los pedales, los malditos pedales, y sus pies ya no los encontraban y el helicóptero giró 180 grados y con el cíclico inclinado hacia delante ahora se dirigían directamente hacia la pared del acantilado.

Debían de quedar unos treinta metros.

Quince metros.

En un abrir y cerrar de ojos estarían muertos. Y no podía hacer nada para evitar que ocurriera.

Diana corría por el césped crecido. Caine se le había adelantado, iba más rápido que ella, tenía que alcanzarlo.

El ruido del motor del helicóptero aumentaba y se aproximaba.

Caine se detuvo en el borde del acantilado. Diana llegó también al borde, jadeando, y se quedó a tres metros y medio de Caine.

En un segundo, Diana entendió lo que Sanjit quería ocultar. Muy por debajo se encontraba un yate blanco estrellado contra unas rocas. Un helicóptero se esforzaba por ascender, dando vueltas como un loco en un sentido y luego en otro.

El rostro de Caine dibujó una sonrisa malvada.

Penny se acercó por detrás, con mucho esfuerzo. Bug... bueno, puede que también estuviera allí. No había manera de saberlo.

Diana corrió hasta Caine.

—¡No lo hagas! —gritó.

El chico volvió su rostro furioso hacia ella.

—¡Cállate, Diana!

El helicóptero volvió a dar vueltas y se abalanzó hacia el acantilado.

Caine alzó las manos y el helicóptero dejó de moverse hacia delante. Estaba tan cerca que el rotor sesgó un arbusto que colgaba de la pared del acantilado.

—Caine, no lo hagas —le suplicó Diana.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó Caine, que estaba realmente sorprendido.

—¡Mira! ¡Míralos! Hay niños pequeños dentro. Niños pequeños.

La cabina de burbuja del helicóptero quedaba a un tiro de piedra. Sanjit forcejeaba con los mandos. Virtue iba a su lado, agarrado al cojín de su asiento. Tres niños más pequeños estaban apiñados en el asiento trasero, gritando, tapándose los ojos. No eran tan pequeños como para no saber que se encontraban a medio segundo de la muerte.

—Creo que Sanjit tendría que habérselo pensado antes de mentirme —comentó Caine.

Diana le agarró el brazo, se lo pensó mejor y le tocó la cara. Apretó una mano contra la mejilla del chico.

—No lo hagas, Caine. Te lo suplico.

—Yo lo haré. —Penny apareció al otro lado de Caine—. ¡Ya veremos cómo vuela cuando la cabina esté llena de escorpiones!

Pero Diana sabía que se había equivocado.

—No harás nada, Penny. Yo tomo las decisiones aquí —se burló Caine.

—No, tú haces lo que ella te dice —protestó Penny. Y casi le escupe las palabras a Diana—. ¡Esta bruja! Menuda chica bonita...

—¡Apártate, Penny! —le advirtió Caine.

—¡No te tengo miedo, Caine! —gritó Penny—. Ha intentado matarte cuando estabas inconsciente. Te...

Pero antes de que pudiera terminar su acusación, Penny salió volando por los aires. Flotaba, gritando, por encima de las aspas destructoras del rotor.

—¡Adelante, Penny! —aulló Caine—. ¡Amenázame con tus poderes! ¡Haz que me desconcentre!

Penny gritaba, histérica, agitando brazos y piernas como una loca, mirando

aterrorizada hacia las aspas brillantes.

—Déjalos ir, Caine —suplicó otra vez Diana.

—¿Por qué, Diana? ¿Por qué me traicionas?

—¿Te traiciono? —Diana se rio—. ¿Te traiciono? ¡He estado contigo todos los días, a todas horas, desde que empezó esta pesadilla!

Caine la miró.

—Pero me odias, de todas maneras.

—No, pedazo de chungo estúpido, te quiero. No debería. No debería. ¡Estás enfermo, Caine, enfermo! Pero te quiero.

Caine alzó una ceja.

—Entonces tienes que amar lo que hago. Lo que soy.

Sonrió y Diana supo que había perdido la discusión. Lo veía en los ojos de Caine.

Se apartó de él. Se apartó en dirección al acantilado. Buscó el borde del acantilado con los pies sin dejar de mirar al chico.

—Te he ayudado cuando he podido, Caine. He hecho de todo. Te mantuve vivo y te cambié las sábanas sucias manchadas de mierda cuando la Oscuridad te tenía prisionero. Traicioné a Jack por ti. Los he traicionado a todos por ti. He comido... que Dios me perdone... ¡he comido carne humana para quedarme contigo, Caine!

La mirada fría de Caine parpadeó.

—No me quedaré contigo para esto —advirtió Diana.

La chica dio otro paso hacia atrás. Quería que sirviera de amenaza, no pretendía que fuera definitivo.

Pero fue un paso de más.

Diana sintió el horror repentino al saber que se iba a caer. Movi6 los brazos como si fueran aspas de molino. Pero sabía que estaba demasiado lejos, demasiado.

Y pens6 que, a fin de cuentas, ¿no sería mejor?

¿No sería un alivio?

Dejó de pelear, perdi6 el equilibrio y se precipit6 por el acantilado.

Astrid corría, tirando del pequeño Pete.

Mientras jadeaba y tiraba y el corazón le latía con fuerza debido al miedo, a lo que vería cuando llegara a Clifftop, se decía que de ninguna manera podría haberlo sabido.

De ninguna manera podría haber sabido que el juego era real. Que se volvió real cuando se acabaron las pilas. Y que el adversario del pequeño Pete en el juego no era ningún programa en un microchip, sino la *gayáfaga*.

Se había puesto en contacto con el pequeño Pete. Y no era la primera vez. De algún modo, en algún sentido que puede que Astrid nunca llegara a comprender, los dos mayores poderes de la ERA estaban unidos.

La *gayáfaga* había engañado al pequeño Pete. Había utilizado el poder enorme de Pete para dar vida a su avatar, Nerezza.

Orsay, también, toc6 en una ocasi6n la mente de la *gayáfaga*. Era como una infecci6n: en cuanto tocabas aquella mente inquieta y malvada, te controlaba en cierto sentido. Como un gancho enterrado en tu mente.

Sam dijo que Lana aún sentía a la *gayáfaga* en su interior. Que aún no estaba libre de ella. Pero Lana lo sabía, era consciente de ello. Puede que eso le sirviera de defensa, o puede que sencillamente la *gayáfaga* ya no la necesitara.

Astrid y Pete alcanzaron la carretera a Clifftop.

Pero el camino estaba bloqueado por lo que parecía un tornado. Un tornado llamado Dekka.

Dekka alzó el torbellino ante ella y continuó avanzando a paso constante.

¡BAM!

Se formó una llamarada apenas visible a través de la basura que volaba y se arremolinaba.

—¡Cogedla! ¡Coged a la rara! —aulló Zil.

Dekka seguía avanzando, sin hacer caso del dolor en las piernas, sin pensar en el chapoteo de sangre que le llenaba los zapatos.

Alguien corría tras ella. Dekka le gritó por encima del hombro, sin mirar:

—¡Quédate atrás, idiota!

—¡Dekka! —Era la voz de Astrid.

Llegó corriendo, tirando del raro de su hermanito tras ella.

—¡No es un buen momento para que me grites, Astrid! —gritó Dekka.

—Dekka, tenemos que llegar al acantilado.

—Voy donde esté Zil —explicó Dekka—. Tengo derecho a defenderme. Él empezó esta pelea.

—Escúchame —la apremió Astrid—, no quiero detenerte. Te digo que te des prisa. Tenemos que pasar ¡ahora!

—¿Qué, qué está pasando?

—Asesinato. Tenemos que pasar. ¡Tienes que pasar!

Alguien se les acercó corriendo procedente de un lado. Se aproximó

demasiado a la zona ingrávida y salió volando por los aires, boca abajo, dando vueltas lentamente.

Disparó al alzarse. Y el arma estalló en varias direcciones.

Los matones estaban formando un círculo detrás de Dekka. Se movían con cautela, muy lejos del campo que la chica había generado. Los vio corretear de un arbusto a un montículo y luego a un cactus.

Una bala pasó zumbando tan cerca de su oreja que pensó que igual le había dado.

—¡Apártate, Astrid! —exclamó Dekka—. ¡Estoy haciendo todo lo que puedo!

—Haz lo que haga falta.

—Si me cargo a Zil el resto echará a correr.

—Pues cárgatelo.

—Sí, señora. ¡Y ahora sal de aquí!

Había visto por última vez a Zil junto a la carretera, a la derecha, más adelante, justo donde no podía alcanzarlo.

Dekka dejó caer las manos y miles de kilos de tierra y basura que estaban orientados hacia el cielo cayeron. Dekka corrió directamente hacia la tormenta con los ojos cerrados y la mano sobre la boca.

Casi se choca con Zil. Salió de entre la columna de tierra caída y prácticamente lo derriba.

Sorprendido, Zil balanceó el cañón de la escopeta hacia ella, pero la chica ya estaba demasiado cerca. El cañón la golpeó como un palo, lo estampó contra un lado de su cabeza, pero no lo bastante fuerte como para aturdirlo.

Zil intentó retirarse para disparar mejor, pero Dekka extendió la mano, le agarró la oreja, y tiró de Zil en dirección a ella.

Entonces el chico consiguió colocarle el cañón bajo la barbilla, apretando tanto como para hacerle rechinar los dientes. Dekka tiró hacia atrás y él apretó el

gatillo. El disparo fue como si le hubiera estallado una bomba en la cara.

Pero no soltó al chico. Tiró otra vez de él y lo hizo gemir de dolor y terror.

Dekka dirigió la mano hacia el suelo, y la gravedad desapareció sin más.

Forcejeando en un abrazo frenético, tanto Dekka como Zil salieron flotando hacia arriba. La tierra y la basura ascendieron con ellos. Ellos formaban el centro del tornado. Zil logró soltarse, pero le quedó una oreja desgarrada, sangrienta.

Dekka le dio un puñetazo, le estampó los nudillos en la nariz. Volvió a golpearle y falló. El primer puñetazo la había apartado de Zil, que intentaba acercarse el arma, pero, como a ella, le costaba moverse y pelear con gravedad cero.

A Dekka se le estaban cerrando los ojos, cuajados de arena voladora. No veía claramente cuánto habían ascendido. No sabía seguro si bastaría.

Zil se retorció y gritaba, triunfante. El cañón de la escopeta quedaba a pocos centímetros de ella.

Dekka pataleaba sin parar. Su bota pateó el muslo de Zil y salieron disparados en direcciones opuestas, ahora estaban a tres metros el uno del otro. Pero Zil seguía apuntándole con la escopeta. Y no era una distancia suficiente como para que Dekka pudiera dejarlo caer sin caer ella también. Todavía no.

—Mira hacia abajo, genio —gruñó Dekka.

Zil, que también tenía los ojos entrecerrados, bajó la vista.

—¡Si me disparas caerás! —gritó Dekka.

—¡Sucia rara! —gritó Zil.

El chico apretó el gatillo. La explosión fue ensordecedora. Dekka sintió que un perdigón pasaba volando junto a su cuello. Y algo la alcanzó, como un puñetazo.

El retroceso de la escopeta hizo que Zil reculara más de metro y medio.

—Sí, ya está lejos —dijo Dekka para sí.

Zil gritó aterrizado. Una sola vocal que duró los diez segundos que tardó en caer y estamparse contra la tierra.

Dekka se limpió la arena de un ojo y miró como pudo hacia abajo.

—Más arriba de lo que pensaba —se dijo.

CUARENTA Y DOS

6 MINUTOS

MARY TERRAFINO MIRÓ su reloj. Quedaban minutos.

Se acercaba. Estaba tan cerca...

—Niños, solo deseo que sepáis que os quiero —dijo Mary—. Alice, apártate del acantilado. Aún no es la hora. Tenemos que esperar para que podáis marcharos conmigo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Justin.

—A casa —respondió Mary—. A nuestras auténticas casas. Con nuestros papás y nuestras mamás.

—¿Y eso cómo lo vamos a hacer? —preguntó Justin.

—Nos están esperando —señaló Mary—. Fuera del muro. La profetisa nos ha mostrado el camino.

—¿Mi mamá? —preguntó Alice.

—Sí, Alice —dijo Mary—. Las mamás de todos.

—¿Puede venir Roger también? —preguntó Justin.

—Si se da prisa... —indicó Mary.

—Pero está enfermo. Le duelen los pulmones.

—Entonces vendrá otro día. —Mary estaba perdiendo la paciencia. ¿Cuánto tiempo más tendría que ser esa persona? ¿Cuánto tiempo más tendría que ser Madre Mary?

Otros chavales se estaban acercando en ese momento. Se habían visto empujados hacia la colina, justo delante de la pared de la ERA, huyendo de las batallas que transcurrían debajo. Huyendo de Drake. De Zil. De gente malvada, gente horrible, dispuesta a herir y matar. Dispuesta a herir o matar a esos mismos niños si Mary no los salvaba.

—Pronto —dijo Mary dulcemente.

—No quiero irme sin Roger —insistió Justin.

—No puedes elegir.

Justin meneó la cabeza, firme.

—Voy a buscarlo.

—No —dijo Mary.

—Sí que lo haré. —Justin se puso tozudo.

—¡Cállate! ¡He dicho que NO! —gritó Mary, agarró a Justin y le tiró fuerte del brazo. Al niño se le llenaron los ojos de lágrimas. Mary lo sacudía fuerte y no dejaba de gritar—: ¡NO, NO, harás lo que te diga!

Lo soltó y el niño cayó al suelo.

Mary se apartó y miró hacia abajo, horrorizada. ¿Qué acababa de hacer? ¿Qué había hecho?

Estaría bien, todo estaría bien, cuando llegara la hora. Se marcharía de ese lugar. Fuera, fuera, y fuera, y todos los niños irían con ella, como siempre hacían, y entonces quedarían libres.

Era por su bien.

—¡Mary! —gritó John. Mary no se explicaba cómo se había abierto paso entre las peleas de la carretera y la había alcanzado. Pero ahí estaba...

—Niños —indicó John—. Venid conmigo.

—De aquí no se mueve nadie —advirtió Mary.

—Mary... —A John se le quebró la voz—: Mary...

Sanjit no sabía si mirar horrorizado la pared del acantilado a escasos centímetros de la punta de los rotores que daban vueltas, o la imagen terrible de la chica, la que se llamaba Penny, que colgaba en el aire sobre esos mismos rotores.

Caine se encontraba en lo alto del acantilado, sin miedo a caerse. Sanjit se dio cuenta de que era un chaval que *no* podía caerse. Caine podía saltar del borde y, como si fuera el correccaminos, quedarse colgando en el aire, bip, bip, y volver a toda velocidad a tierra firme.

Pero no la chica llamada Penny.

La otra, Diana, le estaba suplicando. ¿Qué le estaba diciendo?, ¿deja caer a la chica?, ¿estrella el helicóptero?

A Sanjit le parecía que no. Había visto algo muy malo en los ojos oscuros de Diana, pero no el deseo de matar.

Ese deseo sí estaba en los ojos de Caine.

Sanjit había hecho retroceder totalmente el cíclico. Los rotores querían apartarse del acantilado, pero Caine no lo dejaría marcharse.

Diana dio un paso atrás. Iba avanzando y parándose hacia el borde del acantilado.

—¡No! —gritó Sanjit, pero ya estaba cayendo, cayendo...

Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Diana se detuvo en el aire.

Caine soltó el helicóptero, que se agitó de repente hacia atrás.

Penny cayó. Las aspas del rotor se retiraron.

Penny cayó sin rozar los rotores y Diana flotaba en el aire y el helicóptero rugió hacia atrás como si hubiera estado en el extremo de una cuerda de *puenting* extendida.

Diana más que elevada fue arrojada otra vez hasta el césped. Rodó hasta quedar despatarrada y levantó la vista justo a tiempo para que su mirada se cruzara con la de Sanjit durante medio segundo, antes de que el chico volviera a estar ocupadísimo.

El helicóptero se movía hacia atrás pero caía, como si intentara hincar el rotor de la cola en la cubierta del yate.

Qué era la otra cosa, la otra cosa, levántala, levántala, gírala, gírala... y el helicóptero ascendió. Volvía a dar vueltas como un loco porque Sanjit volvió a olvidarse del pedal, pero se estaba alzando. Daba vueltas y se alzaba y daba vueltas cada vez más rápido y ahora sacudía bruscamente a Sanjit mientras se esforzaba por encontrar los pedales.

En la dirección de las agujas del reloj, más despacio, pausa, en la dirección opuesta y más rápido, más rápido, más despacio, pausa.

El helicóptero se aguantaba en el aire, pero ahora lejos del acantilado. Se dirigía hacia el mar. Y se encontraba al doble de altura del acantilado.

Sanjit se agitaba nervioso, y le castañeteaban los dientes. Virtue seguía rezando, palabras incoherentes sobre todo, y no en inglés.

Los niños seguían gritando en la parte de atrás.

Pero al menos durante unos segundos el helicóptero no se estaba cayendo ni dando vueltas, sino que se alzaba.

—Cada cosa a su tiempo —se dijo Sanjit—. Deja de subir. —Aflojó un poco, y el mando que se giraba volvió a una posición neutral. Mantuvo los pedales tal y como estaban. Y no movió el cíclico.

El helicóptero señalaba en dirección al continente. No hacia Perdido Beach,

exactamente, sino hacia el continente.

Virtue dejó de rezar y miró a Sanjit con ojos enormes.

—Creo que me he cagado un poco.

—¿Solo un poco? Entonces tienes nervios de acero, Choo.

Sanjit apuntó y empujó el cíclico hacia delante, y el helicóptero rugió hacia el continente.

Brittney miraba hacia Edilio, que estaba boca abajo en la arena. Llevaba la marca de un látigo. Tenía el cuello descarnado y ensangrentado, como si lo hubieran linchado.

Tanner también estaba allí, mirándolo.

—¿Está muerto? —preguntó Brittney, con temor.

Tanner no respondió. Brittney se arrodilló junto a Edilio. Veía los granos de arena moverse mientras exhalaba.

Vivo. Apenas. Gracias a Dios.

Brittney le tocó la cara. Sus dedos dejaron un rastro de barro.

La chica se incorporó.

—El demonio —dijo—. El malvado.

—Sí —asintió Tanner.

—¿Qué hago? —preguntó Brittney.

—El bien —respondió Tanner—. Debes servir a Dios y resistirte al mal.

Brittney lo miró con la vista emborronada por las lágrimas.

—No sé cómo.

Tanner se volvió, con ojos brillantes, hacia la colina que se alzaba detrás de Brittney.

La chica dio la espalda a Edilio. Vio a Zil caer a tierra. Vio a Dekka hundirse despacio en una columna de polvo. Vio a Astrid con su hermanito. Vio a los niños corriendo hacia la colina, aún presos del pánico.

—Calvario —señaló Tanner—. Gólgota.

—No —dijo Brittney.

—Debes cumplir la voluntad de Dios —insistió Tanner.

Brittney se quedó quieta. No sentía la calidez de la arena bajo los pies. Su piel no notaba la brisa ligera del océano. No olía la sal que salpicaba.

—Trepas por la colina, Brittney. Trepas hasta el lugar de muerte.

—Lo haré.

Y Brittney empezó a caminar. Iba sola, todos los demás ya estaban allí, era la última en trepar por la colina.

Dekka bajaba justo entonces al suelo. Astrid se había adelantado, corriendo, tirando del Enemigo.

¿Cómo sabía Brittney que tenía que llamarlo así? Conocía al pequeño Pete de antes, de los viejos tiempos. Sabía cómo se llamaba. Pero el nombre Enemigo se formó en su mente cuando lo vio. Y sintió rabia pura.

¿Es *él* el malvado, Señor? Se detuvo, confundida durante un instante, mientras Astrid y el pequeño Pete corrían delante de ella.

Sus brazos se retorcieron. Se alargaron. Qué raro.

Y su aparato dental se volvió líquido, de manera que solo quedó una superficie metálica resbaladiza sobre los dientes afilados.

Zil yacía gruñendo, con las piernas retorcidas en ángulos imposibles.

Brittney lo dejó atrás.

Se encontraría con el malvado cuando alcanzara la cima. Y entonces llegaría la batalla.

—Cogeos todos de las manos —indicó Mary.

Los niños tardaban en reaccionar. Pero todos, uno a uno, con las caritas orientadas hacia el atardecer, se fueron agarrando los unos a los otros.

Los ayudantes de Mary, que cargaban con los bebés, se pusieron en la fila con todos los demás.

—Se acerca, niños —dijo Mary—. Agarraros fuerte los unos a los otros... Preparaos, niños. Preparaos para saltar. Tenéis que saltar muy alto para ir a los brazos de vuestras mamás...

Mary sintió el comienzo, como sabía que lo sentiría. Había llegado la hora.

Quince años atrás, a esa misma hora, en ese mismo minuto, Mary Terrafino nació...

Sam no oía otra cosa excepto un viento huracanado en las orejas. No notaba nada salvo la rotación frenética del monopatín bajo sus pies, sacudiéndole todos los huesos del cuerpo. Eso y las manos de Brianna en su espalda, que lo empujaban y lo agarraban una y otra vez, lo enderezaban, lo guiaban en un viaje que hacía que la montaña rusa más alocada que Sam hubiera probado en la vida pareciera un paseo tranquilo.

Subieron por la carretera desde la central nuclear. Y bajaron por la carretera que daba a la ciudad, haciendo eslalon entre coches abandonados o estrellados.

Entonces pasaron unos pocos segundos vertiginosos atravesando la ciudad.

Fue un giro tan brusco que Sam salió volando de la tabla.

Brianna corrió a ponerse delante de él, lo agarró de los dos pies que pateaban y volvió a guiarlo hacia la tabla. Como si fuera un saco de cemento. Sam no podía creerse que no se hubiera roto ambas piernas, pues cayó muy bruscamente. Pero las manos de Brianna lo mantenían sujeto, lo empujaban y guiaban.

Entonces Sam vio un borrón y se produjo una parada repentina, brusca, devastadora.

Estaba seguro de que se había pasado todo el trayecto gritando.

—Ya hemos llegado... —informó Brianna.

El tiempo se detuvo para Mary. La gente quedó congelada. Parecía que las moléculas mismas de aire dejaban de vibrar.

Sí, era tal y como lo habían descrito los otros. El puf. El gran salto.

Y ahí, ay Dios, estaba su madre.

La madre de Madre Mary, pensó Mary. Puede que no fuera hermosa, no era tan hermosa en la realidad como se había vuelto en el recuerdo. Pero era muy cálida y atrayente.

—Vamos, cariño —dijo su madre—. Es la hora de soltar la carga.

—Mamá... te he echado tanto de menos.

Su madre extendió las manos, esperando un abrazo. Esperando. Con los brazos abiertos. Sonriendo a través de las lágrimas.

—Mamá... tengo miedo —dijo Mary.

—Ven conmigo, mi bebé. Agárrales fuerte las manitas y ven conmigo.

—Los peques... mis niños...

—Todas sus mamás están conmigo. Sácalos de este lugar horrible, Mary.
Libéralos.

Mary dio un paso adelante.

CUARENTA Y TRES

0 MINUTOS

ASTRID GRITABA:

—¡Agarrad a los niños, agarrad a los niños!

Saltó para agarrar al niño que le quedaba más cerca. Otros se quedaron mirando sin más. Niños boquiabiertos, perplejos, mientras Mary, como si estuviera en un sueño, saltaba por el acantilado.

Perdieron a Mary de vista. Aún intentaba dar pasos mientras caía.

Los agarraba fuerte. Cayeron niños con ella. Una reacción en cadena. Uno tiraba del siguiente, que tiraba del siguiente.

Como piezas de dominó cayendo por el acantilado.

Justin intentó apartarse cuando Mary tiró de él hacia el borde del acantilado. Pero no era lo bastante fuerte como para zafarse, Mary lo agarraba con fuerza.

Y cayó.

Y la niña que le sujetaba la otra mano cayó tras él.

Justin no gritó. No le dio tiempo.

Las rocas se acercaban a toda velocidad hacia él. Tan rápido como aquella vez que una pelota pequeña le golpeó en la cara. Pero sabía que las rocas no se limitarían a darle y rebotar.

Un monstruo en forma de roca abrió las mandíbulas para recibirlo. Unos dientes de piedra picudos iban a devorarlo.

Astrid no sujetaba lo bastante fuerte. El niño que había agarrado se soltó de ella, y desapareció por el acantilado.

Astrid se volvió con ojos horrorizados.

Brittney estaba ahí, ahí mismo, mirándola. Pero su cara cambiaba, se retorció, como una máscara horrible de carne que se fundiera.

¡Y Sam!

Sam apareció, mirando fijamente.

Brianna formó un borrón repentino al saltar del acantilado.

Mary sintió que se le soltaban los niños. No se caían, volaban. Volaban libres.

Su madre extendió los brazos, y Mary, libre al fin, voló hacia ella.

Justin sintió que la mano de Madre Mary desaparecía sin más. Lo agarraba firmemente, y, al instante siguiente, había desaparecido.

Justin caía.

Pero detrás de él algo caía más rápido, un viento, una ráfaga, un cohete. Ya estaba a medio camino de las rocas cuando aquella cosa rápida lo alcanzó y lo dejó sin aire.

Justin volaba de lado. Como una pelota de béisbol que acabara de hacer un *home run*. Hasta que cayó en la arena de la playa, rodando como si no fuera a detenerse nunca.

Alcanzó la arena antes que otros que, sin la velocidad de Brianna, no pudieron evitar caer hacia las rocas.

—Pero mira, si es Astrid —dijo Brittney con la voz de Drake—. Y te has traído al Petardo.

Brittney, cuyo brazo ahora era tan largo como el de una pitón, cuyos aparatos dentales se habían visto sustituidos por una sonrisa de tiburón, se reía.

—¡Sorpresa! —dijo aquella cosa que no era Brittney.

—Drake... —Astrid ahogó un grito.

—Tú eres la siguiente, chica bonita. Tú y el idiota de tu hermano. ¡Por ahí, salta!

Drake la atacó con su mano de látigo, y Astrid se tambaleó hacia atrás.

Trató de alcanzar al pequeño Pete. Le agarró la mano. Pero se le escapó. Astrid sostuvo la consola en su lugar. Se la quedó mirando, sin entender nada.

Astrid retrocedió en el aire, trató de volver adelante y agitó los brazos como una loca, intentando mantener el equilibrio. Pero sentía la verdad: estaba demasiado lejos.

Y entonces, cuando se rindió, cuando aceptó el hecho de la muerte y pidió a Dios que salvara a su hermano, algo la golpeó fuerte en la espalda.

Astrid se inclinó bruscamente hacia delante. Y ambos pies tocaron tierra

firme.

—De nada —dijo Brianna.

El impacto hizo que saltara la consola de la mano. El aparato dio vueltas en el aire y chocó contra una roca. Quedó destrozado.

Drake apartó su mano de látigo.

—Ah, qué ganas tenía de esto... —empezó Brianna.

—No, Brisa —intervino Sam—. De esto me encargo yo.

Drake se dio la vuelta de golpe y vio a Sam por primera vez. Desapareció la sonrisa cubierta de barro.

—¡Sam! ¿De verdad estás listo para otra ronda?

Y chasqueó el látigo.

Sam alzó la mano, con la palma hacia fuera. Brilló una luz verde. Pero el látigo alteró la puntería de Sam. En vez de hacerle un agujero en medio, alcanzó el pie de Drake.

El chico rugió de ira. Trató de dar un paso adelante, pero no solo se le había quemado el pie: le había desaparecido. Apoyaba el peso sobre un muñón carbonizado.

Sam apuntó y disparó y Drake cayó de espaldas. Le habían desaparecido ambos pies.

Pero Sam observó que se le regeneraban las piernas. Le crecían.

—¿Lo ves? —dijo Drake apretando los dientes, más furioso y triunfal que dolorido—. No me puedes matar, Sam. Estaré contigo siempre.

Sam alzó ambas manos.

Rayos de luz verde quemaron lo que acababa de salir. Sam pasó la luz despacio por las piernas de Drake. Por las pantorrillas. Por las rodillas. La mano de látigo atacaba y azotaba, pero Sam estaba fuera de su alcance.

Drake gritaba.

Muslos quemados. Caderas quemadas. Pero Drake seguía vivo y gritaba y se reía.

—¡No puedes matarme!

—Ya, bueno, veamos si es verdad —lo retó Sam.

Pero entonces, una voz exclamó:

—¡Canta, Jill, canta!

Era Nerezza, cuyo rostro ya no estaba cubierto de carne sino de lo que parecían miles de millones de células que bullían y brillaban de un verde no muy distinto al de la propia luz asesina de Sam.

—¡CAAANTA, Sirena! —exclamó Nerezza—. ¡CAAANTA!

Jill sabía qué canción se suponía que tenía que cantar. La canción que le había enseñado John.

Había llegado a temer a Nerezza. La temía casi desde el comienzo. Pero entonces llegó el momento en que Orsay pidió a Nerezza que se marchara.

Las últimas palabras que Orsay dijo fueron:

—No puedo seguir así.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Nerezza.

—Te... te tienes que marchar, Nerezza. No puedo seguir así.

Entonces fue cuando Nerezza hizo esa cosa horrible a Orsay. Le puso las manos en torno al cuello. Y apretó. Orsay apenas pareció resistirse, como si lo aceptara.

Nerezza se la llevó a la roca y la arrastró hasta arriba.

—Estará bien —mintió a Jill—. Y si haces exactamente lo que te digo, tú también.

Y ahora Orsay miraba con ojos inexpresivos, vacíos. No vio a Mary llevar a los niños hasta el acantilado.

No los vio caer.

Pero Jill sí.

Y cantó:

Aunque ande como vagabundo cuando el sol descienda y la oscuridad me cubra no logre descansar en este mundo. En sueños estaré más cerca de Ti, Señor, más cerca de Ti, Señor. ¡Más cerca de Ti!

La luz asesina de Sam se apagó.

Brianna se quedó totalmente quieta.

Astrid se interrumpió a medio grito.

Los chavales de Perdido Beach, todos los que estaban al alcance de la voz de la sirena, se detuvieron y se volvieron hacia la niña.

Todos menos tres.

El pequeño Pete avanzó a trompicones hacia su consola.

Nerezza se rio y extendió una mano para dársela a Drake, a quien le estaba creciendo rápidamente lo que había perdido.

—¡Sigue cantando, Sirena! —gritó Nerezza, alocada, triunfal.

Sam sabía de un modo distante, lejano, lo que estaba ocurriendo. Seguía funcionándole la mente, aunque a un diez por ciento de su velocidad normal, como un molino movido por una levísima brisa.

Drake casi podía ponerse en pie. Tardaría un segundo en ir a por Sam.

Terminaría lo que había empezado.

El recuerdo del dolor comenzó a hervir lentamente dentro de Sam. Pero no tenía fuerzas para moverse, para actuar, para hacer. Solo podía observar, sin hacer nada. Igual que antes. Sin hacer nada.

Pero, entonces, por el rabillo del ojo, Sam vio algo muy extraño. Algo que volaba muy rápido por encima del océano.

Oyó un chop, chop, chop, a lo lejos.

El sonido aumentó, y el helicóptero atravesó rugiendo el océano.

Haciendo ruido.

Y luego más ruido.

Muchísimo ruido.

Sam trató de moverse y descubrió que sí podía.

—¡No! —gritó Nerezza.

Sam disparó una vez. Los rayos alcanzaron a Nerezza en el pecho. Habrían bastado para matar a cualquiera, para hacer un agujero a cualquier ser vivo.

Pero Nerezza no se quemó. Se limitó a mirar a Sam con odio frío. Sus ojos brillaron en verde, con una luz tan resplandeciente que casi rivalizaba en intensidad con el fuego de Sam. Y entonces desapareció.

Drake observaba mientras le crecían los pies. Pero no lo bastante rápido.

—Bien, Drake —dijo Sam—. ¿Dónde estábamos?

Sintió a Astrid junto él.

—Hazlo —dijo ella muy seria.

—Sí, señora —replicó Sam.

Sanjit había logrado dominar el vuelo hacia delante. Casi había conseguido dominar el arte de apuntar en una dirección en particular. Podías hacerlo con los pedales. Siempre y cuando fueras muy, muy delicado y muy, muy cuidadoso.

Pero no sabía muy bien cómo parar.

Ahora se abalanzaba hacia la tierra a una velocidad increíble. Y le pareció que más le valía seguir avanzando un poco más. Sobre todo porque no sabía muy bien cómo detenerse. No tenía ni idea.

Pero entonces Virtue gritó:

—¡Para!

—¿Qué?

Virtue extendió la mano, agarró el cíclico y empujó fuerte hacia la izquierda.

El helicóptero rebotó de repente, como loco, justo cuando Sanjit se dio cuenta de que el cielo que les quedaba encima no era exactamente un cielo. De hecho, si lo mirabas en ángulo recto se parecía un montón a un muro.

El helicóptero rugió por encima de las cabezas de un puñado de chavales que parecía que estuvieran mirando el atardecer desde el acantilado.

Entonces se ladeó completamente y los frenos chirriaron al rozar algo que desde luego no era un cielo.

Luego quedó libre otra vez, pero seguía ladeado y se iba hundiendo hacia el suelo. Una piscina vacía, pistas de tenis y tejados pasaron junto a ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Sanjit volvió a inclinar el cíclico hacia la derecha, pero se olvidó completamente de los pedales. El helicóptero dio un giro de 360 grados, aminoró, se esforzó por volver a subir y se quedó suspendido en el aire.

—Creo que voy a aterrizar —indicó Sanjit.

El helicóptero descendió con estrépito. El plástico de la cabina se rajó y se

hizo añicos. Sanjit sintió como si le hubieran golpeado la columna con un martillo neumático.

Apagó el motor.

Virtue lo miraba y temblaba y puede que murmurara algo.

Sanjit se retorció en su asiento.

—¿Estáis bien, chicos? ¿Bowie, Pixie, Peace?

Los tres asintieron temblando.

Sanjit se rio y trató de chocar los cinco con Virtue, pero sus manos no coincidieron. Sanjit volvió a reírse y preguntó:

—Así que... ¿queréis volver a subir, chicos?

Drake bramaba de miedo y dolor mientras la luz verde le iba recorriendo implacable el cuerpo.

Drake era humo de cintura para abajo cuando de su boca salió la voz de Brittney.

Los dientes de Drake mostraron metal.

La cara flaca y cruel del psicópata se fundió en su fuego interno y surgió el rostro regordete con espinillas de Brittney.

—¡No pares, Sam! —gritó Brittney—. Tienes que destruirlo todo, hasta el último pedacito.

—No puedo...

—¡Debes! —le ordenó Brittney entre gritos—. ¡Mátalo! ¡Mata al malvado!

—Brittney... —empezó Sam, sintiéndose impotente.

—¡Mátalo, mátalo! —gritó Brittney.

Sam meneó la cabeza. Miró a Astrid. El rostro de la chica era un reflejo del suyo.

—Brisa —dijo entonces Sam—. Una soga. Cadenas. Muchas. Lo que puedas encontrar. ¡Ahora!

Astrid detectó al pequeño Pete. Estaba a salvo. Buscaba su juego. Lo buscaba, pero por suerte no cerca del borde del acantilado.

Astrid se obligó a acercarse al borde. Tenía que verlo.

Se inclinó a mirar.

Dekka yacía de espaldas en un charco de arena, cubierta de sangre. Tenía los brazos extendidos en dirección al acantilado.

El niño llamado Justin cojeaba al salir del oleaje, aguantándose el estómago. Brianna lo había salvado. Y Dekka había salvado al resto.

Y donde Astrid esperaba ver cuerpecitos aplastados, había niños acurrucados en las rocas.

Con lágrimas en los ojos, Astrid hizo un leve gesto en dirección a Dekka, que no la vio y no respondió. Bajó lentamente los brazos y se quedó allí echada. Era la viva imagen del agotamiento.

A Mary no se la veía por ninguna parte. Había llegado su decimoquinto cumpleaños, y había desaparecido. Astrid se santiguó y rezó sin palabras para que de algún modo Mary estuviera bien y se encontrara en brazos de su madre.

—¿Petey? —llamó Astrid.

—Está aquí —respondió alguien.

El pequeño Pete se había parado cerca de la pared de la ERA. Justo se estaba

inclinando.

—Petey —llamó Astrid.

El pequeño Pete se incorporó con su consola. Se le cayeron trocitos de cristal de la mano procedentes de la pantalla destrozada.

Sus ojos se encontraron con los de Astrid.

El pequeño Pete se puso a aullar como un animal. Aullaba como un loco, aullaba con una voz increíblemente fuerte.

—¡Aaaaah! —Un grito de pérdida, un grito alocado y trágico.

Se dobló hacia atrás formando una C y siguió aullando como un animal.

De repente, la pared de la ERA desapareció.

Astrid miró boquiabierta un paisaje de furgonetas y coches con conexión vía satélite, un motel, una multitud de gente, gente normal, adultos, detrás de un cordón de seguridad, mirando.

El pequeño Pete cayó de espaldas.

Y al cabo de un instante desapareció todo.

Volvió el muro.

Y el pequeño Pete se quedó callado.

CUARENTA Y CUATRO

TRES DÍAS MÁS TARDE

—¿CÓMO VA? —PREGUNTÓ Sam a Howard.

Howard miró a Orc para responder. Orc se encogió de hombros.

—Bien. Supongo.

Habían realojado a Howard y Orc, les habían dado un nuevo hogar. Era una de las pocas casas de Perdido Beach que tenía sótano. No había ventanas en el sótano. Tampoco tenía electricidad, claro, así que Sam dejó una lucecita de las suyas brillando en ella.

El único modo de entrar o salir del sótano era bajando un tramo de escaleras desde la cocina. Y al final de las escaleras habían clavado unos tablones atravesados, por arriba y por abajo, formando una cuadrícula densa. El espacio entre los tablones era de menos de ocho centímetros.

En lo alto de las escaleras habían reforzado la puerta con un armario enorme que Orc había empujado hasta colocarlo delante.

Dos veces al día, Orc apartaba el armario. Entonces bajaba ruidosamente las escaleras y miraba dentro. Luego volvía a subir y a colocar la barricada.

—¿Estaba Brittney o Drake la última vez que has bajado? —preguntó Sam.

—La chica —respondió Orc.

—¿Y ha dicho algo?

Orc se encogió de hombros.

—Lo mismo que dice siempre. Mátalo. Mátame.

—Ya...

—¿Cuánto crees que podremos mantener esta historia? —preguntó Howard a Sam.

No era una solución genial, mantener a aquella criatura no muerta encerrada en un sótano vigilado por Orc. Pero la alternativa era destruirla. A él. A ella. Y a Sam le resultaba demasiado parecido a un asesinato.

Astrid y Edilio llevaban un par de días intentando entender el desastre que había ocurrido en la ERA. Todos los individuos que entraron en contacto directo con la Oscuridad, que tocaron la mente de la *gayáfaga*, habían sido utilizados como peones en una partida de ajedrez.

El poder de Orsay se invirtió. Su empatía y amabilidad se volvieron contra ella cuando la *gayáfaga* la llenó de sueños con imágenes extraídas de su propia imaginación. Mostró a los niños un camino que parecía conducir a la libertad, pero en cambio llevaba a la muerte.

Engañó al pequeño Pete y le hizo creer que jugaba a un juego. Y utilizó los poderes del niño para crear a Nerezza, el jugador principal de la *gayáfaga*.

Nerezza guió a Orsay y, cuando se presentó la oportunidad aquella última noche terrible, empujó a Zil para que atacara.

Lana aún se negaba a admitir que la *gayáfaga* hubiera conseguido explotar sus poderes de curación para resucitar a Brittney y a Drake.

Drake, Mano de Látigo, era, en cierto sentido, una creación de Lana. La Oscuridad la utilizó para dar un látigo a Drake. Y la utilizó para darle una segunda vida. A Sam no le extrañaba que Lana se negara a reconocerlo.

Lana se pasó días curando a los heridos. Y luego Patrick y ella se marcharon de la ciudad. Nadie la había vuelto a ver desde entonces.

Sam y Astrid hablaron sinceramente sobre sus errores. Astrid se reprochaba haberse mostrado arrogante y deshonesto y haber tardado en comprender lo que estaba ocurriendo.

Sam sabía muy bien que había fracasado. Su debilidad lo aterrorizó y reaccionó desconfiando de sus amigos. Se volvió paranoico hasta que huyó, dejándose llevar por la autocompasión. Abandonó su puesto.

Pero la *gayáfaga* había subestimado a Brittney. Necesitaba su poder, su inmortalidad además del poder curativo de Lana para devolver a Drake de entre los muertos.

Brittney había luchado contra él en todo momento. Sin saber contra qué luchaba, se resistió, no obstante, a que Drake se apoderara del cuerpo que compartían. Incluso cuando la *gayáfaga* llenó su cerebro de visiones de su hermano muerto, la fe y la fuerza de voluntad de Brittney evitaron que el demonio que sentía en su interior se escapara del todo.

La *gayáfaga* pretendía quebrar la voluntad de los chavales de Perdido Beach. Quería que se rindieran, que abandonaran toda esperanza. Solo así los chavales de la ERA se convertirían en sus esclavos.

Acabó fracasando. Pero fue cuestión de milésimas de segundo. Si Zil hubiera conseguido retrasar a Dekka un poco más, o si Drake no se hubiera visto entorpecido por el heroísmo de Edilio, los niños que saltaron con Mary habrían muerto.

Y ese habría sido el golpe fatal para la esforzada sociedad de Perdido Beach.

Sobrevivieron, pero a duras penas.

Y puede que lograran algo más que sobrevivir: las leyes de Astrid se hicieron efectivas. Las votaron todos los chavales reunidos el día después de «El gran salto de Mary», como lo apodó Howard.

A Sam le amargaba pensar que, después de todo lo que había hecho, fueran a recordar a Madre Mary por su locura final. Sam esperaba que estuviera realmente viva, de algún modo, en el exterior.

No habría tumba en la plaza para Mary. Pero sí había una para Orsay.

Puede que nunca supieran si esa imagen fugaz de un mundo exterior a la pared de la ERA había sido real o tan solo el último truco de la Oscuridad. La única persona que podía saberlo aún hablaba menos que de costumbre: el pequeño Pete se había sumido en algo parecido a un coma desde que sostuvo su consola rota. Comía. Pero eso era lo único que hacía.

Si el pequeño Pete se moría, sabe Dios lo que ocurriría al universo que había creado. Y si alguna vez los chavales llegaban a saber cuán poderoso era el pequeño, y cuán vulnerable al mismo tiempo, ¿cuánto le quedaría de vida?

—Te he preguntado cuánto tiempo crees que podremos mantener esta historia —repitió Howard.

—No lo sé, tío —replicó Sam—. Mejor vayamos viendo día a día.

—Como con todo —reconoció Howard.

Entonces oyeron el ruido lejano de la voz de Drake. Un aullido amortiguado de furia.

—Es lo que hace cuando toma el control —explicó Howard—. Eso, y amenazar mucho. Sobre todo: «¡Os mataré a todos!». Y cosas así. Como que me estoy acostumbrando.

—Quiere que nos asustemos. Quiere que nos rindamos —dijo Sam.

Howard esbozó una mueca irónica.

—Ya, pues no queremos, ¿no?

—No. No, no queremos.

Pero aquella voz loca que gritaba, por amortiguada que estuviera, aún daba escalofríos a Sam.

—¿Necesitáis algo, chicos? —les preguntó Sam.

Howard respondió:

—¿Quieres decir, además de una hamburguesa, una tarta de melocotón, un cubo de helado, un DVD, una tele, un teléfono, un ordenador y un billete de ida de

Locolandia?

Sam casi sonríe.

—S . Además de todo eso.

Y salió. La calle estaba vacía. El sol irreal brillaba en lo alto. Sam se dobl  en dos y tosió. Había acabado pillando la gripe que aún corría por ahí.

Pero seguía vivo. Y eso era lo único que podías pedir a la ERA.